HISTORIA

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Y DE SU SIGLO,

ESCRITA EN VISTA DE LOS DOCUMENTOS ORIGINALES

POR EL CONDE F. L. DE STOLBERG,

Y TRADUCIDA DEL ALEMAN

Y AUMENTADA CON UNA INTRODUCCION Y NOTAS HISTÓRICAS

POR EL PRESBÍTERO JAGER,

PROFESOR DE HISTORIA ECLESIASTICA EN LA SORBONA:

vertida al castellano con presencia de la Vulgata.

TOMO I.



MADRID: 1844.

Imprenta de D. José Felix Palacios, *editor.*

INTRODUCCION.

Cuando en Alemania se levantan tantos doctores falsos, como Strauss, Neander, Hase, Ammon &c., para anonadar los hechos evangélicos bajo el especioso título de *Vida de Jesus*; es muy conveniente dar una que lo sea verdadera de Jesucristo para preservar á los fieles de las sutilezas y blasfemias de estos nuevos filósofos; porque no hay necesidad de entrar en prolijas discusiones y seguirlos paso por paso en sus investigaciones anti-cristianas para rechazar sus embestidas: basta leer atentamente los evangelios, que llevan un caracter de verdad que se siente mas bien que se prueba, y contra el cual no valen nada todas las argucias de los filósofos. En efecto en cuanto se abren estos libros, se ve que los apóstoles hablan con una íntima conviccion, y que no son unos entusiastas ni unos visionarios. Exponen con seguridad lo que vieron, lo que oyeron y lo que tocaron con sus manos (1): apelan al testimonio de sus contemporáneos (2); y refieren los acontecimientos mas maravillosos con una ingenua simplicidad, sin entusiasmo, elogio, ni reflexion, y sin disimular siquiera sus propias faltas. Aunque escriben en diversos tiempos y lu-

(1) Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, et perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt de Verbo vitæ, et vita manifestata est, et vidimus, et testamur, et annuntiamus vobis (I Epíst. de S. Juan, I, 1).

(2) Viri israelitæ, audite verba hæc: Jesum Nazarenum, virum approbatum à Deo in verbis, in virtutibus, et prodigiis et signis, quæ fecit Deus per illum in medio, ut vos scitis (Act. II, 22 y tambien X, 37, 38).

gares, concuerdan en los mismos hechos; y su diferente modo de escribir, asi como sus variantes, lejos de debilitar su testimonio le confirman por el contrario, como dice S. Juan Crisóstomo (1), alejando hasta la menor sospecha de un plan concertado. Apartados los unos de los otros y dispersos en las diversas partes del mundo hablan siempre el mismo lenguaje sin turbarse ni desmentirse jamás, y predican en todas partes á la multitud con un zelo y una seguridad que solo la verdad puede dar. Lo que predican lo sostienen delante de los magistrados, en las cárceles y entre las cadenas, en medio de los tormentos, y lo sellan con su sangre; y lo que tal vez es mas extraordinario todavía, es que sin letras y sin educacion se presentan resueltamente al mundo, entran en discusion con los sabios, los confunden con su sabiduría, y les anuncian una doctrina desconocida y sublime, muy superior á todas las ideas admitidas, y con especialidad á las que pudieron hallar en la Judea, encumbrándose á una altura á que no se hubiera atrevido á aspirar ningun filósofo. Esta reflexion es de S. Juan Crisóstomo que dice: «Son iliteratos, y anuncian con plena seguridad lo que no hubiera soñado jamás ningun filósofo, y lo persuaden no solamente en vida, sino tambien despues de su muerte, no

(2) Sæpe enim inter se dissentire deprehenduntur. Certè illud ipsum magnum est pro veritate argumentum. Si enim omnia accuratè consonassent, quantùm ad tempus, et quantùm ad loca, et quantùm ad ipsa verba, ex inimicis nemo crediturus erat; sed ex mutuo humanoque consensu hæc scripta fuisse putassent, atque hujusmodi consonantiam non ex simplicitate sinceritateque procedere. Jam verò illa quæ in exiguis rebus deprehendi videtur diversitas, omnem ab illis suspicionem depellit, scribentiumque fidem clarè vindicat (Chrysost. in Math. proœmium, t. VII).

á dos, veinte, ciento, mil ó dos mil personas, sino á ciudades enteras, á naciones, á pueblos, á la tierra, al mar, á la Grecia, á los paises bárbaros, al mundo habitado y á los desiertos; y ciertamente hablaban de cosas que son muy superiores al ingenio del hombre (1).» Semejantes enviados no son unos impostores, porque asi no se inventa. Esto es lo que dice todo hombre que lee atentamente los evangelios, y en especial el que ha andado errante mucho tiempo por las regiones abstractas de una vana filosofía, y cansado de tantas correrías inútiles vuelve al cabo muy sediento á este manantial puro. Entonces es cuando se conoce la excelencia de un libro que se despreció al principio.

S. Agustin extraviado muchos años en los vanos sistemas de filosofía vuelve á la Escritura, donde encuentra toda su felicidad, y echa menos todo el tiempo que perdió en la leccion de los filósofos. « Apenas, dice, habia yo acabado de leer, cuando se derramó en mi corazon como una luz que le restituyó la paz, y en el mismo instante se disiparon las tinieblas en que mis dudas le tenian envuelto (2).» Penetrado de la divinidad de las escrituras arroja de sí todos los libros de los filósofos con una especie de disgusto. «Ningun rastro, exclama, se halla en las páginas que han escrito, ni de la humilde piedad de los cristianos, ni de las lágrimas

(1) Quæ enim ne per somnium quidem exteri imaginare potuerant, hæc cum auctoritate magna hi annuntiant et suadent, idque non modo in vivis agentes, sed etiam defuncti, non duobus vel viginti hominibus, non centenis vel millenis, vel decies millenis, sed urbibus, gentibus, populis, terræ, mari, Græciæ, barbarorum regionibus, orbi et desertis. Et certè ea persuadebant quæ naturam nostram longè probantur excedere. (Chrys. in Math., t. VII).

(2) Confesiones de S. Agustin, lib. VIII, cap. 12.

de la penitencia, ni del sacrificio que os es tan agradable, *de un corazon contrito y humillado.* Alli no se oye hablar ni de la ciudad celestial, vuestra esposa bienaventurada, ni de esas primicias de vuestro espíritu que nos dais desde este mundo, ni del caliz adorable que es el precio de nuestra redencion. Allí no resuenan estas divinas palabras: *Mi alma ¿no estará sumisa al Señor? De él vendrá mi libertad. El es mi asilo, mi salud y mi gloria, y yo no seré conmovido.* Alli no se oye la voz del que grita: *Venid á mí todos los que estais fatigados de trabajo*; y estos soberbios se desdeñan de aprender de él que es *manso y humilde de corazon*, porque estas cosas, Señor, *las habeis ocultado á los sabios é instruidos, y las habeis revelado á los humildes y á los pequeños* (1).

La princesa de Gallitzin, de quien se trata en esta obra (cap 19, lib. IV), desviada de la religion por el gran mundo y disgustada de sí misma, procuró apagar su sed en la sabiduría de Sócrates, hácia la cual sentia vivas simpatías; pero conociendo bien pronto el vacío y la insuficiencia de esta filosofía abrió el Evangelio de San Juan, y arrebatada de la elevacion y sencillez de la doctrina de Jesucristo exclamó: «No, nunca habló asi ningun sabio que no fuese mas que hombre (2).»

En vano impugnarán los filósofos las verdades evangélicas: sus esfuerzos se estrellarán siempre en la evidencia de los hechos. Hay en el Evangelio un sello divino que no puede falsificarse, cierta cosa inimitable que

(1) Confesiones de S. Agustin, lib. VII, cap. 21.
(2) La piedad de esta princesa que habia abrazado la religion católica, hizo sin duda profunda mella en su hijo, que abrazó tambien la misma religion, recibió el orden sacerdotal, y pasó de misionero á América donde se halla aun (año 1842).

no pueden inventar los hombres, y un caracter de verdad que hace impresion en todo entendimiento exacto, y arrebata á los mas rebeldes. Vease lo que dice de este sagrado libro Juan Jacobo Rousseau, á pesar de su impiedad y de su profunda depravacion: «Os confieso, dice, que la santidad del Evangelio es un argumento que habla á mi corazon, y sentiria hallar una respuesta buena á él. Ved cuán pequeños son al lado de este los libros de los filósofos con toda su pompa. ¿Es posible que un libro tan sublime á la par que sencillo sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia contiene, no sea tampoco mas que un hombre? ¿Es ese el tono de un entusiasta ó de un sectario ambicioso? ¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡Qué gracia tan persuasiva en sus instrucciones! ¡Qué elevacion en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de ánimo! ¡Qué agudeza y qué precision en sus respuestas! ¡Qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, padecer y morir sin debilidad ni ostentacion? Cuando Platon pinta el justo imaginario cubierto de todo el oprobio del crimen y digno de todos los premios de la virtud, pinta á Jesucristo lineamiento por lineamiento: la semejanza es tan patente, que todos los santos padres la han echado de ver y no es posible equivocarse. ¡Qué preocupado y ciego es menester estar para atreverse á comparar al hijo de Sofronisca con el hijo de María! ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates que moria sin dolor y sin ignominia, sostuvo facilmente su papel hasta el fin; y si esta muerte facil no hubiera honrado su vida, se dudaria si Sócrates con todo su talento habia sido mas que un sofista. Dícese que inventó la moral: antes de él la habian practicado otros, y él no hizo otra cosa que reducir á lecciones los ejemplos de aquellos...... pero Je-

sucristo ¿de dónde habia sacado entre los suyos aquella moral elevada y pura, de que él solo ha dado lecciones y ejemplo? Del seno del fanatismo mas furioso salió la mas sublime filosofía, y la sencillez de las virtudes mas heroicas honró al pueblo mas vil del universo. La muerte de Sócrates filosofando tranquilamente con sus amigos es la mas dulce que puede desearse: la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, befado y maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que puede temerse. Sócrates al tomar la copa del tósigo bendice al que se la presenta llorando: Jesus enmedio de un suplicio afrentoso pide por sus encarnizados verdugos. Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¿Diremos que la historia del Evangelio se inventó al capricho? No se inventa asi, y los hechos de Sócrates de que nadie duda, están menos comprobados que los de Jesucristo. En el fondo esto es apartar la dificultad sin destruirla seria mas inconcebible que cuatro hombres de acuerdo hubiesen forjado este libro, que el que uno solo haya dado materia para él. Ningun autor judío hubiera hallado jamás ese tono y esa moral, y el Evangelio tiene caracteres de verdad tan grandes, tan marcados, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que su heroe (1). «Es verdad que Rousseau despues de este magnífico elogio halla en el Evangelio *cosas increibles, cosas que repugnan á la razon, y que ningun hombre sensato puede concebir ni admitir* (2). Sabido es que segun el lenguaje de Rousseau todo lo que supera á la razon es increible, repugna á la misma, y ningun hombre sensato puede concebirlo ni admitirlo; pero si hubiese reparado bien, hubiera hallado como S. Juan Crisóstomo un nuevo caracter de verdad en esas *cosas increibles que repugnan á la razon* segun él, porque los hombres no inventan mas que lo que está á sus alcances.

(1) Emilio, lib. IV.

(2) Ibid.

Por estos ejemplos que seria facil multiplicar, se ve que para conocer la verdad del Evangelio y la futilidad de las objeciones que se le oponen, basta leerle. Leyéndole se disipan todas las dudas como las tinieblas delante de la luz, y solo se siente no haber conocido antes esta fuente pura y haber ido tan lejos á buscar la verdad cuando estaba tan cerca. Asi lo han experimentado todas las personas mundanas que han buscado sinceramente á Dios, y el mismo autor de esta historia, que despues de haberse aplicado mucho tiempo á la filosofía pagana (1) y á los diversos sistemas del protestantismo aleman se convirtió de veras á Dios con la leccion de los libros santos, en que puso todas sus delicias (2). Su historia de Jesucristo, traducida ya en italiano de orden de la sagrada congregacion de la propaganda, es una obra maestra en que invirtió todos los tesoros de su vasta erudicion y el fruto de sus dilatadas investigaciones.

Stolberg sin ser prolijo y difuso como el padre de Ligny, al cual lleva una superioridad indisputable asi bajo este como bajo otros muchos conceptos, hizo de la vida de Jesucristo una obra de piedad á la par que de ciencia: de piedad, porque el autor era sinceramente

(1) Stolberg nos ha dejado una traduccion de los últimos discursos de Sócrates y de los sublimes diálogos de Platon en tres volúmenes.

(2) Stolberg, fervoroso protestante, abrazó la religion católica en 1800 de resultas de las investigaciones que habia hecho para su *Historia de la religion*.

piadoso: sus sentimientos que recibian nuevo pábulo de la meditacion del Evangelio, se manifestaron con mas viveza y le hicieron despedir ardientes saetas que penetran el alma y despiertan el corazon mas indiferente. Al mismo tiempo es una obra científica por el cuidado que puso en clasificar los hechos, en reunir los cuatro evangelios, las epistolas y los profetas para formar un solo todo, en quitar las dificultades, en explicar los usos de los judíos, y en hacer que concurran los autores profanos á probar la autenticidad de los hechos y conciliar todas las contradicciones aparentes. Asi es que su libro ha producido los mas felices resultados en Alemania (1). Despues de leerle una y muchas veces con una especie de entusiasmo creí que no podia prestarse mayor servicio á los fieles y especialmente á la juventud cristiana que publicándole en nuestra lengua; mas la cosa no era facil, porque el autor tiene un modo de escribir peculiar suyo que se resiste á la version. Mi obsequioso amigo el presbítero Bour, convencido como yo de la utilidad de la obra, venció las primeras dificultades: yo tambien he trabajado comprobando frase por frase, y corrigiendo ó modificando todo lo que podia haber obscuro en el original ó defectuoso en la traduccion. Si no siempre hemos logrado nuestro intento, á lo menos damos al público un trabajo hecho con toda conciencia, y le recomendamos sobre todo á los padres de familia, creyendo que no podemos presentarles una obra mas propia para formar el corazon de sus hijos y desenvolver sus facultades intelectuales.

Antiguamente el Evangelio era el libro elemental

(1) Su obra ha confirmado á los católicos en su creencia, y convertido una multitud de protestantes. Creese que á la lectura de ella ha debido el príncipe de Mecklemburg su conversion.

de todas las escuelas, y por ahí se comenzaba la educacion de los niños. Consultado S. Agustin por una dama romana sobre la educacion de su hija le respondió que la instruyera en la Escritura principiando por los evangelios. Fenelon propone el mismo plan (1). No quiere decir esto que la historia de Jesucristo no convenga mas que á los niños; antes es un manantial inagotable para todas las edades, porque de la vida y de la doctrina de Jesus sacaron los padres de la iglesia sus mas nobles inspiraciones, y en ellas se complacia Bossuet en alimentar y ejercitar su ingenio experimentando lo que dice S. Gerónimo, quien compara la ley de Dios á un campo espacioso que apacienta y recrea el ánimo del lector con los diversos testimonios de la verdad como con ciertas flores celestiales (2). «Todo elogio les parece poco á los santos padres cuando hablan de este asunto.» Es tan grande la profundidad de las letras cristianas (es decir de la santa escritura), dice S. Agustin, que si yo intentara estudiarlas desde la tierna niñez hasta la decrépita ancianidad con todo el espacio posible, con el mayor ahinco y con mejor ingenio, cada dia aprovecharia mas en ellas (3).» Es inútil multiplicar los testimonios. Los santos padres proclaman á una voz la excelencia de las

(1) Vease la *Educacion de las niñas*, cap. VII.

(2) Latus quidem et inmensus divinæ legis campus extenditur: qui diversis testimoniis veritatis, velut cœlestibus quibusdam floribus vernans, mira oblectatione legentes aniffium pascit, ac refovet (Hyer. ad Celat., ep. XIV).

(3) Tanta est enim christianarum profunditas litterarum, ut in eis quotidie proficerem, se eas solas ab ineunte pueritia usque ad decrepitam senectutem maximo otio, summo studio, meliore ingenio conarer addiscere (August., epist. CXXVII).

santas escrituras, de que la historia de Jesus forma la parte mas preciosa como lo dice el mismo S. Agustin (1). «Allí, dice, es donde aprendemos lo que debemos amar, lo que debemos despreciar, lo que debemos hacer, y lo que debemos evitar y esperar (2).» No puede pues ofrecerse cosa mas útil que un libro donde se exponen las acciones y la doctrina de Jesucristo con sencillez por los cuatro evangelistas comparados y reunidos. Asi lo ha hecho Stolberg con grande piedad y profunda erudicion junta á un discernimiento exquisito. ¡Ojalá que su obra trasladada á nuestra lengua confirme los fieles en su fé y los preserve contra las sutilezas de esos filósofos temerarios, que procuran con infatigable ardor destruir hasta los últimos vestigios de la fé cristiana para no dejar al hombre mas que la desesperacion! Este es el fruto que esperamos sacar de la publicacion de la historia de Jesucristo.

JAGER.

(1) Inter omnes divinas auctoritates quæ sanctis litteris continentur, Evangelium merito excellit (August. t. III, part. II, p. 1).

(2) Dictum est nobis in prædicatione Evangelii quid amare debeamus, qui contemnere, quid agere; quid vitare, quid sperare. (August. serm. 266 in natal. Apost).

HISTORIA
DE
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
Y DE SU SIGLO.

LIBRO PRIMERO.

DESDE EL NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA HASTA EL DE JESUCRISTO.

CAPITULO PRIMERO.

Generacion eterna del Verbo.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba al principio en Dios. Todas las cosas se hicieron por él, y sin él no se hizo nada de lo que se hizo. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado de Dios que tenia por nombre Juan: este vino en testimonio para que diese testimonio de la luz, para que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Era luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue

hecho por él, y el mundo no le conoció. Vino entre los suyos propios, y los suyos no le recibieron. Mas á cuantos le recibieron les dió la potestad de hacerse hijos de Dios, á los que creen en su nombre, que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varon, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (S. Juan, capítulo I, v. 1 á 14).»

Asi se expresa el hombre sublime y digno de todo amor, á quien el Verbo del eterno padre habia honrado durante su vida mortal con el título de amigo y hermano: asi habla «el discípulo á quien Jesus amaba (san Juan, XIII, 23, XXI, 7 á 20.) «Tal es la feliz nueva que anuncia á los hombres al principio de su Evangelio celestial, donde si yo no me engaño, y si me es lícito hablar asi, suenan mas las palabras de la vida eterna que en otra cualquier parte de las santas escrituras, y en donde con mas claridad se nos exponen y ofrecen los bienes de otra patria. Mas ¿quién soy yo para atreverme á tartamudear una palabra acerca de estas augustas expresiones? La serie de la historia de la religion de Jesucristo nos ha conducido al umbral del santuario, á la encarnacion del hijo de Dios. Ante todas cosas debemos detenernos para oir la relacion del nacimiento de su gran precursor. Estamos como colocados en un istmo estrecho del tiempo: á nuestra espalda braman las olas de los siglos pasados, que aguardaban con suma impaciencia á aquel cuyo nombre era entonces un misterio. Delante de nosotros se abre otro Oceano, la dichosa época de la nueva alianza. Impacientes estamos por embarcarnos: ya tenemos delante á Juan, que se habia reclinado en el seno de su divino maestro en la última cena (S. Juan XIII, 25). Su rostro no es de un mortal: brilla el fuego en sus ojos proféticos: en su

frente está impresa la gravedad apostólica; y con todo está embriagado de delicias. Tal se hallaba en la playa de Patmos, cuando vió el cordero que estaba sobre el monte Sion, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que tenian su nombre y el nombre de su padre escrito en la frente; y oyó una voz del cielo como el estruendo de muchas aguas y el ruido de un gran trueno, y la voz que oyó era como de unos músicos de cítara, que tocaban sus instrumentos y cantaban como un cántico nuevo (Apocalipsis XIV, 1 á 3).» ¿Nos va á llevar al pesebre del niño, á Bethleem Efratá? ¿Nos mostrará al hijo eterno del padre eterno en los brazos de la mujer bendita entre todas las mujeres, de la Vírgen amable y pura que tambien le fue dada á él por madre á la muerte de su divino hijo? No, deja ese cuidado á otros evangelistas. Una meditacion mas elevada (no blasfemo) que la del niño mismo cuyo nacimiento celebraron innumerables coros de ángeles, le arrebata y nos arrebata á nosotros con él. En este instante no piensa en el espacio, ni en el tiempo, ni en nada de lo que es finito, y lleno del Espíritu Santo se entra en los abismos de la eternidad, en las profundidades del ser de los seres, él, hijo del polvo cómo nosotros, cuyas almas son un soplo de Dios como la suya.

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.» El Verbo era de toda eternidad, era Dios y estaba con Dios. Este Verbo, el Verbo esencial, «la verdad y la vida (S Juan, XIV, 6),» la sabiduria del Padre, su pensamiento eterno, era inseparable de Dios y era Dios. Era y es segun el gran Bautista el hijo único que descansa en el seno del Padre (S. Juan I, 18). «Es producido, dice uno de nuestros grandes doctores, por el Padre, porque es su hijo: permanece en él, porque es su pensamiento que subsiste eternamente: Dios como él porque el Verbo era

Dios: Dios en Dios, Dios de Dios, engendrado por Dios, existente en Dios, como él Dios, segun S. Pablo (Rom. IX, 5), superior á todas las cosas y bendito en todos los siglos (*Elevaciones á Dios sobre los misterios* por Bossuet).»

Las tradiciones mas respetables de los padres de la iglesia nos dicen que el Hijo es engendrado porque el Padre se conoce á sí mismo; ¿y no está marcada esta imagen con el sello de la verdad eterna? El Espíritu Santo nos dice por boca del Apóstol que «el Hijo es el esplendor de la magestad de Dios y el caracter de su sustancia (Heb. I, 3).» Y luego este mismo espíritu llama tambien al Hijo la fuerza y la sabiduría de Dios. (I ad corint. I, 24).

El Espíritu Santo segun las tradiciones mas respetables de los santos padres procede del amor recíproco y eterno del Padre y del Hijo, cuyo vínculo es. A él se le atribuye nuestra santificacion, es decir, la restauracion de nuestro verdadero destino, que no es otra cosa que el amor de Dios mismo. El Espíritu Santo dice por boca del Apóstol: «El amor de Dios fue derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (Ad rom. V, 5).» Aqui nos vemos envueltos en una santa obscuridad, ó mas bien nos deslumbra un foco de luz.

Nuestra vida es un soplo del que es, y nosotros somos inmortales porque salimos de él. El mismo nos ha manifestado de su esencia lo que no hubiera penetrado jamás en el corazon de ningun hombre. Dudar de lo que nos ha revelado acerca de sí mismo, porque no podemos profundizarlo, seria tan irracional como temerario. Dios habia grabado en nosotros algunos signos característicos de su esencia. El pensamiento inmaterial del hombre nos hace obrar de un modo incomprensible. No sabemos lo que hacemos, ni cómo lo hacemos

cuando transformamos nuestros pensamientos en sonidos y se convierten en *palabras*. Y luego ¡qué efectos maravillosos no produce el sonido inteligible, la palabra de un hombre en la muchedumbre, en un campo de batalla ó en el Oceano!

¡Y todo pasa en nosotros que somos de ayer! ¿Podemos formarnos una idea menor que Dios del pensamiento mas elevado con que Dios, *el que es*, el origen mismo de la vida, contempla su ser desde toda eternidad? ¿Podemos esperar menos del amor con que el autor mismo de todo amor, el Padre y el Hijo, se aman recíprocamente desde la eternidad? Cuando el pensamiento del hombre despues de hacerse perceptible obra en lo exterior como palabra, no por eso abandona el alma del que le concibió y expresó. Por el Hijo, es decir por el Verbo, fueron criadas todas las cosas (Ad col I, 16). El, el hijo único, la fuerza y la sabiduría de Dios, no deja por eso de descansar en el seno del Padre desde toda eternidad.

Aun en la naturaleza inanimada hallamos indicios de este misterio. El hijo es llamado el esplendor de la gloria de Dios (Heb. I, 3), y se dice de la sabiduría del Padre, que es el Hijo, que es un esplendor de la luz eterna (Libro de la Sabiduría VII, 27). Citando San Agustin estas palabras hace la comparacion de una lámpara cuya luz, aunque producida por ella, no es posterior á ella. «Dadme, dice, una luz eterna; y yo os daré una eterna claridad (S. Agustin serm. 113 de Verb. Evang. Joan. et serm. 117).»

¡Oh! ¡Cuán grande es la misericordia de nuestro Dios, que se digna de comunicarnos ya en la tierra una ráfaga de estas verdades de que nos veremos inundados en la eternidad! Allí estaremos expuestos á los rayos de este sol, cuya luz es esencialmente verdad, y cuyo calor es el amor mismo.

No solamente fueron criadas todas las cosas por el Verbo, sino que subsisten por él. «Todas las cosas subsisten por él,» dice S. Pablo, hablando del hijo de Dios. (Colos. I, 17). « En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, » dice S. Juan. Y en otro lugar: « El era la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo (S. Juan I, 4, v, 9).» Nos da la divina antorcha de la razon y las advertencias secretas de la conciencia, y si atendemos á estas seremos guiados á él por aquella. Todo cuanto poseemos lo tenemos de él, y en el porque « en él tenemos la vida, el movimiento y el ser (Actos de los apóstoles, XVII, 28).» Pero ¡ ah ! ¡ Para cuántos cristianos es el Dios desconocido (Ibid., v. 23)! ¡A cuántos de los que han recibido el bautismo en su nombre, puede aplicarse lo que dice el evangelista : « Vino á los suyos propios, y los suyos no le recibieron ! » El orgullo y la sensualidad nos ciegan. « Vuestros crímenes, dice el profeta, os han separado de Dios, y vuestros pecados os han cubierto su rostro (Isaias, LIX, 2). » Su luz luce sin cesar: el sol de justicia no se pone; pero nosotros huimos de él. En cuanto renunciamos al orgullo y á la sensualidad y abrimos los ojos á este sol, luce para nosotros.

« Pero á cuantos le recibieron les dió la potestad de hacerse hijos de Dios, á los que creen en su nombre (S. Juan I, 12).» ¡ A qué dignidad levanta á los hombres ! Les da la potestad de hacerse hijos de Dios. Nosotros no podemos nada sin él; « pero lo podemos todo en el que nos fortifica, Jesucristo (Ad philip. IV, 13),» y quiére darnos el derecho de hacernos hijos de Dios.

De estas sublimes revelaciones desciende el discípulo, á quien Jesus amaba, al recuerdo de los dichosos años que pasó en la tierra con el hijo de Dios hecho hombre. « Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre

nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del padre, lleno de gracia y de verdad (S. Juan, I, 14).»

¿ Quién es el hombre amante de Jesucristo que no siente un vivo pesar, y no quisiera haber sido contemporaneo del hijo de Dios en la tierra? ¿ Qué son todas las delicias de la amistad y del amor mas puro é íntimo, que en tanto son legítimas, verdaderas y durables en cuanto se refieren á él, si las comparamos con las delicias que gustaron en la compañía del hijo de Dios aquellos que él habia santificado y á quienes habia dado bastante fuerza para soportarlas?

Con todo moderemos nuestro pesar y oigamos lo que el Señor dijo á uno de sus apóstoles : « Tomas, tú has creido porque me has visto: ¡dichosos los que no vieron y creyeron (S. Juan, XXII, 29)!» Y poco antes de volver á su Padre en la última noche de su vida mortal dijo á los discípulos: «Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi padre le amará, é iremos á él y haremos nuestra morada en él (S. Juan XIV, 23).» « Asi sea: venid, señor Jesus (Apoc. XXII, 20).»

CAPITULO II.

Anunciacion de S. Juan Bautista.

San Lucas empieza asi su Evangelio (1): «Supuesto que muchos han intentado ordenar la narracion de las cosas que se han cumplido en nosotros segun nos contaron los mismos que las vieron desde el principio y fueron ministros de la palabra, me ha parecido á mí que

(1) El apóstol S. Pablo nos participa en su epístola á los colosenses (cap. IV, v. 14) que S. Lucas habia sido médico. «Lucas el médico, nuestro caro her-

he seguido todo con cuidado desde el principio escribirte á tí, excelente Teófilo, por su órden para que conozcas la verdad de aquellas palabras en que has sido instruido (1).

«Hubo en los dias de Herodes, rey de Judea, un sacerdote por nombre Zacarías, del orden de Abia, y su mujer de las hijas de Aaron, y se llamaba Isabel (2). Y los dos eran justos delante de Dios caminan-

mano, os saluda.» En su epístola á Filemon le llama su ayuda y su compañero. Cuando escribe desde Roma á Timoteo dice: «Lucas está solo conmigo (Tim. IV, 11);» y le recomienda á los corintios (VIII, 18) como un hombre que se ha hecho célebre por el Evangelio en todas las iglesias.

Este evangelista nació en Antioquía en decir de Eusebio (*Hist. ecles.* III, 4), y fue convertido por S. Pablo al cristianismo segun testimonios fidedignos. Es difícil determinar si era antes pagano ó judío; mas es verosimil que pertenecia á estos últimos, de los que habia entonces muchos en Antioquía. S. Gerónimo dice que nunca habia sido casado. Refiérense muchas cosas de él; pero como no estriban en ningun fundamento sólido, las pasamos en silencio. Lo mismo sucede con Teófilo, quien se cree que fue un personaje distinguido, porque S. Lucas le da el título de *kratiste* que correspondia solamente á las personas de alta categoría en vez de emplear el término familiar *pheriste*. Ambos pueden traducirse por *excelente*.

Vemos en los Actos de los apóstoles que este evangelista acompañó á S. Pablo en muchos de sus viajes, porque suele contar las cosas como las contaria un testigo ocular. Créese que escribió sus dos libros despues de su regreso de Roma, en donde habia estado con S. Pablo.

(1) Que nosotros creemos con entera conviccion: *Peri tôn peplêrophorêménôn en êmim*.

(2) David habia dividido los sacerdotes en veinte y

do en todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja; y no tenian ningun hijo, porque Isabel era esteril y los dos eran avanzados en edad. Mas sucedió que desempeñando Zacarías el sacerdocio por el turno de su órden delante de Dios, segun la costumbre de los sacerdotes, le tocó por suerte poner el incienso entrando en el templo del Señor, y toda la multitud del pueblo estaba orando fuera á la hora de ofrecer el incienso. Y se le apareció el angel del Señor de pie á

cuatro órdenes, diez y seis de los cuales descendian de Eleazar, hijo tercero de Aaron, y ocho de Itamar, hijo cuarto; porque los dos mayores Nadal y Abiu no habian tenido sucesion. Despues de la cautividad de Babilonia solamente volvieron á sus hogares cuatro órdenes de sacerdotes, entre los cuales no estaba el de Abiu. Estos cuatro órdenes se subdividieron, segun el Talmud, en otros veinte y cuatro, veinte de los cuales recibieron los nombres de los que no habian vuelto á su patria, aunque descendian de otros jefes de tribus. Es de presumir que muchos sacerdotes de los órdenes rezagados volvieron poco á poco á sus hogares.

Cada orden debia ejercer el ministerio sacerdotal por una semana y por turno rigoroso, y estaba subdividido en siete órdenes: cada cual de estos tenia su dia de servicio. Las diferentes ocupaciones se distribuian cada vez á los sacerdotes por suerte. En este dia habia sido designado Zacarías para quemar los aromas en el altar (Exodo XXX, 78): de donde infiere S. Agustin que Zacarías era sumo sacerdote, porque solo á este estuvo confiado primitivamente el cargo de quemar los aromas de dia y de noche. Sin embargo algunos escritores judios afirman que el sumo sacerdote no ofrecia los aromas mas que el gran dia de su reconciliacion y el de su inauguracion, y en todos los demas desempeñaban otros sacerdotes este ministerio. El altar de los aromas estaba colocado en el santuario del segundo orden.

la derecha del altar del incienso (1). Y Zacarías se turbó al verle, y se apoderó de él el miedo. Mas el angel le dijo: «No temas, Zacarías, porque ha sido oida tu súplica, y tu mujer Isabel te dará un hijo, y le llamarás por nombre Juan, y será tu gozo y tu alegría, y muchos se regocijarán en su nacimiento, porque será grande delante del Señor, y no beberá vino ni licor embriagante, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el seno de su madre, y convertirá á muchos hijos de Israel al Señor Dios de ellos; y él irá delante de aquel en el espíritu y la virtud de Elías para que convierta los corazones de los padres á los hijos y los incrédulos á la prudencia de los justos para preparar al Señor un pueblo perfecto.» Y dijo Zacarías al angel: «¿Cómo sabré yo esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es avanzada en edad.» Y respondiendo el angel le dijo: «Yo soy Gabriel, que asisto en la presencia de Dios, y soy enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva. Y mira, tú quedarás mudo y no podrás hablar hasta el dia en que acontezcan estas cosas, porque no creiste en mis palabras que se cumplirán en su tiempo.» Y el pueblo estaba esperando á Zacarías, y se admiraba de que tardase en el templo. Mas luego que salió, no podia hablarles, y ellos conocieron que habia tenido una vision en el templo. El les hacia señas, y se quedó mudo. Y sucedió que cuando se cumplieron los dias de su ministerio, se fue á su casa; mas des-

(1) El docto Drusio ha reunido algunos testimonios de rabinos, y segun ellos los sumos sacerdotes eran favorecidos ordinariamente de visiones cuando quemaban los aromas. El historiador Josefo cuenta que Hieron I oyó al quemar el incienso una voz del cielo que le anunciaba la nueva de la victoria ganada por sus hijos á Antioco de Cizico (Grocio y el padre Calmet, *Antigüedades judaicas.*)

pues de estos dias concibió su mujer Isabel y se ocultaba durante cinco meses diciendo: «¿Por qué el Señor obró asi conmigo en los dias en que me miró para quitar mi oprobio entre los hombres?» (S. Lucas, capítulo I, v. 1 á 25.)

El nombre de Juan significa el favorecido del Señor: asi la orden de Dios para dar este nombre al niño encerraba grandes promesas. Todos los que habian hecho un voto, se abstenian por cierto tiempo del uso del vino, del fruto de la viña y de otros licores fuertes (Libro de los Números, VI), y se llamaban nazarenos. Aquel niño debia ser toda su vida nazareno como Sanson, á cuyos padres se apareció el angel del Señor anunciándoles su nacimiento con orden de consagrarle á Dios desde el seno de su madre hasta la muerte. Aqui se exaltó la promesa hecha á Zacarías acerca de su hijo; pero se elevó mucho mas cuando Gabriel manifestó al dichoso padre que Juan seria el profeta de quien habia dicho Malaquias (cap. III, v. 1): «Hé aqui que yo envio mi angel y preparará el camino delante de mí é inmediatamente vendrá á su templo el dominador á quien vosotros buscais, y el angel del testamento á quien quereis. Ahí viene, dice el Señor de los ejércitos.» El mismo profeta añade (cap. IV, v. 5 y 6). «Hé aqui que yo os enviaré el profeta Elías antes que venga el dia grande y horrible del Señor. Y convertirá el corazon de los padres á los hijos y el corazon de los hijos á los padres, no sea que venga yo y hiera la tierra con anatema.»

Este niño privilegiado fue glorificado de Dios antes de su nacimiento de un modo particularísimo delante del pueblo, á quien debia preparar al Señor. Durante el tiempo que debia arder el incienso en el santuario, se quemaba de dia y de noche la víctima diaria que consistia en un cordero degollado. Entretanto habia en el

atrio exterior algunos hombres consagrados al servicio de Dios, que pedian gracia y misericordia por todo el pueblo de Israel, y se reunian una multitud de hombres y mujeres y estaban en oracion. De este pueblo habla el evangelista. El humo del incienso que subia al cielo, era una imagen de la oracion.

Los judios piadosos oraban á la hora en que se ofrecia el sacrificio de costumbre, es decir, por la mañana hácia las nueve y por la tarde hácia las tres, ó mejor al caer la noche, cuando todavia ardian algunos residuos del sacrificio de la tarde. Unos iban al templo, y otros oraban en sus casas, ó donde se encontraban. Asi se dice de Daniel que doblaba las rodillas tres veces al dia en su aposento para adorar á Dios, y confesarse delante de él. (Dan. VI, 10).

El sacrificio de la tarde que se ofrecia precisamente á la hora en que murió nuestro Salvador, parece que fue el mas solemne. El angel Gabriel fue enviado á Daniel que estaba en oracion á la hora de aquel sacrificio. A la misma se postró de rodillas Esdras, rasgando sus vestiduras para implorar el perdon de los pecados de Israel. Y él profeta real cantaba (salm. CXL, v. 2): «Diríjase mi oracion como el incienso en tu presencia; y la elevacion de mis manos sea el sacrificio vespertino.»

CAPITULO III.

Anunciacion y Encarnacion de Jesucristo.

Mas al sexto mes fue enviado el angel Gabriel por Dios á una ciudad de Galilea que se llamaba Nazareth, á una doncella desposada con un varon de la casa de David, cuyo nombre era José, y el de la doncella María; y habiendo entrado el angel á la presencia de esta,

dijo: «Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo: tú eres bendita entre todas las mujeres.». Habiéndolo oido ella se turbó con estas palabras, y pensaba que seria esta salutacion. Y el angel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia en Dios: mira, concebirás en tu seno y parirás un hijo y le llamarás por nombre Jesus. Este será grande, y se llamará el hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reinado no tendrá fin» Pero Maria le dijo al angel: «¿Cómo se hará esto, supuesto que yo no conozco varon?» Y respondiendo el angel le dijo: «El Espíritu Santo sobrevendrá en tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso lo que nacerá de tí santo, se llamará el hijo de Dios. Y hé aqui que Isabel tu parienta ha concebido tambien un hijo en su vejez, y este mes es el sexto para ella que se llama esteril, porque no habrá imposible ninguna palabra para Dios.» Y dijo María: «Aqui está la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra.» Y el angel se retiró de ella (S. Lucas I, 26 á 38).»

Aun cuando los testimonios unánimes de los santos padres no nos asegurasen que la mujer bendita de Dios habia hecho voto de castidad, y que S. José (á quien la tradicion presenta como avanzado en edad) se habia unido con ella para servirle de apoyo y protector conociendo su intento y aprobándolo, aunque ignoraba como la Vírgen por qué se le habia inspirado Dios, y por consiguiente no sabia mejor que aquella que debia desposarla para cubrir el misterio de la admirable Encarnacion del Mesias todo el tiempo que Dios fuese servido; aun cuando la unanimidad de estos testimonios, vuelvo á decir, no nos diese una prueba cierta; el evangelista nos indica con bastante claridad el intento formado por María de vivir en la virginidad (intento

que presupone el consentimiento de José); porque si no, ¿qué sentido tendrian estas palabras de la Vírgen: «¿Cómo se hará esto, supuesto que yo no conozco varon?»

Maria no necesitaba un signo para creer en la promesa de Dios; y si el angel le reveló la concepcion milagrosa aunque humana, del precursor de Jesucristo, no fue como signo, sino como símbolo de la concepcion milagrosa y divina del hombre Dios. Pero ¡qué noble sencillez y qué humildad celestial en las palabras de María: «Aqui está la sierva del Señor: hágase en mí segun tu palabra.»

CAPITULO IV.

Visita María á su parienta Isabel: cántico de aquella.

«Mas levantándose Maria en aquellos dias se fue con toda celeridad hácia la montaña y á la ciudad de Judá (1); y entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel. Y sucedió que luego que Isabel oyó la salutacion de Maria, saltó de gozo el niño en el seno de aquella, y fue llena Isabel del Espíritu Santo, y exclamó con una voz grande, y dijo: «Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí el que venga á verme la madre de mi Señor? Porque hé aqui que en cuanto ha llegado á mis oidos la voz de tu salutacion, ha saltado el niño de gozo en mi seno. Y bienaventurada tú que creiste, supuesto que se cumplirán las cosas que te dijo el Señor.

«Y dijo María: «Mi alma engrandece al Señor, y

(1) Se cree que era Hebron, ciudad de la tribu de Judá, situada en las montañas. Cuéntanse de treinta y ocho y cuarenta leguas desde Nazareth á Hebron.

mi espíritu se alegró en el Dios mi Salvador, porque miró la humildad de su sierva: hé aqui que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque hizo conmigo grandes cosas el que es poderoso, y su nombre es santo. Y su misericordia de generacion en generacion para los que le temen. Manifestó el poder de su brazo: disipó á los soberbios en los designios de su corazon. Depuso á los poderosos de su trono, y ensalzó á los humildes. Llenó de bienes á los hambrientos y dejó vacíos á los ricos. Recibió á Israel como su hijo, acordándose de su misericordia: segun habló á nuestros padres, Abraham y su posteridad para siempre. «María vivió con Isabel como unos tres meses, y se volvió á su casa (S. Lucas, I, 39 á 56).»

¿Por qué la santísima Vírgen habla siempre en pasado en su cántico sublime? Porque los hebreos, dice Grocio, usaban unas veces del pasado y otras del futuro para designar el tiempo presente. Pero S. Lucas que miraba con mas escrúpulo que ningun otro escritor del nuevo testamento la pureza del estilo griego, no hubiera admitido este hebraismo. María llena del espíritu de Dios hablaba como profetisa; y suele suceder á los profetas que hablan de lo futuro usando de los términos de lo pasado, porque llevados en alas de la inspiracion divina, ven las cosas como si ya estuvieran hechas ven y cantan á la luz de Dios, ante el cual no hay mañana ni tarde sino un mediodia eterno.

Por eso este modo de expresarse lleva el sello de la certeza; y ¿cómo podria ser que no sucediese lo que el profeta ve y anuncia como sucedido ya?

Cuando Ana, madre de Samuel, parió el hijo que habia pedido con tantas instancias, prorumpió en un cántico de alabanzas que concluia con una profecía. El cántico de la Vírgen es tambien una profecía (Libro I de los reyes, I — II, 1 — 10).

Isabel la habia saludado por el Espíritu Santo, y la madre de Dios le respondió tambien por el Espíritu Santo, y profetizó acerca del reino del hijo de Dios. Parece que alude al mismo tiempo á la prediccion de Isaías relativa al hijo de Isabel: «La voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectas las sendas de nuestro Dios en la soledad. Todo valle será levantado, y todo monte y collado humillado, y los caminos tortuosos se volverán rectos, y las escabrosidades terreno llano (Isaías, XL, 3 y 4).»

El abatimiento del orgullo y el ensalzamiento de la humildad son los caracteres del reino del Señor. La misma Vírgen santísima, esa vírgen bendita á causa de su humildad, esa hija de David, ignorada y viviendo en la pobreza, fue abatida ante el mundo Pero ved cómo la elevó Dios y cómo cumplió en ella las palabras que le inspiraba su espíritu: «Hé aqui que en adelante me llamarán bienaventurada todas las generaciones.»

CAPITULO V.

Nacimiento de S. Juan Bautista.

«Mas se cumplió el tiempo de que pariera Isabel, y parió un hijo. Y supieron sus vecinos y parientes que el Señor engrandeció su misericordia con ella, y le daban el parabien. Y sucedió que al dia octavo fueron á circuncidar al niño, y le llamaban Zacarias del nombre de su padre. Y respondiendo su madre dijo: De ningun modo, sino que se llamará Juan. Y ellos le dijeron: Ninguno hay en tu parentela que se llame con ese nombre, y preguntaban por señas á su padre cómo queria que se llamase. Y pidiendo unas tablitas escribió: Juan es su nombre Todos quedaron admirados Al punto se abrió su boca, y se desató su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios. Y se esparció el temor sobre todos sus vecinos; y se divulgaban todas estas palabras por todas las montañas de Judea; y todos los que las habian oido las depositaron en su corazon diciendo: ¿quién creeis que será este niño? Porque la mano del Señor estaba con él. Y Zacarias su padre fue lleno del Espíritu Santo, y profetizó diciendo: «Bendito el Señor de Israel porque nos visitó y obró la redencion de su pueblo: y levantó la señal de salvacion para nosotros en la casa de David su siervo: segun habló por boca de sus santos profetas que son desde el siglo: la salvacion de nuestros enemigos y de mano de todos los que nos aborrecen: para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su santa alianza, segun el juramento que juró á nuestro padre Abraham de que se daria á nosotros (1); para que librados de la mano de nuestros enemigos le sirvamos en santidad y justicia en su presencia todos los dias de nuestra vida. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor á preparar sus caminos: para dar la ciencia de la salvacion á su pueblo en remision de sus pecados: por las entrañas de la misericordia de nuestro Dios, en las cuales nos visitó el Oriente de lo alto; á iluminar á los que estan sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte para dirigir nuestros pies al camino de la paz.» Mas el niño crecia y se confortaba en espíritu y vivia

(1) Es de notar, dice Grocio, que en estas pocas palabras se halla el sentido de los nombres que se dieron al niño y á sus padres, no sin una disposicion divina; porque hacer *misericordia* explica el nombre de Juan (el privilegiado), *acordarse* el nombre de Zacarias (memoria de Dios) y el *juramento* el nombre de Isabel (juramento de Dios). (Hugo Groc. annot. in nov. testam. ad Luc. I, 73).

en los desiertos hasta el dia de su manifestacion á Israel (S. Lucas, I, 57 á 80).»

Segun antiguas tradiciones, una de las cuales consta en Pedro, obispo de Alejandría, que padeció el martirio en esta ciudad el año 310, se refugió Isabel en el desierto con su hijo para librarse del furor de Herodes que trataba de matar á aquel porque habia oido hablar de su milagroso nacimiento y de las grandes esperanzas que hacia concebir como precursor del Mesias, á quien perseguia como al rey recien nacido de los judíos (San Mat. XXII). En efecto parece que resulta de las palabras de S. Lucas que S. Juan Bautista se habia retirado al desierto siendo todavía niño.

CAPITULO VI.

Nacimiento de Jesucristo.

«Libro de la generacion de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró á Isaac; Isaac engendró á Jacob, y Jacob engendró á Judas y sus hermanos; y Judas engendró á Fares y Zaram de Tamar; y Fares engendró á Esron; y Esron engendró á Aram; y Aram engendró á Aminadab; y Aminadab engendró á Naasson; y Naasson engendró á Salmon; y Salmon engendró á Booz de Rahab; y Booz engendró á Obed de Ruth; y Obed engendró á Jesse; y Jesse engendró á David rey; y David rey engendró á Salomon de la que fue mujer de Urias; y Salomon engendró á Roboam; y Roboam engendró á Abias; y Abias engendró á Asa; y Asa engendró á Josafat; y Josafat engendró á Joram; y Joram engendró á Ozias; y Ozias engendró á Joatam; y Joatam engendró á Acaz; y Acaz engendró á Ezequias; y Ezequías engendró á Manases; y Manases engendró á Amon; y Amon engendró á Josías; y Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos al tiempo de la transmigracion de Babilonia. Y despues de la transmigracion de Babilonia Jeconías engendró á Salatiel; y Salatiel engendró á Zorobabel; y Zorobabel engendró á Abiud; y Abiud engendró á Eliazim; y Eliazim engendró á Azor; y Azor engendró á Sadoc; y Sadoc engendró á Achim; y Achim engendró á Eliud; y Eliud engendró á Eleazar; y Eleazar engendró á Matan; y Matan engendró á Jacob; y Jacob engendró á José, esposo de María, de la que nació Jesus que se llama Cristo. Asi todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones, y desde David hasta la transmigracion de Babilonia catorce generaciones, y desde la transmigracion de Babilonia hasta Cristo catorce generaciones (1) (S. Mateo I, 1 á 7).

«Mas la generacion de Cristo era asi: habiéndose

(1) *Catorce generaciones*, es decir, las que son nombradas. Era costumbre entre los hebreos omitir algunas de las menos conocidas ó por otros motivos. Asi se cree que se excluyó aqui á los tres reyes Ocosias, Joas y Amasias á causa de su impiedad y de la prediccion de Elías contra Acab, rey de Israel, porque descendian de este por su hija Atalía, y sobre sus descendientes varones se cumplió literalmente aquella prediccion, que solo habia designado literalmente á los descendientes varones (Libro III de los Reyes XXI, 21). Asi los crímenes de Acab habrian sido castigados en sus descendientes por Atalía hasta la tercera y cuarta generacion siendo borrados sus nombres de la genealogía del Mesias (Exodo XX, 5.)

Supónese con razon que algun copiante dejaria de transcribir exactamente el pasaje en que es nombrado

desposado su madre María con José, antes que se juntasen, se halló que aquella habia concebido del Espíritu Santo; y como José fuese un varon justo, y no quisiese exponerla á la vergüenza, resolvió dejarla secretamente. Pensando él en esto, hé aqui que se le apareció en sueños el angel del Señor diciendo: José, hijo de David, no temas tomar por tu esposa á María, porque lo que ha nacido en ella, es del Espíritu Santo: y parirá un hijo, y le llamarás por nombre Jesus, porque él mismo salvará á su pueblo de sus pecados. Todo esto se hizo para que se cumpliese (1) lo que dijo el Señor por el profeta (Isaias VII, 14): «Hé aqui que una Virgen concebirá, y parirá un hijo, y le llamarán Manuel de nombre, que se interpreta Dios con nosotros.» Saliendo pues José del sueño hizo segun le mandó el angel del Señor, y la tomó por su esposa. Y no la conocia (2)

Josías, y que deberia decir: «Josías engendró á Joaquin y sus hermanos; y Joaquin engendró á Jeconías al tiempo de la transmigracion de Babilonia.» Conocemos hermanos de Joaquin; pero no de Jeconías. Solo por este medio resultan las catorce generaciones tres veces. La tercera serie de las catorce generaciones empieza por Jeconías.

(1) *Para que se cumpliese*: modo de hablar que se repite muchas veces en el nuevo testamento para dar á entender que se han realizado puntualmente los sucesos que Dios anunciaba por sus profetas. La voz griega *ina* no siempre significa *para que*, sino que tambien quiere decir *de suerte que*. Con este motivo dice Grocio: *Vox ina sæpe non finem agentis, sed solam sui consequentiam significat, ut Rom. V*, 20, *Luc.*, *XIV*, 10, *et alibi crebrò*.

(2) *Y no la conocia etc.*; hebraismo frecuente en los escritores del nuevo testamento, que debemos extrañar mucho menos en S. Mateo, por cuanto su Evangelio se escribió originalmente en hebreo. Segun este lenguaje las palabras *hasta aqui* no limitan siempre el tiempo de una

hasta que parió á su hijo primogénito, y le llamó por nombre Jesus.

«Sucedió en estos dias que salió un edicto de Cesar Augusto para que se empadronasen todos los habitantes de la tierra. Este primer padron fue hecho por Cirino, gobernador de Siria (1), y todos iban á empa-

circunstancia á la individualidad citada, sino que alcanzan mas. Asi cuando Dios dice á Jacob en su sueño: «Yo no te dejaré *hasta que* haya cumplido todo lo que he dicho (Génesis XVIII);» su intencion no era ciertamente darle á entender que le abandonaria despues. Tampoco se explicará este pasaje del salmo CIX: «Dijo el Señor á mi Señor: sientate á mi diestra *hasta que* ponga yo á tus enemigos por escabel de tus pies», como si el hijo de Dios debiera cesar alguna vez de estar sentado á la diestra de su padre. Este uso de la particula hebraica que los griegos expresan por *eos*, los latinos por *dones*, y nosotros por *hasta que*, por la razon de que no sabemos como ellos trasladarla mejor, es muy familiar á los sabios judíos. Por eso sus rabinos para destruir la ventaja que nos da sobre ellos la célebre prediccion de Jacob, interpretan aquel pasaje: «hasta que venga aquel á quien pertenece el cetro», de esta manera: «el cetro no saldrá de Judá aun cuando venga aquel á quien pertenece (Génesis XLIX, 10).» La tradicion unánime de los santos padres y la naturaleza misma de las cosas han determinado á los mejores intérpretes protestantes á concordar en este punto con la creencia de nuestra iglesia. Todos los cristianos llaman á la madre de nuestro Señor la Virgen María, porque estan convencidos que habiendo concebido del Espíritu Santo la madre del hijo de Dios no podia ser la esposa de un mortal en el sentido de la voz propia, ni dejar nunca de ser vírgen (véase Hugo Grocio, la nota sobre la Biblia calvinista de Martin en 4.º; Ernesti en su lexicon griego art. *eos*; Hug. Groc., annot. ad nov. test. ad Math, 1, 25).

(1) Segun Josefo los judíos no empezaron á pagar el tributo á los romanos hasta que Arquelao, hijo de Hero-

dronarse cada cual á su ciudad. Subió pues José desde Galilea de la ciudad de Nazaret á Judea á la ciudad de David, que se llama Bethleem, porque él era de la casa y familia de David, para empadronarse con Maria su esposa que estaba preñada. Y sucedió que estando allí se cumplieron los dias del parto, y parió á su hijo pri-

des, fue desterrado por Augusto, y quedó comprendida la Judea en el gobierno de la Siria. Este tributo era recaudado por Sulpicio Quirino, á quien Josefo (*aut jud.*, 17 y 13, 5) y S. Lucas llaman Kireno segun los griegos. Esto ocurrió diez ó doce años antes del nacimiento de Jesucristo. No es probable que Josefo se haya equivocado en este punto. La contradiccion aparente entre él y S. Lucas puede explicarse de dos maneras. La palabra griega *apographé* significa propiamente el registro que servia para el censo romano. Todo padre de familia debia só pena de perder su libertad declarar su nombre y edad y los nombres y edades de su muger, hijos, libertos y esclavos, su residencia y medios de subsistir, y debia pagar un impuesto proporcionado á estos datos. Leemos en Suetonio que Augusto mandó hacer tres veces el *censo*. Como protegia mucho á Herodes, no es verosimil que hubiese querido contristar á este anciano tan cercano á su fin, imponiendo un tributo á sus vasallos; pero era muy natural que como soberano protector mandase hacer el censo de las personas etc.; por consiguiente las palabras del evangelista pueden tener este sentido: «Sucedió que salió un edicto de César Augusto para el empadronamiento de los habitantes de la tierra. Mas este empadronamiento, es decir, el pago del impuesto se hizo en Judea cuando Quirino fue gobernador de Siria (Véase Prideaux Sims. Cron. cat. Historia universal 9, y otros).» Otros explican estas palabras: *Autè é apographé próté egeneto égemoneuontos tés surias kurèniou*, de este modo: «este empadronamiento se hizo antes que Quirino fuese gobernador de Siria.» En efecto tenemos ejemplos de este uso de la palabra *prótos*.

mogénito (1), y le envolvió en unos pañales, y le recostó en un pesebre, porque no habia lugar para ellos en la posada. (S. Lucas II, 1 á 7).»

Nuestros primeros padres pecaron por orgullo y sensualidad: nosotros pecamos tambien por orgullo ó sensualidad, ó mas bien por las dos pasiones á un tiempo; porque el orgullo solo puede arrastrarnos á la desobediencia á Dios, y la sensualidad fija sus miradas en objetos terrenos de tal modo que perdemos de vista nuestra eternidad. Para abatir nuestro orgullo y destruir nuestra sensualidad quiso el Dios de gloria nacer en un pesebre: «porque vosotros sabeis, dice el Apostol, cuál fue la caridad de nuestro Señor Jesucristo, supuesto que siendo rico se hizo pobre para que vosotros fueseis ricos por su pobreza (II Corint. VIII, 9).»

Todos los vasallos del vasto imperio romano debian empadronarse; lo cual obligó á José y á María á ir á Bethleem donde debia nacer el Mesías (Miqueas V, 2). Con esta concurrencia extraordinaria de gente se llenó de tal modo la ciudad que el hijo de Dios no pudo hallar sitio para nacer mas que en un pesebre.

Oti prótos mou én, porque ha sido *antes que yo*. (San Juan I, 15 y 30); y en otro lugar: *Ei o cosmos umas misei, ginoskete oti emé próton umón memiséke*: asi si el mundo os aborrece, sabed que me ha aborrecido á mí antes que á vosotros (S. Juan XV, 18).»

(1) ¿Por qué se le llama primogénito habiendo sido siempre hijo único? Porque entre los israelitas el primogénito, por consiguiente el hijo único, tenia derechos particulares: el derecho de sucesion, originariamente tambien el derecho del sacerdocio y el de la herencia doble. No sin inspiracion de Dios llaman S. Lucas y S. Mateo primogénito al que es rey, aunque su reino no sea de este mundo, al que es sumo sacerdote segun el orden de Melquisedech, á aquel cuya herencia no fue solamente Israel, sino tambien la universidad de las naciones.

LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA SU BAUTISMO.

CAPITULO I.

Aparicion de los ángeles á los pastores. — Adoracion de los pastores.

«Y en la misma comarca habia unos pastores velando y guardando su ganado durante las vigilias de la noche. Y hé aqui que el angel del Señor se puso junto á ellos, y la claridad de Dios los cercó con sus resplandores, y temieron con gran temor. Y les dijo el angel: «No temais, porque os anuncio un gozo grande que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy el Salvador, que es el señor Cristo, en la ciudad de David. Y la señal para vosotros es esta: hallareis un niño envuelto en pañales y colocado en un pesebre.» Y de repente se juntó con el angel la multitud de la milicia celestial alabando á Dios y diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad (1) (S. Lucas II, 8 á 14).»

(1) Este es el sentido de la Vulgata autorizado por varios manuscritos de la antigüedad: *Gloria in altissimis Deo, et in terrá pax hominibus bonæ voluntatis*; es decir: Gloria á Dios en lo mas alto, y en la tierra paz á los hombres de

No puedo hacer cosa mejor que añadir á estas palabras sublimes algunas reflexiones de Duguet. Despues de hacer notar los caracteres de verdad de esta admirable narracion, porque los hombres no inventan semejantes ficciones, y cuán familiarizado debe estar con las misteriosas grandezas del cielo el que puede hablar asi sin reflexiones, sin preámbulo y sin ningun ornato de elocuencia humana del misterio mas grande de la encarnacion del Verbo; despues de manifestar que debia conocer bien la magestad de aquel que habiéndose hecho niño se reclinó en un pesebre, para poder reunir estas dos calificaciones tan opuestas, *el Mesías*, *el Señor y el niño reclinado en un pesebre*, y dar por señal distintiva del que es llamado particularmente el Señor, unos pañales y un pesebre; continúa asi Duguet: «Nos-

buena voluntad. Algunos leen *eudokia* en lugar de *eudokias*, *bonæ voluntatis* en lugar de *bona voluntas*, ya sea que esta interpretacion guiara al traductor latino, ya haya dado su traduccion lugar á esta interpretacion en algunos manuscritos del original. Pero no se hallará un solo ejemplo en que *eudokia* quiera decir la prontitud de la voluntad en los hombres. Esta palabra significa contento, favor, benevolencia, amor de Dios hácia los hombres, gracia de Dios. Es verdad que los mas de los padres de la iglesia, si no todos, han adoptado el sentido de la Vulgata; pero los padres griegos cuyo testimonio tiene aqui indisputablemente mas peso, y ademas las traducciones árabe y cofta, segun el padre Calmet, aplican la palabra *eudokia* á Dios. Dudo que una interpretacion hecha por el original y no por la Vulgata concordase con esta en el punto presente. Yo hubiera empleado con gusto la palabra *benevolencia ó afecto*, porque me parece que expresa el verdadero sentido mejor que ninguna otra; pero por el abuso que se ha hecho de ella, tiene ahora una significacion demasiado fria y mundana.

otros, ó mas bien nuestros oidos, se han acostumbrado á esta nueva desde que se nos habla de ella; pero ¡cómo debió admirar cuando fue anunciada! ¡Y cuán poco probable parece que debia anunciarse de este modo: «Y de repente se juntó con el angel la multitud de la milicia celestial alabando á Dios y diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad!

«¡Cosa asombrosa! En tres palabras descubrimos las causas y los efectos de la Encarnacion del hijo de Dios; pero ¿quién las hubiera advertido en aquel primer momento si los ángeles no las hubiesen revelado á los hombres? ¿Quién sabia que Dios no podia nunca ser honrado de un modo digno, antes que Jesucristo vistiendo nuestra carne se hiciese adorador de su padre? ¿Quién conocia la division, diré mas, la enemistad que existia entre el cielo y la tierra, antes que Dios bajase del cielo á la tierra para unirlos á entrambos con los vínculos de la paz? ¿Quién consideraba á todos los hombres, sin exceptuar ni aun á los judios, como hijos de ira antes que Jesucristo poniéndose en lugar de los pecadores cargase con su maldicion, convirtiendo esta en bendicion y grangeándoles el amor y la benevolencia de su padre, de que él solo era digno?

«Estas verdades esenciales de la religion, que casi todos los hombres ignoraban entonces por estar ocultas en la obscuridad de las profecías, lo encierran todo, y se contienen en tres palabras, pero palabras tan claras y sencillas, que solo un angel podia decirlas, y el que no lo conoce debe tener pocas ideas de lo maravilloso. (Principios de la fé cristiana, part. 3, cap. XXXVI, art. 5) (1).»

(1) ¡Ojalá que algunos de mis lectores deseen conocer esta obrilla, tan á propósito en mi concepto para afirmar á los fieles en su creencia, como para convencer á los incrédulos!

Continuemos la narracion del santo Evangelio:

«Y sucedió que luego que se retiraron los ángeles al cielo, hablaban los pastores entre sí: Pasemos hasta Bethleem, y veamos esta palabra que se ha cumplido y que el Señor nos ha manifestado. Y fueron á toda prisa, y hallaron á Maria y á José y al niño puesto en el pesebre. Y viéndolo conocieron la verdad de lo que se les habia dicho acerca de aquel niño (1). Y todos los que los oyeron, se admiraron de lo que los pastores les habian dicho. Mas Maria guardaba todas estas palabras meditando en su corazon. Y los pastores se volvieron glorificando y alabando á Dios por todas las cosas que habian oido y visto segun se les dijo (S. Lucas II, 8 á 20).»

CAPITULO II.

Circuncision de nuestro señor Jesucristo.

«Luego que se cumplieron ocho dias para que se circuncidara el niño, se le puso por nombre Jesus, que es como le llamó el angel antes que fuese concebido en el seno de María (S. Lucas II, 21).»

Oigamos al Apóstol á este propósito: «Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios á su hijo formado de una mujer y sujeto á la ley para que redimiese á los que estaban debajo de la ley, para que recibiesemos la adopcion de hijos (Epístola á los Gálatas IV, 4, 5).»

(1) La Vulgata dice: *Cognoverunt de verbo.*

CAPITULO III.

Adoracion de los magos y temor de Herodes.

«Habiendo pues nacido Jesus en Bethleem de Judá en los dias del rey Herodes, hé aqui que vinieron unos magos del Oriente á Jerusalem diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judios? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarle. Y oyéndolo Herodes se turbó y toda Jerusalem con él. Y congregando á todos los príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo les preguntaba dónde naceria Cristo. Y estos le dijeron: En Bethleem de Judá, porque asi está escrito por el profeta: Y tú, Bethleem, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de tí saldrá el caudillo que rija á Israel mi pueblo. Entonces Herodes, habiendo llamado en secreto á los magos, se informó con cuidado de ellos del tiempo en que se les apareció la estrella; y enviándolos á Bethleem dijo: Id é informaos cuidadosamente acerca del niño; y luego que le halleis, volved á participarmelo para que yo vaya y le adore. Habiendo oido aquellos al rey se marcharon; y hé aqui que la estrella que habian visto en el Oriente, iba delante de ellos hasta que llegando donde estaba el niño se fijó encima. Mas ellos viendo la estrella se regocijaron con grandísimo regocijo. Y entrando en la casa hallaron al niño con Maria su madre, y postrándose le adoraron; y abiertos sus tesoros le ofrecieron presentes, oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños aviso de que no volvieran á Herodes regresaron á su pais por otro camino (S. Mateo II, 1 á 12).»

Si yo hubiera de exponer todas las conjeturas que se han hecho acerca de los magos; me dilataria muchísimo. El nombre de magos aplicado en su origen al

linage sacerdotal de los medos y persas, se extendió despues con la dominacion de estos últimos, y se dió en todo el Oriente á los filósofos y especialmente á los astrólogos (1).

Es opinion generalmente admitida que vinieron de la Mesopotamia ó de la Arabia. Balaam era originario de Mesopotamia; por lo cual creen la mayor parte de los intérpretes que aquella prediccion suya: «Una estrella saldrá de Jacob, y nacerá un cetro de Israel (Lib. de los Números XXIV, 17),» fue la que determinó á los magos á emprender su viaje. Estamos muy lejos de negar que la prediccion que Dios puso en boca de Balaam contra la voluntad de este, aludiese á la estrella que guiaba á los magos; pero nos parece bien evidente que la profecía y la estrella no fueron las únicas causas de la resolucion de los magos. Estos venian probablemente de la Arabia y no de la Mesopotamia.

Es muy verosimil, y esto no debe sorprendernos, que los designios maravillosos de Dios sobre su pueblo y las santas escrituras no se ocultaron á las investigaciones de los magos de la Arabia, mucho mas cuando habia judios dispersos en todo el Oriente, y se habia conservado una tradicion de los patriarcas desde su tiempo. Como quiera, siempre es cierto que Dios se manifestó de un modo particular á estos hombres. ¿Quién se atreveria á dudar que fueron guiados por orden particular de Dios, supuesto que una revelacion especial dispuso su regreso?

Creer en una estrella en el sentido propio de la palabra es tan inverosimil, que no podemos ya poner en duda la existencia de un fenómeno que parecido á una

(1) Plinio y Tolomeo hacen mencion de los magos árabes.

estrella y elevado á cierta altura guiaba á los magos (1) (Grot. annot. in nov. testam.)

No sabemos nada de positivo acerca del número de los magos; y la denominacion vulgar *los tres reyes* lo mismo prueba el número admitido que el que fuesen reyes en el sentido propio de la palabra. Con todo dos profecías dan á entender que eran príncipes, emires árabes. El profeta real se expresa asi en un salmo, que los doctores de Israel consideran con nosotros como una profecía relativa al Mesias: « Los reyes del mar y de las islas lejanas le ofrecerán presentes: los príncipes de la Arabia y de Sabá le traerán ofrendas. » Y ademas: «Vivirá y le será dado el oro de la Arabia : y adorarán por él siempre: será bendecido todos los dias (Salm. LXXI, 10, 15).» Isaias dice á Sion : « Te inundarán los camellos: vendrán los dromedarios de Madian y Efa: todos vendrán de Sabá trayendo oro é incienso y anunciando alabanzas al Señor. Congregarás todos los ganados de Cedar: los carneros de Nabaiot te ministrarán y serán ofrecidos en mi altar de pacificacion, y glorificaré la casa de mi magestad (Isaias LX , 6 y 7).»

Los pastores fueron los primeros israelitas que rindieron homenaje al Mesias , y los primeros de un pueblo, cuyos antepasados habian sido pastores, á quienes Dios se manifestó muchas veces. Por eso da por su angel una revelacion clara y precisa á los pastores de Bethleem , y los rodea la magestad del Señor. Unos pastores rinden homenaje al gran pastor de las ovejas (Epist. á

(1) Sabido es el pasaje de Calcidio, filósofo platónico, tocante á la estrella que yendo delante de unos caldeos los guió hácia un Dios recien nacido. Está demasiado circunstanciado para que no se haya copiado de la santa escritura ; y por consiguiente no prueba nada en mi concepto.

los hebr. XIII , 20) que el profeta habia predicho. Gobierna su rebaño como un pastor vigilante, reune sus corderos , los estrecha en sus brazos , los calienta en su seno, y él mismo lleva á las ovejas preñadas (Isaias XL , 11).

Pero este buen pastor que da su vida por sus ovejas, tenia tambien otras que no eran de este aprisco. A estas queria un dia conducirlas, y ellas debian oir su voz, y no debia haber mas que un solo redil y un solo pastor (S. Juan X , 12, 16). Habia nacido para apacentar los pueblos de la tierra, y era conveniente que los primeros del pueblo de Israel fuesen á ofrecerle sus homenajes ; pero tambien convenia que se le llevasen las primicias del gran rebaño de las naciones. Véase qué claras son las palabras del real profeta : «Vendrán á ofrecerte el oro y el incienso de Sabá con cánticos de alabanza. Los habitantes de Cedar y de Nabaioth (1) congregarán sus rebaños y los ofrecerán en mis altares.»

Los jefes de las tribus de la Arabia van á rendirle homenaje y ofrecerse como primicias de las naciones á él que es el eterno sumo sacerdote y el rey de los siglos , que es pontífice y víctima á un mismo tiempo.

Las estrellas son el emblema de los doctores en la santa escritura. La estrella que se apareció á los magos, los guió á Jesucristo: asi era una imagen patente de los doctores cristianos cuyo único y santo ministerio es guiar á Jesucristo.

Llevabanle presentes segun la costumbre de Oriente, que exige que se hagan á los grandes. Sus presentes

(1) Nabaioth era el hijo primero de Ismael, y Cedar el segundo , y los dos eran el tronco de los árabes. Los carneros significan los caudillos de los pueblos: los carneros de Nabaioth son los emires que descienden de él.

eran productos de su pais; pero cualquiera que juzgase que llevaban estos dones sin un movimiento secreto y eficaz de Dios, desconoceria la fecundidad de la santa escritura y la conducta de Dios. Pareceme fundada la idea de un comentador francés, que ve en el oro la imagen de la limosna, en el incienso la de la oracion, y en la mirra la de la mortificacion de la carne, preciosa, aunque amarga (*Sacy, Traduccion del antiguo y nuevo testamento con una explicacion etc.*). Con todo no quisiera yo excluir de esta mortificacion otra mucho mas dificil, la de la voluntad. La idea de algunos santos padres que representan á los magos dando al niño recien nacido testimonios de su fé por los presentes que le ofrecian, es fecunda y admirable: segun ellos los magos reconocian la magestad real de Jesus por el oro que le presentaban, su divinidad por el incienso y su humanidad por la mirra que se usa para embalsamar los cadáveres. Jesus debia morir como hombre, resucitar como Dios, y juzgar al mundo y reinar eternamente como rey.

CAPITULO IV.

Purificacion de Maria y profecía de Simeon y de la profetisa Ana.

«Despues que se cumplieron los dias de la purificacion segun la ley de Moises, llevaron el niño á Jerusalem para presentarle al Señor segun está escrito en la ley del Señor: que todo varon que abra la vulva se consagrará al Señor; y para ofrecer en sacrificio, segun se dice en la ley del Señor, un par de tórtolas ó dos pichones (S. Lucas II, 22 á 24).»

Por el nacimiento de cada niño se debia ofrecer en holocausto al Señor un cordero de un año y un pichon ó una tórtola por el pecado; mas cuando la madre no

tenia medios para ofrecer un cordero, llevaba dos tórtolas ó dos pichones, las unas para ofrecerlas en holocausto y los otros por el pecado. Maria hizo esta última ofrenda: ¡tan grande era la pobreza de la madre de Dios (Levit. XII, 6 á 8)!

«Y hé aqui que habia un hombre en Jerusalem llamado Simeon, hombre justo y timorato, que esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y habia recibido un aviso del Espíritu Santo que no veria la muerte sin que viese antes al Cristo del Señor. Y vino al templo llevado del espíritu, y como llevasen al niño Jesus sus padres para cumplir la costumbre de la ley por él, Simeon le cogió en sus brazos, y bendijo á Dios y dijo: Ahora, Señor, envias á tu siervo segun tu palabra en paz; porque vieron mis ojos tu salud, que preparaste ante la faz de todos los pueblos: luz para la revelacion de las gentes y gloria de tu pueblo Israel. Y su padre y su madre (1) estaban admirados de las cosas que se decian de él. Y Simeon los bendijo y dijo á Maria su madre: Hé aqui que este está puesto para la ruina y la resurreccion de muchos en Israel y como una señal de contradiccion; y una espada traspasará tu alma para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Y habia una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel de la tribu de Aser: esta era de edad muy avanzada y habia vivido con su marido siete años despues de su virginidad. Y habia permanecido viuda hasta los ochenta y cuatro años, y no se apartaba del templo sirviendo de dia y de noche con ayunos y oraciones. Y llegando esta en la misma hora confesaba al Señor y hablaba de él á todos los que esperaban la redencion de Israel. Y lue-

(1) En algunos manuscritos griegos y en la Vulgata se lee: «Y su padre y su madre etc.»: en otros dice: «y José y su madre etc.»

go que ellos cumplieron todo segun la ley del Señor, se volvieron á Galilea á su ciudad de Nazareth (S. Lucas II, 22 á 39).

Algunos intérpretes antiguos han visto en este Simeon el presidente del gran consejo, que era hijo y sucesor en esta dignidad del célebre Hillel, padre y predecesor del gran Gamaliel en la misma. Cuentase que espiró inmediatamente despues de tomar al divino niño en sus brazos, bendecir á sus padres y mostrar á Maria la espada que debia atravesar su alma; mas ¿cómo es que S. Lucas no ha hecho mencion de esta circunstancia?

¡En qué pensamientos no quedó absorta la santísima Vírgen, luego que aquel santo hombre lleno del espíritu de Dios le hubo mostrado la espada! Al contemplar esta imagen, tanto mas horrible cuanto era encubierta, se abandona Maria á la voluntad de Dios con la misma humildad que la animaba cuando recibió del angel la seguridad de que seria madre. En aquel instante pensaba en su corazon purísimo lo que expresaba entonces: « Aqui está la sierva del Señor: hagase en mí segun tu voluntad.»

Cuatrocientos años hacia que habia enmudecido el espíritu de profecía en Israel: ¡qué invierno tan largo sin duda! pero ¡qué primavera tan repentina! Por todas partes resonó un cántico de alegria, y apareció el que es llamado el *admirable*. El angel Gabriel, la virgen santa, Zacarías, Isabel, los ángeles en los campos, Simeon, Ana, todos anunciaban un gran porvenir, y todos se calentaban á los rayos de salud que bajaban sobre la tierra. El cielo mismo le acompaña en este mundo, y los hijos del polvo se levantan llenos de un gozo celestial. Lo presente y lo futuro se confunden en la aurora deliciosa de un dia eterno. El príncipe de la paz ha reconciliado el cielo con la tierra: el Dios fuerte,

el padre de la eternidad descansa en los brazos de Maria (Isaias IX, 6).

CAPITULO V.

Huida de José á Egipto y degollacion de los inocentes.

« Habiéndose partido (los magos) se le apareció á José en sueños un angel del Señor diciéndole: Levantate, y coge al niño y á su madre y huye á Egipto, y estate alli hasta que yo te diga; porque sucederá que Herodes busque al niño para perderle. Levantándose José cogió al niño y á su madre de noche y se retiró á Egipto, y estaba allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que el Señor dijo por el profeta (Oseas XI, 1): Llamé á mi hijo de Egipto. Entonces Herodes viendo que le habian engañado los magos se irritó mucho, y envió á matar todos los niños que habia en Bethleem y en todos sus confines desde la edad de dos años abajo segun el tiempo que habia indagado de los magos. Entonces se cumplió lo que dijo el profeta Jeremías (capit. XXXI, v. 15): Una voz se oyó en Roma, llantos y muchos gemidos: Raquel llorando á sus hijos y no quiso consolarse porque no existen (San Mateo II, 13 á 18).»

Los magos fueron probablemente á Bethleem unos dias antes de la presentacion de nuestro Señor en el templo de Jerusalem, de donde sus padres le llevaron á Nazaret, lugar de su residencia (S. Lucas II, 39).

Admiremos la solicitud sabia y misericordiosa de Dios, que al glorificar el nacimiento de su hijo marcó la narracion del evangelista con este sello de autenticidad. Unos pastores enmedio del campo fueron testigos de la aparicion de los ángeles que cantaban la gloria del Mesias; y el impio rey Herodes y todo el gran consejo de

Jerusalem fueron testigos para su confusion propia de la llegada de los magos que iban á adorarle. S. Mateo, contemporaneo y discípulo de Jesucristo, era judio y escribió primero el Evangelio en su lengua materna para sus compatriotas y contemporaneos. Admitiendo que hubiese inventado la historia de los magos ¿puede suponerse que se hubiera atrevido ó hubiera podido mezclar en su relacion falsa al rey Herodes, tan célebre y tan presente en la memoria del pueblo judio, aunque era detestado de él? ¿Puede suponerse que le hubiera hecho representar á él y al gran consejo un papel tan activo? Semejante fábula cuya impostura hubiera sido patente, habria desvanecido todo el crédito de su Evangelio.

Es verdad que el historiador Josefo no dice una palabra de la sangrienta catástrofe de Bethleem; pero ¿cuántos acontecimientos incontestables en la historia de las naciones no estriban mas que en el testimonio de un solo escritor? Los críticos mas severos han admitido por principio que no debe ponerse en duda un hecho contado por un autor fidedigno por la razon sola de que otro le pase en silencio.

La degollacion de los inocentes cuadra perfectamente con el caracter del tirano desconfiado y cruel que habia sacrificado ya por sospechas de celos á la virtuosa Mariamne, su esposa querida, y dos hijos habidos de este matrimonio, antes que la edad, la costumbre de derramar sangre como agua y las asechanzas parricidas de su primogénito Antipater á quien entonces tenia preso, le hubiesen hecho todavia mas suspicaz y mas sediento de sangre.

La serie de esta historia nos suministrará muy pronto una prueba de ello en una orden que dió antes de morir, y que descubre su caracter feroz y su rabia frenética, mucho mas que la matanza de Bethleem.

Por lo demas se entiende por que Josefo pasó en silencio la degollacion de los inocentes, porque no podia recordar este suceso sin hablar al mismo tiempo de la expectacion del Mesías, que segun la idea constante de los judios debia librar á este pueblo y conducirle como soberano de victoria en victoria. Los romanos tenian tambien noticia de esta expectacion; pero le dieron otra explicacion refiriéndola al emperador Vespasiano; de lo cual hallamos dos testimonios muy notables en Suetonio y en Tácito. Josefo, segun vemos en su historia y en la de Suetonio, habia predicho á Vespasiano que llegaria al imperio y le habia colmado muchas veces de tantas alabanzas, que se le ha tachado de haber aplicado á Vespasiano las profecías concernientes al Mesías (1).

(1) «*Pluribus persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris contineri, et ejus tempore fore, ut valesceret Oriens, profectique Judœâ rerum potirentur.* Muchos estaban persuadidos, dice Tácito, que estaba escrito en los antiguos libros de los sacerdotes, y sucederia en el mismo tiempo que el Oriente llegase á ser pujante; y que unos dominadores procedentes de la Judea se apoderarian del mundo.»

Y Suetonio dice (In Vesp. 4): *Percrebuerut Oriente toto vetus et constans opinio esse in fatis, ut eo tempore Judœâ profecti rerum potirentur.* Habia cundido por todo el oriente una opinion antigua y constante, segun la cual estaba en el destino que unos dominadores procedentes de la Judea se apoderarian del mando en aquel tiempo.

Los dos historiadores consideran que esta tradicion debia cumplirse en la persona de Vespasiano y en la de Tito; pero añaden que los judios habian sacado de ella grandes esperanzas para sí antes de su cumplimiento. Los antiguos libros de los sacerdotes, de que habla Tácito, eran los de las Sibilas, escritos en lienzo y conser-

Dos profecías de que S. Mateo hace aqui mencion; son de la naturaleza de las que se encuentran en las escrituras. Pudiendo aplicarse las palabras: «Yo llamé á mi hijo de Egipto (Oseas, XI, 1),» al pueblo de Israel á quien sacó Dios de Egipto, hacen alusion al mismo tiempo á la huida y á la vuelta del divino niño de Egipto. Del mismo modo podia aplicarse la profecía de Jeremias juntamente á la próxima redencion del pueblo judio y á la matanza de Bethleem (Jerem. XXXI. 19).

Porque Herodes mandó quitar la vida á todos los niños desde la edad de dos años abajo en Bethleem, se ha querido deducir que los magos venidos de la Persia no llegaron á Judea hasta el año siguiente; pero la estrella pudo aparecerseles como signo antes del nacimiento

vados como la cosa mas sagrada en el templo de Júpiter Capitolino en Roma. No necesitamos mirar á las Sibilas como unas profetisas inspiradas del espíritu de Dios: lo que dijeron, podian haberlo tomado de la fuente santa de Israel. Estas tradiciones relativas á unos dominadores de la Judea, unidas á la egloga cuarta de Virgilio, en la que hallamos idea de un reinado futuro de justicia bajo las mismas imágenes que en Isaías, hacen á mi parecer muy verosímil esta conjetura, aunque el poeta romano cree que debe cumplirse en el hijo recien nacido de Asinio Polion lo que se habia predicho del Mesías. Probablemente salió de este orígen la profecía que algunos meses antes del nacimiento de Augusto hizo mucho ruido en Roma y se aplicó á este: *Regem populi romani naturam parturire*: que la naturaleza paria un rey del pueblo romano. Este documento se halla en Suetonio, que le atribuye á cierto Julio Márato: este cuenta tambien que el senado se sobrecogió de espanto en tales términos que tomó medidas para que no quedase con vida ningun niño varon en aquel año. Dice que las mujeres preñadas que creian se les podia aplicar aquella prediccion, sabian eludir las disposiciones del senadoconsulto (Suet. in Aug. 9).

del divino infante: por otro lado puede suponerse que el suspicaz y cruel Herodes dilató por algun tiempo la degollacion de los inocentes para lograr con mas seguridad sus fines.

CAPITULO VI.

Se cierra el templo de Jano en Roma.

Segun el testimonio de un historiador (Orosio VI, 21) parece que el templo de Jano se cerró en Roma el año en que vino Jesucristo al mundo, y por esta señal se anunció al universo la dicha de una paz general por expresarme asi.

La costumbre de abrir el templo de esta antigua divinidad latina en tiempo de guerra y cerrarle en tiempo de paz se estableció bajo el reinado de Numa Pompilio, segundo rey de Roma, que le tuvo cerrado durante cuarenta y dos años que reinó: le abrió su sucesor, y no se cerró hasta el fin de la segunda guerra púnica. El emperador Augusto le cerró por la tercera vez despues de los triunfos que consiguió de Antonio y de Cleopatra, haciendo ver asi á los romanos tres veces lo que no habian visto mas que dos en el espacio de siete siglos. Seguramente nada de esto sucedió sin disposicion particular de la Providencia, que queria señalar la aparicion del gran príncipe de la paz con una completa tranquilidad exterior (1) (Isaias IX, 6).

(1) Jano era en su orígen una divinidad del Oriente. Los indios le llaman Ganesa y le representan con dos caras como los romanos. Estos daban el nombre de Jano á una de las puertas de la ciudad, y los indios escriben el nombre de Ganesa encima de sus puertas. Los romanos, asi como los indios, empezaban todos sus asuntos en el

CAPITULO VII.

Historia de Herodes: su muerte.

Al fin de la historia de la segunda época (1) dejamos á Herodes en el estado fatal de desconfianza y exasperacion á que se ve necesariamente reducido un viejo cruel y tiránico. La memoria de los muertos le aterraba: desconfiaba de los vivos: se sentia cruelmente atormentado de congojas y remordimientos, viéndose al fin de una vida manchada de sangre; y no buscaba su salvacion donde podia encontrar aun misericordia. La edad y las enfermedades le habian conducido al borde del sepulcro, y vivia en continua inquietud, temiendo que los suyos le precipitasen en él antes de tiempo.

Simson, cuyos anales que llegan desde la creacion hasta la destruccion de Jerusalem, me sirven de guia

nombre y bajo la invocacion de Jano. Aunque el mes primitivamente consagrado á este dios por los romanos fue el undécimo del año, ha prevalecido el uso de comenzarle por enero (*Januarius*,) establecido entre nosotros (Asiatic. researches, vol. I, en el excelente tratado de Wiliam Jones, on the Gods of Grece, Itali and India). Plutarco dice en la vida de Numa que los romanos representaban á Jano con dos caras por aludir á dos estados diferentes de los hombres, porque este dios habia instruido y civilizado como rey de Italia á los latinos hasta entonces rudos y salvajes. Plutarco no conocia el orígen oriental de esta deidad. Asi es que Jano era un símbolo de Noé como la mayor parte de las divinidades de los antiguos. En las Indias se le representaba y se le representa aun hoy con dos caras, porque Noé miraba al mismo tiempo al mundo primitivo y al mundo nuevo que estaba destinado á repoblar.

(1) Aqui se refiere el autor á su *Historia de la religion* (N. del T. E.).

en la cronología, afirma que la prision de Antipater se habia verificado aun antes de la prediccion del nacimiento del Bautista: por evitar confusion he seguido tambien á dicho autor en este punto, aunque otros ponen el acontecimiento despues de la degollacion de los inocentes. Esta última opinion es mas verosímil, porque parece que Herodes no sobrevivió mucho tiempo despues de descubiertos los designios parricidas de su hijo.

Recuérdese que Herodes habia enviado embajadores á Augusto con una segunda noticia sobre las pruebas recien descubiertas contra Antipater. Sintiéndose enfermo de peligro creyó que debia hacer nuevo testamento, en el que designó por su sucesor á su hijo Antipas que habia tenido de una cierta Cleopatra de Jerusalem, porque las calumnias de Antipater contra sus dos hijos Arquelao y Filipo que vivian en Roma, habian dejado violentas sospechas en el ánimo de aquel padre naturalmente receloso. Mandó en su testamento mil talentos á Augusto, quinientos á Livia, esposa de este, é igual cantidad á algunas otras personas de la familia imperial: aseguró á sus hijos y nietos grandes sumas de dinero, pensiones anuas y heredades, y dejó un legado cuantioso á su hermana Salomé.

Yendo cada vez á peor su enfermedad influyó mucho en su humor ya demasiado melancólico, y este obró á la vez sobre la enfermedad, de suerte que no tardó en convertirse la melancolía en furor que manifestaba con la mas leve ocasion, y que se excitó mas, ya con la idea de que la nacion le despreciaba con maligna alegria en el estado en que se hallaba, ya con el pensamiento de que vivia aun Antipater, á quien tenia preso y no queria quitar la vida hasta recobrar bastantes fuerzas para dar un aparato imponente á esta horrible escena.

Un nuevo acontecimiento vino á aumentar el des-

orden de su estado físico y moral. Habia mandado erigir en varios parajes de Jerusalem algunas imágenes, que estaban prohibidas por la ley divina, porque favorecian la idolatría: entre estas imágenes habia una águila de oro, verdadera obra maestra, que colocada encima de la puerta principal del templo causaba doble escándalo, ya porque estaba delante del lugar santo, ya porque los romanos daban culto divino á las águilas que figuraban en los estandartes de las legiones. Judas y Matias, doctores distinguidos entre los israelitas, resolvieron derribar el águila y todas las demas imágenes, y lograron infundir el mismo entusiasmo á sus muchos discípulos. El falso rumor que corria entonces sobre la muerte del tirano, con tanto mayor crédito cuanto mas se deseaba su fin, favorecia la ejecucion de aquel proyecto. Los dos doctores á la cabeza de una multitud de jóvenes se dirigieron precipitadamente hácia el templo, arrancaron el águila, y la hicieron pedazos; y aun no habian dado cima á su temeraria empresa, cuando llegó un oficial del rey con tropas, á cuya vista huyeron los mas de los jóvenes. Quedaron cuarenta con los dos doctores que no querian abandonar el lugar á donde los habia llamado el zelo de la ley, y aprehendidos inmediatamente fueron llevados con buena escolta á la presencia del rey, quien les preguntó cómo se habian atrevido á cometer un crímen semejante. Ellos respondieron sin temor y con mucha alegria que habiéndose sacrificado por la gloria de Dios, moririan con la esperanza de alcanzar una recompensa en el cielo. Herodes los mandó llevar cargados de grillos á Jericó, en donde convocó á los principales gefes del pueblo y concurrió él en persona. Reunidos en el anfiteatro, y no pudiendo él estar de pie por su mucha debilidad, se reclinó en una camilla, y pronunció un discurso en que se quejó amargamente de

la ingratitud del pueblo que destruia los dones que él habia hecho al templo, con el intento de insultarle, siendo asi que construyendo aquel edificio magnífico á la gloria de Dios y dotándole de ricos presentes, habia ejecutado lo que no pudieron los asmoneos en un reinado de ciento veinte y cinco años. Aquellos jóvenes, temiendo su crueldad, empezaron á disculparse, y dijeron que no habian tomado ninguna parte en aquella accion que seguramente merecia castigarse. Entonces se calmó un tanto la cólera de Herodes. No obstante destituyó al pontífice Matias de su dignidad, y la encomendó á su cuñado Jozaros ó Joazar: mandó quemar vivos a los dos doctores Judas y Matias y á los que habian contribuido mas á la destruccion del águila, é hizo matar los otros á flechazos.

Entretanto su enfermedad hacia progresos visibles: consumiale un fuego interior, y le atormentaba una comezon insoportable en todo su cuerpo y un apetito desmedido, que aumentaba mas los dolores agudos causados por la inflamacion de las entrañas: las piernas acometidas de hidropesia se le hinchaban de una manera espantosa, y le salian gusanos de los intestinos. No podia respirar sino estando de pie: todos sus miembros padecian convulsiones espasmódicas, y el aire se infestaba con su aliento y la fetidez de sus llagas.

Aqui se descubre evidentemente la mano de Dios, que le castiga y quiere dar ejemplos á otros tiranos futuros, perseguidores de Cristo. Mas él no perdia la esperanza de sanar, y practicaba los remedios ordenados por los médicos, cuyas disposiciones observaba con suma docilidad. Por orden de estos tomó los baños calientes que estaban cerca de Callirrhoe al otro lado del Jordan: este manantial cuyo nombre significa hermosa fuente, tiene tambien la propiedad particular de suministrar una bebida dulce y grata, aun cuando se pre-

cípite en las aguas del mar Muerto con las cuales no se mezcla. Asimismo le prescribieron un baño de aceite, sin duda para destruir los gusanos que ya le comian; pero estuvo á pique de morir en él. Entonces se volvió á Jericó.

Luego que llegó á este lugar, convocó á todos los caudillos de Israel bajo pena de muerte contra todos los que faltasen, y cuando estuvieron reunidos los hizo encerrar en el circo que habia construido cerca de Jericó al estilo de los griegos y romanos. Llamó despues á su hermana Salomé y á Alexas, marido de esta, y les declaró que de todos los males que le atormentaban, el mas agudo era la idea de que su muerte no seria sentida ni llorada del pueblo. Añadió que era deber de ellos excitar un duelo real despues de su muerte, que no consistiese solamente en apariencias exteriores y ceremonias pomposas, como sucede de ordinario en la muerte de los reyes; y que por lo tanto debian luego que él dejase de existir ocultar su fallecimiento y enviar soldados al circo que mataran á todos los caudillos de Israel. Salomé y Alexas prometieron al moribundo respetar su voluntad. Como los caudillos de Israel eran los jefes de diversas tribus, queria el rey causar con la muerte de aquellos un duelo general en cada tribu.

En esto volvieron los embajadores que habia enviado á Roma, con la respuesta de Augusto, el cual le daba facultad para castigar á su hijo, ya con el destierro, ya con la muerte, y le participaba haber muerto violentamente Acmeo. Esta respuesta le proporcionó un consuelo; pero consuelo pasajero y digno de él. De allí á poco pidió una manzana y un cuchillo; mas acometiéndole repentinamente un dolor agudísimo, iba á meterse el cuchillo en el pecho, cuando su primo Aquiabo le detuvo el brazo dando un grito de

horror. Este grito hizo correr la voz que habia muerto el monarca, y resonó el palacio con llantos y gemidos. Antipater que los oyó pensó enloquecer de alegría, y creyéndose ya no solamente libre de las cadenas, sino sentado en el trono, dijo al carcelero que le diera libertad y le prometió una gran recompensa; pero aquel se resistió y fue á contar al padre la conducta de su hijo. El padre enfurecido y golpeándose la cabeza envió orden de matar al punto á su hijo y enterrarle en el cementerio general de Hircanion. Inmediatamente hizo otro testamento, y dió á Arquelao su reino, á Antipas la Galilea y Nerea con la dignidad de tetrarca, y á Filipo las provincias de Traconites, Gaulon, Batanea y Panias con la misma dignidad. Legó á Salomé las ciudades de Jamnia, Asdod y Fasaelis: no se olvidó de sus demas parientes, y dejó á Augusto toda su vajilla de oro y plata con ricas vestiduras. Exhaló el último suspiro cinco dias despues de haber mandado quitar la vida á Antipater á los treinta y siete años de reinado. Este hombre habia gozado todas las delicias que puede ofrecer el mundo, y en este estado iba á comparecer delante del tribunal del rey de los reyes (Jos. *Ant. jud.*, XVIII, VI, VII, VIII. — Jos. *de Bello jud.*, XXII, 7; XXIII, 1, 8).

CAPITULO VIII.

Historia de Arquelao, sucesor de Herodes.

Salomé y su esposo se condujeron con mucha prudencia. Teniendo oculta la muerte de Herodes fueron los dos al circo, mandaron abrir las puertas á los jefes de Israel que estaban encerrados allí, y les participaron en nombre de Herodes que estaban libres. Estos sin duda se volvieron á toda prisa á su pais, porque to-

davía le creian vivo Mas no tardó en divulgarse por la ciudad la noticia de su muerte; y Salomé y Alexas reuniendo en el anfiteatro las tropas que habia en Jericó se la participaron. Luego Tolomeo, ministro que habia sido de Herodes, quien le habia entregado su sello al morir, se adelantó y leyó á los soldados una carta del monarca difunto, que les daba gracias por su fidelidad y les recomendaba que profesaran los mismos sentimientos á Arquelao: por último abrió el postrer testamento de Herodes, en el que declaraba que no serian valederas sus disposiciones hasta que Augusto las aprobase. A pesar de esta cláusula los soldados saludaron por rey á Arquelao con grandes gritos de alegría; y todos, capitanes y soldados, hacian súplicas por que Dios le tomase bajo su proteccion, y le juraban la misma obediencia y fidelidad que habian tenido á su padre. Arquelao partió á Jerusalem é hizo enterrar con toda pompa al rey; y luego que pasaron los siete dias de duelo que exige la costumbre del pais (1), dió un gran banquete al pueblo, y despues subió vestido de blanco al templo donde le recibió la multitud enagenada de contento. Les manifestó su gratitud por haberle mostrado tanto afecto y no parecer preocupados contra él por las crueldades de su padre: les declaró que no queria aceptar aun ni el título, ni la corona de rey con que le brindaba la tropa de Jericó, hasta que Augusto ratificase la última voluntad de aquel: añadió que en cuanto recibiese esta ratificacion se apresuraria á corresponder á sus favorables esperanzas y á portarse con ellos mejor que su padre. Asi condenó las faltas de un rey aborrecido. Este modo de proceder podia ofender los sentimientos de las almas delicadas; pero

(1) «Se llora á un muerto durante siete dias,» dice el hijo de Sirach (Ecl. XXII, 13).

gustaba á la multitud porque halagaba su odio. El pueblo se alegraba mucho de la mudanza de reinado que acababa de efectuarse, y queriendo asegurar pronto los frutos que esperaba, acosó al príncipe con una porcion de peticiones: unos exigian la abolicion de los impuestos con que su padre habia gravado el comercio: otros la reduccion de los tributos anuales; y otros por último que los presos de estado fuesen puestos en libertad. Arquelao prometia todo lo que le pedian, ya porque pensaba que no ejerciendo aun el mando era preciso mostrarse complaciente, ya tambien porque se persuadia que el pueblo apenas libre de una prolongada sujecion queria aprovecharse de su turbacion para arrancarle unas promesas que acaso estaba decidido á no cumplir, á lo menos en gran parte. Acabada la junta ofreció un sacrificio en el templo, y dió un banquete espléndido á sus amigos (Jos. *Ant. jud.* XVII, VIII, 2, 4. — Jos. *de Bello jud*, I, XXXIII, 9; n. 1).

Los descontentos parecian sosegados con las promesas de Arquelao, cuando de allí á algunos dias se notó nueva efervescencia en el pueblo: el pretexto era la memoria venerada de Judas, de Matias y de los jóvenes contra quienes habia desplegado Herodes tanta crueldad por haber derribado el águila de oro, privándolos hasta del honor de ser llorados. Los descontentos dieron quejas, gritaron é insultaron la memoria de Herodes pidiendo venganza á Arquelao contra los que habian tenido mas valimiento con su padre, é insistiendo violentamente en la deposicion del sumo sacerdote Joazar, cuyo nombramiento injusto y arbitrario despues de la destitucion de su predecesor les daba una razon plausible para excitar disturbios.

Sin dificultad se concibe cuánto debió contrariar á Arquelao esta sublevacion, sobre todo en aquellas críticas circunstancias. Por una parte estaba impaciente

por marchar á Roma para que Augusto le confirmára en la posesion del trono, y por otra temia dejar el campo libre á los descontentos si se ausentaba; mas tambien si dilataba el viaje para otra época, podian sus enemigos aprovechar la ocasion para intrigar contra él en Roma, donde no debia hacerle muy recomendable á Augusto su desgraciado principio en la carrera política. Envió pues un oficial á los descontentos para hacerlos conocer toda la gravedad de las circunstancias y decirles que aquellos cuya muerte sentian habian sido castigados legalmente á consecuencia de una causa: que tenia ánimo de marchar á Roma, y que á su vuelta, cuando estuviese confirmado en el mando, se pondria de acuerdo con ellos sobre las medidas que hubieran de tomarse; y que entretanto debian permanecer quietos y evitar hasta la apariencia de rebelion. Los descontentos impusieron silencio al enviado de Arquelao, le recibieron á silvidos, se desataron en improperios contra él y le amenazaron, así como á cualquier otro que se atreviese á hacerles amonestaciones, pidiendo con impetuosos brios venganza por aquellos cuya memoria creian honrar así.

La fiesta de Pascua estaba próxima. La turba de descontentos se retiró al templo y fijó allí su morada no sonrojándose de pedir pan al pueblo para pensar exclusivamente en sus proyectos de rebelion. Arquelao envió un capitan y algunas tropas con orden de comprimir el furor de los rebelados antes que el pueblo se uniese á ellos, y aprehender á los mas sediciosos. Entonces se oyeron gritos de frenético furor: el pueblo se puso de parte de los rebeldes y arrojó á los soldados una nube de piedras: el capitan escapó con unos pocos heridos siéndolo él tambien. Arquelao dirigió despues tropas de infanteria y caballeria contra el templo, que impidieron que el pueblo de afuera penetrase en el

vestíbulo, y arrojaron del lugar santo á los rebeldes: cerca de tres mil de estos cayeron acuchillados por la caballeria, y los demas huyeron á las montañas. Arquelao mandó que se volvieran al punto á sus casas todos los que habian ido á Jerusalem á celebrar la fiesta. La tranquilidad exterior quedó restablecida por algun tiempo, y aprovechándose Arquelao de esta circunstancia emprendió su viaje á Roma: encomendó la administracion del reino á su hermano Filipo, y se llevó consigo á su madre, algunos parientes, Nicolás de Damasco y Tolomeo, á quien Herodes habia entregado el sello al tiempo de morir: tambien le siguieron otros amigos. Su tia Salomé le acompañó con sus hijos só pretexto de apoyarle; pero en realidad con intento de desbaratar sus designios. Para lograrlo contaba sin duda con su astucia y con la amistad de Livia, que ejercia grande influjo sobre su esposo Augusto, como es sabido.

CAPITULO IX.

Vuelve Jesus de Egipto.

Volvamos ahora al ungido del Señor, que en su huida á Egipto es un modelo de consuelo para todos los que han sido perseguidos despues de publicado el Evangelio en los diversos siglos del cristianismo á causa de su nombre.

Hé aquí lo que refiere el evangelista S. Mateo: «Mas habiendo muerto Herodes, el angel del Señor se apareció en sueños á José en Egipto diciendo: Levantate y toma al niño y á su madre y vete á tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la vida del niño. Levantándose José tomó al niño y á su madre y se fue á la tierra de Israel. Mas sabiendo que reinaba Arquelao en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allí; y advertido en sueños se retiró á la parte de Ga-

lilea, y fue á habitar una ciudad que se llama Nazareth, para que se cumpliese lo que dijeron los profetas: porque se llamará nazareno (S. Mateo, II, 19 á 23).»

No hallamos en ningun profeta que el Mesías debia llamarse Nazareno; por lo cual se cree que los profetas que le habian llamado *Netzer* (Isaias XI, 1 y LIII, 2, Jeremias XXIII, 5), que quiere decir en lengua hebrea arbusto ó vástago florido, habian aludido á su residencia futura de Nazareth, y que esta ciudad debia acaso su nombre á la fertilidad de sus alrededores. Encontramos muchos ejemplos de esta riqueza de expresiones proféticas; pero no citaré mas que uno solo, porque tiene grande analogía con el de que se trata aqui. El profeta Zacarías (III, 8, VI, 12) llama al Mesías Zemah, que tiene la misma significacion que la palabra Netzer (un arbusto ó un retoño florido); pero que significa tambien el Oriente. No podemos dudar que Zacarías profetizando despues de Isaías y Jeremías, los cuales llaman Netzer al Mesías, pensaria en el sentido que dichos profetas habian dado á aquella palabra; pero la prueba de que pensó tambien en el otro sentido de la voz Zemah, es que el padre de S. Juan Bautista, aludiendo á la prediccion del profeta Zacarías, llama al Mesías el Oriente de lo alto (S. Lucas I, 78).

Una antigua tradicion (piadosa por su orígen, si es cierta) refiere que los ídolos de Egipto caian hechos pedazos por donde quiera que pasaba el hijo de Dios. Asi se habrian cumplido las palabras del profeta Isaías (capitulo XIX, 1): «Hé aqui que el Señor subirá en una nube ligera, y entrará en Egipto, y se conmoverán los simulacros de Egipto á su presencia, y el corazon de Egipto se podrirá enmedio de él (1).»

(1) Dejamos á los inteligentes en la lengua hebrea y á los comentadores ilustrados que procuran penetrar el sentido de las santas escrituras con prudencia y humil-

Parece que S. José tuvo designio de fijar su residencia en Judea, tal vez en Bethleem, antes que la noticia de que reinaba Arquelao le hiciera mudar de resolucion, y le mandase una revelacion divina volver á Nazareth.

CAPITULO X.

Sucesos ocurridos en tiempo de Arquelao.

Al llegar Arquelao á Cesarea, donde queria embarcarse para pasar á Roma, se encontró con Sabino, tesorero de Augusto en Siria, que iba á Jerusalem á

dad, el cuidado de examinar si como juzgan algunos hombres capaces, los nombres de *Notzer Chesed* (Exodo XXXIV, 6), *conservador de la gracia*, que se dió á sí misma la magestad de Dios cuando se apareció á Moises (verosimilmente la segunda persona de la divinidad), y el renombre de *Nasir* (Génesis XLIX, 26), es decir, el distinguido ó el príncipe de sus hermanos, que Jacob al morir habia dado á su hijo José, modelo de Jesucristo, se refieren á lo que decimos; y ademas si se ha tomado la palabra *nazireno* (Hist. univ. IX, año 10, § 256) en el sentido de que significa un hombre que se habia consagrado á Dios; lo que cuadra perfectamente al Mesías. Los comentadores ilustrados, es decir, aquellos á quienes *ilumina la antorcha del Señor* (Salm. XVII, v. 31), y que se guardarán muy bien de sostener sus propias opiniones, por edificantes que sean, en competencia con la palabra divina, no tratarán de cercenar ó falsificar con estudios funestos el sentido profundo y rico que el mismo espíritu de Dios puso en su palabra, como han hecho otros muchos comentadores modernos. Es de notar que los rabinos llaman aun ahora á nuestro Señor *Notzer*, y á veces tambien *Netzer*, aunque por ironía (Hist. universal ya citada).

recoger los tesoros que habia dejado Herodes. Mas en virtud de las representaciones de Varo, que gobernaba la Siria y se hallaba entonces en Cesarea (Ptolemais), llamado por Arquelao para conferenciar con él sobre sus asuntos antes de partir á Roma, prometió Sabino suspender aquella medida tan contraria á los intereses de Arquelao y aguardar en Cesarea las órdenes terminantes de Augusto. Pero apenas marchó Arquelao para Roma y Varo para Antioquía, se dirigió Sabino con toda celeridad á Jerusalem, tomó posesion del palacio real, y mandó á los comandantes de las fortalezas y á los intendentes del patrimonio y de los tesoros del rey que fueran á buscarle: su intento era ocupar las fortalezas y tomar cuentas á los intendentes; mas estos no accedieron á sus deseos só pretexto que tenian que guardar para Augusto lo que se les habia entregado.

Antipas hizo tambien un viaje á Roma con su madre Cleopatra para alegar los derechos que presumia tener á la corona, como si fuera válido el primer testamento, cuando el testador ha hecho otro en debida forma: ademas Arquelao era el primogénito. No es probable que Antipas se hubiera atrevido á alegar unos derechos tan poco fundados, si no le hubieran incitado Salomé y el orador Ireneo, que le acompañaba con Tolomeo, hermano de Nicolás de Damasco. Apenas llegó Antipas á Roma, todas las personas de la servidumbre del rey que en su mayor parte habian seguido á Arquelao, abandonaron el partido de este y se pasaron al de Antipas, no precisamente por amor que le tuviesen, sino por odio contra el otro, á quien acusaba Sabino en sus cartas á Augusto de ser la causa de que se negasen los intendentes á darle cuenta de los bienes y tesoros de Herodes.

Arquelao y Antipas dirigieron representaciones á Augusto, quien convocó una junta de hombres de mé-

rito, ante los cuales y en presencia suya debian los dos competidores defender su causa. Antipater, hijo de Salomé, se declaró contra Arquelao, acusándole de que solo en apariencia solicitaba el consentimiento de Augusto para subir al trono cuando en realidad se habia anticipado ya, y de haber señalado el principio de su ilegítimo reinado derramando la sangre de tantos hombres en un dia festivo y en el lugar santo. Añadió que el último testamento de su padre no podia darle ningun derecho contra el de Antipas, á quien Herodes habia nombrado su sucesor cuando todavía estaba en el uso cabal de todas sus facultades físicas y morales.

Nicolas de Damasco que se hallaba en Roma, y que era conocido personalmente de Augusto por sus presentes, pidió permiso para hablar y empezó diciendo que no le era dificil demostrar la injusticia de las quejas dadas contra Arquelao, y probar la validez del último testamento que habia hecho Herodes cuando aun estaba en todo su conocimiento; y como el rey habia recomendado á Augusto el cumplimiento de su última voluntad y la suerte de los suyos de un modo tan lisonjero, no dejó Nicolas de aprovechar esta circunstancia para pintar con los colores mas vivos el horrible egoismo de un hijo que trataba de rasgar el testamento de su padre, y la infame peticion hecha á Augusto para que anulara la última disposicion de un rey que le habia sido fiel toda su vida.

Luego que Nicolas hubo terminado su discurso, se echó Arquelao á los pies de Augusto, el cual levantándole con bondad se declaró en su favor, aunque sin dar ninguna decision. Augusto despidió la junta, y reflexionó interiormente si deberia confirmar á Arquelao en la posesion de su gobierno, ó repartir las provincias de Herodes entre sus hijos.

Mientras que dos de estos se disputaban en Roma

el reino de su padre, estalló en Jerusalem una nueva rebelion; y aunque logró comprimirla Varo que acudió precipitadamente, retoñó muy pronto, porque Sabino á quien dejara aquel con una legion, provocó á los judíos con sus violencias y codicia. La reunion de los israelitas con motivo de la fiesta de Pentecostes, á que concurrian esta vez una multitud de habitantes de la Galilea, de Jericó y del otro lado del Jordan, tal vez con designios hostiles á los romanos, puso en gran riesgo á Sabino, el cual con dificultad pudo refugiarse en la torre de Fasael, nombre del hermano de Herodes, y desde alli dió á sus tropas la orden de acometer. Estas cayeron sobre los judios, lo llevaron todo á sangre y fuego, incendiaron varios pórticos del templo en cuyas ruinas quedaron sepultados muchos judíos, y por último precipitándose en el lugar santo saquearon el tesoro, del que Sabino recibió públicamente cuatrocientos talentos.

Las tropas del rey se dividieron: los mas se pusieron de parte de los judíos; pero tres mil hombres muy valientes mandados por Rufo y Grato, sugetos experimentadisimos, se incorporaron á los romanos con sus gefes en Samaria. Los judíos ofrecian libre retirada á Sabino y á los soldados que mandaba; pero este desechó la proposicion, ya porque no tuviese confianza en ellos, ya porque esperase socorro de Varo.

Otros disturbios ocurrieron en el pais. Dos mil soldados licenciados por el anciano rey acometieron á una division mandada por Aquiabo, primo de Herodes. Habiéndose apoderado de unas armas ocultas Judas, hijo de Ezequías, y capitan de una cuadrilla de bandidos, que habia costado mucho trabajo á Herodes sujetar, recorrió el pais al frente de una tropa de vagamundos, se entregó al pillaje, y llevó la audacia hasta aspirar á la corona. Simon, criado que habia sido de Herodes, se ciñó la diadema real, hizo que sus partidarios le sa-

ludaran con el título de rey, saqueó y redujo á cenizas el palacio de Jericó, y luego anduvo errante con una horda que se engruesaba cada dia con la agregacion de hombres ordinarios y mal disciplinados, pero muy audaces, procedentes los mas de la otra orilla del Jordan. Despues de haberse resistido largo tiempo á Grato que le acometia con tropas regulares, fue al fin vencido, apresado en su fuga, y decapitado por orden de aquel gefe. En Amata á las márgenes del Jordan otras hordas prendieron fuego á un palacio del rey. Todo estaba en fermentacion, y el pueblo se rebelaba ya en un punto, ya en otro, porque la nacion estaba sin cabeza, y la arrogancia y codicia de los romanos habian irritado á los habitantes.

Un pastor llamado Antronges, confiado en su fuerza extraordinaria proporcionada á su estatura gigantesca, y en un arrojo que hubiera ejercitado contra los lobos en tiempos mejores, puso tambien las miras en el trono de Judea y se ciñó la diadema real. Apoyábanle cuatro hermanos de la misma estatura y audacia, y cada uno mandaba una cuadrilla de aventureros, que tan hostiles á los partidarios del rey como á los romanos recorrian los campos y se mantuvieron mucho mas tiempo que los otros rebeldes alcanzando alguna victoria; pero al cabo perecieron uno á uno, hasta que el último gefe y el único que habia sobrevivido á sus hermanos se rindió á Arquelao cuando este volvió á la Judea.

En cuanto Varo recibió la carta que le enviaba Sabino, se puso en marcha con dos legiones y cuatro escuadrones de caballería reforzados con muchas tropas de los reyes y tetrarcas limítrofes y tributarios de los romanos, y trató con un rigor propio de su nacion las ciudades que se habian declarado contra ellos, ya reduciendo las casas á cenizas, ya vendiendo los habitan-

tes. Las hordas que le envió Aretas, rey de la Arabia petrea, y que se habian unido á él, aprovecharon esta ocasion para satisfacer el odio que alimentaban desde el tiempo de Herodes contra los partidarios de este.

Cuando Varo llegó delante de Jerusalem, ya se habian dispersado los judíos que habian tenido sitiada hasta entonces la legion de Sabino. Varo reprendió enérgicamente á los habitantes por su rebelion, cuya causa atribuian estos á los forasteros que habian concurrido á la fiesta. Sabino no se atrevió á comparecer delante de Varo con José, primo de Arquelao, Grato y Rufo, y se fugó por la parte del mar. Varo mandó formar causa para descubrir el origen de la rebelion, y fueron crucificados dos mil hombres; mas se levantó contra él un ejército de diez mil judíos: Varo los persiguió, y al cabo se rindieron á los romanos por consejo de Aquiabo. Los soldados rasos fueron licenciados, y los gefes enviados á Roma, donde Augusto dejó en libertad á la mayor parte, castigando solamente á los parientes de Herodes que habian tomado las armas contra Arquelao.

Restablecido el orden volvió Varo á Antioquia, dejando en Jerusalem la legion de Sabino, aunque estaba muy descontento de ella por su desobediencia y codicia. Los ancianos de la nacion judía que aprobaban todas estas medidas, enviaron de motu propio cincuenta diputados á Augusto para rogarle que reuniese la Judea al gobierno de Siria; pero con la condicion de quedar los habitantes de aquella en libertad de observar la religion y la ley de sus padres. Vituperaban severamente la tiranía de Herodes y el derramamiento de sangre al advenimiento de Arquelao, quien decian ellos que se habia mostrado digno de tal padre. Mas de ocho mil judíos residentes en Roma apoyaban esta peticion.

CAPITULO XI.

Division de la Judea en diferentes gobiernos.

Arquelao se presentó solo y abandonado, sin que ningun pariente suyo levantase la voz en su defensa ó hablase en su favor; sin embargo no querian estos hacer causa comun contra él con los enviados de la Judea, cuya pretension no podia agradarles porque se dirigia contra toda la familia real y tenian todavía mas ó menos pretensiones ya á la dominacion, ya á los bienes quedados por muerte de Herodes. Nicolas de Damasco defendió de nuevo la causa de Arquelao, y acabado su discurso Augusto despidió la junta, y de alli á unos dias declaró á Arquelao no rey, sino etnarca (1) de la mitad de las provincias que habia gobernado Herodes con promesa de honrarle con el título de rey luego que se hiciese digno. En cuanto á la otra mitad la dividió entre los otros dos hijos de Herodes: á Antipas le tocaron la Perea y la Galilea: á Filipo la Batanea, la Traconitis, la Auranitis y una parte del territorio que se llamaba en lo antiguo la casa de Zenodoro. Arquelao se quedó con la Judea, la Idumea y Samaria. Por orden de Augusto se condonó á esta última provincia una cuarta parte de los tributos en recompensa de haberse mantenido fiel y pacífica en la insurreccion anterior. El emperador se reservó las ciudades de Gaza, Gadara é Hippos habitadas por los griegos, y las sujetó al gobierno de la Siria. Ademas de las ciudades que habia legado Herodes á Salomé por su último testamento, Augusto le hizo do-

(1) Etnarca (soberano de un pueblo) era un título de aquellos tiempos. Un etnarca tenia menos potestad que un rey y mas que un tetrarca.

nacion del palacio real de Ascalon. Tambien dió á las dos hijas de Herodes mas de lo que les habia señalado su padre, y las casó con sus primos, hijos de Feroras. Repartió entre los hijos del mismo monarca las mandas que este le habia dejado, y no conservó para sí mas que algunos vasos como memoria.

Apenas se habia terminado esta cuestion tan importante para el pueblo judío, cuando salió por decirlo asi del imperio de las tinieblas una nueva reclamacion de parte de un joven que se daba por Alejandro, hijo de Herodes y de Mariamne de Armenia. Era judío de origen; pero se habia criado en Sidon, y tenia tal semejanza con el príncipe á quien se habia quitado la vida, que sin mucha dificultad era creido cuando afirmaba que el anciano Herodes habia sido engañado, y que en lugar de sus hijos habian perecido otros dos jóvenes. Acompañabale y le apoyaba un hombre astuto que conocia bien el mundo.

El supuesto Alejandro pasó á Creta y luego á Melos, donde le recibieron con gran generosidad los muchos judíos que alli habia, y varios le acompañaron hasta Roma. La fama le precedió á esta ciudad, y los judíos salieron á recibirle solemnemente creyéndole hijo de Mariamne y último vástago de la dinastía amonea.

Aunque este suceso pareció muy sospechoso á Augusto, no quiso con todo obrar con demasiada precipitacion, y envió un liberto que habia tenido frecuentes relaciones con los dos príncipes durante su residencia en Roma, y llevaba orden de conducir á ambos á su presencia. El liberto fue engañado, y Augusto se quedó con dudas. Por muy parecida que fuese la fisonomía del joven á la de Alejandro, no se le ocultaron algunas diferencias, porque Alejandro era delicado y noble en sus formas, al paso que el otro parecia endurecido con el trabajo, y sus manos callosas denotaban haber tenido

que dedicarse á faenas duras. Preguntados donde estaba Aristóbulo respondieron que se habia quedado en la isla de Chipre, para que si sucedia alguna desgracia en el camino á uno de los dos hermanos, se conservase el otro. Augusto llamó aparte al temerario joven, y habiéndole arrancado su secreto con destreza le envió á galeras y castigó de muerte al inspirador (Jos. *ant. jud.* XVII, IX, 5, 7, *de Bello jud.*, I, II, III; IV, V, VI, VII, 12.

CAPITULO XII.

Conducta de Arquelao en la Judea: es desterrado á las Galias.

Arquelao á quien debieran haber hecho prudente y circunspecto las disposiciones del pueblo que le eran conocidas, irritó á este mismo pueblo de todas maneras: depuso al pontífice Joazar, é invistió á su hermano Eleazar de esta dignidad que le quitó tambien á poco tiempo para conferirla á Josué, hijo de Sias. Se casó contra lo prevenido en las leyes con Glafira, que habia tenido hijos de su hermano Alejandro. Habia sobrevivido esta á su segundo esposo Juba, rey de Mauritania, y estaba al lado de su padre, rey de Capadocia, cuando la vió Arquelao, y prendándose de ella repudió á su mujer Mariamne para casarse con su cuñada.

En el segundo año del reinado del etnarca pasó por delante de la Judea Cayo, hijo primogénito del difunto Agrippa y nieto de Augusto por Julia su madre, que iba contra los partos y no entró en Jerusalem para hacer el acto de adoracion; lo cual le valió grandes elogios de Augusto. Suetonio (In Aug. 93) cita este ejemplo para manifestarnos que Augusto, estricto observante de la religion romana, era opuesto á todas las demas; pero nosotros vemos por esta relacion asi como por otras

muchas que los príncipes extrangeros acostumbraban ir á Jerusalem para implorar la proteccion del Dios de Israel.

Arquelao gobernaba con una voluntad indomable, aunque Augusto le habia recomendado que tratase á sus súbditos con dulzura. Los judíos no ignoraban esta recomendacion; por lo cual sus hermanos, los principales entre los judíos y samaritanos no vacilaron en delatarle á Augusto en el año décimo de su reinado. El emperador le mandó comparecer inmediatamente en la capital, y Arquelao tuvo que obedecer y dar sus descargos: Augusto despues de haberle oido á él y á sus delatores le desterró á Viena en el Delfinado (1).

Quirinio, gobernador de la Siria, recibió órden para hacer el empadronamiento de todos los habitantes de la Siria y de la parte de la Judea reunida á ella, y levantar impuestos. Es verdad que la Judea fue gobernada por un prefecto particular (*procurator*), que era el caballero romano Coponio; pero estaba sujeto al gobernador (*præses*) de la Siria.

CAPITULO XIII.

Cumplimiento de la profecía de Jacob.

Hacia mil setecientos años que el patriarca Jacob profetizando á la hora de su muerte habia predicho de Judá: «No saldrá el cetro de Judá, ni el príncipe de su descendencia, hasta que venga aquel á quien corresponde el cetro: él es la esperanza de las naciones;» ó segun otros: «los pueblos se adherirán á él (Jer. XLIX, 10).»

Como hemos visto, Herodes murió poco despues del nacimiento de Jesucristo. Es verdad que los romanos habian usurpado ya anteriormente algunos derechos; pero el pueblo de Dios conservaba aun su rey: era un aliado de Augusto; pero todavía ejercia las prerogativas mas importantes de la soberanía. Augusto fue el primero que las menoscabó cuando al tiempo del nacimiento de Jesucristo decretó un padron general de todos los habitantes de la Judea, y mandó hacer una *valuacion de los bienes*; pero todavía no impuso contribucion.

(1) Doce años despues del nacimiento de Jesucristo.

Herodes encomendó el cumplimiento de su última voluntad á Augusto, no como soberano, sino como un curador poderoso de que necesitaban realmente sus hijos ambiciosos para poner término á sus pretensiones. Augusto mostró mas moderacion que la que era de esperar de un romano y de un emperador tan pujante; sin embargo dejó muy sujeto al nuevo etnarca, y no contento con investirle de una dignidad poco elevada y de una potestad limitadísima todavía redujo mas el círculo de sus operaciones dándole la esperanza de una corona que se le debia, y ciertas advertencias cuya inobservancia privaria á Arquelao de todo mando.

Desde entonces la Judea no fue mas que una provincia romana reunida al gobierno de la Siria, y los príncipes de la familia de Herodes no ejercieron ninguna potestad en la Judea propiamente dicha, excepto Herodes Agrippa que por un favor extraordinario del emperador Calígula reinó de nuevo como rey en Jerusalem desde el año 38 al 45. Aunque llevó el cetro de Judá por espacio de siete años, no era independiente, sino que estaba bajo las órdenes de los gobernadores romanos, y ademas ya antes se habia quitado el cetro á Judá.

Cuando por el destierro de Arquelao salió el cetro de Judá, tenia once años de edad el rey de los reyes, cuyo reino no era de este mundo (S. Juan XVIII, 36), é iba á ejercer bien pronto por la primera vez, se-

gun veremos, su ministerio *en su templo* (Mal. III, 1) como el enviado y el ungido del Señor, como el Siloh (1) y el Mesías de su padre celestial.

CAPITULO XIV.

Ocurren nuevos disturbios en la Judea.

Los judíos se mostraron mas obedientes que los romanos esperaban á pagar los tributos; á lo que contribuyeron mucho las amonestaciones del sumo sacerdote Joazar repuesto en su cargo probablemente por el pueblo. La nacion hubiera disfrutado de grande tranquilidad, si un cierto Judas de Gamala de la provincia de Gaulon á la otra orilla del Jordan de concierto con un fariseo llamado Saduco no hubiese instigado á la plebe facil de seducir á una rebelion, cuyas resultas no podian ocultarse á ningun hombre sensato. Provocaban al pueblo bajo el falso pretexto de libertad y en el santo nombre de la religion, y le prometian la proteccion segura de Dios, quien decian ellos que era el único soberano en la Judea, y que se perjudicaban sus derechos con el reconocimiento de una dominacion extrangera. Una pasion ciega se convierte en furor cuando cree que cumple un deber, y las ideas tan poco entendidas como mal aplicadas de lo bueno arrastran á un pueblo una vez levantado de una locura á otra y de un crímen á otro crímen. Algunas hordas de aventureros armados que se habian aumentado de un modo asombroso, se desenfrenaron contra los romanos y ejercieron crueldades con ciudadanos pacíficos llevándolo todo á sangre y fuego. Las cuadrillas de ladrones se aprovecharon de este

(1) *Siloh*, que debe ser *enviado*.

desorden que les aseguraba la impunidad, engruesaba su número y daba perpetuo pábulo á su rapacidad. La devastacion y la suspension de las faenas del campo produjeron el hambre, que instigó á los rebeldes desesperados á cometer nuevos crímenes con su furor habitual. Infinitos hombres fueron víctimas de esta rebelion que se comprimió en verdad; pero su semilla quedó en el ánimo de una porcion de individuos como el fuego oculto con la ceniza, y apareció muchos años despues como una llama voraz cuando la nacion estuvo madura para el juicio de Dios.

Apenas habia concluido Quirinio el asunto de los tributos, cuando quitó al sumo sacerdote Joazar su dignidad para conferirla á Annano ó Anas (1), de quien el Evangelio hace mencion.

De allí á poco tiempo los samaritanos cometieron todo género de desórdenes y atentados para vengarse de los judíos. Era costumbre abrir las puertas del templo á media noche la víspera de Pascua; y habiéndose introducido furtivamente en él algunos samaritanos desparramaron por acá y acullá huesos humanos, no solo en los pórticos, sino en el templo mismo para profanarle. Desde entonces se les prohibió la entrada en el lugar santo (*Jos. Aut. jud.*, XVIII, II, 1, 2).

CAPITULO XV.

Jesus hallado en el templo en medio de los doctores.

En este año en la fiesta misma de Pascua fue glorificado el templo de Dios vivo, y se cumplió lo que habia predicho el profeta:

« Porque el Señor de los ejércitos dice esto: dentro

(1) Doce años despues del nacimiento de Jesucristo.

de un poco de tiempo yo conmoveré el cielo y la tierra, el mar y todo el mundo. Y moveré todas las naciones, y vendrá el deseado de todas las naciones, y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos. La gloria de esta casa última será mayor que la de la primera, dice el Señor de los ejércitos; y yo daré la paz en este lugar, dice el Señor de los ejércitos (Ag. II, 7, 8, 10).»

Oigamos ahora lo que dice el evangelista S. Lucas: «Y el niño crecia y se confortaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él. Y sus padres iban todos los años á Jerusalem en el dia solemne de la Pascua. Y habiendo cumplido aquel doce años, como hubiesen subido á Jerusalem segun la costumbre de la festividad, llegado el dia de volverse se quedó el niño Jesus en Jerusalem, y no lo echaron de ver sus padres. Mas juzgando que iba entre los que los acompañaban caminaron una jornada, y luego le buscaban entre los parientes y conocidos. Y como no le encontrasen, volvieron á Jerusalem á buscarle. Y sucedió que á los tres dias le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores oyendolos y preguntándolos. Mas todos los que le oian, quedaban atónitos de su prudencia y respuestas. Y viéndole se admiraron. Y su madre le dijo: Hijo mio, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Que tu padre y yo andabamos buscandote llenos de dolor. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabiais que conviene que yo me ocupe en las cosas que son de mi padre? Y ellos no entendieron la palabra que les habló. Y bajó con ellos y fue á Nazareth, y les estaba sumiso. Y su madre guardaba todas estas palabras en su corazon. Y Jesus adelantaba en sabiduría, en edad (1) y en gracia delante de Dios y de los hombres (S. Lucas II, 40 á 52).»

(1) En *estatura*, segun otros *en edad*. La Vulgata dice tambien *ætate*. La expresion griega *likia* significa *en* *edad*; pero tambien se usa para significar *estatura*; lo cual parece que conviene mejor aqui.

No hay duda que los padres del divino niño que habian pasado un dia entero juzgando que Jesus se hallaba entre sus parientes ó conocidos, le hubieran buscado cuidadosamente si la divina providencia no se lo hubiera disuadido; mas el Verbo eterno que se habia hecho carne, debia y queria, aunque oculto aun bajo el velo de la infancia, manifestarse en su templo á los doctores sentados en la cátedra de Moises.

Entonces traspasó ya una espada el corazon de María. ¡Cuál debia ser su dolor cuando echó de ver que el niño no estaba con ella! Solo las madres pueden comprender semejante afliccion; pero ¿cuál es la madre que se atreverá á compararse con la madre de este niño? ¿Y qué son los hijos de los hombres en comparacion del mas bello hijo de los hombres, en cuyos labios se derramó la gracia, porque el Señor le bendijo para siempre, segun dice el profeta rey (Salm. XLIV, v. 2)? Pero ¡qué ternura en la queja de María! ¡Y qué alteza en la respuesta de su hijo! ¡Y este niño noble y divino se somete de nuevo á sus padres, y se somete á unas criaturas que no son mas que ceniza y polvo! ¡Qué caracter de verdad en esta narracion! ¿Quién hubiera podido inventar asi? ¿Quién lo hubiera querido? El evangelista no añade nada para explicarnos cómo semejante madre no echó de ver la falta de tal hijo, ó cómo pudo tranquilizarse tan facilmente acerca de su ausencia. No disculpa, no disimula, ni habla tampoco de los designios de Dios, únicos que nos dan una explicacion satisfactoria de esto.

¡Cuán sencillas y nobles son las pinceladas con que tan delicadamente se hace esta narracion! ¡Cómo nos manifiestan á la madre del Salvador en su graciosa ama-

bilidad, y descubren nuestros ojos el fondo de su corazon! Nosotros somos testigos de su solicitud maternal, oimos sus dulces quejas, y vemos cómo conserva las palabras de su hijo en lo íntimo de su pecho.

CAPITULO XVI.

Sucesos ocurridos en Roma.

No tardó en ser separado Coponio del gobierno de la Judea (*procurator*), y le sucedió Ambivio. En el mismo año murió Salomé dejando á Livia, esposa de Augusto, las tres ciudades que le habia legado Herodes.

A Ambivio reemplazó bien pronto Annio Rufo, durante cuyo gobierno acabó Augusto sus dias en Nola, cerca de Nápoles, á los setenta y seis años de edad. Le habia sucedido en el imperio Tiberio, hijo de Livia y de su primer marido Claudio Tiberio Neron, que se la cedió á Augusto, entonces triunviro, cuando estaba preñada de su segundo hijo Druso (Suet., tit. IV). Livia no dió ningun hijo á Augusto; pero ejerció gran influjo en su ánimo en los cincuenta y dos años de matrimonio. Era una mujer caprichosa y ambiciosísima, y no estaba exenta de la sospecha de haber envenenado al emperador Augusto (Tacit. *Annal*. I, 5; *Dion Casio*, LVI).

Cuando este conoció que se moria, preguntó á los amigos que rodeaban su lecho si habia desempeñado bien su papel en el teatro de la vida, y luego añadió dos versos griegos que pueden traducirse asi:

Si todo os parece bien, aplaudid esta farsa, y todos vosotros dad alegremente palmadas.

SUET. IN AUG., 99.

Asi acabó á la edad de setenta y seis años el soberano del imperio mas poderoso que ha existido jamas. Terrible cuenta iba á dar de su vida. En efecto para llegar al trono derramó torrentes de sangre y cometió perfidias y muchas crueldades de pensado; pero una vez ocupado el solio fue un ejemplar raro de moderacion. Aunque el disimulo formaba el fondo de su caracter, amaba la justicia y la bondad, estaba dotado de grandes prendas, y reinó con sabiduría.

En vida se le erigieron templos, y despues de muerto se le puso en el número de los dioses. De su pira se hizo salir una águila que parecia que llevaba el alma del nuevo dios al Olimpo: un antiguo pretor juró que la habia visto subir al cielo, y Livia en recompensa le dió un millon de sextercios (Dion Casio, 55). En Roma se le erigió un templo cuya sacerdotisa era Livia, y Tiberio el principal sacerdote, y se instituyeron juegos públicos en honor suyo.

«Vanidad de vanidades, y todo vanidad», dice el sabio inspirado de Dios (Ecl. I, 2), y Tomas de Kempis añade: «¡O vanidad de vanidades! Todo es vanidad excepto el amar y servir á Dios (*De imitatione Christi*, I).»

CAPITULO XVII.

Sucesos en la Judea bajo el gobierno de Antipas.

Antipas que desde entonces fue llamado con mas frecuencia Herodes, y Filipo edificaron diferentes ciudades en sus tetrarquías. El primero fortificó á Seforim, y la hizo una de las principales ciudades de la Galilea: tambien cercó de murallas á Betharamphtha y le dió el nombre de Julia. Mas adelante edificó á orillas del lago de Genesareth una ciudad que llamó Tiberias

en honor de Tiberio, de donde vino el nombre del lago de Tiberiades. Filipo levantó la de Paneas en las fuentes del Jordan y le dió el nombre de Cesarea; y para distinguirla de Cesarea cerca del mar, llamada antiguamente Ptolemais, se añadió á su nombre el del fundador, y recibió el de Cesarea de Filipo. Convirtió el pueblo de Bethsaida, situado en la parte oriental del Jordan donde desagua este rio en el lago de Genesaret, en una hermosa ciudad que llamó Julia por la hija de Augusto. No ha de confundirse este Bethsaida con aquel en que nació S. Pedro, y que está situado en la ribera occidental.

Valerio Grato sucedió como gobernador de la Judea á Annio Rufo, y ejerció este cargo durante once años. El fue quien destituyó á Anas, hijo de Seth, del pontificado que habia desempeñado doce años, é invistió de esta dignidad á Ismael, hijo de Fabo; pero de allí á poco tiempo se la quitó tambien y la confirió á Eleazar, hijo del sumo sacerdote Anas. Al cabo de un año Eleazar se vió igualmente forzado á ceder la silla de Aaron á Simon, que la dejó dentro de otro año á José, llamado tambien Caifás, con cuyo nombre le designan los evangelistas. Este era yerno del sumo sacerdote Anas.

En el mismo año, el veintisiete de Jesucristo, sucedió Poncio Pilato á Valerio Grato como quinto gobernador de la Judea. Nó bien hubo entrado á ejercer su cargo, cuando se grangeó el odio de los judíos. Como los romanos sabian la aversion de estos á toda especie de imágenes, habian cuidado los gobernadores de dar á sus soldados simples estandartes, cuyo aspecto no podia ofender á los judios, á lo menos en el orden religioso. Cuando Pilato envió tropas de Samaria á Jerusalem para tomar cuarteles de invierno, estas entraron es verdad de noche; pero al dia siguiente por la mañana al

ver la efigie del emperador en los estandartes se levantó un clamor general, á que se siguió bien pronto una sublevacion. Habiéndose extendido la voz, acudieron una multitud de habitantes del campo y el pueblo se dirigió á Cesarea donde estaba Pilato, para pedirle con instancia que mandase quitar aquellos estandartes de Jerusalem y no ofendiese las costumbres de sus padres. Como el gobernador se hiciese sordo á sus súplicas, permanecieron cinco dias y cinco noches inmóviles y tendidos en una actitud suplicante delante de la habitacion de Pilato. Este al sexto dia convocó al pueblo en el circo, donde sentado en su tribunal mandó cercar á la multitud con tres hileras de soldados, y amenazó de muerte á los judíos si se resistian á recibir la imagen del emperador, haciendo seña á los romanos para que desenvainasen la espada. Entonces los judíos como si no hubieran tenido mas que un corazon y un pensamiento, se echaron todos en el suelo y presentaron los cuellos gritando: Antes morir que violar la ley. El gobernador atónito envió órdenes á Jerusalem para sacar de allí los estandartes (Jos., *Antig. jud.*, XVIII, II, 2, *de bello jud.* II, IX, 1, 3).

Pilato, ya muy aborrecido del pueblo judío por sus muchas exacciones, hizo otra tentativa de la misma clase que no le salió mejor que la primera: Filon es quien lo cuenta. Mandó colgar en el palacio de Herodes en Jerusalem unos escudos de armas dorados y consagrados á Tiberio, que no contenian ninguna imagen, y solamente una breve inscripcion indicaba quién los dedicaba y á quién. No obstante los judíos se escandalizaron, por que la consagracion de aquel don encerraba realmente la idea de un culto divino. Cuatro príncipes de la familia de Herodes y los caudillos del pueblo fueron á buscar á Pilato en nombre de todos sus conciudadanos suplicándole que pusiera fin á aquel escándalo; y como no

quisiera ceder á sus instancias, el pueblo comenzó á gritar: No provoqueis á la rebelion y á la guerra: no se honra al emperador con la violacion de la ley de nuestros padres: ese es un pretexto para perseguirnos: Tiberio no quiere abolir nuestras costumbres; ó si habeis recibido órdenes á este intento, enseñadlas para que le enviemos embajadores.

Estas últimas palabras hicieron profunda mella en él, porque temia, como dice Filon, que si enviaban legados le acusasen de haber recibido presentes, de haber ejercido una arrogante tiranía, de haberse manchado con rapiñas, de haber violado sus derechos, de haber condenado al suplicio á muchas personas sin forma de proceso, y por último de haber cometido grandes crueldades. Hallabase pues en el mayor apuro, por un lado porque temia esta embajada, y por otro porque su orgullo le impedia ceder al pueblo, y recelaba tambien caer en desgracia del emperador si mandaba quitar las armas que le habia consagrado y hecho colgar solemnemente.

Los caudillos del pueblo tomaron un término medio, y en vez de enviar embajadores se contentaron con escribir á Tiberio, quien reprendió severamente á Pilato y le ordenó que quitase al punto los escudos. Pilato los trasladó á Cesarea en las orillas del mar (Philo, *de legat ad Caium*).

Mas no tardó en dar nuevo motivo de disgusto á los judíos, tomando del tesoro del templo el dinero necesario para construir un acueducto en Jerusalem. Con esta ocasion se levantaron muchos miles de habitantes, pidiendo á gritos que no continuase la empresa; y muchos de ellos le insultaron con palabras ultrajantes. Como Pilato se hallaba en Jerusalem, compareció sentado en su tribunal; y previendo que el pueblo le acosaria con impetuosidad mandó que se situaran algunos

soldados disfrazados de paisanos y con mazas escondidas, de modo que pudieran á una señal dada cercar á la multitud. Viéndolos reunidos á todos y en fermentacion los mandó volverse á sus hogares; pero ellos en vez de obedecer prorumpieron en invectivas. Entonces Pilato hizo señal á los soldados, los cuales precipitándose sobre la turba indefensa traspasaron las órdenes de aquel y no hicieron ninguna distincion entre los ciudadanos pacíficos y el populacho desenfrenado. Muchos quedaron muertos, otros huyeron heridos, y varios fueron despachurrados por los suyos en la confusion de una fuga precipitada (Jos., *Antig. jud.* XVIII, III, 2.—*De bello jud.* II, IX, 4).

Los judíos oprimidos por el gobierno romano poco ó nada podian contar con la proteccion del emperador, por cuanto sus hermanos de Roma habian sufrido una persecucion cruel algunos años antes. Un judío que se habia escapado de Jerusalem á Roma por haber violado la ley, hizo conocimiento con tres compañeros dignos de él, y estableció una escuela para los israelitas. Fulvia, matrona romana muy estimada, se dejó seducir con los discursos de aquellos, y abrazó la religion judaica. A poco tiempo le pidieron oro y púrpura só pretexto de hacer un donativo al templo de Jerusalem y se quedaron con ello. Habiendo sabido Fulvia esta bellaqueria se quejó á su marido, el cual dió parte á Tiberio, y este mandó que todos los judíos que no quisieran renunciar á su creencia salieran de Roma só pena de perder la libertad. Cuatro mil de ellos fueron obligados á entrar en el servicio militar, y enviados á Cerdeña para perseguir malhechores. Dos escritores romanos dan á entender que al decretar esta expedicion se tuvo en cuenta la influencia mortal del aire de aquella isla. Es probable que Tiberio los tratase con mucho mas rigor, porque un incidente nuevo le habia irritado

contra todas las costumbres extranjeras. Los sacerdotes de Isis egipcia en Roma, ganados por un joven enamorado á quien habian abierto las puertas de su templo, convidaron á una romana hermosa y estimada á que acudiera de noche al templo en nombre del dios Anubis. Hízolo ella con el consentimiento de su marido, y solo algun tiempo despues supo por el temerario amante que él era el supuesto dios. Sintiéndose inclinada á la venganza incitó á ella á su marido, el cual dió sus quejas al emperador: este decretó la formacion de causa, y de resultas fueron crucificados los sacerdotes, destruido el templo de Isis, y arrojada al Tiber la imagen de la diosa (Jos., *Antig. jud.*, XVIII, III, 4).

CAPITULO XVIII.

Situacion de la Judea. Infancia de Jesus.

El pueblo de Dios estaba en un estado lastimoso. Judá se iba aniquilando bajo el yugo de hierro de los romanos: la observancia de la ley habia llegado á ser dificil y muchas veces peligrosa: unos paganos disponian de la silla de Aaron, en la cual colocaban ciegamente y con toda arbitrariedad sumos sacerdotes á quienes destituian á su antojo del santo ministerio. Los saduceos y fariseos perturbaban el pueblo con doctrinas falsas y obscuras, y la gran expectacion del ungido del Señor anunciado por los patriarcas, por Moisés, por David y por los profetas, figurado por las ceremonias de la ley y celebrado con fiestas de institucion divina, esta expectacion que debia fijar todas las miradas como la estrella polar que nunca pierden de vista los navegantes en las horas de la noche, se enfrió en muchas personas, y otras muchas cambiaron la naturaleza de él, convirtiéndole en un rey guerrero y conquistador que

debia librarlos del yugo extrangero. Solo unos pocos comprendian el verdadero sentido de los designios de Dios y de las palabras de los santos profetas, que habian predicho tantas veces y tan claramente un reino de verdad y de justicia, un reino que debia abrazar todas las naciones de la tierra, un reino eterno.

Estos pocos israelitas esperaban este reino de un dia á otro, y no sabian que el Mesías habia venido ya y estaba oculto en un pueblo de Galilea en Nazareth en casa de un carpintero, á quien estuvo sujeto mientras este vivió ayudándole en sus faenas. Habíanse cumplido las palabras del profeta: « Porque nos ha nacido un niño pequeño, y se nos ha dado un hijo, y lleva en sus hombros las señales de su principado; y su nombre será admirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de la paz. Su imperio se multiplicará y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el solio de David y sobre su reino para confirmarle y corroborarle en la justicia y la equidad ahora y para siempre: el zelo del Señor de los ejércitos hará todo esto (Isaias IX, 6 y 7).»

Ignoraban su venida; pero la aguardaban con dolorosa impaciencia; no obstante eran felices porque creian y esperaban: eran fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor (1), llenos de alegría por la esperanza, sufridos en los males y perseverantes en la oracion (Ad rom. XII, 11 y 12). Digo que eran felices, porque creian; luego es-

(1) Sirviendo al Señor *tó kurió douléuontes*, y no como dice una mala version, *tó kairo douleuontes*, conformándose con el tiempo, ó propiamente, sirviendo al tiempo; expresion muy dura cuando se aplica á las circunstancias del tiempo. Nosotros debemos *servir á Dios solo.* La Vulgata dice tambien: *Domino servientes* (S. Mateo IV, 10).

peraban; y el que cree y espera en él, le ama, y el que le ama, es ya feliz en la tierra. Eran pues felices en este mundo aquellos hombres piadosos, aunque suspiraban por él en el dolor del amor.

Mas habia llegado el tiempo que habia predicho el gran profeta: «Consuélate, consuélate, pueblo mio, dice tu Dios. Hablad al corazon de Jerusalem y llamadla, porque se ha concluido su malicia y se le ha remitido su iniquidad.... (1). La voz del que clama en el desierto.... (Isaias, XL, 1 á 5).»

CAPITULO XIX.

Aparicion y predicacion de S. Juan Bautista: primer testimonio dado á Jesucristo.

Hemos visto que un evangelista decia de Juan, hijo de Zacarías y de Isabel: «Mas el niño crecia y se fortalecia en espíritu, y vivió en el desierto hasta el dia de su manifestacion en Israel (2) (S. Lucas I, 80)»

No nos detengamos en las relaciones poco fundadas

(1) *Sus males*: no hay duda que la palabra *malitia* se puso en lugar de *militia* por una distraccion del copiante; lo cual podia hacerse con mas facilidad por cuanto aquella palabra tiene una buena significacion, aunque no la del original.

(2) Esto empezaba en el año veintinueve ó treinta de Jesucristo si contamos desde la muerte de Augusto cuando Tiberio subió al trono. Mas como segun los deseos de Augusto el senado y el pueblo romano habian reconocido en Tiberio una potestad igual á la de aquel en las provincias; juzga Prideaux que ha de ponerse el año indicado mas arriba en esta época, y que Juan habia ejercido el ministerio de precursor durante tres años (Vellej., Hist. II, 121).

acerca de la edad en que Juan fue al desierto, y acerca de la causa que le llevó á él. Si su madre le llevó para librarle de las persecuciones de Herodes etc., la Escritura no nos dice una palabra; pero indica con mucha precision el tiempo en que apareció en público este hombre colmado de gracias á ejercer su santo ministerio de precursor de Jesucristo, para el cual le habia formado é instruido el Espíritu Santo. En cuanto se presenta, se establece un nuevo orden de cosas en las relaciones mas esenciales del hombre con Dios, la religion; por lo cual dice nuestro mismo Salvador: «Mas desde los dias de Juan Bautista hasta ahora el reino de los cielos padece violencia, y los violentos le arrebatan, porque todos los profetas y la ley hasta Juan profetizaron (S. Mateo XI, 19 13).

«Mas en el año décimo quinto del imperio de Tiberio Cesar, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo tetrarca de Galilea Herodes, tetrarca de Iturea y Traconitis su hermano Filipo, y Lisanias tetrarca de Abilena (1), siendo príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás (2), habló el Señor á Juan, hijo de Zacarías, en

(1) Abilena era una provincia de Siria, á cuya capital Abila llama Tolomeo Abila de Lisanias, y la pone entre Damasco y Heliópolis. Este Lisanias era probablemente un hijo ó nieto de aquel otro Lisanias á quien Antonio habia dado la Ituria con el título de rey; pero en seguida mandó quitarle la vida por instigacion de Cleopatra que se quedó con su reino. Augusto le habia dado á Herodes, y muerto este le cedió á Filipo como parte del territorio que se llamaba la casa de Zenodoro: la otra parte era gobernada por Lisanias.

(2) Caifás era entonces sumo sacerdote; pero Anás gozaba grande consideracion aun despues que le destituyó Grato. Citabanle los judíos como un ejemplo de rara felicidad; porque él, sus cinco hijos y su yerno habian disfrutado aquella dignidad.

el desierto. Y este vino á toda la region del Jordan predicando el bautismo de penitencia en remision de los pecados, como está escrito en el libro de las palabras de Isaias profeta (cap. XL, vers. 3 á 5): La voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos: todo valle se ensalzará, y todo monte y collado se humillarán: los caminos tortuosos se harán derechos, y los montañosos se allanarán; y toda carne verá la salud del Señor.» Y Malaquias: «Hé aqui que yo envio mi angel, y él preparará el camino delante de mí (cap. III, 1).»

«Y Juan tenia un vestido de piel de camello y un ceñidor de cuero á los riñones, y su alimento eran langostas y miel silvestre (1).

«Los habitantes de Jerusalem salian á recibirle, y toda la Judea y todo el país que hay cerca del Jordan, y eran bautizados por él en el Jordan confesando sus pecados Mas viendo á muchos fariseos y saduceos que iban á recibir su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira que ha de venir? Haced pues frutos dignos de penitencia, y no digais dentro de vosotros: Tenemos á Abraham por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos de Abraham de estas mismas piedras. El hacha está ya arrimada á la raiz de los árboles; y todo arbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

«Y las turbas le preguntaban diciendo: Pues ¿qué haremos nosotros? Mas él respondiendo les decia: El

(1) Elias habia llevado la misma vestidura (Lib. IV de los Reyes I, 8). La especie de langostas buenas de comer es conocida en Oriente. Plinio habla de un pueblo que se llamaba *acridophagi*, comedores de langostas. Era conveniente que el que predicaba la penitencia hiciese una vida austera.

que tiene dos túnicas, dé una al que no tiene; y el que tiene que comer, haga lo mismo. Mas vinieron tambien unos publicanos á bautizarse y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Mas él les dijo: No exijais mas que lo que os está señalado. Y le preguntaban tambien los soldados: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No atropelleis á nadie ni cometais calumnia, y contentaos con vuestra paga. Mas juzgando el pueblo y pensando todos en su corazon si acaso Juan seria el Cristo, respondió Juan diciendo á todos: Yo ciertamente os bautizo en el agua; mas vendrá uno mas fuerte que yo, á quien no merezco desatar la correa de su calzado, y os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego: él tendrá en su mano el bieldo, y limpiará su era, y juntará el trigo en su granero; mas quemará la paja en fuego inextinguible. Asi evangelizaba al pueblo haciéndole estas y otras muchas exhortaciones (S. Mat. III, 4 á 12: S. Lucas III, 1 á 18).»

CAPITULO XX.

Bautismo dado por S. Juan.

La sagrada escritura habla de tres bautismos diferentes, el bautismo de los israelitas, el bautismo de Juan y el bautismo instituido por nuestro Salvador. Este último se hacia por inmersion, segun lo indica la voz griega, hasta que se introdujo en la iglesia la costumbre de hacer una aspersion sobre la cabeza, en vez de zambullir todo el cuerpo en el agua.

El primer bautismo de estos que se llama ordinariamente el bautismo de los judíos, consistia ya en una ablucion prescrita por la ley de Dios, que se hacia despues de haber contraido manchas voluntarias ó involuntarias, ya en un baño igualmente ordenado por Dios, cuando se

preparaban para alguna accion ó acontecimiento solemne. Aaron y sus hijos estaban obligados á lavarse antes de la consagracion asi como los otros sacerdotes y aun los levitas. El pueblo de Israel tuvo que lavar sus vestiduras antes de presentarse delante del monte Sinai á recibir la ley.

Segun cuentan los rabinos, nunca se lavaban las vestiduras sin lavarse tambien el cuerpo. Ordinariamente se lavaban el uno y las otras por separado; mas algunas veces se metian en el agua vestidos.

Es preciso recordar que habia dos clases de *prosélitos*: los de la puerta que renunciaban solamente á la idolatría y reconocian al único Dios verdadero, y los *prosélitos de la alianza ó de la justicia* que se sujetaban á toda la ley, por lo cual se circuncidaban y gozaban los mismos derechos que los judíos. Los prosélitos estaban tambien obligados á bautizarse. Los rabinos refieren el orígen de este bautismo al tiempo de Moisés; mas las santas escrituras no hacen ninguna mencion de ello. Casi todos los pueblos antiguos tenian sus abluciones religiosas, y los mas de los orientales las tienen aun hoy dia. Grocio las considera como usos establecidos para recordar el diluvio, porque esta memoria se ha conservado en las tradiciones del género humano. Los indios dan mucha importancia al acto de bañarse en las aguas del Ganges para purificarse de sus pecados, y algunos llegan á ahogarse en el rio que miran como sagrado. Los celtas se bañaban el séptimo dia de la semana á fin de prepararse para el primero consagrado al sol y llamado *Sonntag*, dia del sol El nombre aleman del séptimo dia, *sonnabend*, alude á esta preparacion para el domingo, y en Dinamarca se llama el sábado *loverstag*, de una voz irlandesa que significa *lavar*. En Rusia se baña aun el pueblo todos los sábados. Los mejicanos lavaban á sus hijos recien nacidos, y á

esta ceremonia acompañaban todo género de plegarias religiosas. «¡Ojalá que ese baño purifique tu corazon!» era uno de los deseos que se manifestaban en favor del niño (*Clavigero, Storia del Messico*, I, 6).

Las purificaciones prescritas por la ley de Moisés y el bautismo de los prosélitos eran simbólicos entre los israelitas, asi como las abluciones religiosas en todos los pueblos, y aludian á la pureza del corazon y á la expiacion de los pecados.

El bautismo de Juan era superior á las abluciones prescritas por la ley divina. Habiendo encontrado San Pablo en Efeso unos discipulos que no habian recibido aun mas que el bautismo de Juan, les dijo: «Juan bautizó al pueblo con el bautismo de penitencia diciendo que creyeran en aquel que habia de venir despues de él, esto es, en Jesus (Actos de los apóstoles, XIX, 4: S. Mat. III, 6 y S. Marcos I, 5).» El bautismo de Juan incluia la confesion de los pecados, por repugnante que sea para los mas de los protestantes la confesion, abolida por los fundadores de sus iglesias. Grocio declara con su franqueza acostumbrada que no se trata aqui de una confesion general de nuestra pecabilidad, sino de la declaracion de nuestros pecados en particular, y con esta ocasion cita un pasaje de los Actos de los apóstoles, en que se dice de los hermanos recien convertidos en Efeso: «Y muchos de los que creian venian confesando y declarando sus acciones (Actos de los apóstoles, XIX, 18 y S. Mat. III, 6) (1).»

La confesion de los pecados no era cosa nueva para los judios, pues se les recomienda en la ley (Deut. V, 6,

(1) Lutero dice: «Confesaban y publicaban lo que habian hecho.» Estas últimas palabras *lo que habian hecho*, dan ciertamente una direccion oblícua al sentido por la que precede, *confesaba*.

y Números V, 6 y 7); y Salomon dice: «El que oculta sus delitos no prosperará; pero el que los confesare y abandonare, alcanzará misericordia (Prov. XXVIII, 13). Y aun cuando la ley de Moisés no hablase tan claramente de la confesion, seria esta una consecuencia del sacrificio expiatorio, porque el que le ofrecia tenia obligacion de declarar al sacerdote por qué le hacia, para que este último pudiera juzgar si se ofrecia segun la regla prescrita.

Calvino y Beza habian sostenido que el bautismo de Juan era el mismo que el de Jesucristo; pero es un error manifiesto, porque los discípulos de Efeso, de que acabamos de hablar, se bautizaron luego que S. Pablo los informó acerca del bautismo de Juan: «Oido esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesus (Actos de los apóstoles, XIX, 5).» El bautismo de Juan Bautista no era un sacramento. En su tiempo y lugar hablaremos del que instituyó nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO XXI.

Bautismo de Jesucristo y segundo testimonio de S. Juan.

Hemos perdido de vista á Jesucristo, de quien nada sabemos desde la edad de doce años en que salió de Jerusalem para volverse con sus padres á su patria. Desapareció en un relámpago de sabiduría divina, cuyos rayos penetraban el corazon de su madre. La Escritura nos dice solamente que estaba sujeto á sus padres, y que crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (S. Lucas, II, 51 y 52) ¿Cómo era posible que su amabilidad celestial no llamase la atencion de cuantos le veian? ¡Ojalá que todos le vean en el Evangelio donde está tan visible!

Algunas tradiciones antiguas y respetables nos dicen que ayudaba en su trabajo á su padre putativo. Por eso vemos que los judíos, admirando su sabiduría y sus obras, le llamaban no solamente *el hijo del carpintero*, sino tambien *el carpintero* (S. Mateo XIII, 55 y San Marcos VI, 3). S. Justino martir, escritor del siglo II, dice que Jesucristo hacia arados y otros instrumentos de labranza (S. Just. mart., *in dial. cum Tryphone jud.*). Nada habia pequeño ni nada grande para aquel á quien adora el arcangel cubriéndose el rostro cerca de su trono, para aquel cuyas gracias canta el ruiseñor y las cuenta á los hombres de quien él era hermano. Quiso darnos ejemplo en todo y servirnos de modelo en todas las circunstancias de la vida, y convenia á su misericordia darnos igualmente dechado de la humildad y del trabajo. Mientras que aquel por quien existen los cielos manejaba la azuela y el martillo, oculto bajo la forma humana, recibia de un modo invisible las comunicaciones de su padre celestial. *La sabiduría del Padre* no necesitaba ser instruida por los hombres en los misterios de Dios, porque el *Verbo* mismo estaba reunido en una sola persona á su santa humanidad. No sabemos en qué época murió S. José; pero no podemos dudar que hubiese muerto cuando Jesus comenzó á ejercer su ministerio. La prueba es que se habla de la Vírgen santísima, al paso que no se dice nada de José.

«Entonces vino Jesus desde Galilea al Jordan en busca de Juan para que este le bautizase. Mas Juan se resistió diciendo: Yo debo ser bautizado por tí, y ¿tú vienes á mí? Mas Jesus respondiendo le dijo: Deja ahora, porque asi conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Entonces Juan le dejó obrar. Mas luego que fue bautizado Jesus, salió al punto del agua, y estando en oracion se le abrieron los cielos y vió el espíritu de Dios bajando como una paloma y viniendo

sobre él. Y se oyó una voz del cielo diciendo: Tú eres mi hijo amado en quien he puesto toda mi complacencia (S. Mateo III, 13 á 17, S. Marcos I, 9 á 11, y S. Lucas III, 21 á 22).

Nuestro Señor no tenia ninguna necesidad de recibir el bautismo de Juan; pero queria darnos una leccion de humildad haciendo que le bautizara su precursor. Y Dios queria glorificar á su hijo por una voz que resonó del cielo, en presencia de una multitud de judíos que habian ido á buscar á Juan á orillas del Jordan.

En el bautismo instituido por Jesucristo somos bautizados *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.* En el bautismo que el hijo de Dios habia recibido de Juan, el Verbo eterno estaba íntimamente unido en una sola persona á la humanidad del hombre Dios, Jesucristo el Padre se manifestó en la voz, y el Espiritu Santo en la forma de una paloma que bajaba sobre él.

«Y Jesus comenzaba entonces su ministerio y tenia como unos treinta años, hijo, segun se reputaba, de José, que fue de Helí, que fue de Matat, que fue de Leví, que fue de Melqui, que fue de Janne, que fue de José, que fue de Matatias, que fue de Amos, que fue de Nahum, que fue de Hesli, que fue de Nagge, que fue de Mahath, que fue de Matatias, que fue de Semei, que fue de José, que fue de Judá, que fue de Joanná, que fue de Resá, que fue de Zorobabel, que fue de Salatiel, que fue de Neri, que fue de Melqui, que fue de Addi, que fue de Cosan, que fue de Elmadan, que fue de Her, que fue de Jesus, que fue de Eliezer, que fue de Jorim, que fue de Matat, que fue de Leví, que fue de Simeon, que fue de Judá, que fue de José, que fue de Jonás, que fue de Eliakim, que fue de Meleá, que fue de Menna, que fue de Matatá, que fue de Natan, que fue de David, que fue de Jessé, que fue de Obed, que fue de Booz, que fue de

Salmon, que fue de Naasson, que fue de Aminadab, que fue de Aram, que fue de Esron, que fue de Fares, que fue de Judá, que fue de Jacob, que fue de Isaac, que fue de Abraham, que fue de Tare, que fue de Nacor, que fue de Sarug, que fue de Ragau, que fue de Faleg, que fue de Heber, que fue de Salé, que fue de Cainan, que fue de Arfaxad, que fue de Sem, que fue de Noé, que fue de Lamech, que fue de Matusalen, que fue de Henoch, que fue de Jared, que fue de Malaleel, que fue de Cainan, que fue de Henos, que fue de Seth, que fue de Adam, que fue de Dios (S. Lucas III, 23 á 38).»

¡A qué dignidad elevan estas últimas palabras al género humano, y qué enlace hallan aqui en el arbol genealógico del hijo de Dios (1)!

(3) En un apéndice hablaremos de la contradiccion aparente y no real que se nota entre la genealogía de San Mateo y la de S. Lucas, y haremos observar que esta última contiene la generacion de la Vírgen santísima, y por consiguiente la generacion corporal de Jesucristo.

LIBRO III.

DESDE EL BAUTISMO DE JESUCRISTO HASTA SU TRANSFIGURACION.

CAPITULO PRIMERO.

Tentacion de Jesucristo.

«Entonces Jesus fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo, y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, despues tuvo hambre, y acercándose el tentador le dijo: Si eres hijo de Dios, dí que esas piedras se vuelvan panes. Y respondiendo Jesus dijo: Escrito está: no solo con pan vive el hombre, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le transportó el diablo á la ciudad santa, y le puso sobre el pináculo del templo y le dijo: Si eres hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está que te encomendó á sus ángeles, y te llevarán en sus manos para que no tropiece tu pie en la piedra. Y Jesus le dijo: Tambien está escrito: no tentarás á tu Dios. Satanás le transportó de nuevo á una montaña muy elevada, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Yo te daré todo esto si postrándote me adorares (1). Entonces le dijo Jesus:

(1) Inútil es manifestar aqui que realmente no podian descubrirse todos los reinos de la tierra desde la montaña. Satanás habia llevado á nuestro Salvador á una que probablemente ofrecia dilatadas vistas por todas par-

Vete, Satanás, porque escrito está: Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás. Entonces Satanás le dejó, y se acercaron los ángeles á Jesus y le servian (S. Mateo IV, 1 á 11, S. Marcos I, 12 y 13 y S. Lucas IV, 1 á 12).»

Cuando el hijo de Dios se dejó tentar del demonio, me parece que descendió al último grado de su abatimiento, y se abatió hasta este punto por un efecto de su misericordia. ¡Oh! ¡cuán consolatorio es para nosotros que tenemos tan gran necesidad de su misericordia y su auxilio cuando somos probados, ver que él mismo se habia dejado tentar! El primer Adam fue tentado y se rindió: el segundo Adam fue tentado; pero salió vencedor del combate, y conquistó la fuerza necesaria para que sus hermanos triunfasen y alcanzasen la victoria.

La prueba de que esta historia encierra un gran misterio es que Dios quiso figurar el ayuno de cuarenta dias de su hijo, por un ayuno igual de Moises y Elías, sus fieles siervos (Exodo XXXIX, 28).

El discípulo á quien Jesus amaba, escribe: «Todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, ó la concupiscencia de los ojos, ó el orgullo de la vida, no

tes. Tal vez era el Tabor que es la única montaña alta y aislada de los alrededores, aunque la tradicion del pais designa otra en la inmediacion de Jericó. El diablo mostraba al que antes de ser hombre habia criado el cielo y la tierra y el mundo de los espíritus, la direccion en que estaban situados los reinos mas poderosos de la tierra; y acaso presentó á sus ojos ciertas visiones que debian embelesarle con el brillo de las grandezas perecederas: ¡tal era la gana que tenia de seducirle! Satanás receloso y lleno de curiosidad no podia dudar que aquel hombre seria perjudicial para su reinado.

viene del Padre, sino del mundo. Mas el mundo pasa y su concupiscencia: pero el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente (S. Juan II, 16 y 17, San Agustin *De vera relig.*, 38): Y S. Agustin nota que Jesucristo quiso enseñarnos con su ejemplo á vencer estas tres tentaciones. En efecto el demonio tentó á Jesucristo de estas tres maneras y en el mismo orden indicado por el evangelista. Primeramente tentó al Salvador acosado del hambre con la imagen de una satisfaccion sensual: la concupiscencia de los ojos encierra la presuncion, y á esta presuncion trataba de instigarle el demonio cuando le persuadia á que se precipitara del pináculo del templo: por último esperaba engendrar el orgullo en él ofreciéndole los reinos del mundo y todas sus riquezas.

Preservemonos nosotros mismos de la presuncion: adoremos al hijo de Dios siguiéndole con los ojos al desierto: no procuremos penetrar lo que la sagrada escritura cubre con un velo misterioso, y contentemonos con lo que nos dice S. Pablo á este propósito (Epistola á los heb., cap. II, v. 17 y 18): «Por donde debió asemejarse en un todo á sus hermanos para hacerse un pontífice misericordioso y fiel cerca de Dios, para que perdonase los delitos del pueblo, porque puede socorrer á los que son tentados, habiendo padecido y sido tentado él mismo.» Y en otro lugar de la misma epístola: «Porque no tenemos un pontífice que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas; antes fue tentado en todo por la semejanza sin pecado. Acerquemonos pues con confianza al trono de la gracia para conseguir misericordia y hallar gracia en el auxilio oportuno (Ibid. IV, 15 y 16).»

El hijo de Dios respondió con serenidad á las ofertas de Satanás, hasta que este le dijo que se postrara y le adorara. Entonces le respondió nuestro Salvador con

una energía del todo divina: «Vete, Satanás» y este amedrentado huyó sin haber podido satisfacer su curiosidad acerca de la naturaleza de Jesucristo, porque con aquellas palabras no dejó entrever el hijo de Dios ningun rayo de la grandeza que á él solo le pertenece. Nosotros tambien podemos ahuyentar al enemigo como él, y podemos hacerlo con esa fuerza de Dios que se reserva á todo el que cumple á la letra este mandamiento: «Adorarás al Señor tu Dios, y á él solo servirás.»

Los servicios que hacian los ángeles á Jesucristo, consistian probablemente en llevarle alimentos. La palabra *servir*, *diakonein* que la Vulgata expresa muy bien por *ministrare*, se aplica tambien á Marta que servia á nuestro Señor á la mesa como su huesped (San Lucas X, 40).

El diablo se alejó de Jesucristo: ¿de qué manera y cuándo volvió á aparecer aquel? Retirate de nosotros, presuncion. Postrados en tierra adoremos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

CAPITULO II.

Tercer testimonio de S. Juan: vocacion de Pedro, Andres, Felipe y Natanael.

Ya hemos visto como Juan habia dado testimonio á Jesucristo antes que este fuese á recibir el bautismo de él: pues todavía dió otro mas preciso y glorioso cuando Jesucristo comenzó su vida pública. Hé aqui lo que cuenta el evangelista S. Juan (cap. I, v. 15 al 18): «Juan da testimonio de él y clama diciendo: Este era de quien yo dije: El que ha de venir despues de mí fue hecho antes que yo, porque era primero que yo. Y todos nosotros hemos recibido de su plenitud y gracia

por gracia: porque la ley fue dada por Moisés, y la gracia y la verdad fueron hechas por Jesucristo. Nadie vió nunca á Dios: el mismo hijo unigénito que está en el seno del Padre, lo contó.

«Y este es el testimonio de Juan cuando los judíos enviaron sacerdotes y levitas desde Jerusalem para preguntarle (1): ¿Quién eres tú? Y confesó y no negó, y confesó: Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: Pues ¿quién eres tú? ¿eres Elías? y dijo: Yo no soy. ¿Eres un profeta? y respondió: No (2). Dijeronle: pues ¿quién eres para que demos la respuesta á los que nos enviaron? ¿Qué dices de tí mismo?

«Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto. Allanad el camino del Señor, como dijo Isaías profeta. Y los que habian sido enviados eran de los fariseos. Y le preguntaron y le dijeron: Pues, ¿por qué bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni un profeta? Juan les respondió: Yo bautizo en el agua; pero enmedio de vosotros está quien vosotros no conoceis. El es el que ha de venir despues de mí, el que fue hecho antes que yo, y á quien no merezco desatar la correa de su calzado. Esto pasó en Bethania del otro lado del Jordan donde estaba Juan bautizando (3). Al dia siguiente vió Juan que Jesus venia hácia él y dijo: Hé ahí el cordero de Dios: hé ahí el que quita el pecado del mundo. Este es de quien yo dije: Despues de mí viene un hombre que fue hecho antes que yo, porque era primero que yo, y yo no le conocia; pero para que se manifieste en Israel, por eso he venido bautizando en el agua. Y Juan dió testimonio diciendo: He visto el espíritu bajando del cielo como una paloma y posó sobre él. Y yo no le conocia; pero el que me envió á bautizar en el agua me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el espíritu y permanece sobre él, es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo lo he visto, y he dado testimonio que este es el hijo de Dios (S. Juan I, 15 á 34) »

Juan Bautista habia hecho una vida austera en el desierto; lo cual han practicado otros tambien; pero nadie en el mundo, como observa tan juiciosamente S. Francisco de Sales, ha hecho una abnegacion de sí

(1) *Los judíos*, es decir, el sanhedrin, el gran consejo (Hugo Grocio).

(2) Era opinion general entre los judíos que el profeta Jeremías apareceria de nuevo, y asi es muy probable que se habla aqui de él (Véase S. Mateo, XVI, 14).

(3) *En Bethania del otro lado del Jordan*; palabras que se hallan en los mas de los manuscritos y en la Vulgata. En algunos de aquellos y en la mayor parte de las traducciones nuevas se lee *Bethabara*. Orígenes prefirió esta version á todas las demas, y su autoridad llevó en pos de sí otras muchas. Con todo parece que este gran escritor se olvidó de que habia dos pueblos de este nombre, y que no conocia mas que la Bethania de que habla á menudo el Evangelio, y donde vivia Lazaro con sus hermanas. Esta estaba situada muy cerca de Jerusalem al pie del monte Olivete, y por consiguiente no puede hablarse aqui de ella; pero habia otra Bethania en el territorio de la tribu de Ruben al otro lado del Jordan; y allí era donde Juan bautizaba. El estilo griego no las distingue una de otra; pero el hebreo hace diferencia entre ellas. Al pie del monte Olivete estaba situada Beth-hania (casa de dátiles) llamada asi por las muchas palmeras que crecen en su territorio. A orillas del Jordan y á la otra parte del rio estaba Beth-hania (casa de navegacion), que se llamaba asi por el paso del rio. Mas adelante tomó esta el nombre de Bethabara, que quiere decir en la interpretacion pasaje, probablemente para distinguirla de la otra Bethania cerca del monte Olivete.

mismo que pueda compararse con la del Bautista, porque habitó en el desierto privándose de la vista de Jesucristo por la gloria de Dios y la salvacion de los hombres. La renuncia de sí mismo es la esencia de la virtud. El hijo de Dios dijo del que practicaba esta abnegacion: «En verdad os digo, nadie entre los hijos de las mujeres se levantó mas grande que Juan Bautista (San Mateo XI, 11).»

«Al otro dia estaba Juan otra vez con dos de sus discípulos; y viendo que Jesus se adelantaba dijo: Hé ahí el cordero de Dios. Y los dos discípulos le oyeron hablar y siguieron á Jesus. Mas volviéndose Jesus y viendo que aquellos le seguian les dice: ¿Qué buscais? Y ellos le dijeron: Rabbi (lo cual se interpreta maestro). ¿dónde habitas? Y les dice: Venid y ved. Fueron y vieron donde moraba y se quedaron con él aquel dia, pues era como la hora décima (es decir, las cuatro de la tarde). Y uno de los dos que habian oido hablar á Juan y habian seguido á Jesus, era Andres, hermano de Simon Pedro. Este encontró primero á su hermano Simon, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (lo cual se interpreta el Cristo). Y le llevó á Jesus. Mas mirándole Jesus dijo: Tú eres Simon, hijo de Jonas: tú te llamarás Cefas, que se interpreta Pedro (S. Juan I, 35 á 42).»

El evangelista S. Juan no nombra al discípulo del Bautista que iba con Andres en busca de Jesus, y se ha creido que era Bartolomé ó Santiago, hijo del Zebedeo. S. Epifanio nombra á este último; mas como San Juan no se nombra jamás en su Evangelio, aun cuando habla de sí, es muy probable que él era el discípulo de que se trata. A esto puede añadirse que S. Juan nos ha conservado muchas mas predicaciones del Bautista que los otros evangelistas.

Los dos discípulos fueron enviados por Juan Bautista al hijo de Dios, y este los remitió probablemente á su primer maestro, porque veremos que despues que Herodes mandó encerrar al Bautista en una prision los llamó otra vez Jesus y no se separaron mas de él.

«Al otro dia quiso Jesus salir á Galilea y encontró á Felipe. Y le dice Jesus: Sígueme. Y Felipe era de Bethsaida, la ciudad de Andres y Pedro. Encontró Felipe á Natanael, y le dijo: Hemos hallado á Jesus de Nazareth, hijo de José, de quien escribió Moises en la ley y los profetas. Y le dijo Natanael: ¿Puede haber algo bueno en Nazareth? Y le dice Felipe: Ven y ve. Vió Jesus que Natanael iba hácia él, y dijo: Hé aquí verdaderamente un israelita en el que no hay dolo. Natanael le dice: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesus y le dijo: Antes que te llamase Felipe, cuando estabas debajo de la higuera, te ví yo. Natanael le respondió y dijo: Rabbi (maestro), tú eres el hijo de Dios, tú eres el rey de Israel. Respondió Jesus y le dijo: Porque te he dicho que te habia visto debajo de la higuera, crees: tú verás cosas mas grandes que esto. Y le dice: En verdad, en verdad os digo, vereis el cielo abierto y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el hijo del hombre (S. Juan I, 43 á 51).»

Este Natanael, que el evangelista nos pinta tan venerable en una narracion, corta pero preciosa, y á quien el mismo Jesus da un testimonio tan grande, no vuelve á aparecer con este nombre hasta despues de la resurreccion de Jesucristo (véase el capítulo XXI, v. 2 de S. Juan). Estaba pescando con Pedro, Juan, Santiago, hermano de este, Tomas y otros dos discípulos en el lago de Tiberiades, cuando se les apareció el hijo de Dios resucitado. Natanael era de Caná en Galilea, y á mi juicio es verosimil la opinion de los que le tienen por Bartolomé. En el pasaje citado mas arriba parece que Juan cuenta á Natanael en el número de los

apóstoles, y no nombra á Bartolomé en ninguna parte: los otros evangelistas no nombran tampoco á Natanael, y cuando citan á Bartolomé no le separan nunca de Felipe, que vemos por S. Juan era el amigo de Natanael. El nombre de Bartolomé no es propiamente nombre, porque significa hijo de Tolmai y supone otro. Asi Pedro se llamaba Simon Bar-Jonas, es decir, hijo de Jonas. Es pues probable que aquel otro apostol se llamaba Natanael Bartolomé. Dificilmente se comprende por qué no se habló de este Natanael en tres años, y por qué explicada asi la cosa tardó en seguir á Jesus inmediatamente. Algunos le tienen por el esposo de Caná, á cuyas bodas asistió nuestro Señor.

CAPITULO III.

Bodas de Caná en Galilea.

«Y á los tres dias (1) se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesus estaba allí. Y fue convidado Jesus con sus discípulos á las bodas. Y faltando el vino le dice á Jesus su madre: No tienen vino. Y le dice Jesus: ¿Qué tenemos tú y yo, mujer? Aun no ha llegado mi hora. Dice su madre á los sirvientes: Haced todo lo que os diga. Y habia allí seis vasijas de piedra, segun el uso de la purificacion de los judíos, que cogia cada una dos ó tres medidas. Les dice Jesus: Llenad esas vasijas de agua. Y las llenaron hasta el gollete. Y les dice Jesus: Sacad ahora y llevad al presidente del convite. Y se lo llevaron. Mas asi que el presidente del convite probó el agua convertida en vino (y no sabia cómo era aquello; mas

(1) Estas palabras deben referirse ya á la salida de Jesus de Bethania, ya á su llegada á Galilea.

los sirvientes que habian sacado el agua, sí lo sabian), llama al esposo y le dice: Todo hombre sirve primero el vino bueno, y cuando ya estan alegres, el que es peor; mas tú has guardado el vino bueno hasta ahora. Jesus hizo este primer milagro suyo en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

«Despues de esto bajaron á Cafarnaum él y su madre y sus hermanos y sus discípulos, y allí permanecieron unos pocos dias (S. Juan II, 1 á 12).»

Caná está situada, segun unos, á tres cuartos de milla de Nazareth, y segun otros, á una milla larga (algo mas de dos leguas). Parece que la Vírgen santísima asistia á la boda, no solo como convidada, sino como parienta. Echó de ver que iba á faltar el vino, porque quizas no era el primer dia de las fiestas de boda, que duraban siete entre los israelitas; y tomando vivo interes por sus amigos, que se verian apurados si llegaba á faltar el vino enmedio del banquete, se dirigió llena de fé y confianza á su hijo, su Señor y su Dios. Habia estado sumiso á ella en Nazareth, y ahora parece que le habla con una especie de dureza, que probablemente se mitigaria con el sonido de la voz y con sus modales bondadosos. El solo sabia cuando llegaria la ocasion en que fuese necesario su auxilio, que queria dar como Dios para glorificarse como hijo de Dios: este era el verdadero objeto del milagro que pertenecia á su mision divina. De la misma manera que á la edad de doce años dijo con dignidad á sus padres: ¿Por qué me buscais? ¿No sabeis que conviene que yo me ocupe en las cosas que son de mi padre (S. Lucas II, 49)? Asi dice ahora, no como hijo de la Vírgen mortal, en cuyo seno habia tomado una naturaleza sujeta á la muerte, sino como encargado de la obra de Dios, como hijo de Dios, como Dios: Mujer, ¿que tenemos tú y yo? Aun no ha llegado mi hora.

Su madre aparece tambien aqui muy grande y digna de amor: comprende el sentido de estas palabras: Aun no ha llegado mi hora; y aguarda llena de fé y de esperanza. Apliquémonos todos lo que dijo á los sirvientes: *Haced todo lo que él os diga.*

El Dios humanado escuchó sus súplicas, y el primer milagro que obró durante su santo ministerio, fue por las poderosas instancias de Maria. Este gran milagro de Jesucristo y la multiplicacion de los panes que efectuó mas adelante en dos ocasiones, aluden al milagro mas asombroso aun que obra diariamente en nuestros altares por el ministerio de sus sacerdotes.

Conviene notar que la expresion de la Vulgata *cùm inebriati fuerint*, que corresponde á la nuestra *cuando se hubieren embriágado*, no debe tomarse en el sentido que acostumbramos darle. En el orígen la voz griega *methuein* significa tambien beber despues del sacrificio: *meta to thuein* (Hug. Groc).

Sabido es que la expresion griega *adelphos*, que significa propiamente hermano, se emplea tambien con muchísima frecuencia para significar primo, del mismo modo que la palabra *adelphé*, hermano. Hablaré en otra ocasion en que se trate de esto, de los supuestos hermanos y hermanas de Jesucristo, y probaré claramente que los primeros no fueron sus hermanos, sino sus primos hermanos; por consiguiente no hay ningun motivo de admitir con algunos críticos que S José tuvo de su primer matrimonio algunos hijos que se llamaban hermanos de Jesucristo. Que la santísima Vírgen, *que es bendita entre todas las mujeres*, haya tenido otros hijos ademas del hijo único de Dios, es una opinion vituperable adoptada solamente por unos pocos heterodoxos. Nuestro Señor Jesucristo habitó con frecuencia en Cafarnaum en los tres años y medio que duró su predicacion. Este pueblo estaba situado en la ribera septentrional del lago de Genesareth en los confines de las tribus de Zabulon y Neftalí y en la embocadura del Jordan (Isaías, cap. IX). Su nombre significa bella aldea; pero en lo sucesivo llegó á ser una ciudad muy floreciente.

CAPITULO IV.

Jesucristo echa por primera vez del templo á los profanadores.

«Y estaba próxima la Pascua de los judíos, y subió Jesus á Jerusalem y halló en el templo vendedores de bueyes, ovejas y palomas y los cambistas sentados allí; y habiendo hecho un látigo de cordeles los arrojó á todos del templo y tambien las ovejas y bueyes, y desparramó el dinero de los cambistas y derribó sus mesas. Y dijo á los que vendian palomas: Quitad eso de aqui, y no hagais la casa de mi padre casa de contratacion. Mas sus discípulos recordaron que está escrito: El zelo de tu casa me consumió. Respondieron pues los judíos y le dijeron: ¿Qué signo nos manifiestas por que haces esto? Respondió Jesus y les dijo: Destruid este templo y en tres dias le levantaré. Y dijeron los judíos: En cuarenta y seis años se edificó este templo; ¿y tú le levantarás en tres dias? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Asi cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que decia esto y creyeron en la Escritura y en la palabra que dijo Jesus. Mas estando en Jerusalem por la Pascua en el dia de la fiesta, creyeron muchos en su nombre viendo los milagros que hacia. Pero Jesus no se fiaba de ellos, porque conocia á todos, y porque no necesitaba que nadie diese testimonio del hombre pues sabia lo que habia en el hombre (S. Juan, II, 13 á 25).»

Estos vendedores de animales y palomas hacian probablemente su tráfico en los dias de las grandes festivi-

dades, porque á los israelitas que acudian de todas partes les era muy cómodo comprar allí lo que debian ofrecer en el templo; y como concurrian á estas festividades una multitud de extrangeros que llevaban moneda de su pais, se establecieron allí algunos cambistas, ya para la comodidad de estos compradores, ya para la de los israelitas que querian pagar la contribucion anual de medio siclo, que todo varon desde la edad de veinte años arriba debia satisfacer, segun la ley, para el sosten del culto divino (Exodo XXX, 13, 14).

Hubiera sido obligacion de los sacerdotes, y especialmente del sumo sacerdote, impedir aquella profanacion del templo. Ofendianse mucho mas, porque Jesus usurpaba sus derechos, segun ellos, y preguntaban con qué potestad lo hacia. Tal vez habian impuesto un tributo á aquellos vendedores de animales y cambistas; y confundidos por el zelo de Jesus atajaron el tráfico por espacio de tres años, al cabo de los cuales le volvieron á permitir, porque ya veremos que nuestro Señor combatió otra vez este abuso pocos dias antes de su muerte, y condenó á los profanadores mas severamente que la primera vez diciendo: «Escrito está: Mi casa se llamará casa de oracion; pero vosotros la habeis hecho una cueva de ladrones (S. Mateo XXI, 13, San Marcos XI, 17, S. Lucas XIX, 46, Jeremías VII, 11).» Pareceme que estas palabras aluden á la usura criminal de los cambistas.

CAPITULO V.

Jesucristo instruye á Nicodemus en la necesidad del bautismo y en la redencion del género humano.

«Mas habia un hombre entre los fariseos, llamado Nicodemus, principal entre los judíos. Este vino á

buscar á Jesus de noche y le dijo: Rabbi, sabemos que eres un maestro venido de Dios, porque nadie puede hacer los signos que tú haces, si no estuviese Dios con él. Respondió Jesus y le dijo: En verdad, en verdad te digo, si alguno no renaciese de nuevo no puede ver el reino de Dios. Dicele Nicodemus: ¿Cómo puede nacer el hombre cuando es viejo? ¿Por ventura puede volver otra vez al vientre de su madre y renacer? Jesus le respondió: En verdad, en verdad te digo, si alguno no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne es carne, y lo que ha nacido del espíritu es espíritu. No te admires de que te he dicho: Conviene que vosotros nazcais de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y tú oyes su voz; pero no sabes de dónde viene ó á dónde va: asi es todo el que ha nacido del Espíritu. Respondió Nicodemus y le dijo: ¿Cómo puede suceder esto? Jesus respondió y le dijo: ¡Tú eres maestro en Israel é ignoras esto! En verdad, en verdad te digo, que hablamos lo que sabemos y atestiguamos lo que hemos visto, y vosotros no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenas y no creeis, ¿cómo creereis si os dijere cosas celestiales? Y nadie ha subido al cielo sino el que desciende del cielo, el hijo del hombre que está en el cielo. Y asi como Moises levantó la serpiente en el desierto, asi conviene que sea exaltado el hijo de Dios, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque de tal modo amó Dios al mundo, que dió su hijo unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no envió su hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que se salve el mundo por él. El que cree en él, no es juzgado; mas el que no cree, ya está juzgado, porque no cree en el nombre del hijo unigénito de Dios. Mas el juicio es este:

porque vino la luz al mundo, y los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, pues sus obras eran malas. Porque todo el que obra mal aborrece la luz, y no va á la luz, para que no sean acusadas sus obras; mas el que cumple la verdad, va á la luz para que se manifiesten sus obras, porque se han hecho en Dios (S. Juan, III, 1 á 21).»

No sabemos si Nicodemus fue de noche á buscar á Jesucristo, porque instruyendo este públicamente durante su residencia en Jerusalem, ya en el templo, ya en otros parajes, queria aquel hablarle á solas para apagar su sed en la fuente de la verdad sin ser turbado; ó porque detenido por una falsa vergüenza temia la crítica de sus colegas, como vocal del gran consejo y doctor en Israel. Sin embargo esta última interpretacion parece la mas verosimil, porque la fé en el hijo de Dios obró poco á poco con mas fuerza en su ánimo, como veremos en la serie de esta historia.

Si el gran consejo envió á preguntar á Juan, hijo de un sacerdote, quién era y por qué bautizaba no siendo ni Elías ni un profeta; Jesus de Nazareth en Galilea debia despertar con mas viveza su recelosa curiosidad. Nicodemus estaba mejor dispuesto; pero no miraba á Jesus mas que como un profeta: con todo viendo el Señor la sinceridad con que procuraba aquel buscar la verdad, aunque estaba todavía vacilante y tímido, se dió á conocer á él como hijo de Dios.

La eterna *sabiduría del Padre* instruyó al maestro de Israel en los misterios de la alianza divina, y queria que llegasen tambien á nosotros aquellas palabras de vida eterna que pronunció aquella noche. ¡Ojalá que su espíritu, el espíritu de Dios, las grabe en nuestros corazones, y nos santifique en la fé en Jesus, para que no perezcamos, sino que tengamos la vida eterna, y segun su expresion enérgica *cumplamos la verdad*, es decir, segun el verdadero sentido, guardemos por su gracia los mandamientos por el amor de Dios! De esta suerte nuestras obras serán manifestadas, porque se han hecho en Dios.

CAPITULO VI.

Jesus predica y bautiza en la Judea. Cuarto testimonio de S. Juan.

«Despues de esto fue Jesus con sus discípulos á la tierra de Judea, y alli moraba con ellos y bautizaba. Juan bautizaba tambien en Ennon junto á Salim, porque alli habia aguas abundantes, é iban y eran bautizados, porque aun no habia sido enviado Juan á la cárcel. Y se suscitó una cuestion entre los discípulos de Juan y los judíos (1) acerca de la purificacion. Y fueron á Juan y le dijeron: Rabbi, aquel que estaba contigo del otro lado del Jordan, á quien tú diste testimonio, está bautizando y todos van á él. Juan respondió y dijo: El hombre no puede recibir nada si no se le diere del cielo. Vosotros mismos me sois testigos que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa es el esposo; mas el amigo del esposo que está en pie y le oye, goza de regocijo á causa de la voz del esposo: pues este gozo mio se ha cumplido. Conviene que él crezca y que yo disminuya. El que viene de arriba es sobre todos. El que procede de la tierra, es de la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo es sobre todos;

(1) *Y los judíos.* Si esta version *meta Ioudoión* es la verdadera, significa sin duda individuos del gran consejo á quienes S. Juan llama muchas veces *los judíos*, y otras *los fariseos*. La version *meta Ioudoión*, de Judea, que se halla en S. Juan Crisóstomo y en manuscritos muy antiguos, parece la mas exacta; pero se ignora quien fue este Judea.

y atestigua lo que ha visto y oido, y nadie recibe su testimonio. El que recibió su testimonio, testificó que Dios es veraz, porque aquel á quien Dios envió habla las palabras de Dios, pues Dios no da el espíritu por medida. El padre ama al Hijo y lo dió todo en su mano. El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; mas el que es incrédulo en el Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él (S. Juan III, 22 á 36).»

No se sabe á punto fijo donde estaban situados Ennon y Salim: algunos suponen que en Galilea, donde debia habitar el Bautista cuando le mandó prender Herodes Antipas, tetrarca de aquella provincia. La eleccion de un pais abundante en aguas era natural, porque los que recibian el bautismo se zambullian en el agua.

Parece que los discípulos de Juan Bautista tenian envidia de que acudian mas personas á bautizarse con Jesucristo que con su maestro. ¡Qué noble aparece aqui el gran precursor del Mesias! ¡Cuán graciosa es la imágen del esposo y del amigo del esposo que se llena de alegria al oir la voz de aquel!

No sabemos cómo ha podido sostenerse, segun han hecho algunos, que el hijo de Dios no instituyó su bautismo hasta despues de su resurreccion, y que hasta entonces se habia servido del bautismo de Juan, que no era otra cosa que un bautismo preparatorio para la penitencia. ¿No dijo el mismo Juan que él bautizaba en el agua; pero que el que habia de venir despues de él, aunque era antes que él, bautizaria en el Espíritu Santo y en el fuego? ¿Quién se atreveria á creer que Jesucristo hubiese admitido á su banquete sagrado discípulos que no estuviesen bautizados aun?

«Dios no da el espíritu por medida», dice S. Juan Bautista, esto es segun lo que precede y sigue: Dios no da á su hijo el espíritu por medida; habia dado su espíritu á los profetas segun diversas medidas. Una estrella se diferencia de otra en el resplandor, dice el Apostol (I Cor. XV, 41); mas Dios derramó toda la plenitud del Espíritu Santo sobre el hombre Dios. Lo que dice aqui el Bautista por la virtud de este espíritu, lo habia cantado ya el real profeta por la virtud del mismo espíritu hablando del hijo de Dios: Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad: por eso te ungió el Dios tu Dios con el oleo de la alegría con preferencia á tus consortes (salmo XLIV, v. 8).

CAPITULO VII.

Jesus conversa con la Samaritana.

A muy poco tiempo de haber dado el Bautista este testimonio á Jesus fue encerrado en una prision de orden de Herodes Antipas (S. Mateo IV, 12). Pero será mas oportuno indicar la causa de este suceso cuando se trate en la serie de esta historia de la muerte de aquel hombre extraordinario.

«Luego que supo Jesus que habian dicho los fariseos que Jesus hace mas discípulos y bautiza mas que Juan (aunque no bautizaba Jesus sino sus discípulos), dejó la Judea y se fue otra vez á Galilea. Mas era preciso que pasase por Samaria. Fue pues á una ciudad de Samaria llamada Siquem junto á la heredad que dió Jacob á su hijo José. Alli estaba la fuente de Jacob. Jesus pues cansado del camino se sentó sobre la fuente, y era como la hora sexta (es decir, el mediodia). Fue una mujer de Samaria á sacar agua y le dice Jesus: Dame de beber (porque sus discípulos se habian ido á la ciudad á comprar comestibles). Dicele pues la mujer samaritana: ¿Cómo siendo tú judío me pides de beber á mí que soy mujer samaritana? Porque los judíos no comunican con los samaritanos. Respondió Jesus y le dijo: Si tú supie-

ras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, acaso le hubieras tú pedido y te hubiera dado él agua viva. Y le dice la mujer: Señor, no tienes en qué sacarla y el pozo es profundo; ¿de dónde pues tienes tú agua viva? ¿Por ventura eres mayor que nuestro padre Jacob que nos dió el pozo y bebió de él, y sus hijos y sus rebaños? Jesus respondió y le dijo: Todo el que bebe de esta agua tendrá sed otra vez; mas el que bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed eternamente, sino que el agua que yo le diere se hará en él una fuente de agua que brota para la vida eterna. Dícele la mujer: Señor, dame esa agua para que yo no tenga sed ni venga á sacarla aqui. Jesus le dice: «Vé, llama á tu marido y vuelve aqui. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Dícele Jesus: Bien has dicho, no tengo marido, porque has tenido cinco maridos y el que tienes ahora no es tu marido: en esto has dicho la verdad. Dícele la mujer: Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en esta montaña, y vosotros decís que en Jerusalem está el lugar donde se debe adorar. Jesus le dice: Mujer, creeme que llega la hora en que no adorareis al padre en esta montaña ni en Jerusalem. Vosotros adorais lo que no conoceis: nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene do los judíos. Pero llega la hora, y ahora es, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad: porque el Padre busca tales adoradores. Dios es espíritu, y conviene que los que le adoran le adoren en espíritu y en verdad. Dícele la mujer: Sé que ha de venir el Mesías (que se llama Cristo); pues cuando viniere, nos anunciará todas estas cosas. Dícele Jesus: Yo soy que estoy hablando contigo. Y al punto llegaron sus discípulos y se admiraron de que estaba hablando con la mujer; sin embargo nadie dijo: ¿Qué le preguntas ó que hablas con ella? Dejó

pues la mujer su cántaro y se fue á la ciudad, y dijo á los habitantes: Venid y ved á un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿por ventura no es este el Cristo? Salieron pues de la ciudad é iban adonde él estaba. Entretanto le rogaban los discípulos diciendo: Maestro, come. Mas él les dice: Yo tengo que comer una comida que vosotros no conoceis. Y se decian los discípulos unos á otros: ¿Acaso le ha traido alguno qué comer? Díceles Jesus: Mi comida es que haga la voluntad del que me ha enviado para que cumpla su obra. ¿No decís vosotros que dentro de cuatro meses vendrá la siega? Pues yo os digo, levantad los ojos y ved los campos que ya blanquean para la siega. Y el que siega recibe el jornal y junta frutos para la vida eterna, para que se regocijen juntamente el que siembra y el que siega. Porque en esto está la verdad; que uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he enviado á segar lo que no labrasteis: otros labraron y vosotros habeis entrado en su trabajo.

«Y muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer que daba testimonio: me ha dicho todo lo que yo he hecho. Habiendo pues ido á buscarle los samaritanos le rogaron que se quedase alli, y se quedó dos dias. Y creyeron en él muchos mas por sus palabras. Y decian á la mujer: Ya no creemos por tu palabra, porque le hemos oido nosotros mismos, y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo (S. Juan IV, 1 á 42).»

¡Qué carácter de verdad resplandece en esta historia referida con una sencillez inimitable! ¿Quién hubiera podido ni querido inventar tales ficciones?

Jesus para librarse del odio de los fariseos dejó la Judea y se fue á Galilea: tomó el camino mas corto, y pasó por el pais de Samaria. Mientras sus discipulos iban á la ciudad de Sicar ó Siquem á comprar comes-

tibles, nuestro Salvador se quedó cerca de un pozo, y necesitando descansar se sentó sobre él. Acaso habia pasado la noche anterior solo y orando como le acontecia muchas veces despues de las fatigas del dia, en tanto que dormian sus discípulos. Una mujer samaritana llevada por inspiracion del cielo va con ánimo de sacar agua, y encuentra un judío desconocido en el pozo de Jacob: no sabe que está en la fuente de la vida eterna. Jesus le habla con su bondad y discrecion habituales, y lo pide de beber. Estaba leyendo en su corazon: la samaritana era una mujer de buena índole, y tales personas son reconocidas cuando se les pide un leve favor. Aqui habia algo mas: debia ser tocada en el corazon no descubriendo absolutamente en el Señor aquella antipatía que tenian los judíos á los samaritanos; por lo cual quedó atónita. Jesus se aprovechó de esta circunstancia, y con una caridad que iba siempre en aumento, aludió á su mision, á los dones del Espíritu Santo y á la propagacion universal de las verdades divinas.

La samaritana que estaba apegada á los sentidos, pero que tenia un corazon recto y accesible á las cosas mas elevadas, debia decir en su interior: este hombre habla como un profeta; pero si supiera la vida que yo llevo, sin duda seria mas reservado en sus palabras. Este pensamiento podia producir en ella una saludable confusion; mas tambien debia echar una semilla de incredulidad. Jesus la hace conocer en una amonestacion sorprendente, pero bondadosísima que sabe quién es ella, y asi el gran jardinero introduce la semilla de la conviccion de que él es el Mesias, en el corazon de aquella mujer que acababa de ablandar con la vergüenza y la amonestacion, y que no tardará sin duda en fertilizarse con el rocío de la penitencia. El agua que le daba, vino á ser en ella un manantial que debia brotar para la vida eterna, y tambien le produjo un movimiento grandioso

de amor al prójimo, pues dejando su cántaro en el suelo fue gozosa y solícita á llamar á sus amigos y anunciarles por su gracia aquel que habian cantado los profetas. ¡Cosa admirable! Ella samaritana y pecadora se hizo la mensagera de la salud.

Los discípulos del Salvador en su solicitud procuraban proveerle de alimento; pero no tenian ninguna idea del alimento que le era propio y consistia en hacer la voluntad de su Padre: á lo que parece, necesitaban aun ser preservados de la presuncion. Manifiestales Jesus con paternal dulzura el gozo que los esperaba cuando hubiesen recogido la mies espiritual; pero les hace notar que otros siervos de Dios habian trabajado penosamente antes que ellos. Es probable que hablaba de los profetas ó mas bien de Juan Bautista.

¡Cuán admirable es la aplicacion que hace de la semilla que empieza á brotar! Aparta las miradas de los discípulos de las cosas terrenas para dirigirlas á objetos enteramente espirituales. Ve y señala en una época próxima los campos cubiertos de mieses en sazon, las espigas doradas de las naciones y las gavillas que deben un dia postrarse todas ante la suya (Génesis XXXVII, 7), cuando esté muerto su grano de trigo, y haya producido mucho fruto (S. Juan XII, 24).

CAPITULO VIII.

Jesus en la sinagoga explicando un pasaje del profeta Isaias.

«Mas á los dos dias salió de allí y se marchó á Galilea por la virtud del espíritu, y su fama se extendió por todo el pais comarcano. Y él enseñaba en su sinagoga, y era glorificado por todos, predicando el Evangelio del reino de Dios, y diciendo: Se ha cumplido el tiempo, y el reino de Dios está cerca: haced penitencia y

creed en el Evangelio (S. Juan IV, 43, S. Luc. IV, 14 y 15 y S. Marc. I, 14 y 15).»

«Habiendo ido pues á Galilea, le recibieron los galileos que habian visto todo lo que habia hecho en Jerusalem en el dia de la fiesta; y ellos tambien habian ido á la fiesta (S. Juan IV, 45).

«Y fue á Nazareth donde se habia criado, y entró en la sinagoga el dia del sábado segun su costumbre, y se levantó á leer. Y le dieron el libro del profeta Isaias, y en cuanto abrió el libro halló el pasaje en que estaba escrito: El espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ungió, me envió á evangelizar á los pobres, sanar á los contritos de corazon, predicar á los cautivos la libertad y á los ciegos el recobro de la vista, consolar á los oprimidos, y anunciar el año acepto al Señor y el dia de la retribucion. Y habiendo cerrado el libro, se le devolvió al ministro y se sentó. Y todos tenian fijos los ojos en él en la sinagoga. Mas él comenzó á decirles: Hoy se ha cumplido esta escritura que habeis oido. Y todos le daban testimonio, y se admiraban de las palabras llenas de gracia que salian de su boca, y decian: ¿No es este el hijo de José? Y él les dijo: Ciertamente me direis este proverbio: Médico, cúrate á tí mismo: haz aqui en tu patria todas las cosas que hemos oido que has hecho en Cafarnaum. Mas en verdad os digo que ningun profeta es bien recibido en su patria. En verdad os digo que habia muchas viudas en Israel en los dias de Elías cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses habiendo afligido una grande hambre á toda la tierra, y á ninguna de ellas fue enviado Elías sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidon (lib. III de los Reyes, XVII). Y habia muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y nadie quedó limpio de la lepra sino

(1) Alude al año de jubileo de los israelitas.

Naaman Sirio (lib. IV de los Reyes, V, 14). Y todos en la sinagoga se irritaron al oir esto. Y se levantaron y le echaron de la ciudad y le llevaron hasta la cumbre de la montaña sobre que estaba edificada su ciudad, para precipitarle desde allí. Mas él pasando por medio de ellos se fue (S. Lucas IV, 16 á 30).»

CAPITULO IX.

Curacion del hijo del cortesano de Cafarnaum.

«Y dejando la ciudad de Nazareth fue á habitar á Cafarnaum en la marina en los confines de Zabulon y Neftalí, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaias: La tierra de Zabulon y la tierra de Neftalí, el camino del mar al otro lado del Jordan, la Galilea de las naciones. El pueblo que estaba sentado en las tinieblas, vió una gran luz, y apareció la luz á los que estaban sentados en la region de la sombra de la muerte (Isaias IX, 1, 2). Desde entonces comenzó Jesus á predicar y decir: Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos (S. Mateo IV, 13 á 17, S. Lucas IV, 31).

«Volvió pues Jesus á Caná de Galilea donde habia convertido el agua en vino. Y habia cierto grande de la corte (1), cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. Y habiendo sabido este que Jesus habia llegado de Judea á Galilea, fue á buscarle y le suplicó que bajase y curase á su hijo, porque estaba próximo á morir. Díjole pues Jesus: Si no viereis signos y prodigios, no creeis. Díjole el cortesano: Señor, baja antes que se muera mi hijo.

(1) A saber, un grande del tetrarca Herodes Antipas, á quien los galileos llamaban rey, porque era hijo de Herodes el grande y los gobernaba.

Jesus le dijo: Anda, que tu hijo vive. Creyó el hombre en la palabra que le dijo Jesus, y se fue. Mas cuando iba bajando, le salieron al encuentro sus criados y le anunciaron que su hijo vivia. Preguntábales la hora en que se habia mejorado, y le dijeron: Ayer á la hora séptima le dejó la calentura. Conoció pues el padre que aquella era la hora en que le dijo Jesus: Tu hijo vive, y creyó él y toda su casa. Este es el segundo milagro que hizo Jesus cuando fue de Judea á Galilea (1) (S. Juan IV, 46 á 54).»

«Y Jesus caminando á orilla del mar de Galilea vió á dos hermanos, Simon, que se llama Pedro, y Andres su hermano echando las redes al mar, porque eran pescadores, y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré que seais pescadores de hombres; y ellos dejando al punto sus redes le siguieron (S. Mateo IV, 18 á 20, S. Marcos I, 16 á 18). Y adelantándose desde alli vió á otros dos hermanos. Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en una barca con su padre Zebedeo, que estaban componiendo las redes, y los llamó. Y ellos dejando al instante las redes y su padre le siguieron (San Mateo IV, 21 á 22, S. Marcos I, 19 y 20).»

Andres y Simon, á quien el Señor habia dado el nombre de Pedro (S. Juan I, 41 y 42), creian ya en él; pero solo entonces fueron llamados al apostolado (San Juan I, 37 á 40). Lo mismo sucedia con Juan, si fue, como es muy probable el discípulo de Juan Bautista enviado á Jesus con Andres. No sabemos si Santiago,

(1) El evangelista es aqui muy lacónico. Jesus hizo este milagro cuando fue de Judea á Galilea. Atendiendo á Caná donde habia convertido el agua en vino antes del viaje que hacia á Jerusalem con ocasion de la fiesta, este era el segundo milagro. Ya habia obrado otras maravillas en Judea (S. Juan II, 23).

hijo de Zebedeo, habia sido tambien discípulo del Bautista. Es verdad que S. Epifanio opina que él era el que iba en busca de Jesus con Andres; pero ya he indicado mas arriba las razones que autorizan á creer que aquel Juan era el hermano de Santiago. Estos dos hermanos lo dejaron todo en cuanto los llamó Jesus.

Andres habia seguido á Jesus antes que Simon, porque él fue quien llevó este á Jesus (S. Juan I, 41 y 42): asi que le vió el Salvador le dió el nombre de Cefas, que quiere decir Pedro, y mas adelante explicó por qué le habia llamado asi: porque queria edificar sobre aquella piedra su iglesia, contra la cual no prevalecerian las puertas del infierno. Otros apóstoles fueron llamados antes que Pedro; pero veremos que siempre se hace mencion de este antes que de sus compañeros, y que siempre estaba á su cabeza.

CAPITULO X.

Jesus enseña en la sinagoga de Cafarnaum; y lanza un demonio y cura á la suegra de S. Pedro.

«Y llegaron á Cafarnaum, y entrando al instante el Señor en la sinagoga el sábado los enseñaba. Y ellos se quedaban atónitos de su enseñanza, porque los enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas. Y habia en su sinagoga un hombre que tenia un espíritu inmundo y gritó diciendo: ¿Qué hay entre tí y nosotros, Jesus nazareno? ¿Has venido á perdernos? Sé quien eres, el santo de Dios. Y Jesus le amenazó diciendo: Enmudece y sal de ese hombre. Y el espíritu inmundo molestándole y gritando á grandes voces salió de él. Y todos se admiraron, de manera que se preguntaban entre sí diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué doctrina nueva es esta? ¿Por qué manda con autoridad hasta á los

espíritus inmundos, y estos le obedecen? Y al instante se extendió su fama por toda la comarca de Galilea (S. Marcos I, 21 á 28, S. Lucas IV, 31 á 37).

«Y habiendo ido Jesus á la casa de Pedro con Santiago y Juan, vió á la suegra de aquel en cama y con calentura; y le tocó la mano, y la dejó la calentura, y ella se levantó y les servia (*ministrabat eis*).

«Y cuando iba anocheciendo le presentaron muchos endemoniados, y él lanzaba á los espíritus con su palabra y curó á todos los enfermos. Y toda la ciudad se habia reunido á la puerta. Y salian de los cuerpos de muchos los demonios gritando y diciendo: Tú eres el hijo de Dios. Y él reprendiéndolos no los dejaba hablar, porque sabian que él era el Cristo (S. Mateo VIII, 14, 16, S. Marcos I, 29 á 34 y S. Lucas IV, 38 á 45).

«Y levantándose muy de mañana salió y fue á un lugar desierto, y allí estaba orando. Y le siguió Simon y los que estaban con él. Y habiéndole hallado le dijeron: Todos te buscan; y él les dijo: Vamos á las aldeas inmediatas y á las ciudades, para que yo predique tambien allí; porque para eso he venido (S Marcos I, 35 á 38).

«Y las turbas le buscaban, y llegaron hasta donde él estaba, y le detenian para que no se separase de ellas. Mas él les dijo: Conviene que yo evangelice el reino de Dios á las otras ciudades, porque para eso he sido enviado (S. Lucas IV, 42 y 43).

«Y Jesus recorria toda la Galilea enseñando en las sinagogas y predicando el evangelio del reino y curando toda flaqueza y toda enfermedad en el pueblo. Y cundió su fama á toda la Siria, y le presentaron todos los que padecian diversas enfermedades y achaques y los que tenian el demonio, los lunáticos y los paralíticos, y los curó. Y le siguieron muchas turbas de Galilea,

de la Decápolis (1), de Jerusalem, de Judea y del otro lado del Jordan (S. Mateo IV, 23 á 25).»

CAPITULO XI.

Pesca milagrosa: curacion de un leproso y de un paralítico.

«Y sucedió que estrechándole las turbas para oir la palabra de Dios, él estaba cerca del lago de Genesaret. Y vió dos barcas que habia cerca del lago; y los pescadores se habian bajado y estaban lavando las redes. Mas entrando Jesus en una barca que era de Simon, le pidió que le apartase un poco de la orilla, y sentándose enseñaba desde allí á la multitud. Y luego que cesó de hablar, dijo á Simon: Guia á alta mar, y echad vuestras redes para pescar. Y Simon respondiendo le dijo: Maestro, hemos estado trabajando toda la noche y no hemos cogido nada; mas en tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho cogieron copioso número de peces, y se rompia la red. Hicieron señas á sus compañeros que estaban en la otra barca para que fuesen y los ayudasen, y fueron y llenaron tanto las dos barcas que casi se iban á fondo. Y cuando Simon Pedro vió esto, se postró á los pies de Jesus diciendo: Apartate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador; porque se habia apoderado el asombro de él y de todos los que se hallaban en su compañía por la pesca que habian hecho, y jun-

(1) *Decapolis*: asi se llama una comarca á causa de las diez ciudades que la componian, y eran Scitópolis, Filadelfia, Rafanea, Gadara, Hippos, Dion, Pella, Gerasa, Canata y Damasco. Plinio las nombra asi; pero advierte que otros dan estos nombres á otras ciudades. Excepto Scitópolis todas las demas estaban situadas del lado allá del Jordan al este del lago de Galilea.

tamente de Santiago y Juan que eran los compañeros de Simon. Y dijo Jesus á Simon: No temas, desde ahora serás pescador de hombres. Y habiendo sacado las barcas á tierra y dejádolo todo le siguieron (S. Lucas V, 1 á 11). »

El lector atento echará de ver facilmente que esta narracion se diferencia de la de S. Mateo (IV, 18 á 22) y S. Marcos (I, 16 á 20) por varias circunstancias y por el tiempo. La primera habla de un acontecimiento que ocurrió antes de la curacion de la suegra de Pedro, y la segunda expone un hecho ocurrido mas adelante. Estos pescadores habian seguido á Jesus; pero continuaron su pesca: entonces solo se desprendieron de sus cuidados terrenos para quedar mas en libertad de seguir á Jesus con todo su corazon. Esta pesca que el mismo Jesus hacia tan productiva, lejos de ser una muestra de infidelidad respecto de él, le era por el contrario agradable, atendiendo á que Pedro animado de la fé mas viva la emprendió en virtud de su palabra. Pero mejor es lo mejor. Jesucristo bendijo á aquellos pescadores de un modo mas sublime, de suerte que á vista del bienhechor se olvidaron de los beneficios, mientras que por nuestra parte los beneficios nos hacen olvidar muchas veces al bienhechor. Desde entonces los apóstoles renunciaron todo lo que es perecedero, para unirse mas íntimamente á Jesucristo.

Tales eran los apóstoles, unos pobres pescadores. No se extrañe pues, dice S. Hilario, que á su voz echasen á andar los cojos, viesen los ciegos, huyesen los demonios, y resucitasen los muertos. Mayor milagro que este es que un pescador pobre y desconocido, cuyas manos manejaban la red, y cuyos vestidos estaban empapados en agua, llegase á tan alta sabiduría, y diese al mundo esta leccion sublime: En el principio era el Verbo (S. Hilar., lib. II de Trinit., n. 13).

« Y sucedió que estando en una ciudad se llegó á él un leproso suplicándole, é hincada la rodilla le dijo: Señor, si tú quieres puedes dejarme limpio. Y compadecido Jesus de él alargó la mano, y tocándole le dijo: Quiero, queda limpio. Y dicho esto al punto desapareció la lepra, y quedó limpio el leproso. Y le amenazó, y al instante le despidió diciéndole: Mira, no lo digas á nadie; pero ve y preséntate al príncipe de los sacerdotes, y ofrece por tu curacion lo que mandó Moises como testimonio para ellos. Mas él salió y empezó á hablar y á publicar su curacion, de suerte que ya no podia Jesus entrar públicamente en la ciudad, sino que estaba fuera en los lugares desiertos, y de todas partes acudian á él (S. Marcos I, 40 á 45 y S. Lucas V, 12 á 14). »

Si las enfermedades son las resultas del pecado, tambien son su imagen. Todo el que pide con toda sinceridad de corazon y con una resolucion bien firme de resistir á las tentaciones con todas sus fuerzas el verse libre del poder del pecado, puede decir á Jesucristo con confianza: Señor, si tú quieres puedes curarme. Conviérteme, dice el profeta Jeremías (cap. XXXI, versículo 18), y seré convertido, porque tú eres el Señor mi Dios.

Cuando un leproso se creia curado de su enfermedad, debia presentarse á un sacerdote, el cual examinando su estado y hallándole realmente curado le declaraba puro, luego que hubiese observado los usos prescritos. Por eso Jesus envió el leproso á un sacerdote (segun la Vulgata al príncipe de los sacerdotes). La expresion *como un testimonio para ellos* quiere decir: para qué vean los sacerdotes que tú has sido purificado por mi palabra.

« Mas cundia su fama cada vez mas, y se juntaban muchas turbas á oirle y curarse de sus enfermedades.

Pero él se retiraba al desierto y oraba (S. Lucas V, 15 y 16).»

«Y entrando en una barquilla pasó al otro lado del mar, y fue á su ciudad, Cafarnaum, y anunciaron que estaba en una casa. Al instante se congregaron muchos, de suerte que no cabian en todo el espacio que habia delante de la puerta, y habiéndose sentado los enseñaba. Y los fariseos, los doctores de la ley, que habian ido de todos los pueblos de Galilea y Jerusalem, estaban sentados, y el poder del Señor obraba para curar los enfermos. Entonces se dirigieron á él algunos llevando un paralítico, que era conducido por cuatro. Y como no pudiesen presentarsele á causa de la multitud, descubrieron el tejado y bajaron la camilla en que estaba el paralítico, y la pusieron delante de Jesus, el cual viendo la fé de aquellos dijo al paralítico: Hijo, se te perdonan tus pecados. Mas habia allí sentados algunos escribas, y reflexionando en su corazon dijeron: ¿Por qué habla este asi? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar los pecados sino solo Dios? Jesus conociendo por su espíritu lo que pensaban dentro de sí les dice: ¿Por qué pensais eso en vuestros corazones? ¿Qué es mas facil? ¿decir al paralítico: Se te perdonan tus pecados; ó decir: Levantate, toma tu camilla, y echa á andar? Mas para que sepais que el hijo del hombre tiene potestad de perdonar los pecados en la tierra (dijo al paralítico), te digo á tí: Levantate, coge tu camilla, y vete á tu casa. Y al instante se levantó aquel y cogiendo la camilla echó á andar delante de todos, de modo que se admiraron todos y glorificaron á Dios diciendo: Nunca hemos visto una cosa asi. Y tributaron gloria á Dios, que habia dado tal potestad á los hombres (S. Mateo IX, 1 á 8, S. Marcos II, 1 á 12 y S. Lucas V, 17 á 26).»

CAPITULO XII.

Vocacion de S. Mateo.

«Y Jesus salió otra vez hácia el mar, y toda la multitud iba á él, y él los enseñaba. Y al pasar vió á Leví (Mat). hijo de Alfeo, sentado en el banco de cambio, y le dijo: Sigueme. Y levántandose aquel le siguió.»

Los evangelistas S. Marcos y S. Lucas llaman á este discípulo Leví, hijo de Alfeo; con todo no hay que confundir este Alfeo con el padre de Santiago y Judas Tadeo.

«Y Levi (Mateo) le dió un gran convite en su casa; y habia una multitud de publicanos y pecadores comiendo con él. Y murmuraban los fariseos y escribas diciendo á sus discípulos: ¿Por qué comeis y bebeis con los publicanos y pecadores? Y respondiendo Jesus les dijo: No necesitan médico los que estan buenos, sino los enfermos. Yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores á penitencia. Id pues y aprender lo que significa: Quiero la misericordia y no el sacrificio (S. Mat. IX, 9 á 13, S. Marcos II, 13 á 17 y S. Lucas V, 27 á 32).»

La ceguedad de los fariseos y de los escribas que hacian ostentacion de una justicia propia suya, y por consiguiente nula, era mucho mayor por cuanto el hijo de Dios acababa de obrar un gran milagro de la gracia en el corazon de aquel publicano. Mateo, dedicado á su arriesgado tráfico, le dejó al primer llamamiento del hijo de Dios y siguió á este.

La humildad le impidió á lo que parece decirnos que habia tratado á nuestro Salvador, aunque hace mencion del convite en que tomaron parte los publicanos y los

pecadores con el hijo de Dios. El evangelista S. Lucas nos refiere esta circunstancia.

San Mateo escribió su Evangelio antes que los otros evangelistas, y se cree que fue ocho años despues de la resurreccion del Salvador, es decir, el cuarenta y uno ó cuarenta y dos, y antes de marchar á regiones extrangeras para anunciar á Jesucristo. Poco despues, es decir, como el año cuarenta y tres se juzga que san Marcos escribió su Evangelio. El apostol S. Mateo escribió el suyo en lengua hebrea, ó mas bien siriaca, que era entonces la usada en el pais de Judea y Galilea. La traduccion griega que tenemos de él, se hizo ya en tiempo de los apóstoles ó muy poco despues, y se atribuye á diferentes apóstoles segun los diversos escritores. Desde entonces se ha considerado siempre en la iglesia como canónica.

CAPITULO XIII.

Disputa acerca del ayuno.

«Entonces se acercaron á él los discípulos de Juan diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, y tus discípulos no ayunan? Y Jesus les dijo: ¿Por ventura pueden llorar los hijos del esposo (1), mientras está el esposo con ellos? Mas vendrán

(1) *Los hijos del aposento nupcial*; palabras que hallamos en la traduccion griega de S. Mateo, S. Marcos y san Lucas: *oi uioi tou numphonos*. La Vulgata dice en san Mateo y S. Lucas *filii sponsi*, los hijos del esposo, y en S. Marcos *filii nuptiarum*, los hijos de las bodas. El sentido de la primera version de estas es falso, y el de la última no es enteramente exacto. La hermosa expresion oriental es poética, y parece que estuvo en uso entre los

dias en que se les quite el esposo, y entonces ayunarán. Nadie echa un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, porque se lleva todo el paño del vestido, y la rasgadura se hace mayor. Ni echan vino nuevo en pellejo viejo: de otro modo se rompen los pellejos y se derrama el vino y se pierden los pellejos, sino que se echa el vino nuevo en pellejos nuevos, y ambas cosas se conservan. Y nadie que bebe vino añejo, quiere al punto el nuevo, porque dice: mejor es el añejo (S. Mat. IX, 14 á 17, S. Marcos II, 18 á 22 y S. Lucas V, 33 á 39).»

Es evidente que no se trata aqui del ayuno legal impuesto por precepto, sino del voluntario. Los fariseos ayunaban dos veces á la semana, lunes y jueves, y algunas hasta cuatro veces: vanagloriabanse de su ayuno y le daban una importancia que le quitaba todo el mérito. Jesucristo se ciñó á los usos religiosos prescritos por Moises al pueblo de Israel; pero fuera del ayuno ordenado por la ley no estableció ninguno regular ni para él ni para sus discípulos, anunciando claramente que su iglesia le establecerá *luego que se le quite el esposo*. Veremos en adelante que atribuye en otra circunstancia al ayuno acompañado de la oracion la virtud de vencer los espíritus malignos (S. Mat. XVII, 20).

judíos. Designa los jóvenes que acompañan al esposo á la habitacion nupcial, sus amigos, que entre los griegos se llamaban *paranumphioi*. La esposa tenia tambien doncellas que la acompañaban: tales son las diez vírgenes de la parábola que trae S. Mateo al cap. XXV. Probablemente escogió nuestro Señor con mucho mas gusto esta bella figura en ocasion de preguntarle los discípulos del Bautista, porque este le habia comparado al esposo, y asimismo á un amigo del esposo (S. Juan, III, 29). Ahora estaba separado del esposo segun habia sucedido casi siempre; mas los discípulos de Jesus estaban con el esposo.

Tratando S. Juan Crisóstomo de explicar la parábola de una pieza de paño nuevo cosida en un vestido viejo y del vino nuevo echado en toneles viejos, dice que nuestro Señor queria dar á entender que sus discípulos debian ser renovados primero por el Espíritu Santo antes de poder ser guiados con fruto, y aun diré sin peligro, por el camino áspero de una penitencia austera (S. Chrys. in Math., hom. XXXI). S. Gerónimo se expresa poco mas ó menos de la misma manera: segun él Jesucristo queria decir: «Nadie puede sujetarse á la regla de la abstinencia y del ayuno, que son demasiado rigorosos para él, antes de ser regenerado, antes de despojarse por los méritos de mi muerte del hombre viejo y revestirse del nuevo; y si se le quisiera sujetar á ejercicios demasiado austeros, correria riesgo de perder la fé que empezaba ya á tener en mí (S. Gerónimo ad Mat. IX).» Segun la observacion de S. Juan Crisóstomo citada mas arriba Jesus daba al mismo tiempo un ejemplo que debian seguir sus discípulos un dia, si querian ganar almas á Dios y conducirlas poco á poco de un grado á otro.

Por lo demas los discípulos de Jesus llevaban una vida austera en el hecho mismo de seguir á aquel *que no tenia donde reclinar su cabeza* (S. Lucas IX, 58). Mas ¡cuál no fue la dicha de su peregrinacion! *Vieron su gloria, la gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad* (S. Juan I, 14). No les tengamos envidia: él mismo nos enseña que *bienaventurados los que no vieron y creyeron* (Ibid. XX, 29).

CAPITULO XIV.

Piscina de Jerusalem y disputa acerca de la curacion de un enfermo que llevaba treinta y ocho años de enfermedad.

«Despues de esto era la fiesta de los judíos, y subió

Jesus á Jerusalem (1). Y hay en Jerusalem una piscina probática que se llama en hebreo Behtsaida (2) y tiene cinco pórticos. En estos yacia gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, esperando el movimiento del agua. Y el angel del Señor bajaba en el tiempo determinado á la piscina y removia el agua. Y el primero que bajaba á la piscina despues del movimiento del agua, sanaba de cualquier enfermedad que padeciese. Mas habia alli un hombre que estaba enfermo hacia treinta y ocho años. Habiéndole visto Jesus tendido en el suelo, y sabiendo que ya estaba asi mucho tiempo habia, le dice: ¿Quieres sanar? El enfermo le respondió: Señor, no tengo un hombre que me meta en la piscina cuando se enturbia el agua, porque mientras voy bajó otro antes que yo. Dícele Jesus: Levántate, coge tu camilla, y echa á andar. Y al punto quedó sano aquel hombre, y cogió su camilla y andaba. Mas aquel dia era sábado. Decian pues los judíos al que habia sanado: Es sábado y no te es permitido llevar tu camilla. Respondióles: El que me ha curado me ha dicho: Toma tu camilla y echa á andar. Y ellos le preguntaron: ¿Quién es el que te ha dicho: Toma tu camilla y echa á andar? Y el que habia sanado no sabia quién fuese, porque Jesus se apartó de la multitud reunida en aquel lugar. Despues le halló Jesus en el templo y le dijo: Ya ves que has sanado: no peques en adelante, no sea que te sobrevenga algo peor. Marchóse aquel hombre y anunció á los judíos que Jesus era el que le habia sanado. Por eso perseguian los judíos (3)

(1) Segun una opinion casi generalizada era la fiesta de Pascua. En algunos manuscritos se lee *èn èorté èn è eorté, era la fiesta*. La Pascua era la fiesta mas grande.

(2) Bethsaida significa una casa de gracia ó de misericordia.

(3) En estos diferentes pasajes la expresion *los judíos*

á Jesus porque hacia estas cosas en sábado. Mas Jesus les respondió: Mi Padre está obrando siempre y yo obro. Por eso los judíos trataban mas de quitarle la vida, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que decia que Dios era su Padre, igualándose á Dios. Respondióles pues Jesus y les dijo: En verdad, en verdad os digo, no puede el Hijo hacer nada por sí, sino lo que viere hacer al Padre, porque todo lo que hiciere este lo hace igualmente el Hijo. El Padre ama ál Hijo y le manifiesta todo lo que él hace, y le manifestará obras mayores que estas para que os admireis. Porque asi como el Padre resucita á los muertos y los vivifica, asi el Hijo vivifica á los que quiere. El Padre no juzga á nadie, sino que dió todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre: el que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. En verdad, en verdad os digo que el que oye mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no viene á juicio, sino que pasa de la muerte á la vida. En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y ya es, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que oyeren vivirán. Porque asi como el Padre tiene la vida en sí mismo, asi tambien dió al Hijo el tener la vida en sí mismo, y le concedió la potestad de dar juicio, porque es el Hijo del hombre. No os admireis de esto, porque llega la hora en que todos los que estan en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y saldrán los que obraron bien á la resurreccion de la vida; mas los que obraron mal, á la resurreccion de condenacion. Yo no puedo hacer nada por mí mismo. Segun oigo juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me

significa, como sucede tantas veces, especialmente en el Evangelio de S. Juan, los caudillos del pueblo, los individuos del gran consejo.

envió. Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviasteis hácia Juan, y este dió testimonio á la verdad. Mas yo no recibo testimonio del hombre, sino que digo esto para que os salveis. El era una lámpara ardiente y brillante, y vosotros quisisteis regocijaros en su luz por un poco de tiempo; mas yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que me dió mi Padre para cumplir, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí que me envió el Padre; y el Padre que me envió, dió él mismo testimonio de mí: nunca oisteis vosotros su voz ni visteis su semblante; y su palabra no permanece en vosotros, porque no creeis en aquel á quien él envió. Registrad las escrituras, porque vosotros juzgais que teneis la vida eterna en ellas; y ellas son las que dan testimonio de mí. Y no quereis venir á mí para tener la vida. Yo no busco la gloria de los hombres. Pero sé que vosotros no teneis el amor de Dios en vosotros. Yo he venido en el nombre de mi Padre y no me recibís: si otro viniere en su propio nombre, le recibireis: ¿cómo podeis creer vosotros, que buscais la gloria unos de otros, y no buscais la gloria que es de Dios solo? No penseis que yo haya de acusaros delante de mi Padre: Moises en quien vosotros esperais, es el que os acusa. Porque si creyerais en Moises, creeriais tambien en mí, porque de mí escribió él; mas si no creeis en sus escritos, ¿cómo habeis de creer en mis palabras (S. Juan, cap. V)?»

CAPITULO XV.

Los apóstoles arrancan espigas en sábado: curacion de una mano seca en sábado: vocacion de los doce apóstoles.

« En aquel tiempo caminaba Jesus por unos sem-

brados en sábado (1), y sus discípulos que tenian hambre empezaron á arrancar espigas y á comerlas. Mas viéndolo los fariseos le dijeron: Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Mas él les dijo: ¿No habeis leido lo que hizo David y los que estaban con él cuando tuvo hambre, cómo entró en la casa del Señor y comió los panes de la proposicion, que no le era lícito comer ni á los que iban con él, sino solo á los sacerdotes? ¿O no habeis leido en la ley que en el sábado quebrantan los sacerdotes el sábado en el templo y no tienen delito? Pues yo os digo que aqui hay uno mayor que el templo. Si supieseis lo que significa: Quiero la misericordia y no el sacrificio; nunca hubierais condenado á inocentes (Oseas, VI, 6). Y les decia: El sábado se hizo por el hombre, y no el hombre por el sábado. Asi el hijo del hombre es señor hasta del sábado (S. Mat., XII, 1 á 8, S. Marcos, II, 23 á 28 y S. Lucas, VI, 1 á 5).»

(1) Un dia de sábado despues de la fiesta (*en sabbatò deuteroprótò*) palabra por palabra: el segundo primer sábado si pudiera uno expresarse asi. No se encuentra esta expresion en ninguna parte mas que aqui (S. Lucas, IV, 1). Muchos escritores entienden el primer sábado despues de Pascua; pero la interpretacion de Grocio me parece mas natural. Opina este escritor que se habian distinguido los primeros sábados despues de las tres grandes festividades, de modo que se llamaba el de despues de Pascua *sabbatòn prótoprótou*, el primero; el de despues de Pentecostes *cabbaton deuteroprótou*, el segundo; y el de despues de la fiesta de los tabernáculos *sabbaton tritoprótron*, el tercero. Por consiguiente el sábado de que se habla en el cap. IV de san Lucas, seria el sábado despues de Pentecostes. En esta festividad era cuando se ofrecian las primicias de la cosecha; pero bien podia suceder que hubiese todavía mieses maduras en los campos ocho dias y aun algunas semanas despues.

Nuestro Señor cita dos veces en S. Mateo estas palabras de Oseas: Quiero la misericordia y no el sacrificio: tal era su empeño de recomendarnos la misericordia y la caridad.

«Y habiendo salido de allí fue á la sinagoga de ellos. Y habia un hombre que tenia una mano seca. Y le observaban todos si curaria en sábado para acusarle. Mas él sabia sus pensamientos. Y le preguntaron diciendo: ¿Es lícito curar en sábado? Mas él les dijo: ¿Quién de vosotros será el que tenga una oveja, y si se cayere en una hoya un sábado no la coja y la levante? ¿Cuánto mas vale el hombre que una oveja? Asi es lícito hacer bien en sábado. Y les dice: ¿Es lícito hacer bien ó mal en sábado? ¿Salvar una alma ó perderla? Y mirándolos con ira y entristecido de la ceguedad (1) de su corazon dice al hombre: Extiende la mano. Y la extendió y quedó sano. Mas los fariseos salieron y celebraron al punto consejo con los herodianos (2) contra él para perderle. Mas Jesus se retiró á la parte del mar (de Genesareth) con sus discípulos, y le siguió gran multitud de Galilea, de Judea, de Jerusalem, de Idumea y del otro lado del Jordan; y gran multitud de los contornos de Tiro y de Sidon fueron á él habiendo sabido lo que hacia. Y dijo á sus discípulos que le aprestasen una barca á causa de la multitud para que no le oprimiesen; porque como sanaba á muchos, se precipitaban sobre él para tocarle cuantos padecian enfermedades. Y cuando le veian los espíritus inmundos, se postraban

(1) En la Vulgata se lee *cæcitas*, ceguedad. La palabra griega significa juntamente ceguedad y dureza: á mi juicio la última acepcion viene mejor aqui.

(2) Vease en el libro cuarto de esta historia lo que decimos de las sectas entre los judíos; con todo puede suceder que aqui se hable de los oficiales ó cortesanos de Herodes.

delante de él y clamaban diciendo: Tú eres el hijo de Dios. Mas él les amenazaba fuertemente para que no le descubriesen.

«Y le siguieron muchos y los curó á todos, y les mandó que no le descubriesen, para que se cumpliera lo que dijo el profeta Isaias: Hé aqui mi siervo á quien elegí: mi amado en el que se ha complacido bien mi alma. Pondré mi espíritu sobre él, y anunciará la justicia á las naciones. No disputará, ni clamará, ni oirá nadie su voz en las plazas. No romperá la caña ya quebrantada, y no apagará el leño que humea, hasta que asegure la victoria á la justicia, y las naciones esperarán en su nombre (S. Mateo, XII, 9 á 21, S. Marcos, III, 1 á 12 y S. Lucas, VI, 6 á 11).

«Mas sucedio en aquellos dias que salió á orar á la montaña y pasó la noche en oracion á Dios. Y cuando vino el dia, llamó á sus discípulos y eligió doce de ellos, á quienes llamó apóstoles (enviados), para que estuviesen con él y para enviarlos á predicar; y les dió potestad de curar las enfermedades y lanzar los demonios: Simon, á quien apellidó Pedro, y Andres su hermano, Santiago y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomas, Santiago, hijo de Alfeo, y Simon el Cananeo que se llama Zelotes, y Judas, hermano de Santiago (es decir, hermano de Santiago á quien acabamos de nombrar en último lugar), y Judas Iscariotes que fue el traidor (S. Marcos, III, 13 á 19 y S. Lucas, VI, 12 á 16).»

¡Con qué irreflexion suelen elegirse los ministros del altar! Jesucristo nos demuestra toda la importancia que debe darse á esta eleccion, preparándose á la de sus apóstoles con el retiro, las vigilias y la oracion. Su iglesia ha fijado cuatro témporas, en las que somos llamados particularmente á dirigir nuestras oraciones á Dios para que le dé dignos ministros. ¿Y cómo nos

atreveriamos á eludir esta obligacion, cuando él mismo nos dice: Pedid al dueño de la cosecha que envie operarios á su mies (S. Mat. IX, 38 y S. Lucas, X, 2)?»

CAPITULO XVI.

Las bienaventuranzas: instrucciones que da el Señor á sus apóstoles.

«Y bajando con ellos se detuvo en una llanura (1) con la turba de sus discípulos y gran multitud de pueblo de toda la Judea y Jerusalem, de la marina y de Tiro y Sidon que habian ido á oirle y curarse de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de los espíritus inmundos, sanaban. Y la multitud procuraba tocarle, porque salia de él una virtud y los curaba á todos. Y levantando él los ojos hácia sus discípulos decia: Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios (S. Lucas, VI, 17 á 20).»

En mi concepto esta pobreza de espíritu se explica mejor cuando se pone en paralelo con el ejemplo de los fariseos ó del obispo de Laodicea. En su espíritu, en su imaginacion se creian ricos en obras y méritos, por lo cual estaban orgullosos y arrogantes. Nuestro Señor compara á los fariseos con unos sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos á los hombres; pero por dentro estan llenos de huesos de muertos y de podredumbre (S. Mat. XXIII, 27).

(1) Jesus habia pasado la noche solo y en oracion en lo mas elevado de la montaña, y alli llamó á sus discípulos por la mañana. Despues de haber elegido sus apóstoles se fue con ellos hácia una falda espaciosa de la misma montaña, donde estaba mas alto que el pueblo que le escuchaba. De este modo concuerdan perfectamente S. Mateo y S. Lucas.

Jesucristo dice al obispo de Laodicea por boca del discípulo amado: «Tú dices: soy rico y opulento y de nada necesito, y no sabes que tú eres miserable, desgraciado, pobre, ciego y desnudo (Apoc. III, 17).» Su virtud era vana y nula como la de los fariseos, y una virtud de esta especie engaña al que se gloría de ella. El pobre de espíritu sabe que no puede nada por sí mismo, y que produce tan poco fruto como el sarmiento separado de la cepa: sabe y conoce lo que nos enseña el Señor cuando dice: Yo soy la viña, y vosotros las ramas. El que permanece en mí y yo en él, da muchos frutos, porque sin mí no podeis hacer nada.» Como no se atribuye ningun mérito personal, ve la verdad, y de ahí resulta que cumple la verdad.... y sus obras son hechas en Dios (S. Juan, XV, 5, III, 21). «Por mi parte, dice el real profeta, mi bien es acercarme al Señor y poner mi esperanza en Dios (Salm. LXXII, v. 27).» La verdad y el amor, la luz y el calor provienen del mismo orígen, del Padre de las luces (Santiago, I, 17). «Esta verdad y este amor producen la humildad, planta amable que no conoce pais extraño, que no prospera ni da frutos sino en el reino de la verdad, cuyo rey es Jesucristo (S. Juan, XVIII, 36 y 37).»

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (S. Mateo, V, 5).»

Hay una alegria santa y una alegria impía, una tristeza santa y una tristeza profana. Esta santa tristeza de que tanto necesitamos, proviene de la idea de habernos alejado de Dios por el pecado. Descubrese en muchos cánticos de David, particularmente en los salmos llamados penitenciales; y de ella dice el Apostol (Epist. II á los corint. VII, 10): «La tristeza que es segun Dios (1), produce una penitencia estable para la salud; mas la tristeza del siglo produce la muerte.» Aun cuando se consuela esta tristeza segun Dios y se convierte en una tristeza dulce, en una consolacion, en un sentimiento de alegria por la memoria del perdon; todavía quedan sin embargo motivos de dolor causados ya por el temor de una recaida, ya por el pecado de que quedamos contaminados aunque no nos domine, ya por los pecados de otros y el olvido de Dios entre los hombres. «La muerte está en mis huesos, dice David enmedio de su dolor (Salm. XLI, v. 10): cuando mis enemigos me afligen, y cuando mis perseguidores me dicen sin cesar: ¿Dónde está tu Dios?» Pero sin contar siquiera sus propios pecados ni los pecados del prójimo, sus riesgos personales ni los peligros de otro, el alma consagrada á Dios siente un dolor que le es peculiar, un dolor dichoso y piadoso, el dolor del amor. El real profeta que llevaba esta flecha en su corazon, exclama: «A la manera que el ciervo corre anhelante á las fuentes de aguas, asi mi alma anhela por tí ó Dios. Mi alma tuvo sed de Dios vivo: ¿cuándo iré y apareceré ante la faz de Dios (Salm. XLI, v. 1 y 2)?» Santa Teresa herida en el corazon por esta misma saeta suspiraba por su Dios, y gustaba de este dolor del amor, porque el amor era su elemento; asi es que de lo íntimo de su corazon inflamado conjuraba á su Dios que la dejase ó padecer ó morir.

La sagrada escritura no se contenta con dar grande importancia á estas aflicciones de las almas piadosas, sino que las hace una condicion de salud: el examen de esta verdad repugna á nuestro corazon altivo y sensual. Jesucristo dice (S. Mat. XVI, 24): «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.» Y S. Pablo hablando de la filiacion de los hijos de Dios dice (Ad rom. VIII, 17): «Mas si somos hijos,

(1) La Vulgata da el sentido literal del griego: *E Kata Théon lupê*, *tristitia secundùm Deum*.

tambien somos herederos, herederos ciertamente de Dios y coherederos de Cristo, *siempre que padezcamos con él* para ser glorificados con él.»

Terminemos la consideracion sobre la bienaventuranza de los que lloran, con las palabras del venerable Tomas de Kempis: «Seguramente si hubiera habido una cosa mejor y mas provechosa para la salud de los hombres que los trabajos, nos la hubiera enseñado Jesucristo con sus palabras y ejemplo; pero claramente exhorta á los discípulos que le siguen y á todos los que pretenden reunirse á él, que tomen su cruz y les dice: Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue á sí mismo, tome su cruz todos los dias y sígame. Por manera que despues de bien leido y examinado todo resulta por fin como cosa cierta que debemos entrar en el reino de Dios pasando por muchas aflicciones.»

«Bienaventurados los que son mansos, porque ellos poseerán la tierra (S. Mateo V, 4) (1).»

Segun algunos santos padres la palabra *tên gên, la tierra* (que puede designar el territorio lo mismo que el universo), quiere decir la bienaventuranza eterna, el cielo. S. Agustin *(De sermone Domini in monte)* dice que esta tierra es la de que habla el salmista (Salmo CXLI, v. 6): «Tu eres mi esperanza y mi herencia en la tierra de los vivos.»

S. Gerónimo da una explicacion semejante y cita el salmo XXVI en que se dice: «Creo ver los bienes

(1) Leemos en la Vulgata la bienaventuranza de los mansos antes de los que lloran, y S. Agustin sigue el mismo orden; mas yo he creido que debia seguir el que hallamos en nuestros ejemplares griegos, aunque no hay duda que este santo padre lo mismo que S. Gerónimo hallarian en sus ejemplares el orden que siguió el uno en la Vulgata y el otro en su comentario.

del Señor en la tierra de los vivos,» añadiendo: «Nadie se hace dueño de esta tierra en que vivimos, por la mansedumbre sino por el orgullo (S. Geron. *Ad Mat.* V).»

Por excelente que sea esta interpretacion, creo que no carece de dificultades. En el caso en que David queria hablar del reino de los cielos, podia como poeta llamarle *tierra*, mucho mas cuando añade de los *vivos*, la tierra de los vivos; pero querer dar este sentido á las palabras de Jesucristo dirigidas al pueblo me parece forzado, mayormente cuando el reino de los cielos se ha prometido antes á los que son pobres de espíritu. Supuesto que la expresion es diferente, el sentido debe serlo tambien: dejase entender que los mansos alcanzarán el reino de los cielos, porque es claro que Jesucristo no habla solamente de las personas de caracter manso, sino de las que fortalecidas y santificadas por su espíritu practican esta noble virtud por amor de Dios. «Porque todos los que son movidos por el espíritu de Dios son hijos de Dios.... Mas si son hijos, son tambien herederos, herederos ciertamente de Dios y coherederos de Cristo (Ad Rom. VIII, 14, 17).» Mas parece aqui que fuera de la herencia eterna á que tienen derecho los que son mansos, se les promete alguna cosa peculiar de ellos.

De ahí proviene la idea de los Quiliastas que suponen que por esta posesion de la tierra ha de entenderse una herencia en el reino de mil años que aguardan; pero esta idea está sujeta á muchísimas dificultades, porque no se comprende por qué los mansos habrian de disfrutar mas ventajas en aquel reino que los pobres de espíritu, los limpios de corazon &c. Pareceme evidente que nuestro Señor hace aqui alusion al pasaje del salmo XXXVI, v. 11, en que se dice: «Mas los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de la paz.»

Cuando uno se figura el tiempo en que hablaba Jesucristo, y los oyentes á quienes se dirigia, tal vez encuentra otra explicacion que la que se presenta ordinariamente. Nuestro Señor veia delante de sí una gran multitud de hombres, que gimiendo bajo el yugo extrangero por aquella misma época esperaban el Mesías y en él un libertador victorioso y conquistador. Era doloroso para los galileos verse gobernados por un Herodes que dependia de los romanos; mas los que iban de la Judea, estaban oprimidos con la dominacion inmediata de los romanos, que se habia hecho todavía mas insoportable por la avaricia y crueldad del aborrecido Pilato. A pesar de la inutilidad de los esfuerzos tanteados para quebrantar el yugo, el deseo de conseguirlo se abrigaba en todos los corazones y se ocultaba bajo la ceniza como un fuego que no necesita mas que un soplo para despedir llamas terribles. La muerte, la pérdida de la libertad y el destierro habian sido muchas veces la recompensa de los que se resistian al poder de Roma. Cuarenta años despues vinieron á caer estos males sobre toda la nacion. Los naturales pacíficos del pais, aunque oprimidos, habian disfrutado hasta entonces de la libertad personal y del derecho de propiedad, y sobrellevando aquellas desgracias con entera sumision á la voluntad de Dios, y esperando su socorro con un corazon tranquilo, podian aun entonces gozar quietud cada uno á la sombra de su viña y de su higuera (Libro III de los Reyes IV, 25, Miqueas IV, 4 y Zacarías III, 10).

Mas tambien es cierto en un sentido mas lato que solo el espíritu manso y pacífico proporciona la tranquilidad, sin la cual ninguna otra fruicion tiene precio. La religion de Jesucristo abunda en bendiciones para lo presente y para lo futuro, y solo bajo su yugo ligero se halla la paz del alma, cuando se aprende de aquel

á ser manso y humilde de corazon (S. Mat., XI, 29). Por lo demas los santos padres dicen que el reino de los cielos se promete bajo nombres diferentes á todas estas bienaventuranzas; pensamiento tan exacto como excelente.

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos (S. Mat., V, 6).»

Cualquiera, por poco versado que esté en nuestras santas escrituras, sabe muy bien que por la palabra *justicia* se entienden todas las virtudes. La justicia consiste en dar á cada uno lo que le corresponde; y la religion de Jesucristo nos enseña que debemos amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. Si nosotros pagamos á Dios y al prójimo el amor que les debemos, habremos cumplido toda la ley. El amor es la plenitud de la ley, como dice S. Pablo (ad rom., XIII, 10).

El que tiene hambre y sed de esta justicia, de que habla aqui nuestro Salvador, será harto, segun San Agustin, de aquel alimento de que decia Jesus: Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió para que cumpla su obra (S. Juan, IV, 34). Su sed se apagará con aquella agua de que decia el Señor á la samaritana: El que bebiere del agua que yo le diere, no tendrá sed nunca jamas; sino que el agua que yo le dé se hará en él una fuente de agua que brota para la vida eterna, (S. Agustin *De sermone Domini in monte*). El que tiene hambre y sed de justicia, tiene tambien hambre y sed del mismo Dios; y esta hambre y esta sed se satisfarán en la eterna union con él.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (S. Mat., V, 7).»

¡Qué prueba nos da el hijo de Dios de la infinita misericordia del Criador asegurando que el eterno, el infinito nos concederá eternamente misericordia á nos-

otros, ruines criaturas, si somos misericordiosos para con nuestro prójimo, nosotros cuya misericordia es de desgraciado á desgraciado durante esta vida fugitiva!

«Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios (S. Mat., V, 8).»

S. Agustin explicando estas palabras dice que es menester recordar aqui aquellas expresiones: Buscadle en la sencillez de vuestro corazon; porque un corazon limpio es un corazon sencillo; y á la manera que no se puede mirar la luz del dia sino con ojos limpios, tampoco podemos ver á Dios sin tener la pureza de corazon, único medio de hacerle visible para nosotros. En efecto la limpieza y simplicidad de corazon son cosas sinónimas. Aficionar nuestro corazon á muchos objetos es una perfidia, una especie de idolatría: referir todas las cosas á Dios esa es el alma de nuestras santas escrituras, la esencia del cristianismo: «Estará lleno del temor del Señor,» dice el profeta Isaías hablando del Mesías (cap. XI, v. 3.). El mismo Salvador dijo: «Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió para que cumpla su obra (S. Juan, IV, 34).» Mientras estemos llenos del temor del Señor, y nuestro alimento sea hacer su voluntad, seremos sus verdaderos imitadores.

Para llegar á esta vida del alma es necesario que hagamos incesantes esfuerzos y que pidamos de todo corazon. Los que llegan á conseguir la limpieza de corazon, no necesitarán ser purificados despues de la muerte, porque el amor los purifica ya en la tierra. Los limpios de corazon, no solamente conseguirán siempre ver á Dios, sino que le verán en cuanto su alma se separe del cuerpo.

«Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios (S. Mat., V, 9).»

¿Cómo siendo hijos de un Padre que por nuestro

amor entrega su hijo único, consustancial á él, y siendo hermanos de este hijo único, nos atreveriamos á enemistarnos unos con otros? ¿Querriamos ó podriamos hacerlo? ¡Vivir en enemistad con unos hermanos por quienes murió Jesucristo lo mismo que por nosotros, á quienes declaró sus hijos como á nosotros, y para quienes sentado á la diestra de su Padre pide de contínuo misericordia!

La palabra *pacificus* de la Vulgata, que ordinariamente se usa para decir *pacífico*, significa *pacificador*. La voz griega *eirênopoios* encierra el mismo sentido. El amor de los hijos de Dios ha de ser activo, y no solo debe evitar la disension, sino tambien restablecer la paz donde quiera que se turbe, y hacer todos los esfuerzos para conseguirlo.

Cuando un odio declarado rompe la concordia, ¿no es contrario á la doctrina cristiana hablar mal de nuestro hermano, calumniarle sin saberlo él, descubrir sus flaquezas y divulgar sus defectos verdaderos ó supuestos? Con semejante conducta faltamos á la caridad para con él y para con los que nos escuchan, ya los escandalicemos, ya los incitemos á pecar con nosotros, tanto por la participacion actual en nuestras calumnias y chanzas, cuanto por la satisfaccion que hallan en ellas.

«Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (San Mat., V, 10).»

El reino del mundo hace guerra contínua, encubierta ó declarada, al reino de Jesucristo. Asi debe suceder: los hombres no pueden ser indiferentes respecto de una doctrina que combate la sensualidad y el orgullo, estos señores y representantes del príncipe del mundo, que reinan en el espacio y en el tiempo, y á cuyo yugo se someten los hombres. La vida del que profesa

y practica la doctrina de Jesucristo, aun cuando no hable, acusa de contínuo y condena al mundo. Ha habido tiempos de sangrientas persecuciones, y los habrá siempre tales como los que hemos experimentado ya. La sátira ha sido una arma de persecucion en todas épocas; pero en ningun siglo ha sido mas amarga que en el presente.

En un tiempo como este en que una multitud de hombres tienen las santas escrituras por fábulas, porque los mandamientos de Dios se oponen á sus pasiones, porque miran la abnegacion propia como una locura, y la mansa humildad como una bajeza (aunque esta virtud fuerte por el poder de Dios subyuga al mundo y al príncipe del mundo); cuando embebecidos en el amor de sí mismos no tienen ninguna idea de la verdadera caridad, ni por consiguiente de la religion; en una época en que es ridiculizado todo lo verdaderamente grande y noble, y en que la mayor deshonra consiste en parecer ridículo; cuando la falsa vergüenza, ese orin viejo del alma, inspira ya á los jóvenes la sabiduría facticia del antiguo cortesano, sin que la turbe ningun pensamiento grave; en semejante época es preciso que sea ridiculizado todo lo sagrado, y cuanto mas progrese este modo de pensar, mas debemos temer que lleguen los tiempos de persecuciones declaradas y sangrientas. Veremos las persecuciones crueles que predijo nuestro Señor á sus apóstoles. Despues de haber hablado asi á todos los oyentes, parece que se dirige con mas particularidad á sus apóstoles y les dice: «Bienaventurados sois cuando os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira todo mal contra vosotros por mi causa. Regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Asi persiguieron á los profetas que fueron antes de vosotros (S. Mat. V, 11 y 12).»

Los que confiesan el nombre de Jesucristo delante

de los hombres, se obligan por el mismo hecho á observar una conducta irrreprensible. Si obran en contra de este deber, pecan tanto mas gravemente, cuanto que es ultrajada por su causa la religion de Jesucristo, y faltan á la caridad dando á otros ocasion de pecar contra ellos y contra la religion por la burla y la blasfemia. Esta y el desprecio, ó las persecuciones de todo género, solo son meritorias para nosotros cuando estamos inocentes, cuando padecemos por amor de Dios y es falso el mal que se dice de nosotros.

Jesucristo se dirige despues al mundo y dispara contra él algunas saetas encendidas. Hé aqui cómo se expresa: «Pero desgraciados de vosotros los ricos, porque teneis vuestro consuelo. Desgraciados de vosotros los que estais hartos, porque tendreis hambre. Desgraciados de vosotros los que ahora reís, porque gemireis y llorareis. Desgraciados de vosotros cuando los hombres dijeren bien de vosotros, porque asi obraban sus padres con los falsos profetas (S. Lucas, VI, 24 á 26).»

Si la pobreza de espíritu, el hambre y la sed de justicia, la tristeza causada por el arrepentimiento y el deseo ardiente de poseer aquel por quien hemos sido criados, son bienaventuranzas porque nos alcanzan la salud eterna y nos reunen con Dios; es evidente que los sentimientos opuestos deben ser la fuente de grandes males. El que pone sus delicias en las riquezas de la tierra, y las considera, no como *medio*, sino como *bien*, ese es esclavo del oro, y segun el Apostol, es idólatra (Epist. á los de Efeso, V, 5). No menos peligroso es mirar las ventajas espirituales como un *bien*, porque tampoco son mas que un *medio*, y solo llegan á ser un bien por el buen uso que de ellas se hace. Debemos hacer fructificar unas y otras para la eternidad. Los dones del alma tienen mucho precio cuando son santificados; pero cuando no, aumentan la cantidad de nues-

tras deudas. ¡Qué insensatos son los que han echado de ver demasiado tarde que los talentos de oro y plata, las riquezas interiores y exteriores que vieron figurar en la lista de sus bienes, estan grabados en una tabla de bronce como una deuda que no pueden ya pagar!

En tanto tienen valor todos los dones del alma y del corazon, la alegria y el buen humor, en cuanto se santifican. La alegria de un hombre que no posee la paz interior de conciencia, es un delirio. Ponderanse el buen humor de un hombre de talento y la jovialidad atractiva de una mujer; pero si esta es frívola y aquel orgulloso, en una palabra si los dos no estan en paz con Dios, se parecen uno y otro á un hombre que duerme enmedio del mar, y á un piloto adormitado que ha perdido el gobernalle (Libro de los Proverbios, XXIII. 34).

Despues de esto vuelve el Señor á sus discípulos y les dice:

«Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se disipare, ¿con qué se salará? Para nada sirve mas que para arrojarla al suelo y que la pisen los hombres (S. Mat, V, 13).»

Es deber de los que enseñan en la iglesia de Dios derramar sal sobre los fieles con sus discursos y ejemplos para preservarlos de la corrupcion. Jesucristo quiere santificar su rebaño por el ministerio de los doctores; ¿y quién santificará á estos, si no se han santificado ellos mismos?

Bellísimo es el pensamiento de S. Agustin á este propósito: «Se pisa, no al que padece persecucion, sino al que se deja turbar por el temor de la persecucion, porque no puede pisarse sino lo que está debajo; y el hombre cuyo corazon está fijo en el cielo, aunque su cuerpo sufra mucho en la tierra, no puede estar debajo (*De sermone Domini in monte*).»

»Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre una montaña, ni se

enciende una luz y se pone debajo de un celemin, sino en un candelero para que alumbre á todos los que estan en la casa. Asi luzca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos (S. Mat., V, 14 á 16).»

Lo que aqui dice Jesucristo á sus apóstoles se dirije á todos los cristianos, aunque en proporcion desigual, porque el ejemplo de los que enseñan ejerce grandísima influencia en la iglesia. ¿De qué nos serviria confesar al Señor de boca si le negasen nuestras obras? Asi como no bastaria no negarle con palabras, si no confesaramos públicamente su nombre; tampoco bastaria abstenernos de toda accion que pudiera escandalizar si no le glorificásemos con buenas obras.

Debemos practicar estas, porque la fé sin ellas es fé muerta. «Asi como el cuerpo sin alma está muerto, asi la fé sin obras es muerta,» dice el apostol Santiago (Epist. cat., II, 26). No debemos ocultar nuestras buenas obras por una falsa vergüenza, porque eso seria sonrojarnos de la profesion de Jesucristo; pero tampoco hemos de practicarlas ni manifestarlas para merecer la aprobacion de los hombres. El que las oculta por una falsa vergüenza, obra por el mismo motivo que el que las manifiesta exteriormente por ser visto: quiere agradar al mundo. «¿Acaso pretendo agradar á los hombres? dice el Apostol (ad gal., I, 10): si agradara á los hombres, no seria siervo de Jesucristo.» Nuestro Salvador indica el único motivo por que debemos hacer que luzca nuestra luz delante de los hombres: para que vean, dice, vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.

«No penseis que yo he venido á quebrantar la ley ó los profetas: no he venido á quebrantarla, sino á cumplirla. Porque en verdad os digo, hasta que pasen

el cielo y la tierra, no pasará una jota ó un ápice de la ley hasta que se hagan todas estas cosas. Asi el que violare uno de estos mandamientos mínimos y enseñare asi á los hombres, se llamará el menor en el reino de los cielos; mas el que obrare y enseñare, se llamará grande en el reino de los cielos (S. Mat., V, 17 á 19).»

Dios dió dos clases de leyes á los israelitas, la ley moral y la ley ceremonial. La primera ya la habia manifestado á los hombres antes que la trazara su dedo en las tablas entregadas á Moises sobre el Sinai: la segunda era dada por cierto tiempo, el de la alianza. Dios impuso la ley ceremonial á los judíos como un castigo, porque no habian observado la ley mas importante de los diez mandamientos, como un castigo, es decir, como reglas de disciplina para hacerlos mejores (Ezequiel, XX, 5, 10, 13, 25). Dios habia advertido antes á su pueblo que cesaria aquella ley ceremonial. Véase lo que dice el profeta Jeremías (cap. XXXI, v. 31 á 34): «Hé aqui que vendrán los dias, dice el Señor, y estableceré una nueva alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no segun la alianza que formé con sus padres en el dia que los cogí de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; alianza que ellos hicieron vana, y yo los castigué como su Señor, dice el Señor. Mas la alianza que yo haré con la casa de Israel despues de aquellos dias, será esta, dice el Señor: Grabaré mi ley en sus entrañas, y la escribiré en su corazon, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y ninguno enseñará mas á su prójimo y á su hermano diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán desde el menor de ellos hasta el mayor, dice el Señor, porque perdonaré su iniquidad y no me acordaré mas de su pecado.» El mismo profeta dice tambien hablando del tiempo de la nueva alianza (cap. III, v. 15 y 16):

«Y os daré pastores segun mi corazon, y os apacentarán en ciencia y doctrina, y cuando os multiplicareis y creciereis en la tierra en aquellos dias, dice el Señor, no dirán mas: El arca de la alianza del Señor, ni su memoria se presentará en su corazon, ni se acordarán de ella, ni la visitarán, ni se hará ya ninguna fiesta.»

Los usos incómodos en gran parte que habia prescrito Dios á los judíos para disciplinarlos, llenaban al mismo tiempo otros dos objetos, porque servian para separar mas y mas al pueblo de Dios de los otros pueblos, y con especialidad porque aludian al Mesias. El objeto de la separacion no existia ya, una vez llamados los gentiles al conocimiento de Dios segun lo habian predicho muchas veces los profetas; y las alusiones relativas al Mesias debian cesar cuando este viniese á verificarlas. Mas las verificó cuando por su aparicion, su nacimiento de la Vírgen, las circunstancias todas de su vida y pasion, su muerte, su resurreccion y ascension cumplió los vaticinios de Moises, de David y de los profetas.

Jesucristo observó la ley moral, y como dice san Agustin, de dos maneras: primero porque practicó y confirmó por su doctrina todo lo que aquella contenia, y segundo porque la perfeccionó. Dios habia permitido tambien á los israelitas *por la dureza de su corazon* muchas cosas que prohibió Jesucristo al pueblo nuevo. Sin embargo la antigua ley moral estaba ya fundada en el amor de Dios y del prójimo. Jesucristo elevó los hombres á una caridad perfecta con su doctrina y ejemplo. El amor es la plenitud de la ley, como dice S. Pablo. Por último Jesucristo nos dió por su gracia mayor fuerza para cumplir *la ley perfecta de la libertad* (Santiago, I, 25), es decir, de la ley de amor, porque el que obra por amor obra libremente; y nos alcanzó de su Padre el

Espíritu Santo y nos le envió él mismo; el Espíritu Santo, por quien se derramó el amor de Dios en nuestros corazones (Ad rom., V, 5 y S. Juan, XV, 26).

Destruir una ley quiere decir en el lenguaje de los doctores de Israel obrar contra sus disposiciones. « Asi el que violare, dice Jesucristo, uno de estos mandamientos mínimos y enseñare asi á los hombres, será llamado el menor en el reino de los cielos; pero el que obrare y enseñare, será llamado grande en el reino de los cielos. » Si por el reino de los cielos se entiende aqui la mansion de los bienaventurados, entonces debe tratarse de un doctor que enseña un error involuntario opuesto á la doctrina de la iglesia. De estos doctores habla S. Pablo cuando dice que sus doctrinas no subsistirán, pero que ellos se salvarán, *aunque como por el fuego* (I ad corint., III, 15). Mas tengo por mas probable la opinion del sabio profesor Kistemaker, que con otros entiende en este lugar *el reino de los cielos* por la iglesia de Jesucristo, porque es cosa averiguada y confesada generalmente que los evangelistas suelen tomar en este sentido la expresion *reino de los cielos. Será el último*, es decir, que no gozará de ninguna consideracion segun Kistemaker, cuando por el contrario el doctor ortodoxo cuya vida y doctrinas son lo que deben ser, será grande en la iglesia y grande algun dia en el cielo. Si Jesucristo habla de los mandamientos menores y los compara á la *jota*, la letra mas pequeña del alfabeto hebraico, es segun el mismo teólogo para condenar la presuncion de los fariseos, los cuales se atrevian á declarar que ciertos mandamientos de Dios son poco importantes y su observancia no obliga en rigor, siendo asi que la transgresion voluntaria de los preceptos del Señor es siempre una desobediencia, y de consiguiente un pecado (Lib. de los reyes, XV, 23). Lo que va á leerse acerca de los escribas y fariseos, me parece que

da mas peso á la explicacion del teólogo aleman.

« Porque yo os digo que si vuestra justicia no abundare mas que la de los escribas y fariseos, no entrareis en el reino de los cielos. Vosotros sabeis que se dijo á los antiguos: no matarás; y el que matare, será reo de condenacion. Mas yo os digo que todo el que se enoja con su hermano (1), será reo de condenacion; y el que dijere á su hermano raca, será reo de concilio; y el que le dijere fatuo, será condenado al fuego del infierno (san Mateo, V, 21 y 22).»

(1) Se lee en los mas de los manuscritos griegos: «Todo el que se irrita sin motivo contra su hermano (eike).» En la traduccion latina mas antigua se halla tambien *immeritò*. S. Agustin usa de la misma palabra en su comentario del sermon de la montaña; pero observa en las rectificaciones de este escrito que los ejemplares griegos no tienen esta adicion. Sin embargo esto no puede aplicarse mas que á las ediciones que él tenia á la vista, porque los padres de la iglesia anteriores á él, como S. Ireneo, san Justino y S. Cipriano, emplearon tambien la expresion *sin motivo*; por lo cual extraño que S. Gerónimo no la pusiese en la Vulgata. En el fondo la adicion ó supresion de la palabra *eike* (*immeritò*, *sin razon ó motivo*) no debe alterar el sentido, en atencion á que nuestro Señor condenaba solamente la ira injusta, es decir, la ira del amor propio ofendido y no la justa ira de la caridad. Jesucristo dice de sí mismo que habia *mirado con ira y contristádose de la ceguedad de su corazon* á los fariseos, cuando observándole en silencio no respondieron á esta pregunta que les hizo: ¿Es lícito hacer bien ó mal en sábado? (S. Marcos, III, 1 á 5.) Su ira era una ira de caridad, y se contristaba precisamente de lo que formaba el objeto de aquella. «Irritaos, dice el Apostol (Epístola á los de Efeso, IV, 26), y no pequeis: no se ponga el sol sobre vuestra ira.» Las palabras de S. Juan Bautista cuando llamó *raza de víboras* á los fariseos y saduceos, provenian de ira. Los cargos que Jesus dirigia á los fariseos, tambien se expresaban con ira, é ira habia

Hemos visto en otra parte cuán poco valia la justicia de los fariseos, ya porque hacian en gran parte sus buenas obras por hipocresía y para distinguirse de los hombres, ya porque segun el aparato mismo de su doctrina no consideraban mas que la exterioridad y por decirlo asi la corteza de una accion cuidando muy poco de la intencion, que es el alma de la obra. Las observaciones siguientes no serán inútiles para la inteligencia de las palabras de Jesucristo.

En tiempo de nuestro Señor habia tres clases de tribunales entre los judíos: los unos que existian en toda poblacion corta, se componian de tres jueces que fallaban sobre los delitos de poca gravedad como hurtos etc.: en las ciudades de consideracion habia otros tribunales superiores que se componian de veintitres jueces y tenian derecho de vida y muerte; por lo cual se llamaban tambien sanhedrines pequeños. Es verosimil que el Salvador queria hablar de estos cuando de-

en las palabras enérgicas con que el apostol S. Pablo condenó al mágico Elimas, cuando este procuraba apartar del Evangelio al proconsul de Pazos en la isla de Chipre (Actos de los apóstoles, XIII, 6 á 12). La ira del amor propio es siempre mala: la ira de la caridad desea bien con un deseo doloroso á aquel contra quien se exhala. Séame permitido con esta ocasion volver á hablar del capítulo anterior, en el cual se me habia pasado una reflexion. Puede parecer extraño que Jesus haga esta pregunta: ¿Es lícito en sábado hacer bien ó mal, salvar una alma ó perderla? Porque no se trata aqui de quitar la vida, sino solamente de saber si era lícito curar en sábado. Mas Jesus penetró en el corazon de los fariseos, que aunque observándole sin decir una palabra formaban en aquel instante el designio de quitarle la vida. Por consiguiente su pregunta debia iluminar y herir el corazon de aquellos como un relámpago que rasga las nubes.

cia: *Reus erit concilio*, con cuya denominacion indica claramente el gran consejo de los setenta y dos residente en Jerusalem.

La palabra *gehenna* designaba propiamente un valle de las inmediaciones de Jerusalem, que llevaba en lo antiguo el nombre de *Ben-Hinnon* ó *Ge-benei-Hinnon*, valle de los hijos de Hinnon (vease el padre Calmet): probablemente era este el nombre de sus primeros poseedores. Aquel valle habia venido á ser un objeto de horror por muchas razones. Allí unos reyes apóstatas y otros israelitas sacrificaban á los ídolos, hacian pasar á sus hijos por el fuego, ó los llevaban á Moloch y los echaban vivos en los brazos de este idolo hecho ascua. Dícese que en aquel valle soplaba un aire infecto; por lo cual se mantenia en él una hoguera perenne que servia tambien para quemar los cadáveres: esto fue causa de que se mirase aquel lugar como una imagen del infierno y que se llamase este *gehenna*.

No estan de acuerdo los intérpretes sobre la derivacion de la palabra *raca*, que unos derivan del hebreo y otros del siriaco. Lo cierto es que los mas de ellos la traducen por *vano*, *despreciable*, *bellaco* (*raka*, *kinos*, *Hesig*). La expresion *fatuo* se aplica aqui mas bien al desorden del corazon que al del entendimiento: en este sentido llama Jesus á los fariseos *necios y ciegos* (S. Mateo, XXIII, 17). Mas lo que prueba que nuestro Señor no se fijó en la ira general ó en algunas denominaciones injuriosas, sino que quiso manifestar cuánto disgustaba á Dios la falta de caridad, es que añade al punto:

«Si presentas pues tu ofrenda en el altar, y alli te acordares que tu hermano tiene algo contra tí, deja alli tu ofrenda delante del altar y ve antes á reconciliarte con tu hermano, y entonces volviendo presentarás tu ofrenda (S. Mateo, V, 23 y 24).»

¿A quién no moverá el espíritu de divina caridad que respiran estas palabras? ¿Y no se aplican mucho mejor á nosotros que á los que escuchaban á Jesucristo, supuesto que en union con el sacerdote y hasta en union con el Hijo ofrecemos al Padre un sacrificio diferente, el de ese mismo Hijo, que como pontífice eterno se ofrece á sí propio en holocausto santo? Mas ¡ cuántos se ven que llevan al altar el odio contra su hermano, y que alimentándole y conservándole de dia en dia y de año en año se presentan diariamente ante el altar! En consecuencia manchan su alma con lo que Dios abomina mas, y tal vez mueven á su hermano á perseverar tambien en el odio. Dan la muerte á su alma y quizás tambien á la de su prójimo, y de aqui matan la suya de una manera mas horrible.

« Reconciliate pronto con tu adversario mientras estás en camino con él, no sea que tu adversario te entregue al juez, y el juez te entregue á su ministro, y seas enviado á la carcel. En verdad te digo que no saldrás de alli mientras no pagues el último cuadrante (S. Mateo, V, 25 y 26).»

Cuando ha dejado de existir la caridad entre el prójimo, y nosotros es urgente que nos reconciliemos al instante con él: 1.º porque el mal debe extirparse con toda celeridad: 2.º porque se aumenta en tanto que se conserva: 3.º porque puede sorprendernos la muerte á nosotros ó á nuestro prójimo antes que nos hayamos reconciliado. Es muy dificil decidir si se trata aqui del purgatorio ó del infierno, porque como nota S. Agustin, la palabra *donec*, hasta que ó mientras que, no supone siempre en el lenguaje de las escrituras una mudanza futura. El mismo santo doctor piensa que Jesucristo quiere hablar aqui del infierno; sin embargo no se atreve á resolver en esta parte, y se contenta con añadir estas notables palabras:

«Conviene procurar mas bien evitar las penas que conocerlas (S. Agust. *de serm. Domini in monte*).»

« Sabeis que se dijo á los antiguos: no cometerás adulterio. Mas yo os digo que todo el que viere una mujer para codiciarla, ya ha cometido el adulterio en su corazon (S. Mateo, V, 27 y 28).»

Aqui asesta tambien nuestro Señor sus tiros contra la moral corrompida y viciosa de los fariseos, que atentos únicamente á la obra no pensaban en la intencion con que se hacia. La egipcia disoluta que tendia diariamente lazos á la castidad de José, y los dos infames viejos que perseguian á la casta Susana con sus astucias y sus perversos designios, eran ciertamente mas culpables á los ojos de Dios que muchos adúlteros, que arrebatados de repente de una pasion violenta ceden á sus deseos. El Señor mira el corazon (Libro I de los Reyes, XVI, 7).

Nuestro Señor entiende aqui el adulterio en el sentido propio de esta palabra; pero ¿quién se atreveria á dudar que condena todo deseo impuro fomentado voluntariamente? Ya estaban convencidos los santos de la antigua alianza de que la extension de la castidad no se limitaba al matrimonio: asi decia Job (capit. XXXI, v. 1): « Yo he hecho pacto con mis ojos para no mirar siquiera una doncella.»

«Y si tu ojo derecho te escandaliza (continua Jesus), sácatele y arrójale de tí, porque mas te vale que perezca uno de tus miembros que si todo tu cuerpo es arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y arrojala de tí, porque mas te vale que perezca uno de tus miembros que si todo tu cuerpo es precipitado en el infierno (S. Mateo, V, 29 y 30).»

Aunque sea cierto para todo hombre racional que nunca deben ponerse los intereses terrenos en la balanza con los del cielo, y que en el caso en que tuvie-

ramos que optar entre un pecado mortal y la pérdida de un miembro, como puede acontecer en tiempos de persecucion, no debemos vacilar un solo instante en sacrificar un miembro de nuestro cuerpo á la vida de nuestra alma, supuesto que se sacrifica muchas veces un miembro por conservar la vida miserable del cuerpo; sin embargo no han de tomarse las palabras de Jesucristo á la letra, sino segun su espíritu. El que por salvar su alma renuncia á la posesion de bienes injustamente adquiridos, aunque esté naturalmente apegado á ellos, ó el que renuncia á una ganancia legítima, porque preve que pudiera ser peligrosa para él, ese sacrifica quizás mas que su mano izquierda. El que por la salud espiritual renuncia una potestad usurpada, aunque sea naturalmente ambicioso, ó una potestad legítima ó peligrosa, porque es orgulloso de caracter y gusta de dominar, ese sacrifica mas que su mano derecha. El que rompe los lazos funestos que le unen á una persona á quien ama ó de quien es amado por salvar su alma ó la de esta, ese sacrifica mas que un ojo. Todos ellos no hacen á la verdad otra cosa que cumplir su deber; pero el cumplimiento de unas obligaciones tan difíciles será remunerado superabundantemente.

«Se ha dicho: todo el que repudiare á su mujer, déle libelo de repudio. Mas yo os digo que todo el que repudiare á su mujer excepto por causa de fornicacion la hace adulterar; y el que se casare con la mujer repudiada, comete adulterio (S. Mateo, V, 31 y 32).»

En lo sucesivo tendremos ocasion de hablar de la santidad á que elevó Jesucristo el matrimonio, porque en otro lugar se explica mas por extenso que en este. Entonces veremos cotejando los pasajes que dicen relacion á esta materia, que si Jesucristo permite al marido repudiar á su mujer en caso de adulterio, no le autoriza

para casarse con otra durante la vida de la primera.

«Tambien habeis oido que se dijo á los antiguos: No perjurarás, sino que cumplirás tus juramentos al Señor. Mas yo os digo que no jureis de ningun modo ni por el cielo, porque es el trono de Dios, ni por la tierra, porque es el escabelo de sus pies, ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran rey. No jures tampoco por tu cabeza, porque no puedes hacer blanco ó negro un solo cabello. Sean pues vuestras palabras sí, sí, no, no; y lo que pasa de esto procede del mal (san Mateo, V, 33 á 37).»

Ya hemos visto con qué impudencia trataban los fariseos la doctrina del juramento. Este que debia ser un vínculo de fidelidad y servir para confirmar la verdad, se convertia en sus manos en un lazo de impostura, porque declaraban como obligatorias ciertas fórmulas de juramento y otras como no obligatorias. Probablemente no habian enseñado este último punto de doctrina mas que á sus discípulos de confianza, porque si se hubiera publicado, naturalmente hubiera llegado á ser vana su aplicacion; pero esto sucedió mas adelante, porque Jesucristo condenó en público tal abominacion.

Al prohibir nuestro Salvador jurar por Jerusalem, *porque es la ciudad de un gran rey*, quiere honrar la ciudad santa que fue el teatro donde Dios hiciera en otro tiempo grandes revelaciones, donde las hacia entonces, y donde debia hacerlas todavía mayores. Este rey de Jerusalem es Dios, porque aquella ciudad no tenia entonces rey. Herodes Antipas era tetrarca en Galilea, y Jerusalem no era mas que la capital de una provincia romana.

Lo que Jesucristo habia dicho del divorcio que se habia permitido á los israelitas por la dureza de su corazon, puede aplicarse tambien al juramento que se ha-

bia permitido por la falta de verdad entre los hombres. Si estos fueran sinceros, el juramento seria inútil: asi puede decirse que viene del mal.

De ahí procede la reflexion de S. Agustin que dice que no ha de desearse el juramento como una cosa buena: que se le ha de poner no en la clase de las cosas buenas, sino en la de las cosas indispensables; y por consiguiente que no se ha de jurar mas que cuando hay necesidad (*De sermone Domini in monte*). El mismo santo padre cita el ejemplo de S. Pablo, que usa á veces el juramento en sus epístolas: «Tomo á Dios por testigo que no miento en todo lo que os escribo,» dice á los gálatas (cap. I, v. 20); y en otro lugar (II ad corint., XI, 31): «Dios que es el padre de nuestro señor Jesucristo y que es bendito en todos los siglos, sabe que yo no miento;» y en la epístola á los romanos (cap. I, v. 9): «Dios me es testigo que me acuerdo sin cesar de vosotros (en mis oraciones).»

El ejemplo del Apostol y el uso de jurar autorizado por la iglesia, intérprete legítima de la palabra de Dios, nos manifiesta que Jesucristo no quiso proscribir el juramento de un modo absoluto, sino solamente atajar su abuso. ¡Qué cuenta terrible darán algun dia á Dios los soberanos de los pueblos y los magistrados, que pronuncian el juramento con tanta inconsideracion é insolencia! El juramento es una moneda de oro de mucho precio, acuñada en nombre de Dios vivo, y solo una mano pura se atreve á colocarla en el altar de la verdad, y aun esta mano pura la pondrá temblando; pero se le ha dado un valor comun, un valor dudoso, y se la ha igualado con una moneda que sirve para un vil tráfico.

«Habeis oido que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo que no resistais al malo, y si alguno te hiriere en la mejilla derecha, presentale la otra; y al que quiere disputar contigo en juicio y qui-

tarte la túnica, dejale hasta el manto. Y cualquiera que te ajustare para andar mil pasos, camina con él otros dos mil (S. Mateo, V, 38 á 41).»

Y el Verbo se hizo carne. El hijo de Dios hablaba humanamente con los humanos. No ha de tomarse cada palabra suya á la letra, sino penetrar su espíritu, y se hallará *gracia y verdad*. En este pasaje y en otros muchos recomienda la mansedumbre, la paciencia y la caridad. La ley de Moises, *ojo por ojo y diente por diente*, se dió á un pueblo rudo por la dureza de sus corazones, lo mismo que permitia el divorcio para poner término á las venganzas particulares y evitarlas con el castigo impuesto legalmente.

En efecto no debe presentarse la otra mejilla al ofensor que nos ha herido en la derecha, ni ofrecer el manto al que quiere quitarnos injustamente la túnica. De otro modo le hariamos mas mal que á nosotros mismos, porque perjudicaríamos á su alma; pero deben hacerse todos los sacrificios y sufrirse todo por la caridad. El mundo otorga y hasta proclama el derecho de la venganza personal: segun sus leyes el ofendido busca su falso pundonor en la sangre del ofensor: juega el alma de su hermano y la suya propia en una accion por la cual se rebela contra el Dios vivo, y se rebela precisamente cuando toca tal vez al término de la vida. Esta es una monstruosidad que participa de locura y que no conocian los paganos. ¡Cuántos la cometen aprobando vergonzosamente tal preocupacion! ¡Y cómo se endurece el corazon del sexo delicado y sensible, que mantiene esta preocupacion y á quien los jóvenes suelen rendir homenaje con este crímen!

Jesucristo, guiado del espíritu divino de caridad que nos enseñó y de que nos daba los mas admirables ejemplos, continúa asi:

«Da al que te pide y no vuelvas la cara al que quiere

pedirte prestado. Da á todo el que te pide, y no repitas contra el que te quita lo que es tuyo. Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro padre que está en los cielos, el cual hace salir su sol sobre los buenos y los malos y llover sobre los justos y los injustos: porque si amais á aquellos que os aman, ¿qué recompensa tendreis? ¿Acaso no hacen lo mismo los publicanos? Y si saludareis solamente á vuestros hermanos, ¿qué mas haceis? ¿No hacen lo mismo los gentiles? Y si hicieseis bien á los que os hacen bien, ¿qué hay que agradeceros supuesto que los pecadores lo hacen tambien? Y si diereis prestado á aquellos de quienes esperais retribucion, ¿qué hay que agradeceros? Porque los pecadores prestan con usura á los pecadores para recibir igual beneficio. Pero amad á vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada por eso, y vuestra recompensa será grande y sereis hijos del Altísimo, porque este es bondadoso para con los ingratos y perversos. Sed pues perfectos como es perfecto vuestro padre celestial (S. Mateo V, 42 á 48 y S. Lucas VI, 30 á 35).»

No dice nuestro Señor: «Oisteis que se dijo á los antiguos: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo», sino solamente: «Oisteis que se dijo &c.,» porque estas últimas palabras *y aborrecerás á tu enemigo* eran una nueva doctrina de los fariseos. Asi es que estos no querian entender por la palabra *prójimo* mas que á los israelitas, y afirmaban por consiguiente que el precepto del Levítico (cap. XIX, v. 18): Amarás á tu prójimo como á tí mismo, porque yo soy el Señor; no se referia á los extrangeros, aunque Dios habia mandado formalmente amarlos como á los naturales (Ibid. 34).

Véase con qué caridad se complace nuestro Salvador en recomendar el amor del prójimo, y cuánto insiste en este precepto; y vamos á ver que continúa recomendándole de varios modos. Ahora nó basta ya el lenguaje á su corazon; por lo cual agota toda la materia con estas palabras eficacísimas: Sed perfectos como es perfecto vuestro padre celestial. ¿Quién se hubiera atrevido á decir esto si no el que nos alcanzó las maravillas del siglo venidero, que nos las ofrece y nos las da si queremos aceptarlas, si las queremos formalmente?

Nuestro Señor no pide que tengamos una perfeccion igual á la de Dios; pero quiere que con nuestras oraciones, meditaciones y buenas obras procuremos, como dice S. Basilio, asemejarnos á él en sus perfecciones divinas en cuanto está en la naturaleza humana.

Terminemos aqui nuestra consideracion sobre las palabras tan significativas del hijo de Dios, y meditemos bien con su auxilio y antes de pasar mas adelante lo terrible y penetrante de esta expresion: Sed pues perfectos como es perfecto vuestro padre celestial.

CAPITULO XVII.

Continúa el sermon de la montaña: limosnas.

Nuestro Salvador continúa de este modo:

«Cuidad de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean (1): de lo contrario no

(1) En la mayor parte de los ejemplares griegos leemos *eleêmosunên*, compasion, beneficencia, limosna, y en unos pocos se lee *dikaiosunên* (justicia). S. Gerónimo y S. Agustin traen tambien *justitiam*, asi como el antiguo traductor siriaco y el árabe segun Grocio. Muy probablemente la opinion de este es que la palabra *eleê-*

tendreis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos. Asi cuando haces limosna no toques la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas públicas para que los honren los hombres. En verdad os digo, recibieron su recompensa. Mas cuando tú das limosna, no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu padre que ve en secreto, te lo recompensará (en público) (S. Mateo VI, 1 á 4).»

Hallamos estas palabras *te lo recompensará en público* en tres parajes diferentes del capítulo, á saber, en los versículos 4, 6 y 18. S Gerónimo no trae la palabra *en público.* S. Agustin la encontró en una porcion de ediciones latinas de la antigua Vulgata; pero no descubrió ningun rastro de ella en las antiguas ediciones griegas. Los mas de nuestros ejemplares griegos la tienen ahora.

No opino como algunos intérpretes que la expresion *tocar la trompeta* deba tomarse aqui proverbialmente. Las palabras que siguen despues, dan á entender bastante á mi parecer que los hipócritas de aquel tiempo, los fariseos, á quienes Jesus echó en cara algu-

mosunên que sigue inmediatamente despues, se habia introducido en este pasaje, porque se hace mencion en seguida de la limosna. El autor de esta version no sabia quizás que la voz justicia entre los hebreos, y de ahí tambien entre los helenistas, significa á veces beneficencia. Ya hemos hecho observar que la palabra *justicia* indicaba y con razon el compendio de todas las virtudes. Si nuestro Señor empleó aqui esta palabra en el mismo sentido, porque acababa de hablar de la perfeccion, ó bien queria tratándose inmediatamente de la limosna hablar de la beneficencia, de que se jactan tantos hombres, á trueque del cumplimiento del deber mas fácil de la humanidad, los honores humanos; eso es lo que yo no puedo decidir.

nos años mas adelante que ejecutaban sus buenas obras delante de los hombres para ser vistos (S. Mateo XXIII, 5), hacian efectivamente tocar la trompeta cuando repartian limosna con el pretexto de reunir á los pobres.

A esta ostentacion hipócrita opone Jesus esta excelente advertencia de un modo sencillo, enérgico y noble: «Mas cuando tú das limosna, no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha.» No basta no querer gloriarse delante de los otros hombres de un acto de dulce beneficencia, sino que es preciso desviar sus propias miradas de él y no tener complacencia en él.

«Y cuando orais, no sereis como los hipócritas que gustan de orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que los vean los hombres. En verdad os digo, recibieron su recompensa. Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora á tu padre en secreto; y tu padre que lo ve en secreto te lo recompensará (en público) (S. Mateo VI, 5 y 6).»

El hipócrita que ora, es peor que el hipócrita que hace limosna. Es verdad que este no da con una intencion pura; pero da y participa en cierto modo de la alegría del que recibe. Mas ¿quién se atreverá á afirmar que el hipócrita orando ora efectivamente? Muestrase como si conversara con su Dios, como si se anonadara delante del que llena el universo con su paciencia, *delante del que es*, en el instante mismo en que busca con anhelo la alabanza vana de los hombres. ¡Oh! ¡qué horror!

De tales personas queria hablar Jesucristo, y le comprenderiamos mal si nos persuadiésemos que habia querido prohibir orar en su templo, donde debian los hombres orar individualmente aun fuera del tiempo del oficio divino que se celebraba públicamente los dias de trabajo y las fiestas, segun vemos por las palabras que empleó Salomon en la dedicacion del templo, por el ejemplo

de tantos santos de la antigua alianza y por el del publicano á quien elogia Jesus (S. Lucas XVIII, 9 á 24). Nuestro Señor quiere por un lado que oremos en la soledad silenciosa de nuestro aposento donde Dios solo nos ve, y por otro que congregados en un lugar santo y olvidando, por decirlo asi, á los hombres que nos rodean, conversemos con Dios como si estuviesemos en una habitacion cerrada. Nuestras iglesias abiertas en donde invocamos á Dios presente en todas partes, ante la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, nos convidan á la oracion; pero el que no ora en su casa, dificilmente orará con piedad delante del altar (1).

«Y cuando orais no hableis mucho como los paganos, porque creen que hablando mucho serán oidos. No os parezcais pues á ellos, porque vuestro padre sabe lo que necesitais antes que le pidais (S. Mateo VI, 7 y 8).»

No habla mucho el que dice muchas cosas porque su corazon está lleno, sino el que dice poco en muchas palabras y habla con un corazon vacío. Jenofonte dice de Sócrates, aquel grande hombre cuyo entendimiento penetrante logró descubrir tantas verdades: «Pedia solamente á los dioses que le concedieran el bien, porque saben mejor que él lo que es bien (*Memorab. Socr.*) «Y Sócrates cita con elogio en Platon esta súplica de un poeta: «Concedenos, supremo juez, el bien, ya te le pidamos ó no te le pidamos; y nieganos el mal aun cuando te le pedimos.» La conducta de estos sabios paganos ¿no

(1) Sucede muchas veces entre los mas pobres del pueblo que toda una familia habita en un corto recinto, donde á veces los juramentos del marido quitan á la piadosa mujer hacer la oracion de la mañana ó de la noche, y la charla de la mujer turba la piedad del marido. ¡Qué dicha es para ellos hallar entonces un asilo abierto en una iglesia!

es capaz de ruborizar á una multitud de cristianos que oran tan mal?

CAPITULO XVIII.

Oracion dominical.

«Vosotros pues orareis asi:

«Padre nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo. Danos hoy el pan nuestro de cada dia, y perdonanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos induzcas en la tentacion; mas libranos de mal (1) (S. Mateo VI, 9 á 13).»

Aun cuando no tuvieramos tantas y tan incontestables pruebas de la mision divina de Jesucristo, y por consiguiente de todas las verdades que nos enseñó; pa-

(1) En nuestros ejemplares griegos hallamos tambien estas palabras por conclusion: «porque á tí te pertenece el reinado, el poder y la gloria en todos los siglos. Asi sea.» Estas palabras son muy hermosas y no parecen indignas de esta oracion divina; asi es que todas las traducciones protestantes las han adoptado; pero no se hallan ni en la Vulgata, ni en S. Agustin, ni en los manuscritos griegos mas antiguos. Por lo tanto Grocio y siguiendo á este otros escritores protestantes las consideran con nosotros como no auténticas, y creen que siendo un uso de las iglesias orientales donde se decian inmediatamente despues del Padre nuestro, como para bendecir y glorificar á Dios (*doxologuia*), se habian ingerido en los manuscritos griegos, mayormente cuando los padres de la iglesia griega no hacen mencion de ellas, ni tampoco los de la iglesia latina.

receme que esta oracion sola bastaria para confirmarla. ¡Qué pensamientos tan grandes en tan pocas palabras! ¡Qué sublimidad y qué sencillez! El niño las pronuncia con devocion, y el sabio se engolfa en su abismo y no puede profundizarlas. Un abismo llama á otro abismo: saquemos de él algunas gotas.

Padre nuestro: en la meditacion de estas dos palabras hallamos todo el espíritu de la religion de Jesucristo. El mismo nos enseña que los dos mandamientos que dió Dios á los israelitas: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con toda tu fuerza (Deut. VI, 5), y amarás á tu prójimo como á tí mismo; encierran toda la ley y los profetas (San Mat. XXII, 37 á 40 y S. Marcos XII, 29 á 31). Nos enseña á llamar nuestro padre al eterno, al infinito con entera confianza y con un amor filial. Asi nos instruye el hijo único que viene á reconquistar los derechos perdidos de nuestra filiacion, y al mismo tiempo nos enseña que no pensemos solamente en nosotros, cuando nos dirigimos cada uno en particular para implorar su misericordia y su gracia: no, debemos comprender á nuestro prójimo en nuestras oraciones. ¡En qué disposicion tan agradable á Dios nos colocan desde luego estas dos palabras *padre nuestro*, si las pronunciamos con piedad!

Padre nuestro que estás en los cielos. ¿Por qué en los cielos estando presente en todas partes? Un venerable padre de la iglesia (S. Agustin *de sermone Domini in monte*) dice: Esto significa: tú que estás en los santos y en los justos.» Sin embargo no puedo figurarme que en esta oracion llena de una sublime sencillez un pasaje del todo alegórico no sea simplemente mas que una alegoría. Dios está en todas partes. Ya sabian los santos de la antigua alianza que los cielos no podian contenerle. ¿Es creible, decia Salomon en la dedica-

cion del templo, que Dios habite verdaderamente sobre la tierra? Porque si los cielos y el cielo de los cielos no pueden conteneros, ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? (Libro III de los Reyes, VIII, 27).

Es verdad que Dios está presente en todas partes: no hay pues peligro que cuando confesamos realmente con nuestras oraciones que creemos en su presencia (porque ¿cómo podriamos hablar al que está ausente?) caigamos en el error grosero de limitar su presencia á algun lugar. Mas ¿dónde querriamos mejor representarnosle que donde se manifiesta á los espíritus bienaventurados, á los justos perfectos? ¿Donde la humanidad santificada de Jesucristo, unida esencialmente á su divinidad, está sentada á la diestra de su Padre, es decir, donde su humanidad es la compañera de su gloria, donde nos reemplaza, donde ofrece nuestras oraciones al Padre y nos espera para que por él lleguemos á donde él está, y seamos semejantes á él porque le veremos tal cual es? ¿Dónde mejor que donde verán á Dios los limpios de corazon?

Santificado sea tu nombre. El autor de la bienaventuranza eterna no necesita ser glorificado por nosotros; pero nosotros necesitamos que él sea glorificado en nosotros y por nosotros. Vivir en Dios, es decir, sumergirse con el espíritu, con todo nuestro amor en su belleza infinita ese es nuestro destino, el destino de todas las almas, y ese es lo que pone el colmo á su felicidad. Ahí debe conducirnos todo cuanto vemos y todo cuanto aprendemos de cualquier modo que sea. Debemos hallar á Dios en todas las cosas: debemos verle en este mundo visible y magnífico que no es mas que una sombra de su poderío, en todos los objetos de complacencia, de los sentidos ó del alma, en el canto melodioso del ruiseñor, en la voz de un amigo cuando nos abre su pecho, bajo la bóveda magestuosa del cielo, de dia

y de noche, en la mirada ingenua y graciosa de la inocencia y en los ojos animados del amor puro. Debemos descubrirle en el semblante del moribundo á quien Dios llama y que va á comparecer delante de él, en cada presentimiento de nuestra alma cuando está embotada por el cuerpo mortal y se siente oprimida del tedio de esta vida terrena: porque él es quien engalanó tan magníficamente este hermoso universo; él quien inspiró melodías tan admirables al ruiseñor; él quien nos descubre su poder, su sabiduría y su amor en las innumerables estrellas; él quien mandó á la luna publicar su gracia, y al sol cantar su magnificencia. El sacó la alabanza de la boca de los recien nacidos y de los niños de pecho (Salm. VIII, v. 3). Solo en su amor se enciende el rayo puro de la caridad verdadera: su presencia sentida mas de cerca es la que despide una centella del otro mundo sobre el rostro del moribundo á quien llama á sí: todo tedio del alma, cuya sed no se apaga ni puede apagarse en la tierra, se refiere á él; porque todo lo que es hermoso y bueno, lo es solamente por la participacion de la esencia del que es la fuente de toda belleza y de toda bondad, ante quien los serafines se cubren el rostro y claman: Santo, santo, santo es el Señor; á quien nosotros llamamos nuestro padre, porque su hijo se habia hecho hermano nuestro. Santificado sea su nombre.

La santificacion de su nombre es la propagacion de la salud; por eso nuestra madre la iglesia nos enseña á decirle: «Te damos gracias por tu gran gloria.»

Venga tu reino. El reino de su poder es tan inmutable como ilimitado y eterno: no viene, no anda, es estable. Las criaturas no tienen fuerza y vida sino *por él:* ¿qué podrian pues *contra él.* «Apartas tu rostro y se turbarán: retirarás tu espíritu, y flaquearán y volverán á su polvo. Enviarás tu espíritu, y serán criadas

y renovarás la faz de la tierra.» Asi cantaba David (Salm. CIII, v. 29 y 30).

«El Señor reinó, enójense los pueblos (Salmo XCVIII).»

El puso diques al mar cuando salia de su lecho, como el niño que sale del seno de su madre, que le envolvió en las nubes como en una vestidura, y le rodeó de las tinieblas como de los pañales de un niño, que le marcó sus límites y le puso puertas y barreras diciendo: Llegarás hasta aqui y no pasarás adelante: aqui quebrantarás el orgullo de tus olas (Job. XXXVIII, 8 á 11). Puso límites al poder del infierno, y si las puertas de este se levantasen contra él, no prevalecerian contra su iglesia: edificó esta sobre la piedra, y fijó aquellas en sus goznes, en que giran pesadamente y con estruendo.

Con todo oramos: *Venga tu reino.* Pedimos á Dios que no permita en su justo juicio que el espíritu del mundo corra á su perdicion: que se digne de atajar la incredulidad, esta liga del orgullo y de la sensualidad: que reprima la injusticia: que lleguen tiempos en que la misericordia y la verdad se encuentren, y la justicia y la paz se abracen: que la verdad salga del seno de la tierra, y la justicia mire desde lo alto de los cielos (Salm. XCIV): que el reino de su amor se dilate cada vez mas: que el pueblo de Israel, á quien sus decretos segun sus promesas conservan de un modo tan admirable entre las naciones de la tierra, abra cuanto antes los ojos: que con su ejemplo atraiga á sí los pueblos que aun no le conocen, y que se cumpla pronto esta promesa: La gloria del Señor cubrirá la tierra, como las aguas lo profundo del abismo (Habacuc, II, 14). Que Dios tenga á bien oir las súplicas de sus santos y los votos reunidos de las tres iglesias militante, paciente y triunfante de su hijo: que preste oido á la intercesion de este mismo hijo, que es el único misericordioso

(Apocal. XV, 4); y que envie su espíritu para renovar la faz de la tierra (Salm. CIII, 30).

Guardémonos bien de incurrir en una falta demasiado natural en nosotros. Sentimos con mas vehemencia los males temporales que nos tocan, y que al cabo son puramente imaginarios, que los males públicos de la misma clase (1); pero en cuanto al mal verdadero que es el pecado, nos conmovemos mas cuando se comete públicamente que cuando se mantiene oculto en nuestro corazon. Por consiguiente pidamos á Dios que su reino permanezca en nosotros, y que podamos pertenecer al número privilegiado de aquellos de quienes decia nuestro Salvador (S. Juan XIV 23): «Si alguno me ama, guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y nosotros iremos á él y haremos mansion en él.»

El reino de Dios en la tierra es el reino de Jesucristo, que debe reinar hasta que ponga á todos sus enemigos debajo de sus pies; y el último enemigo que será destruido, será la muerte (I ad cor. XV, 25 y 26). Este reino habrá llegado á su perfeccion cuando Jesucristo haya entregado su reino á Dios su padre y haya aniquilado todo principado, potestad y dominacion para que Dios sea todo en todas las cosas (Ibid. 24 y 28).

Hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo. Cuando Dios dijo: sea esto; cuando crió el cielo y los espíritus del firmamento, hijos de la luz, todo estaba

(1) Cierto sugeto aseguró á un aldeano de Angelmodde, lindo pueblecito cerca de Munster, que tomaba una parte muy grande en la desgracia, como él la llamaba, que una nube de piedra acababa de causarle destruyendo su cosecha; mas el aldeano con la sonrisa en los labios, y meneando su hermosa cabeza blanca, respondió: «¡Oh! esta no es una desgracia: no es mas que una pérdida: el pecado solo es desgracia.»

en armonía sobre la tierra, porque todas las cosas criadas obedecian su voluntad santísima. Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. El dia habla al dia, y la noche á la noche (Salm. XVIII, 1 y 2).

De las obras de Dios salen armonías que regocijan todos los sentidos del hombre, asombran su inteligencia, y arrebatan su corazon, porque la omnipotencia sacó de la nada estas armonías del universo, la sabiduría eterna las ordenó, y el amor infinito las entonó. Con estas armonías concuerda perfectamente el hombre, porque él, imagen de Dios, es tambien una armonía de fuerza y de dones de Dios.

Pero llegó á pecar, pecó por sensualidad y por orgullo. Desde entonces forma una excepcion bien triste entre todas las criaturas que ve, porque estas cumplen todavía hoy la voluntad de Dios contra quien él se rebeló. Los ángeles pecaron por un orgullo mas irritante aun, y perdieron irrevocablemente la imagen de Dios. El cielo los rechazó y quedó limpio. Asi segun hemos notado anteriormente nada puede acontecer contra la voluntad de Dios, porque ni el sol, ni el polvo, ni un angel, ni un gusano se mueven sin su licencia.

Pero obedezca con amor ó no á la voluntad de Dios la criatura á quien el Señor dotó de razon y voluntad, toda la felicidad y todo el valor de ella dependen de ahí.

Por el hijo de Dios fue criado todo cuanto existe, las cosas visibles é invisibles. Por él se apiada Dios del hombre prevaricador, y da la herencia *de los santos* á todo el que quiere alcanzarla, y los transporta al reino de su hijo amado, con tal que quieran lo que quiere él, cuya voluntad es que se salven todos los hombres.

Todos los que están en el cielo no quieren mas que lo que quiere Dios, y lo quieren con amor, por amor y

únicamente por amor; y cada vez que cumplen la voluntad de Dios, se realza su felicidad: de esta manera participan en cierto modo de su omnipotencia, porque sucede todo lo que desean, como que no desean mas que lo que Dios quiere, y todo lo que sucede aumenta sus delicias.

En él tenemos la vida, el movimiento y el ser (Actos de los apóstoles XVII, 28), queramoslo ó no lo queramos. El *querer* ó *no querer* decide de toda nuestra felicidad y nuestro valor segun hemos dicho. Los ángeles malos y las almas de los réprobos, teniendo en Dios la vida, el movimiento y el ser, se rebelan contra él; y ese es el tormento que los persigue continuamente sin aniquilarlos. Los justos, los ángeles y las almas unidas á Dios por los vínculos de la caridad, teniendo la vida, el movimiento y el ser en Dios, sacan la vida eterna de la fuente de la vida. Reunidos al manantial de lo bello y de lo bueno en un amor eterno se engolfan con indecible alegría de la caridad en el Océano de la hermosura y en el seno del amor infinito. Alli poseen felicidades de que no podemos formar la menor idea en este mundo, aunque todo lo que regocija nuestro corazon y levanta nuestra alma, sea un indicio secreto de lo que no vió el ojo, ni oyó el oido, porque el corazon del hombre no ha concebido jamás lo que tiene preparado Dios para los que le aman (I ad cor. II, 9).

La caridad lo da todo, y lo que es mucho mas precioso se da á sí misma: el origen de nuestro ser es la caridad, y nuestra mayor felicidad es amar. Para amar á Dios donde está, es menester que hayamos principiado á amarle en la tierra. Cuanto mas le amemos, mas acercaremos nuestra intencion á la de Jesucristo, que decia (S. Juan IV, 34): Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado para que concluya su obra. Asi puede llamarse dichoso al que desde este

mundo dice de todo corazon y especialmente en las grandes aflicciones que le hacen todavía mas dichoso: Hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo.

Danos hoy el pan nuestro de cada dia (1). El hombre fue criado á la imagen de Dios. ¿No pudiera decirse con verdad que fue criado en especial á la imagen del Verbo, cuya encarnacion se habia resuelto desde abeterno?

El Verbo, el Hijo eterno del Padre eterno, á quien es igual, era hombre como nosotros, nacido de una mujer, formado como nosotros de carne y de sangre, y rodeado de debilidad como nosotros, y tenia hambre y sed como nosotros. Ahora está sentado á la diestra de Dios, y nosotros seremos semejantes á él porque le veremos tal cual es (Epist. I de S. Juan, III, 2).

Nosotros somos llamados á la cualidad de hijos de Dios, y tenemos en la tierra las necesidades de los brutos.

(1) La palabra griega *epiouion*, que se expresa por *cuotidiano* en todas las traducciones (excepto en el Evangelio de S. Mateo de la Vulgata de S. Gerónimo), no se encuentra en ninguna parte mas que en el Padre nuestro de S. Mateo y de S. Lucas. Asi es que el sabio Orígenes, en cuyo tiempo habia tantas obras griegas que han desaparecido despues, no la habia hallado nunca sino en el Padre nuestro, y creia que los evangelistas habian formado esta palabra. S. Gerónimo halló en la antigua Vulgata que la palabra *epiouion* se habia traducido por *quotidianum*, *cuotidiano*, y en su nueva Vulgata la vertió por *supersubstantialem* en S. Mateo y por *quotidianum* en S. Lucas, segun la antigua Vulgata. La primera significa *sobre toda sustancia*, y la segunda *cuotidiano*. El mismo santo conviene en que el pueblo se habia atenido á la antigua interpretacion, *cuotidiano*. En efecto la otra es del todo contraria al idioma griego, porque si los evangelistas hubiesen querido expresar *sobre toda sustancia*, hu-

Por un extremo de nuestra naturaleza tocamos á Dios, y por el otro á los brutos. Nos es lícito, y aun mas nos manda el hijo de Dios, no solo elevar nuestros deseos hácia el gozo indecible y eterno de ver á Dios y reunirnos con él, sino tambien elevarlos sobre nuestra esfera eterna; porque ¿qué serian las peticiones sin deseos? Santificado sea el nombre de Dios: venga el reino de Dios: hágase la voluntad de Dios.

Los justos perfectos y los arcángeles próximos al trono no desean ninguna otra cosa mas sublime, solo que la llama de su ardor es mas pura; pero el objeto mas elevado de sus deseos y su mayor felicidad es que Dios sea adorado, que reine en su reino, y que se cumpla su voluntad.

Mas tambien nos conviene, y aun nos lo manda el hijo de Dios que quiso nacer de María, que pidamos con humildad y con una confianza filial: danos hoy el

bieran empleado la palabra *uperousion* ó *uperousiodé*. La iglesia universal ha conservado la interpretacion *quotidianum*, sin duda porque ha entendido siempre por aquella palabra el pan de cada dia; y difícilmente se persuadirá nadie que se haya introducido una interpretacion falsa en la oracion que el mismo Jesucristo enseñó á sus apóstoles, y que todos los cristianos rezan en todo tiempo. Derívese pues esta palabra de *epieiai*, *acercarse*, ó lo que es mejor, de *epeinai*, *estar cerca*, *estar á punto de*, *llegar* (*imminere*); siempre significa el sustento necesario para el dia corriente. Hé ahi por que se dice en S. Mateo: Danos *hoy* el pan nuestro cuotidiano; y en S. Lucas: Danos hoy el pan de *cada dia*. Nosotros de pie á la puerta de Dios, segun S. Agustin, como unos mendigos, debemos pedir todos los dias sin ruborizarnos nuestro pan de cada dia á aquel de quien todo lo tiene el mas rico y el mas poderoso tanto tiempo como él quiere que lo conserve, porque el Señor á quien le pedimos es nuestro padre.

pan nuestro de cada dia. Las tres primeras peticiones abrazaron el cielo, la tierra y la eternidad: esta cuarta se limita á un solo dia y al sustento del cuerpo.

«La vida del hombre es como el heno y florecerá como la flor del campo: porque pasará por ella un soplo, y no subsistirá, ni conocerá el lugar en que estuvo (Salm. CII, v. 15 y 16).»

Danos hoy el pan nuestro de cada dia. Mas la misericordia del Señor desde la eternidad y para siempre sobre los que le temen (Salm. CII, v. 17). Santificado sea tu nombre: venga tu reino: hágase tu voluntad.

Por esta peticion: Danos hoy el pan nuestro de cada dia, que nos enseñó Jesus, vemos que nos es permitido pedir con un sentimiento filial dones y goces para la vida transitoria. Podemos pedir la salud á aquel que curó á los enfermos, la conservacion de nuestros sentidos al que abrió los ojos á los ciegos y los oidos á los sordos, la prolongacion de nuestra vida al que sostuvo á Pedro sobre las olas del mar, la conservacion de la vida de aquellos á quienes amamos al que resucitó el hijo de la madre desconsolada y la hija del padre abatido. Mas tales peticiones deben ser condicionales: encierran algo humano y no deben ir solas, sino que debemos presentarlas con entera sumision á la voluntad de Dios, y no separarlas nunca de esta peticion absoluta: Hágase tu voluntad asi en la tierra como en cielo.

Aunque esta peticion de nuestro pan cuotidiano sea relativa á lo necesario para el cuerpo, no solo nos es permitido, sino que tambien es grato á Dios que le pidamos asimismo el sustento mas elevado de nuestra alma, la gracia de Dios de que necesitamos diariamente; y esta peticion no es condicional, porque su objeto es ciertamente bueno y fue prometido al que le pidiese formalmente.

Mas tambien conviene que tomando con filial confianza la resolucion de hacer buen uso de las gracias diarias no nos inquietemos demasiado por el dia siguiente: la longanimidad de nuestro Señor es para nuestro bien, como dice S. Pedro (Epist. II, cap. III); lo que podemos hacer con tranquilidad, con tal que, como dice el mismo apostol, lo esperemos con anhelo y el Señor nos halle puros, irreprensibles y en paz.

Y perdonanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores. No basta que nuestro espíritu, el soplo de Dios, habite en un cuerpo terreno que tiene necesidades comunes con los animales: este soplo de Dios fue profanado por el pecado y se rebeló contra el Señor. No tendriamos que avergonzarnos de nuestra morada terrena, si el que la habita hubiera perseverado celestial. La morada es modesta: él la manchó: pronto saldrá de ella; y ¡desgraciado de él si el poste de su puerta no ha sido señalado con la sangre de la reconciliacion! ¡Desgraciado de él si el primogénito, el espíritu, ha muerto en el pecado antes de dejarla, porque no entrará en la tierra de Canaan!

La remision de los pecados es la necesidad mas urgente del hombre caido. «¡Ah Señor! abre los cielos y baja.» Asi lloraba el profeta Isaias á nombre del género humano. Y bajó la salud de los pueblos, y lleno de gracia visitó la tierra, y á todos nos ofrece la remision de los pecados, la vida eterna y la bienaventuranza. La iglesia santa tiene mucha razon en decir á sus hijos asistentes al santo sacrificio de la misa inmediatamente antes del Padre nuestro: «Avisados por un precepto saludable é instruidos por la institucion divina nos atrevemos á decir &c.»

¡Qué inexplicable condescendencia de Dios con nosotros en esta oracion, y particularmente en esta peticion! ¿Qué quejas podemos tener unos de otros, nosotros hijos de un dia, que lucimos como la sombra y no nos detenemos jamás, segun dice Job; qué quejas, repito, que merezcan compararse con la deuda de que salió fiador el hijo de Dios y que quiso pagar, porque él solo podia prestar esta fianza y satisfacer aquella deuda? ¡Cuán facil es la condicion que para esto nos impone! Mas ¡con qué peso carga por esta misma condicion el deber sagrado del amor con que debemos amarnos unos á otros!

¿Se creeria posible que unos cristianos que desean ver perdonados sus pecados y que dirigen sus plegarias á Dios con deseo de ser oidos, pudiesen conservar odio contra nadie en su corazon, y fuesen bastante insensatos y temerarios para atraerse la condenacion, cuando con el rencor en el pecho tienen la audacia de decir á Dios: Perdonanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores?

Al contrario aquel que por amor de Dios abraza con todo su corazon á todos los hombres en su caridad, porque todos son hijos del mismo padre, y Jesucristo murió por todos, puede pedir al Señor la remision de los pecados y la vida eterna con piadosa confianza.

Y no nos induzcas en la tentacion. Esta expresion no debe sorprendernos. Un apostol de Jesucristo, ó mas bien el Espíritu Santo que habla por su boca, nos da la explicacion de estas palabras: «Nadie diga cuando es tentado que le tienta Dios, porque Dios no tienta para el mal y no tienta á nadie. Mas cada cual es tentado por su propia concupiscencia que le arrebata y atrae. Despues cuando la concupiscencia ha concebido, produce el pecado, y cuando se ha consumado el pecado, engendra la muerte (Santiago I, 13 á 15).»

Asi Dios no tienta á nadie; pero permite á veces que seamos tentados, y lo hace por diferentes razones, como nos lo aseguran las santas escrituras; porque hasta

permite que sus hijos sean tentados, y no siempre le guia el mismo motivo, sino que los unos lo son para que venzan la tentacion con sus combates, como sucedió á Job, á José y á la heroica madre de los Macabeos. Permite que otros sean tentados y aun se rindan para que conociendo cuán débiles son por sí mismos, se hagan mas humildes, y despues de haber conseguido el perdon sean mas circunspectos en su conducta y mas ardientes en su caridad. Asi permitió que David, el rey Ezequias y el apostol S. Pedro fuesen tentados y se rindiesen. Otros caen cuando Dios se aparta de ellos por un justo juicio, porque han abusado de su gracia. Asi como el pecado mismo expiado y perdonado sirve para hacer mas perfectos á aquellos; asi las gracias de Dios, de que estos han abusado, sirven para precipitarlos mas adentro en el abismo: y es misericordioso aun cuando se retira de ellos, porque un nuevo abuso de nuevas gracias serviria solamente para hundirlos á mayor profundidad. En la persona del rey Ezequias tenemos un ejemplo notable, que prueba que la tentacion consiste en el apartamiento de Dios. Habiale curado el Señor á sus ruegos, y anunciadole la prolongacion de su vida de un modo maravilloso; mas él no pagó á Dios segun los bienes que habia recibido, es decir, no correspondió á la gracia que le fue otorgada, porque su corazon se ensoberbeció (Lib. II del Paralipomenon, XXXII, 25). Y hé aqui que Dios para tentarle y manifestar todo lo que habia en su corazon *se retiró de él* (Ibid., XXXI). Si no hubiese mostrado con tanto orgullo su magnificencia y sus tesoros á los enviados del rey de los caldeos; el fondo de su corazon hubiera quedado oculto aun para él mismo (Lib. IV de los Reyes, XX, Isaias, XXXIX). Por este medio conoció su estado, se rindió á la advertencia amenazante del profeta, y se humilló despues (Libro II del Paralipomenon, XXXII, 26).

Nuestro Señor liga la sexta peticion con la siguiente por la conjuncion *mas*.

Mas libranos de mal. La palabra *mas* nos enseña lo que es el mal, el pecado. No nos induzcas en la tentacion; *mas* libranos de mal. Estas expresiones nos enseñan á pedir únicamente contra el pecado, por causa del cual suplicamos á Dios que se digne de preservarnos de la *tentacion* y librarnos del *tentador*, de quien acaso se trata mas particularmente en esta peticion (1), y que no puede dañarnos sino en el caso en que seducidos por él nos dejamos arrastrarnos al pecado, y de consiguiente nos desviamos de Dios en contra de nuestra natu-

(1) La expresion griega *rûsai émas apo tou ponérou* parece que indica este sentido aun mas que el latin de la Vulgata, *liberanos à malo*: porque la palabra *o ponéros* se emplea mas á menudo en griego para designar el demonio, que *malus* en la Vulgata, donde es llamado tambien *nequam* y *nequissimus*, aun en el lugar en que el original dice *o ponéros*, el malo. Ademas á no entender por esta palabra de la séptima peticion el *mal* en general, no podria expresarse de otro modo que se expresa, cuando se entiende por ella el diablo, aunque me parece que en el primer caso deberia decir en el griego *rusai émas apo tôn kakôn*. Muchos padres de la iglesia, sobre todo los griegos, entienden por aquella palabra el diablo, y algunos modernos se inclinan tambien á esta interpretacion, y entre ellos Grocio, aunque no quiere excluir el otro sentido. Hasta Schleuszner, por mas que se incline con muchos protestantes de la escuela moderna á mirar el diablo como una quimera forjada por los judios, no es contrario á esta explicacion, y hace notar que la palabra *ruesthai* significa propiamente *librar de asechanzas y de asaltos*. Por lo cual valdria mas á mi parecer sustituir á la frase *libranos de mal* esta otra: *libranos del malo*. Por esta última palabra puede entenderse *el mal y el malo* como en el griego y el latin.

raleza primitiva, de nuestro destino y de la gracia que nos adquirió Jesucristo.

No solamente no habria ninguna utilidad para nosotros, sino que seria temeridad de nuestra parte si al pedir al Señor que nos preserve de la tentacion y nos libre del mal, no procurasemos por medio de una cooperacion constante evitar la tentacion y el mal, y si no nos esforzasemos á resistirles cuando los encontramos. Aunque nosotros no podamos hacer nada sin el auxilio del Señor, todo lo podemos en aquel que nos fortifica, en Jesucristo, con tal que perseveremos en el amor de Dios, porque Dios es amor, y todo el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios en él (Epist. I de S. Juan, IV, 16).

Hemos visto que no pedimos las gracias para nosotros solos en el Padre nuestro, sino que oramos en union con la iglesia universal de Jesucristo y por todos los hombres. Las intercesiones son eficaces aun cuando nuestro prójimo se rinda á la tentacion para moderar sus resultas funestas. Nuestro Señor habia orado por Pedro *para que no desfalleciese su fé*, y su fé no faltó por deplorable que fuese la caida. Por lo cuál tambien una mirada del Señor, á quien habia negado por respeto humano, pero á quien permanecia interiormente unido, produjo en él un sentimiento profundo de santa penitencia, por la cual fue santificado y fortificado para que pudiese confirmar á sus hermanos y ser inflamado en aquella ardiente caridad que le valió que el hijo de Dios, *el príncipe de los pastores*, le eligiese con preferencia á todos los apóstoles para *apacentar sus corderos y ovejas* (S. Juan, XXI, 16 y 17).

Y no se diga: Allí oraba el hijo de Dios; mas ¿qué puede nuestra intercesion? Su gracia es de aquel que ora con fervor y con fé. La oracion perseverante del justo puede mucho, como dice Santiago (Epist. católica, V, 16). ¿Y no seria de ningun valor en nuestra intercesion? ¿No nos auxilia el Espíritu Santo *con gemidos inefables* cuando pedimos por nuestro hermano con amor, y *el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo* (Ad rom., V, 5, y VIII, 26)?

Si en este lugar se hubiera roto el hilo de la narracion en el Evangelio, ¿no estariamos tentados por preguntar qué añadió nuestro Señor despues de haber terminado esta oracion, si en su discurso volvió á tocar alguna peticion en particular, y cuál fue esta? ¿Seria sobre la santificacion del nombre de Dios, sobre el advenimiento de su reino, sobre el cumplimiento de su voluntad ó sobre la miseria ó las necesidades del hombre? ¿Qué aplicacion haria de lo que habia dicho? Escuchémosle: «Porque si perdonareis á los hombres sus faltas, tambien vuestro Padre celestial os perdonará vuestros delitos. Mas si no perdonareis á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (S. Mat., VI, 14 y 15).»

Ved cómo lo refiere todo á la caridad, al amor del hombre, que es polvo y ceniza, como el que ora; pero por quien murió el hijo de Dios lo mismo que por él, y su alma fue criada para la eternidad como la suya, debiendo amarle por *amor de Dios*. De esta caridad habla nuestro Salvador, y de la misma habla el discípulo amado cuando dice (Epíst. I de S. Juan, II, 10): «El que ama á su hermano, permanece en la luz, y el escándalo no está en él.» Y en otro lugar (Ibid., IV, 7 y 8): «Amados mios, amemonos mútuamente, porque la caridad viene de Dios; y todo el que ama, ha nacido de Dios y conoce á Dios. El que no ama, no conoce á Dios, porque Dios es caridad.»

CAPITULO XIX.

Ayuno verdadero. Tesoro en el cielo. Cuidados de esta vida.

Antes de enseñar nuestro Señor el modo de orar á los que le escuchaban, quiso precaverlos contra el modo farisaico de hacer limosna y contra su oracion hipócrita, tan abundante en palabras como vacía de sentimientos; y despues de enseñarles el Padre nuestro continuó hablando del ayuno con el mismo espíritu con que habia hablado de la limosna y de la oracion.

«Cuando ayunais, no os pongais tristes como los hipócritas, porque ponen sus rostros extenuados para manifestar á los hombres que ayunan. En verdad os digo que recibieron su recompensa. Mas tú cuando ayunas perfuma tu cabeza y lava tu rostro para que no vean los hombres que ayunas, sino tu padre que está en lo oculto; y tu padre que lo ve en secreto, te lo recompensará (en público) (S. Mateo, VI, 16 á 18).»

Nuestro Señor no habla aqui sin duda del ayuno prescrito por la ley, sino del voluntario. Con el ayuno prescrito por la ley no se podia lucir delante de los hombres, ni podia ni debia ocultarse, porque estaba mandada su observancia. Lo mismo sucede entre nosotros, porque tenemos tambien ayunos prescritos por la iglesia, y asímismo hay personas que suelen guardar ayunos voluntarios. El ejemplo de Jesucristo y la honorífica mencion que hace de la virtud del ayuno, le dan mucho realce si se observa con buen espíritu. El Señor mismo ordenó en cierto modo el ayuno de la iglesia, cuando predijo que los suyos ayunarian despues de su muerte. «¿Pueden ayunar los amigos del esposo mientras el esposo está con ellos? decia cuando le preguntaban por qué no ayunaban sus discipulos como los del

Bautista y los fariseos. No pueden ayunar mientras que tienen en su compañía al esposo; pero llegarán los dias en que les sea quitado el esposo, y entonces ayunarán (S. Mateo, IX, 14, 15, S. Marcos, II, 18 á 20 y san Lucas, V, 33 á 35).»

Respecto de este ayuno hay diferentes grados de hipocresía, lo mismo que respecto de la oracion, de la limosna y de otras buenas obras de esta clase. Puede uno aparentar que practica el acto sin que por eso le haga en realidad; error grosero de que no se trata aqui. Asi puede uno tener el aire triste, mudar de semblante delante de ciertas personas, y á pesar de eso hartarse delante de otras. Semejantes hipócritas saben que son unos bellacos, y una amonestacion no les aprovecharia de nada.

Hay otros que oran, hacen limosna y ayunan; pero con la única mira de ser notados de los hombres: estos tambien son hipócritas, y asi eran muchos fariseos. En otros la intencion está dividida; creen agradar á Dios, y oran, ayunan y hacen limosna; pero al mismo tiempo no sienten que los vean los hombres. Este modo de practicar las buenas obras tiene varias gradaciones, la última de las cuales toca en la hipocresía: otros por el contrario con buena voluntad y sin tener en el corazon la simplicidad pura del Evangelio se mantienen todavía en el escalon superior.

Por último se ven algunos que oran por amor de Dios, que ayunan y hacen limosnas sin miramiento á los hombres; pero tambien sin espíritu de caridad, y se figuran falsamente que esta simple accion puede agradar á Dios en sí mismo sin pureza de intencion y sin humildad. El apostol S. Pablo trata de prevenirnos contra este error cuando dice (epístola I, á los corint., XIII, 1 á 3): «Si yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles; mas no tuviese caridad; seria

como el bronce que suena ó como el címbalo tañido. Y si tuviese el don de profecía y penetrase todos los misterios y todas las ciencias y tuviese toda la fé, de modo que trasladase las montañas; si no tengo caridad, no soy nada. Y si distribuyese todas mis riquezas para sustentar á los pobres y entregase mi cuerpo para ser quemado; mas no tuviere caridad; de nada me sirve (Epístola I á los de Corinto, XIII, 1 á 3).»

S. Pablo habla aqui del amor del prójimo; pero de un amor que como lo prueba el contexto es enteramente puro y tiene su origen en el amor de Dios, y nos le recomienda tantas veces y de un modo tan eficaz diciendo: «Pero sobre todo tened caridad, que es el vínculo de la perfeccion (Epístola á los colosenses, III, 14).»

Si en tanto son aceptables á Dios y verdaderamente buenas todas las acciones, en cuanto nacen de una intencion que le agrada, de la caridad; es consiguiente que quebrantamos esta misma caridad siempre que juzgamos temerariamente á nuestro prójimo y le acusamos de hipocresía, cuando tal vez solo se ha deslizado en su intencion *alguna* imperfeccion que disminuye el precio de su obra, cuando tal vez la pureza y el ardor de su corazon y hasta el desvio de todas las criaturas le han hecho imprudente, cuando por fin no descubria á los ojos de los hombres mas que un fervor de piedad ó de afecto, ó una mortificacion saludable de la carne, ú otra mortificacion mas dificil y meritoria, la de la voluntad, no pensando en la verdadera simplicidad de su corazon que nadie le observase.

« No atesoreis tesoros en la tierra, donde el orin y los gusanos los destruyen y donde cavan los ladrones y los hurtan; mas atesorad tesoros en el cielo donde ni el orin, ni los gusanos los destruyen, ni los ladrones cavan y los hurtan. Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon (S. Mateo, VI, 19 á 21).»

Nuestro Señor nos precave no solo contra el apego á las riquezas perecederas y á las vanidades que llaman la atencion, sino tambien contra el apego á todo lo que es terreno y transitorio; porque el orin del tiempo corroe todo lo que es de este mundo, y el gusano de la instabilidad devora todo lo que es perecedero. Por las cosas terrenas y temporales se entienden no solamente las que tocamos con nuestras manos y descubrimos con ayuda de nuestros sentidos, sino todo lo que se refiere únicamente á la tierra y al tiempo, y todo lo que no se propone por objeto á Dios, como las delicias, los honores mundanos y los sentimientos, por nobles que sean, que no se enderezan al Criador. A la manera que segun los poetas de la antigüedad todos los manantiales y torrentes trayendo su origen del Oceano que lleva sus olas al rededor del mundo, vuelven á él y confunden sus aguas con las de aquel piélago inmenso; asi tambien el amor de Dios abraza el mundo de los espíritus. Todo lo que debe ser duracion, belleza y bondad, debe tener su origen en él y derramarse de nuevo en él. Todo lo que no tiene á Dios por principio y fin último, es vanidad.

El que dotó al hombre de razon, el que es *la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, continua asi su discurso tan abundante en ideas, y cuya rapidez es tal que apenas puede comprenderlas el lector atento.

« Tu ojo es la antorcha de tu cuerpo: si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso. Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Y si la luz que hay en tí son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? (S. Mateo, VI, 22 y 23).»

Se ve que el hijo de Dios *que formó el ojo*, como dice el salmista, y que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, habla aqui en parábola. Sin la antorcha de los ojos todo el cuerpo está sepultar en las tinie-

blas. La antorcha del alma es la razon, que puede guiar al hombre en las cosas temporales con ayuda de la luz que el soplo de Dios encendió en el hombre. En las cosas divinas es necesario que Dios le ilumine de un modo particular. «Tú eres, Señor, dice David (Salmo XVII, v. 31), el que haces lucir la antorcha que me alumbra: ilumina nuestras tinieblas.» Solo la razon ilustrada por Dios nos pone á nosotros y nuestras relaciones exteriores en su verdadera claridad, es decir, que nos ilumina en nuestras relaciones con Dios. Si aquella no es ilustrada, si yo pienso y obro fuera de lo que es relativo á Dios, ando errante en la obscuridad, y mi razon está obscurecida; y entonces ¿qué puedo yo hacer sino obras de tinieblas?

La luz de Dios enciende la caridad en el corazon é ilumina el espíritu con verdades. *Caminar en la luz* (S. Juan, I, 7) significa caminar delante de Dios. Camina delante de mí, y sé perfecto, decia Dios á Abraham (Génesis, XVII, 1). El que camina delante de Dios, no quiere mas que lo quiere Dios y *está en sociedad con Dios.* Esta es la simplicidad verdadera, grande y divina. Job que caminaba delante de Dios, decia cuando supo que la muerte de sus hijos habia puesto el colmo á sus desgracias: «Dios lo dió, Dios lo quitó: bendito sea el nombre del Señor (Libro de Job, I, 21).» El profeta rey que caminaba delante del Señor, dice (Salmo LXXII, 24 y 25): «Porque ¿qué tengo yo en el cielo? Y despues de tí ¿qué quise sobre la tierra? Desfalleció mi carne y mi corazon: tú eres el Dios de mi corazon y mi parte para siempre, ó Dios.» La que es *bendita entre todas las mujeres*, como caminaba delante de Dios, respondió al angel que le llevaba la nueva mas admirable y sorprendente que se habia anunciado jamas á una criatura: «Aqui está la sierva del Señor: hagase en mí segun tu palabra (S. Lucas, I, 38).» Es-

ta es la verdadera simplicidad de corazon, que vive, lo ve todo y ama únicamente con relacion á Dios.

«El hombre tiene dos alas para elevarse sobre las cosas de la tierra (dice el venerable Tomas de Kempis), que son la simplicidad y la pureza. La simplicidad busca á Dios, y la pureza le halla y le goza.... Si no quereis ni buscais mas que el cumplimiento de la voluntad de Dios y la utilidad del prójimo, disfrutareis de la libertad interior (*Imitacion de Cristo*).»

Recomendando tambien nuestro salvador esta simplicidad continúa asi: «Nadie puede servir á dos amos, porque aborrecerá al uno y amará al otro, ó sufrirá al uno y despreciará al otro. Vosotros no podeis servir á Dios y á Mammon (1). Por lo tanto os digo que no os inquieteis por vuestra vida de lo que habeis de comer, ni por vuestro cuerpo de lo que habeis de vestiros. ¿Por ventura no es la vida mas que la comida y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni encierran en las trojes, y vuestro padre celestial las sustenta. ¿No sois vosotros mucho mas que ellas? Mas ¿quién de vosotros puede por su inteligencia añadir un solo codo á su estatura? Y en cuanto al vestido ¿por qué os inquietais? Considerad los lirios del campo como crecen, y no trabajan ni hilan. Y yo os digo que ni Salomon en toda su

(1) Mammon es una voz siro-caldea que significa riquezas, bienes terrenos: tambien debia ser el nombre de una diosa de Siria. La voz griega *Plutos* significa asimismo riquezas, y es el nombre del dios de la fortuna. El dios de los infiernos que en tiempos posteriores se designó con el nombre de Pluton (porque los antiguos griegos no le llamaban asi), es bajo esta denominacion el mismo que Pluto, como se ve por el *Dis* de los romanos, porque algunas veces se llama asi á Pluton en latin, y *Dis* se traduce por *rico*.

gloria se vistió como uno de ellos. Pues si Dios viste asi el heno de los campos que hoy es y mañana es arrojado al horno (1); ¿cuánto mejor á vosotros, hombres de poca fé? No esteis pues cuidadosos diciendo: ¿Qué comeremos, ó qué beberemos, ó de qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas. Vuestro padre celestial sabe que lo necesitais. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. No os acongojeis pues por el dia de mañana, porque el dia de mañana se inquietará por sí mismo: bastale á cada dia su malicia (S. Mateo, VI, 24 á 34).»

La sagrada escritura recomienda en muchos lugares el amor al trabajo. Dios dijo á Adam despues de su caida, y en él á todos nosotros, no solo como castigo, sino como disciplina saludable: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro (Génesis, III, 19).» Y el apostol S. Pablo dice en su epístola segunda á los de Tesalonica (cap. III, v. 10) que el que no quiere trabajar, no debe comer.

Nuestro Señor cuya vida no era mas que una serie de afanes y fatigas, está muy lejos de recomendarnos la ociosidad; pero quiere que en todas nuestras ocupaciones tengamos á Dios delante de los ojos, que procuremos agradarle con el fiel cumplimiento de nuestros deberes, y que pongamos despues una confianza filial en él. Trabajemos pues en la salud de nuestra alma al paso que trabajamos en nuestros negocios, y la remuneracion temporal del trabajo, como el sustento, el vestido etc., se nos dará de añadidura. Si todas estas cosas fueran el fin último del trabajo; seria lícito al rico disi-

(1) En las provincias del mediodia se acostumbra echar á veces en los hornos no solo sarmientos secos como en Italia, sino tambien heno, porque se seca muy bien y arde luego como paja.

par su vida en la inaccion. Mas ¡cuán perniciosa es la ociosidad especialmente al rico!

El que no trabaja mas que para satisfacer las necesidades corporales sin dirigir sus miradas hácia Dios, hace servicios para este cuerpo perecedero, y no encierra nada en los graneros para la eternidad; y el que se acongoja demasiado por su manutencion, olvida al Padre que está en el cielo y que *da el sustento á los hijuelos de los cuervos que le llaman con sus gritos* (Salmo CXLVI, v. 9).

CAPITULO XX.

Juicios temerarios. Profetas falsos.

Nuestro Señor despues de habernos dado instrucciones sobre los cuidados congojosos de este mundo por los cuales pecamos contra nuestro Padre celestial, contra nuestra alma inmortal y contra nuestro prójimo, si tales inquietudes cierran nuestro corazon y le hacen egoista y duro, vuelve á hablar de la violacion inmediata del amor del prójimo:

«No juzgueis para que no seais juzgados, porque en el juicio en que juzgareis sereis juzgados, y con la medida que midiereis sereis medidos. No condeneis y no sereis condenados. Perdonad y sereis perdonados (1).

(1) *Apoluete kai apoluthêsethe*. Lutero dice aqui: «Perdonad y se os perdonará.» Lo mismo dice la traduccion inglesa; pero el *dimittite et dimittemini* de la Vulgata es mas exacto, porque Jesucristo no habla del caso en que uno hubiese sido ofendido por otro. Ya ha tratado antes de él, y hemos visto con qué anhelo recomienda el perdon; mas Jesucristo habla aqui del juicio ilícito y poco carita-

«Dad y se os dará, y derramarán en vuestro seno una medida buena y llena y que rebose; porque con la misma medida que midiereis se os medirá.

«¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? ¿O cómo dices á tu hermano: deja que te saque la paja de tu ojo, y tienes tú una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces cuidarás de sacar la paja del ojo de tu hermano (S. Mateo, VI, 1 á 5 y S. Lucas, VI, 37, 38, 41 y 42).»

Para expresar enérgicamente su aversion á la falta de caridad, á la injusticia y al orgullo que entran en nuestros juicios temerarios, escoge nuestro Señor en su discurso expresiones vigorosas é imágenes vehementes.

Solo el formar dentro de nosotros mismos un juicio temerario y opuesto al amor del prójimo es ya un pecado grave. En el capítulo precedente hemos visto con qué energía clama el hijo de Dios contra el rencor del que ha recibido una ofensa; pero aqui se trata tambien del juicio que formamos acerca de aquel que no nos ha ofendido.

Nosotros juzgamos y vemos únicamente la accion exterior; pero solo el que todo lo ve ha visto la intencion y el motivo, y ha hallado tal vez circunstancias que podian excusar y aun justificar á nuestro prójimo. ¿Y podriamos nosotros, ignorantes, á las veces ciegos y siempre miopes, *formar un juicio?* ¿Nos *atreveriamos á juzgar* nosotros á quienes aguarda tambien el juicio? ¿*Querriamos juzgar* á nuestro hermano, por el cual murió Jesucristo?

tivo con que se atreve uno erigiéndose en juez á juzgar y condenar al prójimo. Nosotros debemos remitirle de este tribunal al del justo juez que le juzgará algun dia.

Todavía pecamos mucho mas gravemente cuando manifestamos nuestro juicio inicuo y temerario á lo exterior, siendo asi que deberiamos callar y ocultar las flaquezas, los defectos y hasta la maldad del prójimo, á no que la caridad nos impusiese el deber de ponerlo en conocimiento de los que pueden remediarlo.

¿Cuántas veces sucede que los caprichos y las flaquezas del prójimo y á veces sus virtudes que nos parecen desbarros ó debilidades, son materia de dichos agudos con nuestros conocidos ó de insípida habladuría en el gran mundo? ¿Cuántas veces no hace uno el papel de hipócrita, cuando con intencion de pasar por virtuoso, cuerdo ó sensible se censuran los defectos de un hermano, acaso con una compasion aparente ó con una malicia que tiene todas las trazas de una disculpa? O bien se cree que la amistad exige de nosotros que en la conversacion con un amigo le comuniquemos nuestro juicio nada caritativo por cierto sobre un tercero. Asi cohonestamos por amor al uno la falta de caridad que debemos tambien al otro. Sin duda es excelente la amistad que convierte á un amigo en cómplice. Tal amistad nos engaña á nosotros mismos. En ella no amamos mas que á nosotros, y ofrecemos sacrificios humanos al ídolo del amor propio. Tal amistad volará como paja menuda en el dia grande en que se separe de esta el grano, y volará aun cuando se conviertan y se salven los dos amigos, porque si aquella amistad no se fundó en el amor de Dios, fue vana en dos sentidos: vana porque era nula, y vana porque estaba cimentada en el amor propio por noble que fuese en la apariencia. Todo lo que no tiene á Dios por principio y fin último, es vano.

Cuando uno puede con la caridad hacer mas atento al prójimo á sus flaquezas, y cuando puede amonestarle é inspirarle mejores sentimientos, cumple un de-

ber sagrado; pero es preciso que se haga con caridad. Cuando se emprende por amor propio una obra piadosa del amor, ¿cómo se quiere que salga bien? Obrando de este modo se hace padecer al prójimo sin sacarle la paja que tiene en el ojo. El amor propio del que es reprendido se levanta contra el amor propio del que reprende; á lo que hay que añadir que el amor propio lo ve todo bajo un falso punto de vista, porque se hace él un centro. Lo que constituye la sabiduría de la caridad, es el ver en Dios el punto central de todas las cosas y de todas las relaciones. Salomon dice de esta sabiduría: «Yo la sabiduría habito en el consejo y penetro en los pensamientos de la inteligencia (Libro de los Proverbios, cap. VIII, v. 12).» El amor propio es la viga en el ojo, y debe quitarse antes de intentar arrancar con discrecion y caridad la paja del ojo del prójimo.

« No deis lo que es santo á los perros, ni echeis vuestras margaritas á los puercos, no sea que las pisen y volviéndose á vosotros os despedacen (S. Mateo, VII, 6).»

Si la ley de Jesucristo nos prohibe juzgar y condenar á diestro y siniestro, está muy lejos de prohibirnos la prudencia en el trato con los otros hombres. No debemos fiarnos ciegamente de todos, porque de lo contrario les perjudicariamos mas que á nosotros mismos. Podemos hacerles grandísimo daño queriendo imponerles la ciencia de la salud sin prudencia, sin discernimiento, sin oportunidad y sin miramiento á sus disposiciones presentes, ya hácia el bien, ya hácia el mal. Esta advertencia tenia tambien una conexion particular con la mision de los apóstoles, á quienes Jesucristo dió el ejemplo en este punto. Dícese en el capítulo XII de S. Mateo, v. 58: «Y no hizo (el Salvador) muchos milagros allí (es decir en Nazareth) por la incredulidad de ellos.» Dios concede esta discrecion del amor á los

que se la piden formalmente. Para unir lo que sigue con lo que antecede, continúa asi Jesucristo:

« Pedid y se os dará: buscad y hallareis: llamad y os abrirán; porque todo el que pide, recibe, y el que busca, halla, y al que llama, se le abre. ¿Qué hombre hay entre vosotros que si su hijo le pide pan le dé una piedra? ¿O si le pide un pez le alargue una serpiente? Pues si vosotros siendo malos sabeis dar buenos dones á vuestros hijos; ¿cuánto mas vuestro padre que está en los cielos, dará bienes á los que le piden? (S. Mateo, VII, 7 á 11).

La santa escritura nos recomienda en todas partes la oracion con la enseñanza y con el ejemplo; y el mismo hijo de Dios la recomienda con su doctrina y sus hechos. Los pueblos de todos los tiempos han invocado á la divinidad, y es falsa, contraria á las divinas escrituras y tan inhumana como impía la opinion de los que dicen que la oracion no tiene ninguna virtud; y que solo es provechosa al hombre y grata á Dios á título de acto de confianza y de elevacion de nuestro corazon á Dios, el cual no oye nuestras súplicas, porque no necesita que le expongamos nuestras miserias.

Es verdad que Dios sabe mejor que nosotros lo que necesitamos; pero nos ha iluminado acerca de las necesidades de nuestra alma, y para satisfacerlas *nos dió su único hijo*, y nos da su Espíritu Santo para que nos enseñe á orar y ore en nosotros. « El espíritu ayuda nuestra flaqueza, porque no sabemos orar como conviene; pero el mismo espíritu pide por nosotros con gemidos inefables (Epístola á los romanos, VIII, 26).» Para saber lo que hemos menester no necesita Dios que se lo expongamos; pero como necesitamos levantar nuestro corazon hácia él en la oracion con fé, esperanza y caridad, es digno de su amor paternal descender hasta nosotros y oirnos, porque nos escucha y nos ha

mandado dirigirle nuestras súplicas. Cuando el Dios de verdad manda pedir, el Dios de amor debe necesariamente oirnos: si no nos habria engañado. No se contenta solo con la elevacion de un corazon que se dedica á examinar sus perfecciones, sino que exige súplicas y promete oirnos: mas no basta pedir de boca y con un corazon dividido, sino que es menester que pidamos de todo corazon y en verdad. « El Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad. Hará la voluntad de los que le temen, y oirá su súplica y los salvará,» dice el profeta rey (Salmo CXLIV, v. 18 y 19). Debemos *buscar* por nuestra cooperacion, *llamar* á la puerta y no cesar de llamar hasta que nos abran, y de seguro nos abrirán.

Mas ¿qué clase de cooperacion en particular nos pide Dios para concedernos los dones del cielo? ¿No hemos oido lo que nos decia su hijo: «Dad y se os dará»? Hé aquí la razon por que añade estas palabras inmediatamente despues de haber exhortado á la oracion: «Asi todo lo que quereis que hagan con vosotros los hombres, hacedlo vosotros con ellos; porque esta es la ley y los profetas (S. Mateo VII, 12).»

Cuando manifestamos al prójimo esta caridad por amor á Dios (porque sin el amor de Dios nadie puede cumplir verdaderamente este precepto), cumplimos el primero y mayor mandamiento, que es el de amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. Estos dos mandamientos, dice nuestro Salvador, encierran toda la ley y los profetas.

¡De cuántas cosas debe despojarse nuestra alma para llegar á esta caridad! Porque el amor propio lo atrae todo á sí y divide al hombre asi como le mancha: solo el alma sencilla busca á Dios y puede cumplir el precepto de su hijo. Jesucristo continúa asi:

«Entrad por la puerta angosta, porque es ancha

la puerta y espacioso el camino que conduce á la perdicion, y son muchos los que entran por él. ¡Cuán angosta es la puerta y cuán estrecho el camino que conduce á la vida, y ¡cuán pocos son los que la hallan! (S. Mateo VII, 13 á 14)!

La verdad es una, los errrores innumerables. Tambien es uno ese amor verdadero con que debemos amar á Dios sobre todas las cosas, y no amar los otros objetos sino en él. Este amor es simple, puro, celestial, mientras que el amor propio, que á decir verdad no es amor, porque todo lo atrae á sí mismo y trabaja en su propia perdicion, es multíplice, impuro y terreno, y de consiguiente transitorio; por el contrario el amor de Dios es eterno. La verdad y la caridad conducen á la vida por la puerta estrecha.

«Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros cubiertos con la piel de ovejas, y por dentro son lobos rapaces: por sus frutos los conocereis. ¿Acaso se cogen uvas de las espinas ó higos de las zarzas? Asi todo arbol bueno produce buenos frutos; mas el arbol malo produce frutos malos. Un arbol bueno no puede dar malos frutos, ni un arbol malo dar buenos frutos. Todo arbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Asi pues por sus frutos los conocereis. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi padre que está en los cielos, entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y lanzamos los demonios en tu nombre é hicimos muchos prodigios en tu nombre? Y entonces les manifestaré yo públicamente: Nunca os he conocido; retiraos de mí los que obrais la iniquidad (S. Mat. VII, 15 á 23).»

Reunidas estas palabras con lo que antecede se explican por sí mismas. Los falsos profetas, los heresiar-

cas que nos desvian del camino de la verdad, que se engañan á sí mismos engañando á los demas, y que no están animados de la caridad verdadera, se extravían en la senda de la perdicion y extravían á los que se dejan seducir. Sus discursos suelen ser halagüeños: hablan de las obligaciones del cristianismo y no conocen el poder de la religion, porque no conocen ni la corrupcion de la naturaleza humana, ni á Jesucristo «que nos fue dado por Dios para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion, como dice el Apostol (epístola primera á los de Corinto, I, 30).» Por lo tanto les faltan á ellos y á sus discípulos la fuerza de la virtud y la vida de la piedad. El arbol de su virtud no ha echado raices en buena tierra, sino en el lodo del amor propio; por eso se han corrompido sus frutos. ¿Cómo quereis que el andamio de su religion levantado sobre un cimiento podrido pueda ser durable?

«Asi todo el que oye estas palabras mias y las cumple, se asemejará á un varon prudente que edificó su casa sobre piedra, y cayó la lluvia y vinieron los rios y soplaron los vientos y se precipitaron sobre aquella casa y no se arruinó, porque estaba fundada sobre piedra. Y todo el que oye estas palabras mias y no las cumple, será semejante al varon fatuo que edificó su casa sobre arena, y cayó la lluvia y vinieron los rios y soplaron los vientos y se precipitaron sobre aquella casa, y se arruinó y su ruina fue grande.

«Y sucedió que habiendo acabado Jesus este discurso se admiraban las turbas de su doctrina, porque los enseñaba como quien tiene potestad y no como los escribas y fariseos (S. Mat. VII, 24 á 29).»

CAPITULO XXI.

Curacion del leproso y del criado del centurion: resurreccion del hijo de la viuda de Naim.

«Mas habiendo bajado de la montaña le siguió gran multitud de gente; y hé aqui que viendo un leproso le adoraba y decia: Señor, si tú quieres puedes dejarme limpio. Y extendiendo Jesus la mano le tocó diciendo: Quiero; queda limpio. Inmediatamente se curó su lepra. Y le dijo Jesus: Mira, no lo digas á nadie, sino ve, presentate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moises en testimonio para ellos (1) S. (Mat. VIII, 1 á 4).

«Y habiendo acabado todas estas palabras delante del pueblo entró en Cafarnaum. Mas el criado de cierto centurion estaba malo y á punto de morir; y el amo le estimaba mucho. Y habiendo oido hablar de Jesus envió á él algunos ancianos de los judíos suplicándole que fuese y salvase á su criado. Y ha-

(1) Esta historia es con poca diferencia la misma que ya se ha contado; pero S. Mateo dice formalmente que el leproso de que aqui se trata, habia sido curado despues de hablar Jesus á la multitud desde la montaña; y el que mencionan S. Marcos y S. Lucas, lo habia sido antes. Es muy natural que dos leprosos manifestaran sus deseos del mismo modo y con la misma sencillez, y que nuestro Salvador los curara de la misma manera encargándoles á ambos que fueran á presentarse á los sacerdotes. Es cierto que el leproso miraba á nuestro Señor como un profeta; mas ¿le miraba tambien como hijo de Dios? La voz griega *proskunein* no siempre significa adorar, sino que significa tambien manifestar su respeto á alguno prosternándose ante él á estilo de los orientales.

biendo ido ellos á la presencia de Jesus le rogaban con instancias diciéndole: Es digno de que le hagas esta gracia, porque ama nuestra nacion y nos ha edificado una sinagoga. Jesus pues iba con ellos, y estando ya no lejos de la casa, le envió el centurion unos amigos diciendo: Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres en mi casa; por lo cual no me he creido digno de ir á tí; pero dí una palabra y sanará mi criado; porque yo soy hombre constituido bajo la potestad de otro y que tengo soldados á mis órdenes, y digo al uno: ve, y va; y al otro: ven, y viene, y á mi criado: haz esto, y lo hace. Oido esto Jesus se admiró (1), y volviéndose á las turbas que le seguian, dijo: En verdad os digo no encuentro tanta fé en Israel. Y yo os digo que muchos vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán (2) con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechino de dientes. Y dijo Jesus al centurion: Ve y cumplase como creiste. Y sanó el criado en aquella hora. Y habiendo vuelto los que habian sido enviados á la casa, encontraron sano al criado que habia estado enfermo (3) S. Lucas VII, 1 á 10 y S. Mateo VIII, 8 á 13).»

(1) La palabra griega *thaumazein* tiene á veces este sentido como nota Suidas. El hijo de Dios no se admiró de nada; pero alabó lo que era bueno para que sirviera de ejemplo á los demas.

(2) *Se sentarán*, *anaklitheson*, imagen de la quietud y de la fruicion; voz usada aqui porque los judíos, y en particular los fariseos, hacian muchas veces escrúpulo de comer con extrangeros.

(3) No hay duda que el centurion de que hablan los dos evangelistas, es el mismo, aunque parece segun San Mateo que se presentó él desde luego delante de Jesus, y al contrario segun S. Lucas envió primero los ancianos de la ciudad y luego sus amigos. Esta contradiccion aparente se desvanece cuando se recuerda que S. Mateo hace decir y hacer al centurion lo que este mandaba decir y hacer por otros segun el lenguaje sabido de los antiguos. Con todo pareceme mas probable que el centurion, despue de haber enviado á Jesus primero los ancianos y luego sus amigos, salió al encuentro del Señor cerca de su casa, donde entró con él antes que los enviados. No sin razon cita S. Lucas al fin de su narracion como testigos de este milagro á sus contemporaneos mas antiguos de una ciudad notable.

«Y sucedió que iba despues á una ciudad que se llama Naim (1), y le seguian sus discipulos y gran multitud. Y acercándose á la puerta de la ciudad, hé aqui que llevaban un muerto, hijo único de su madre, y esta era viuda, y le acompañaba mucho gentío de la ciudad. Habiéndola visto el Señor, movido de compasion hácia ella le dijo: No llores. Y se acercó y tocó el ataud (y los que le llevaban se pararon), y dijo: Jóven, yo te digo: Levantate. Y el muerto se sentó y comenzó á hablar. Y Jesus le entregó á su madre. Mas se apoderó de todos el temor, y glorificaban al Señor diciendo: Se ha levantado un gran profeta entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. Y la fama de este milagro cundió á toda la Judea y á todo el pais comarcano (S. Lucas VII, 11 á 17).»

No llores; cuán cordial y sencilla es esta expresion! ¡Qué grandeza en estas palabras unidas á la accion que se sigue inmediatamente! ¡Dichoso aquel á quien Jesucristo dice: No llores!

Algunos santos padres han observado que nuestro

(1) Naim, ciudad situada en las fronteras de Samaria y Galilea al pie del monte Tabor. Hoy no es mas que un lugar que lleva su nombre antiguo.

Salvador habia manifestado su misericordia de tres modos diferentes en estos tres milagros sucesivos: la ejerció en favor del leproso á ruegos suyos, en favor del criado enfermo á ruegos de su amo y en favor de la madre por sus lágrimas.

CAPITULO XXII.

S. Juan envia unos discípulos suyos á Jesus. Maldiciones pronunciadas contra diferentes ciudades.

«Mas habiendo sabido Juan en su prision las obras de Cristo envió dos de sus discípulos y le dijo: Eres tú el que ha de venir, ó esperamos otro? (En aquella misma hora curó Jesus á muchos enfermos de enfermedades y de llagas y de los espíritus inmundos, y restituyó la vista á muchos ciegos). Y respondiendo Jesus les dijo: Id á anunciar á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados: y ¡bienaventurado el que no se escandalizare en mí! Mas habiéndose marchado aquellos comenzó Jesus á decir de Juan á las turbas: ¿Qué habeis salido á ver al desierto? ¿Una caña agitada del viento? Pero ¿qué habeis salido á ver? ¿Un hombre cubierto de vestiduras preciosas? Los que se cubren de vestiduras preciosas, estan en las casas de los reyes. Pero ¿qué habeis salido á ver? ¿Un profeta? Ciertamente os digo mas que un profeta. Porque este es de quien está escrito: Hé aqui que yo envio mi angel delante de tí, que preparará el camino delante de tí. En verdad os digo no se ha levantado entre los nacidos de las mujeres uno mayor que Juan Bautista; mas el que es menor en el reino de los cielos, es mayor que él. Y desde los dias de Juan Bautista hasta ahora el reino de los cielos padece violencia y los violentos le arrebatan; porque todos los

profetas y la ley hasta Juan han profetizado; y si quereis oirlo él es Elias que debe venir. El que tiene oidos, para oir, oiga. Y todo el pueblo que oia y los publicanos bautizados con el bautismo de Juan glorificaron la justicia de Dios. Mas los fariseos y doctores de la ley que no estaban bautizados por él, despreciaron el consejo de Dios en sí mismos. Y el Señor dijo: ¿A quién pues compararé yo los hombres de esta generacion? ¿Y á quién se parecen? Parecense á unos muchachos sentados en la plaza hablando entre sí y diciendo: Hemos tocado la flauta, y no habeis bailado: hemos llorado, y no habeis llorado. Porque vino Juan Bautista que no come pan ni bebe vino, y decís: Tiene el demonio. Viene el hijo del hombre que come y bebe, y decís: Hé aqui un hombre voraz que bebe vino, amigo de los publicanos y de los pecadores. Y la sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos (1) (S. Mateo XI, 2 á 19, S. Lucas XVII, 18 á 36).»

(1) La voz griega *dikaioun* significa justificar, es decir, declarar á alguno justo, manifestar que es justo, y de ahí tambien poner á un acusado en libertad; mas asimismo significa *condenar*, *castigar*. Hé aqui cómo explican algunos este pasaje en razon de la última acepcion. La sabiduría suele ser condenada en la tierra por los mundanos, cuyo juicio es tan necio como el de los niños. El *kai* (*y*) con que empiezan estas expresiones en el griego, unido con lo que antecede, parece que favorece esta explicacion; mas el *kai* tiene muchas veces la acepcion de *alla* (mas) no solo entre los helenistas, esto es, los autores judíos que escribian en griego, sino entre los antiguos griegos. ¿Y por qué esos falsos censores que juzgan segun el sentido del mundo, han de ser llamados hijos de la sabiduría? Segun esto vease cuál es el sentido: que el mundo juzgue y blasfeme como quiera, la sabiduria de Dios se cumple en sus hijos, en los justos y en los santos, á quienes Dios mismo marca con su sello.

¿Será necesario advertir al lector que el Bautista sabia bien quién era Jesucristo? Es evidente que habiendo oido hablar de los milagros de Jesus no podia dudar que fuese el Mesias, el hijo de Dios cuando le habia anunciado con tanta energía, le habia bautizado, y en su presencia estando aun los dos en el seno de sus madres habia sido lleno del Espíritu Santo. Aquel santo hombre que ardia en zelo por la gloria de Dios y de su hijo, queria que sus discípulos se cerciorasen por sí mismos de la mision divina de Jesucristo; que le viesen, y oyesen de su boca las palabras de vida eterna. Juan se habia anonadado siempre delante de Jesucristo, *el cordero de Dios que quita los pecados del mundo*; y su humildad fue coronada ya de un modo divino acá en la tierra, porque el hijo de Dios le ensalzó sobre todos los mortales.

Con todo algunos comentadores, tratando de explicar este pasaje creen que Jesucristo le habia ensalzado á la verdad sobre todos los profetas de la antigua alianza; pero añadiendo que el menor cristiano seria mayor que él. Asi el menor cristiano seria tambien mayor que Noe, Abraham, Moises, Elias, Isaias y Daniel. ¿A quién puede ocurrirle esto? Otros creen que la expresion *el mas pequeño en el reino de los cielos* (porque asi se expresan los dos evangelistas, *mickroteros*) se aplica á nuestro Señor mismo que tenia seis meses menos. Pero esta interpretacion me parece muy forzada, y tengo por mas natural y menos dudoso el sentido ordinario, segun el cual el reino de los cielos es llamado aqui como en otros muchos lugares el cielo, la mansion de los justos. El menor en el cielo ve á Dios; y el mayor de los nacidos de las mujeres (excepto el hijo de María) llevaba aun su alma, aunque consagrada á Dios, encerrada en el seno de la muerte y del pecado. No obstante no puedo pasar en silencio la explicacion que da S. Juan Crisóstomo: segun ella Jesucristo se designó á sí mismo con la calificacion de menor, en atencion á que los judíos le reputaban inferior al Bautista.

Lo que se dice despues del reino de los cielos, esto es, que padece violencia desde los dias de Juan, y que los violentos le arrebatan, se aplica en primer lugar á la propagacion del Evangelio, y en segundo al cielo que no se puede ganar sin esfuerzos y sin sostener grandes combates con las pasiones humanas, las cuales se rebelan contra la palabra de la cruz, rebelandose contra la moral de Jesucristo.

«Entonces comenzó á increpar á las ciudades en que se obraron muchísimos milagros suyos, porque no habian hecho penitencia. ¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Bethsaida (1)! Porque si los prodigios que se han obrado entre vosotras, se hubiesen obrado en Tiro y Sidon, hubieran hecho penitencia en otro tiempo con el cilicio y la ceniza. Sin embargo os digo que en el dia del juicio habrá mas indulgencia para Tiro y Sidon que para vosotras. Y tú, Cafarnaum, ¿acaso serás ensalzada hasta el cielo? Bajarás hasta el infierno, porque si se hubieran obrado en Sodoma los prodigios que se han obrado en tí, acaso hubiera subsistido aquella hasta el dia. Sin embargo os digo que en el dia del juicio habrá mas indulgencia para la tierra de Sodoma que para tí.

«Entonces continuando Jesus dijo: Yo te confieso, ó

(1) Corozaim y Bethsaida eran unas ciudades situadas á orillas del lago de Genesareth. Poco tiempo antes el tetrarca Filipo habia hecho de esta última una ciudad hermosísima que llamó *Julia*, nombre de la mujer de Tiberio. Las dos fueron arruinadas en términos que no se sabe de cierto el sitio que ocuparon. La misma suerte tocó á Cafarnaum.

Padre, señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los pequeños. Sí, Padre, porque asi fue tu voluntad. Mi padre me ha entregado todas las cosas; y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo haya querido revelarlo. Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados: yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallareis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera (S. Mat. XI, 20 á 30.)»

Nuestro Señor glorifica la justicia que su padre celestial ejerce con todos aquellos á quienes abandona á las propias tinieblas, porque no quieren ser iluminados por él; pero al mismo tiempo alaba la misericordia con que su padre celestial ilumina á los humildes. Todas las cosas han sido dadas al Hijo, al hombre Dios por la union esencial del Padre con el Verbo engendrado desde la eternidad, á quien se comunica toda la plenitud de la divinidad desde la eternidad.

Vease qué uso hace el hombre Dios de todo lo que le ha dado su Padre: convida á ir á él á los que estan cargados de trabajos y de cruces, á los que llevan con dolor la profunda miseria de la naturaleza corrompida en el cuerpo del pecado: quiere aliviarlos y aliviarlos con torrentes de aquella agua de que decia á la samaritana: «El que beba del agua que yo le diere, no tendrá sed nunca jamás, sino que el agua que yo le diere se hará en él una fuente de agua que brota para la vida eterna (S. Juan IV, 14).» Con todo no la ofrece sin condicion; pero esta condicion proporciona ya en el mundo la paz que él solo da, y no puede dar el mundo: deben tomar su yugo sobre sí y hacerse mansos y humildes como él. Tomar su yugo sobre sí es renunciar á los de-

leites y al orgullo; á los deleites que atormentan miserablemente á los jóvenes insensatos entregados á ellos, y al orgullo que seca la paz en el alma y marchita el contento. Despues de esto hallarán la paz de su corazon.

El yugo del Señor es suave, porque nos libra de todos los yugos pesados de esta vida, y su carga es ligera, porque ayuda él á llevarla y porque todo es facil para el amor. Su yugo es suave y su carga ligera en la corta senda por donde caminó el mismo antes que nosotros, donde tiene los ojos incesantemente fijos sobre nosotros donde nos acompaña y se da á nosotros con una misericordia indecible en la cena misteriosa de su amor, para que siguiéndole con una fé inalterable, una esperanza viva y una ardiente caridad podamos algun dia reunirnos á él y por él á su padre celestial, á su padre, y nuestro padre, á su Dios y nuestro Dios (S. Juan, XX, 17).

CAPITULO XXIII.

La mujer pecadora á los pies de Jesucristo.

«Mas un fariseo le rogaba que fuese á comer con él; y habiendo entrado Jesus en la casa del fariseo puso á la mesa. Y hé aqui que una mujer pecadora que habia en la ciudad, en cuanto supo que comia en casa del fariseo llevó un vaso de alabastro de perfumes (1), y man-

(1) Estos vasos se llamaban *alabastrum*, porque solian hacerse de alabastro. El bálsamo del precioso nardo estaba tan bien cerrado en ellos para que no se evaporara, que habia que romper el vaso para sacarle. Tenemos un ejemplo de esto en el capítulo XIV de S. Marcos. Aun hoy se descubren en Roma algunos de estos vasos de nardo. Plinio habla tambien de ellos.

teniéndose detras á sus pies comenzó á regarlos con sus lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos y los besaba, y los ungia con perfumes. Mas viendo esto el fariseo que le habia convidado, dijo entre sí: Si este fuera profeta, sabria ciertamente quién es la mujer que le toca, porque es pecadora. Y respondiendo Jesus le dijo: Simon, tengo que decirte una cosa. Y él dijo: Maestro, dí. Un usurero tenia dos deudores: el uno debia quinientos denarios, y otro cincuenta; y como no tuviesen con qué pagar, se lo perdonó á los dos. ¿Quién pues le ama mas? Respondiendo Simon dijo: Juzgo que aquel á quien perdonó mas. Y Jesus le dijo: Has juzgado bien. Y volviéndose á la mujer dijo á Simon: ¿Ves esta mujer? Yo he entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; mas ella los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado ósculo; mas ella desde que entró no ha cesado de besar mis pies. Tu no has ungido mi cabeza con aceite; mas ella ha ungido mis pies con perfumes. Por lo cual te digo: le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho; y aquel á quien menos se perdona, ama menos. Y dijo á la mujer: Se te perdonan tus pecados. Y comenzaron á decir entre sí los que estaban á la mesa: ¿Quién es este que perdona hasta los pecados? Mas él dijo á la mujer: Tu fé te ha salvado, vete en paz (San Lucas VII, 37 á 50).»

Hé aqui la gran doctrina de la religion de Jesucristo en un ejemplar muy tierno: la fé es auxiliada: dichoso el que ama, porque le serán perdonados sus pecados.

Unas veces se ha considerado á esta pecadora la misma que María de Betania, hermana de Lázaro y de Marta, y otras la misma que María Magdalena; de suerte que unos han creido ver en ella una sola persona, otros dos, y otros hasta tres. Esta última

opinion me parece la única probable. Es verdad que María de Betania ungió tambien á nuestro Salvador del mismo modo cuando estaba á la mesa de un tal Simon; pero ni la semejanza del nombre, que era muy comun, ni la de la accion prueban nada, porque es evidente que habia una diferencia de tiempo y lugar. La pecadora habia ungido á nuestro Señor en Naim algunos años antes que María lo hiciese en Betania. El un Simon es llamado el fariseo, y el otro el leproso, probablemente porque padeciera antes esta enfermedad. En esta uncion, que refieren S. Mateo, S. Marcos y San Juan, nadie criticaba las costumbres de María, la cual segun todas las probabilidades no hizo nunca una vida escandalosa, porque despues de la muerte de Lázaro fueron á consolarla á ella y á Marta muchos judíos, es decir, en el lenguaje del evangelista S. Juan hombres distinguidos y fariseos. El evangelista S. Lucas nos refiere en el capítulo séptimo la historia de la uncion que se efectuó en Naim: en el sexto habla extensamente de María, hermana de Lázaro; y en el octavo nombra á María Magdalena sin darnos el menor indicio que pueda hacernos creer que la pecadora, á quien no se nombra, y las otras dos eran una sola y misma persona.

Creese que María Magdalena habia observado una conducta escandalosa, porque el hijo de Dios la libró de siete demonios (S. Lucas, VIII, 2). Yo no sé si de ahí puede inferirse que su conducta fuese tan mala como la de la otra pecadora. Los espíritus malignos la atormentaban tal vez en su cuerpo con licencia de Dios, del mismo modo que Satanás atormentaba al santo Job, ó la tentaban sin vencer su voluntad, del mismo modo que el demonio tentaba á S. Pablo, segun nos dice en la epístola II á los de Corinto (cap. XXII, v. 7); lo cual permitió Dios para mantenerle en la humildad. Pero

concedamos que María Magdalena fuese una pecadora como la de Naim. ¿Quién deducirá racionalmente de aquí que eran una misma persona? A lo menos no será porque María Magdalena fue con otras santas mujeres al sepulcro de Jesus para embalsamar su sacratísimo cuerpo (S. Marcos, XVI, 1).

Pareceme muy probable y aun cierto que la pecadora de Naim, María Magdalena y María, hermana de Lázaro, eran tres personas diferentes, en quienes se manifestó la gracia de Dios de un modo extraordinario á causa de su amor á Jesucristo; porque este amor al amado viene de él, y segun el pensamiento tan bello como exacto de S. Agustin, corona sus propios dones en los suyos (1).

CAPITULO XXIV.

Predicacion de Jesus.

«Y sucedió despues que iba de ciudad en ciudad y de lugar en lugar predicando y evangelizando el reino de Dios, y los doce con él y algunas mujeres que se habian curado de los espíritus malignos y de las enfermedades, María, que se llama Magdalena, de la que habian salido siete demonios, y Juana, mujer de Chusa, intendente de Herodes, y Susana y otras muchas que le asistian con sus bienes (S. Lucas, VIII, 1 á 3).»

Era costumbre entre los israelitas, segun nos enseña S. Gerónimo, que los profetas que iban de pueblo en

(1) Hallase una disertacion muy circunstanciada acerca de estas tres mujeres en el volumen trece de la Biblia de Vence, que tambien se llama la Biblia de Rondet, á pesar de la diligencia con que su último editor ha procurado guardar el anónimo.

pueblo predicando la palabra de Dios, fuesen aposentados y mantenidos por santas mujeres. Elías y Eliseo nos dan ejemplos de esta costumbre. El soberano del cielo y de la tierra se dignó de aceptar de manos de sus dichosas compañeras las cosas terrenas y pasajeras que le pertenecian, dándoles en cambio cosas eternas y celestiales, que tambien son suyas. María Magdalena tomó su nombre de un pueblo llamado Magdala.

CAPITULO XXV.

Curacion de un endemoniado ciego y mudo. Blasfemias de los fariseos. La blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdona.

«Y fueron á una casa (1), y se reunió tal gentío que no podian ni aun comer pan; y habiéndolo sabido sus parientes salieron á cogerle porque decian: Ha perdido el juicio (2). Entonces le presentaron un endemoniado ciego y mudo, y le curó de modo que hablaba y veia. Y todas las turbas se asombraban y decian: Por ventura ¿es este el hijo de David? Mas los escribas que lo oian dijeron: Este no lanza los demonios sino en Belzebub, príncipe de los demonios. Mas Jesus sabiendo sus pensamientos les dijo: Todo reino dividido contra sí será asolado, y toda ciudad ó casa dividida contra sí no subsistirá. Y si Satanás arroja á Satanás, está dividido contra sí; ¿cómo pues subsistirá su reino? Y si yo lanzo los demonios en Belzebub, ¿en quién los lanzan vuestros hijos? Por eso ellos serán vuestros

(1) *A una casa*, es decir, á Cafarnaum.
(2) La palabra griega puede traducirse tambien por desmayo, como puede suceder á alguno viéndose oprimido por el gentío. Asi lo entienden diferentes intérpretes.

jueces. Mas si yo lanzo los demonios en el espíritu de Dios; luego ha venido á vosotros el reino de Dios. ¿O cómo puede uno entrar en la casa del fuerte y robar sus alhajas, si no atare antes al fuerte? Y entonces robará sus alhajas. El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, esparce. Por eso os digo: Todo pecado y toda blasfemia serán perdonados á los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Y todo el que hablare contra el hijo del hombre, se le perdonará; mas el que hablare contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el futuro (1). O haced un arbol bueno, y su fruto será bueno; ó haced un arbol malo, y su fruto será malo, porque por el fruto se conoce el arbol. Raza de víboras, ¿cómo podeis hablar bien si sois malos? Porque la boca habla de la abundancia del corazon. El hombre bueno saca cosas buenas de un tesoro bueno, y el hombre malo saca cosas malas de un tesoro malo. Mas yo os digo que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta de ella en el dia del juicio; porque serás justificado por tus palabras, y condenado por tus palabras (S. Marcos, III, 20 á 30 y S. Mateo, XII, 22 á 37).»

Ya habian dicho los santos padres que el pasaje en que habla nuestro Salvador del pecado contra el Espíritu Santo, era uno de los mas difíciles de la santa escritura, S. Atanasio no se atrevió en mucho tiempo á manifestar su opinion sobre este punto. Yo traspasaria

(1) *Oute en toutó tó aióni, oute en tó mellonti. Neque in hoc sæculo, neque in futuro.* La voz griega *aíon* se emplea como la latina *sæculum* en la santa escritura y en el lenguaje de la iglesia para designar el mundo y el tiempo. Por consiguiente puede traducirse asi: *Ni en este mundo, ni en el otro*; que viene á ser lo mismo.

los límites de mi libro, si quisiera citar los pasajes mas notables de los padres de la iglesia, los de Orígenes, y los de los teólogos modernos Hallanse una multitud de ellos en un tratado particular del padre Calmet al principio de su comentario sobre el evangelio de San Marcos (véase el tomo XIII de Rondet).

Algunos hombres de estos últimos tiempos han puesto con S. Agustin entre los pecados contra el Espíritu Santo de que aqui se trata, la impenitencia en que persevera el pecador hasta la muerte. En efecto es cierto que no puede tener ninguna esperanza de perdon aquel á quien ha faltado el tiempo para hacer penitencia, aquel para el cual se ha cerrado la puerta del tiempo despues de haber abusado de todas las advertencias é instancias del Espíritu Santo, cuando ha entrado en la eternidad sin haberse reconciliado con Dios. Facilmente se comprende que esta explicacion desvaneceria todas las dificultades, pero las circunstancias en que Jesucristo dijo estas palabras, ¿no determinan su sentido de un modo mucho mas preciso (1)? El pecador que persiste en la impenitencia hasta la muerte, peca sin duda contra el Espíritu Santo y perecerá; pero nuestro Señor parece que habla aqui de un pecado especial, gravísimo, que comete un hombre viviendo aun.

Jesucristo, cuya humanidad santificada habia sido animada desde que fue concebido por la virtud del Espíritu Santo, hizo aqui un milagro patente por el po-

(1) ¿Y no decide S. Marcos la cuestion cuando despues de estas palabras de Jesucristo: *todo pecado; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonado etc.* añade: *¿porque decian ellos: Está poseido de un espíritu inmundo?*

der de este mismo espíritu. Me parece que no podemos dudar que los fariseos, cuya blasfemia quería atribuir á Belzebub la potestad de echar los demonios, blasfemaron contra sus conciencias. Paréceme que su pecado era el mismo que Jesucristo condenaba en ellos la víspera de su muerte, cuando dijo á sus discípulos: «El que me aborrece, aborrece tambien á mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos mas obras que ningun otro ha hecho, no serian culpables; mas ahora las han visto, y me aborrecen á mí y á mi Padre (S. Juan, XV, 23 y 24).»

En los dos pasajes se habla de la resistencia premeditada contra la verdad; por lo cual segun los mas de los santos padres y la opinion recibida en la iglesia se cuenta la resistencia premeditada contra la verdad entre los pecados contra el Espíritu Santo. De este mismo pecado habla el santo autor de la epístola á los hebreos cuando dice (cap. VI, v. 4, 5 y 6): «Porque es imposible que los que una vez han sido iluminados, que han gustado tambien el don del cielo, que se han hecho participantes del Espíritu Santo, que se han alimentado de la santa palabra de Dios y de las maravillas del siglo futuro, y han caido, sean renovados otra vez á la penitencia, porque en cuanto está de su mano crucifican de nuevo al hijo de Dios y le exponen á la ignominia.» Y en otro lugar de la misma epístola (cap. X, v. 26 á 29) se expresa asi: «Porque cuando pecamos voluntariamente despues de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda víctima por los pecados, sino una expectacion terrible del juicio y la venganza del fuego que ha de consumir á los enemigos de Dios. El que quebranta la ley de Moises, muere sin ninguna conmiseracion por deposicion de dos ó tres testigos. Juzgad cuánto mas terribles suplicios merece el que conculcare al hijo de Dios y profanare la sangre de la [illegible]

en que fue santificado, y ultrajare el espíritu de la gracia.»

Sin embargo la mayor parte de los doctores, interpretando las palabras de Jesucristo y las del Apostol, dicen que esta imposibilidad fundada sobre la naturaleza de la cosa puede quitarse por una gracia extraordinaria de Dios. Asi segun una expresion análoga de nuestro Salvador: «Mas facil es que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos (S. Mat., XIX, 23 á 26, S. Marcos, X, 33 á 38, y S. Lucas, XVIII, 24 á 27);» es evidente que la primera de estas dos aserciones es imposible; no obstante Jesucristo dice en los lugares citados que es *difícil* que un rico entre en el reino de Dios, y quita esta contradiccion aparente cuando añade: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios (Ibid., 23 á 26).»

De todo esto resulta que un hombre que convencido de la verdad se resiste á ella, no puede hacer penitencia y obrar su salvacion sin un milagro extraordinario de la gracia divina. El hijo de Dios recibió dones para los hombres rebeldes, segun el real profeta (salm. LXVII, v. 19). Pero ¡ah ¡cuán poco puede esperarse respecto de estos!

Si el crimen de la resistencia contra la verdad es tan grande y tan espantosas sus consecuencias, ¡á qué peligros no se expone todo el que se aproxima al estado del que resiste á la verdad! No ama uno la verdad cuando no está pronto á sacrificarlo todo por ella, cuando deja de instruirse ya en las ciencias dogmáticas, ya en las morales, porque pudieran turbar nuestra quietud ó las delicias y conexiones de nuestra vida fugitiva.

Santificadlos en la verdad: esta es la peticion que dirigió Jesucristo á su padre por los suyos antes de entrar en la agonia (S. Juan, XVII, 17). ¡Ay de nosotros si perdemos el fruto de la peticion que hizo por nos-

otros! Nosotros la hacemos vana prefiriendo á la verdad cualquiera cosa, sea la que fuere. La verdad es aquella *perla de mucho precio* de que habla S. Mateo (cap. XIII, v. 46), que nadie merece, á no ser que venda todo lo que posee para comprarla.

CAPITULO XXVI.

Signo de Jonás: Ninivitas: reina de Sabá.

«Entonces le respondieron algunos de los escribas y fariseos (1) diciendo: Maestro, queremos ver un signo de tí. El cual respondiéndoles les dijo: Esta generacion mala y adúltera busca un signo, y no se le dará otro signo que el signo del profeta Jonás; porque así como estuvo Jonás tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el hijo del hombre tres dias y tres noches en el seno de la tierra (S. Mat., XII, 38 á 40).»

Jesucristo habla aqui segun el uso de contar los tiempos recibido entre los judíos. Asi si un príncipe hubiera reinado desde noviembre de 1840 hasta febrero de 1842, dirian: reinó tres años. Hallamos ejemplos semejantes en los libros de los Reyes y en los del Paralipomenon. Del mismo modo acostumbraban contar los dias, y notemoslo bien no separaban la noche del dia. De ahí es que cuando se dice que Jesus estuvo tres dias y tres noches en el sepulcro, no solo se cuenta el dia entero del viernes y del sábado, sino tambien la noche del jueves al viernes. En el libro de Ester, cap IV, v. 16, hallamos precisamente la misma expresion *durante tres dias y tres noches* para designar igual espacio de tiempo de un dia y dos noches.

(1) *Tote apokrithésan*, respondieron, no deberia traducirse aqui como en otros muchos lugares por le *hablaron*, ó simplemente *dijeron*. La palabra *apokrineshai* se usa muchas veces de este modo, asi en el nuevo testamento como en la version de los Setenta.

«Los hombres de Ninive se levantarán en el dia del juicio con esta generacion y la condenarán, porque hicieron penitencia por la predicacion de Jonás; y aqui hay uno que es mas que Jonás. La reina del mediodia se levantará el dia del juicio con esta generacion y la condenará, porque vino desde los confines de la tierra á oir la sabiduría de Salomon; y aqui hay uno que es mas que Salomon.

«Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares áridos buscando descanso y no los halla. Entonces dice: Volveré á mi casa de donde salí. Y volviendo la encuentra vacía, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí: y el último estado de aquel hombre es peor que el primero. Asi sucederá á esta generacion pésima (S. Mat., XII, 41 á 46 y San Lucas, X, 24 á 26).»

«Y sucedió que cuando decia esto, una mujer de la turba levantando la voz le dijo: Dichosas las entrañas que te llevaron, y los pechos que mamaste. Mas Jesus dijo: Dichosos mas bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan (S. Lucas, XI, 27 á 28).»

«Y estando aun hablando á la multitud esperaban fuera su madre y sus hermanos que querian hablarle. Y le dijo uno: Mira que estan fuera tu madre y tus hermanos que te buscan. Mas él respondiendo al que se lo decia, dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y alargando la mano hácia sus discípulos dijo: Ahí estan mi madre y mis hermanos; porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que

está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre (S. Mat., XIX, 46 á 50: S. Marcos, XIII, 31 á 35 y S. Lucas, VIII, 19 á 21).»

CAPITULO XXVII.

Parábola del sembrador: la cizaña: otras parábolas.

«Y comenzó otra vez á enseñar junto al mar (de Genesareth), y se reunió al rededor de él gran gentío, de modo que subiendo á una barca se sentó, y la multitud estaba en la playa; y los enseñaba muchas cosas en parábolas y les decia en su doctrina: Oid: hé aquí que el que siembra salió á sembrar; y mientras siembra, parte de la semilla cayó cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y se la comieron. Parte cayó en terreno pedregoso donde no tenia mucha tierra, y nació al punto porque no tenia profundidad la tierra; y cuando salió el sol se quemó, y como no tenia raiz se secó. Otra parte cayó entre espinas, y crecieron las espinas y la sofocaron, y no dió fruto. Otra cayó en buena tierra y daba fruto que crecia, y uno producia treinta, otro sesenta, y otro ciento por uno. Y decia: El que tenga oidos para oir, oiga (S. Marcos, IV, 1).»

«Y acercándose los discípulos le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Respondioles diciendo: Porque á vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos; pero á ellos no les es dado. Porque al que tiene, se le dará y estará en la abundancia; mas al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene (ó segun S. Lucas, *lo que cree tener*). Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaias que dice: Oireis con el oido y no entendereis, y viendo vereis y no vereis, porque el corazon de este pueblo se ha en-

durecido, y oyeron torpemente con los oidos y cerraron los ojos, no sea que vean con los ojos y oigan con los oidos y entiendan con el corazon y yo los cure (San Mat., XIII, 10 á 15).»

Los Setenta dan la misma traduccion de este pasaje del profeta, sobre el cual me reservo decir todavía dos palabras mas adelante cuando le cite S. Juan; pero continuemos el discurso de nuestro Señor:

«Mas dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oidos porque oyen: porque en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oir lo que vosotros oís y no lo oyeron. Vosotros pues oid la palabra del que siembra. La semilla es la palabra de Dios. Todo el que oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo y arrebata lo que se sembró en su corazon: esta es la semilla que se sembró junto al camino. Mas la que se sembró en terreno pedregoso, es el que oye la palabra, y al pronto la recibe con gozo; mas no tiene raiz en sí, sino que subsiste por poco tiempo: y cuando viene la tribulacion y la persecucion por la palabra, al punto se escandaliza. La que se sembró entre espinas, es el que oye la palabra, y los cuidados de este siglo y el engaño de las riquezas sofocan la palabra y queda sin fruto. Mas la que se sembró en tierra buena, es el que oye la palabra y la entiende y produce fruto, y uno da ciento, y otro sesenta, y otro treinta por uno (S. Mateo, XIII, 16 á 23, S. Marcos, IV, 1 á 20 y San Lucas, VIII, 4 á 15).»

El evangelista S. Lucas añade: Y producen fruto por la paciencia (1); ¿y por qué por la paciencia? ¿Se-

(1) Es verdad que *kai harpophorousin en upomoné* puede significar tambien: y producen fruto por la *perseverancia*. Con todo me parece que S. Gerónimo y todos

rán nunca demasiado ardientes los esfuerzos para ganar la salvacion? ¿Será nunca demasiado el zelo con que uno se entregue á la práctica de la virtud? ¿No es una santa impaciencia la que nos ocasionan nuestras frecuentes recaidas y los movimientos de la sensualidad y del orgullo? No, la impaciencia es siempre impaciencia, y nuestra vida debe ser siempre una vida tranquila delante Dios. Las agitaciones de la impaciencia provienen del nervio del amor propio no domado aun. De este nacen la turbacion y la falta de confianza en Dios, y hé ahí por qué sintiéndose engañada la confianza en sí misma engendra al instante la impaciencia. Los hijos de Dios deben velar sobre sí mismos y recordar al propio tiempo que *si Dios no defendiere la ciudad, en vano vela el que la guarda* (Salm. CXXV, v. 2). Sondean muchas veces sus corazones, piden la pureza, caen, el Señor los levanta, y contentándose con la gracia de aquel cuya fuerza se perfecciona en la flaqueza, exclaman con David (Salmo XVII, v. 38 y 39): «O Dios mio, tú me has protegido á la sombra de tu escudo: tu diestra me ha sostenido, tu misericordia ha multiplicado mi vida, y tu misericordia la multiplicará aun.»

«Propusoles otra parábola diciendo: El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena semilla en su campo. Mas estando durmiendo sus criados vino su enemigo y sembró la cizaña enmedio del trigo y se fue. Y habiendo crecido la yerba y dado fruto, entonces apareció tambien la cizaña. Y acercándose los criados del padre de familia le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? Pues ¿cómo es

los traductores modernos que conozco, han tenido razon en verter el *upomoné* por *paciencia* aqui como en algunos otros lugares.

que tiene cizaña? Y les dijo: El hombre enemigo hizo eso. Mas los criados le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Y él les dijo: No, no sea que al coger la cizaña arranqueis tambien de cuajo el trigo juntamente con aquella. Dejad que crezcan los dos hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré á los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla; mas el trigo encerradle en mi granero (S. Mateo, XIII, 24 á 30).

«Y les decia: El reino de Dios es como si un hombre echa semilla en tierra y se duerme y se levanta de noche y de dia, y la semilla germina y crece sin saberlo él, porque la tierra produce espontaneamente primero yerba, despues espigas y luego grano maduro en la espiga. Y cuando produce el fruto, al instante se le aplica la hoz porque ha venido la siega.

«Y decia: ¿A qué compararemos el reino de Dios, ó á qué parábola le asemejaremos? Es como un grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra es la mas pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; y luego que se ha sembrado, se levanta y se hace mayor que todas las plantas y echa grandes ramas, de modo que pueden descansar las aves del cielo bajo su sombra (S. Marcos, VI, 26 á 32, S. Mateo, 31 á 32 y S. Lucas, XIII, 19).

«Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante á la levadura, que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina hasta que fermentó toda la masa (S. Mateo, XIII, 33 y S. Lucas, XIII, 21).»

«Jesus habló todo esto en parábolas á las turbas, y no les hablaba sin parábolas, para que se cumpliese lo que habia dicho el profeta (Salm. LXVII, v. 2): Yo abriré mi boca para hablar en parábolas, y publicaré las cosas ocultas desde la constitucion del mundo (San Mateo, XIII, 34 y 35).»

Por misericordia hablaba el Salvador en parábolas á aquellos hombres cuyo corazon endurecido se habia cerrado á la verdad: dióles la preciosa semilla en un zurron que la ocultaba; pero que al mismo tiempo la protegia, para que germinase algun dia y produjese fruto.

« Entonces Jesus habiendo despedido á las turbas fue á una casa, y se acercaron á él sus discípulos diciendo: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Y respondiéndoles dijo: El que siembra la buena semilla, es el hijo del hombre. El campo es el mundo: la buena semilla son los hijos del reino; y la cizaña son los hijos malos. El enemigo que la sembró, es el diablo: la siega es la consumacion del siglo, y los segadores son los ángeles. Asi pues como se arranca la cizaña y se arroja al fuego; asi será en la consumacion del siglo. El hijo del hombre enviará sus ángeles, y estos arrancarán de su reino todos los escándalos y á los que obran la iniquidad, y los arrojarán á la hornaza del fuego. Allí será el llanto y el rechino de dientes. Entonces resplandecerán los justos, como el sol en el reino de mi padre. El que tenga oidos para oir, oiga.

« El reino de los cielos es semejante á un tesoro escondido en un campo; y el hombre que le halla, le oculta, y de gozo va y vende todo lo que tiene y compra aquel campo.

« Tambien es semejante á un hombre negociante que busca buenas margaritas; y habiendo hallado una de mucho precio, fue y vendió todo lo que tenia y la compró.

« Tambien es semejante el reino de los cielos á una red echada en el mar y que encierra todo género de peces; y sacándola cuando estuvo llena y sentándose junto á la playa se eligieron los buenos para echarlos en un vaso, y se arrojaron los malos. Asi será en la consumacion del siglo: saldrán los ángeles, y separarán á los malos de enmedio de los justos, y los arrojarán á la hornaza del fuego: allí será el llanto y el rechino de dientes.

«¿Habeis entendido todo esto? Dijeronle: Sí. Y él les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante á un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Y sucedió que habiendo acabado Jesus estas parábolas partió de allí (S. Mateo, XIII, 36 á 53).»

CAPITULO XXVIII.

Pobreza de Jesus. Aplaca una tempestad.

« Viendo Jesus gran multitud de gentes á su rededor mandó atravesar el lago. Y acercándose un escriba le dijo: Maestro, yo te seguiré á cualquiera parte que vayas. Y le dice Jesus: Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.

« Y otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme ir primero á enterrar á mi padre. Mas Jesus le dijo: Sígueme, y deja que los muertos entierren á sus muertos (S. Mateo, VIII, 18 á 22).»

El Señor no vió en el escriba mas que una veleidad pasajera de buena resolucion, que debia abandonar en cuanto supiese cuán difícil le seria seguir á Jesucristo, mientras que el discípulo lo habia abandonado todo por unirse á este. Tal vez lo habia hecho poco antes; y la vista y las seducciones de los suyos, que eran *muertos* en la incredulidad, le hubieran sido acaso perjudiciales: Jesus podia prever que caeria.

« Y subiendo el Señor á una barca le siguieron sus

discípulos, y hé aqui que se levantó grande agitacion en el mar, de modo que la barca era cubierta por las olas; mas él estaba durmiendo. Y se acercaron á él sus discípulos, y le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y les dice Jesus: ¿Por qué temeis, hombres de poca fé. ¿Entonces levantándose amenazó á los vientos y dijo al mar: Calla, enmudece; y cesó el viento, y sucedió una gran calma, y les dijo: ¿Por qué temeis? ¿No teneis aun fé? Y temieron con gran temor, y se decian uno á otro: ¿Quién juzgas que es este, que los vientos y el mar le obedecen (S. Mateo, VIII, 23 á 27 y S. Marcos, VI, 36 á 40)?»

CAPITULO XXIX.

Arroja los demonios del cuerpo de dos posesos, y entran aquellos en una piara de puercos.

« Y habiendo pasado al otro lado del lago al pais de los gerasenos (1) vinieron á su encuentro dos endemoniados que salian muy rabiosos de los sepulcros, de modo que nadie podia pasar por aquel camino. Y gritaron diciendo: ¿Qué hay entre tí y nosotros, Jesus, hijo de Dios? ¿Has venido aqui á atormentarnos antes de tiempo?»

Esto es lo que nos cuenta S. Mateo (cap. VIII, v. 28 y 29). Los evangelistas S. Marcos y S. Lucas no hacen mencion mas que de un solo endemoniado, sin duda porque este como vamos á ver era atormentado de un modo extraordinario por los espíritus malignos.

(1) En los evangelistas S. Marcos y S. Lucas se lee *gadarenos* y en S. Mateo *gerasenos*. Mejor seria decir *gergesenos*, porque Gergesa estaba situada á las orillas del lago, mientras que los lugares Gádara y Gerasa estaban algo distantes. Orígenes afirma que en su tiempo se enseñaba cerca de Gergesa la peña desde donde se precipitaron en el lago los puercos.

«Tenia su morada en los sepulcros (1), y nadie podia atarle ya ni aun con cadenas, porque muchas veces atado con cadenas y grillos habia roto las cadenas y quebrantado los grillos, y nadie podia domarle. Y siempre estaba de dia y de noche en los sepulcros y en los montes gritando y magullándose con piedras. Mas viendo á Jesus de lejos corrió y le adoró, y gritando en alta voz dijo: ¿Qué hay entre tí y mí, Jesus, hijo de Dios altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque Jesus le decia: Sal de ese hombre, espíritu inmundo. Y le preguntaba: ¿Cuál es tu nombre? Y le respondió: Mi nombre es legion, porque somos muchos. Y le suplicaba mucho que no le echase fuera de aquel pais. Y habia allí cerca del monte una gran piara de puercos que estaban paciendo. Y los espíritus le suplicaban diciendo: Envíanos á los puercos para que entremos en ellos. Y al punto se lo concedió Jesus. Y saliendo los espíritus inmundos se introdujeron en los puercos y la piara se precipitó con grande ímpetu en el mar á dos millas, y se ahogaron todos en el mar. Mas los que los apacentaban, huyeron y fueron á dar parte á la ciudad y á los campos. Y salieron á ver lo que habia sucedido. Y llegan, á donde estaba Jesus, y ven al que era atormentado por el demonio, sentado, vestido y en su sano juicio, y temieron. Y los que lo habian visto, les contaron lo que habia sucedido al que tenia el demonio y á los puercos. Y comenzaron á rogar á Jesus que se apartase de los confines de su pais, y Jesus subiendo en una barquilla se volvió (S. Mateo, VIII, 30 á 34, san

(1) Probablemente eran sepulcros cortados en las piedras al estilo de los orientales.

Marcos, V, 14 á 17 y S. Lucas, VIII, 32 á 37).

« Y al subir á la barca le suplicó el que habia sido atormentado por el demonio que le permitiera ir con él; mas Jesus no le admitió, y le dijo: Ve á tu casa á los tuyos, y anunciales todo lo que ha hecho por tí el Señor, y que se ha apiadado de tí. Y se fue, y empezó á publicar en la Decápoles todo lo que habia hecho Jesus por él, y todos se admiraban (S. Marcos, V, 18 á 20 y S. Lucas, VIII, 38 y 39).»

Muchos intérpretes de las divinas escrituras opinan que Jesucristo castigó á los dueños de la manada con la pérdida de ella, porque criaban aquellos animales inmundos á la vista de los judíos, y los vendian á los paganos para ofrecerlos á los ídolos; pero no está probado que fuesen judíos, porque en aquel tiempo habia muchos paganos en el territorio de la Decápolis, que formaba parte de la provincia de Perea y estaba á la otra orilla del Jordan. Al suplicar al hijo de Dios que se alejase de ellos dieron una prueba convincente de su apego á los bienes terrenos: mejor querian tener demonios y puercos, que perder estos y correr algun riesgo.

Tres evangelistas cuentan esta historia. La memoria de un milagro que tuvo tanto eco en un pais habitado por judíos y paganos, debia estar todavía fresca en el tiempo en que escribian los autores sagrados: por consiguiente era muy propio para hacer impresion en los contemporaneos, asi como es una prueba contra los incrédulos de nuestros dias, porque un hecho como este no podia inventarse muy pocos años despues de la época indicada por los evangelistas. Esta historia tiene la particularidad que descubre tal vez mas que ninguna otra la asercion temeraria de aquellos intérpretes, que dicen que el hijo de Dios, conformándose con las ideas de su tiempo, decia que habia arrojado los demonios

cuando curaba á los enfermos, aunque lo hacia de un modo milagroso (1).

CAPITULO XXX.

Curacion de la hemorroisa y resurreccion de la hija de Jairo.

« Y habiendo vuelto á pasar Jesus á la otra orilla se juntó á su rededor una multitud de gente, y estaba cerca del mar, y vino cierto jefe de la sinagoga llamado Jairo, y viéndole se echó á sus pies y le suplicaba con instancias diciendo: Mi hija está á los últimos: ve é impon las manos sobre ella para que sane y viva. Y fue con él y le seguia la multitud y le apretaba. Y habia una mujer que estaba padeciendo flujo de sangre hacia doce años, y habia sufrido mucho de muchos médicos, y habia gastado todos sus bienes, y nada habia adelantado, sino que se hallaba peor. Habiendo oido hablar de Jesus fue entre el gentío por detras y tocó su vestidura, porque decia: Si tocare siquiera su vestidura, sanaré. Y al punto se detuvo el flujo de sangre, y conoció en el cuerpo que habia sanado de aquel mal. Y al instante Jesus, conociendo en sí mismo la virtud que habia salido de él, vuelto á la turba decia: ¿Quién ha tocado mis vestiduras? Mas negándolo todos dijo Pedro y los que

(1) A un teólogo distinguido entre los protestantes, que creia como otros muchos de su secta poder explicar por la hipocondria el estado de los endemoniados, le preguntaba yo si los puercos estaban sujetos á padecer quel achaque, y si manadas enteras podian ser acometidas de él repentinamente y con tal violencia. Si en tiempo de Jesucristo se hubiera osado defender semejante asercion, hubiera desaparecido esta con los puercos precipitándose en el mar.

estaban con él: Maestro, la turba te estrecha é incomoda, y preguntas: ¿Quién me ha tocado? Y dijo Jesus: Alguien me ha tocado, porque conozco que ha salido virtud de mí. Mas viendo la mujer que no pudo ocultarse, fue temblando y se postró á sus pies, y declaró delante de todo el pueblo por qué causa le habia tocado y cómo en el instante quedó curada. Y Jesus le dijo: Hija, tu fé te ha salvado: vete en paz y queda curada de tu enfermedad.

«Aun estaba hablando él cuando llegaron los criados del jefe de la sinagoga diciendo: Tu hija ha muerto: ¿ por qué incomodas ya al maestro? Mas Jesus habiendo oido lo que le decian dijo al jefe de la sinagoga: No temas, cree solamente. Y no permitió que le siguiese nadie, sino Pedro, Santiago y Juan, hermano de Santiago. Y llegan á la casa del jefe de la sinagoga, y ve el alboroto y las personas que lloraban y daban muchos alaridos. Y entrando les dice: ¿Por qué os turbais y llorais? La muchacha no está muerta, sino que duerme. Y se reian de él sabiendo que habia muerto. Mas él habiendo hecho salir á todos toma al padre y á la madre de la muchacha y á los que iban con él, y entra donde estaba tendida la muchacha, y cogiendole la mano le dice: Talitha cumi, que se interpreta: Muchacha, yo te digo: levantate. Y en el instante se levantó la muchacha y andaba, porque tenia ya doce años, y todos quedaron pasmados de asombro. Y los mandó con energía que nadie supiese aquello; y les dijo que le dieran de comer. Y la fama de este milagro cundió por todo aquel pais (S. Mateo, IX, 18 á 26, S. Marcos, V, 21 á 43 y S. Lucas, VIII, 40 á 56).»

CAPITULO XXXI.

Curacion de dos ciegos y de un endemoniado mudo.

«Y cuando salia Jesus de allí, le siguieron dos ciegos gritando y diciendo: Apiadate de nosotros, hijo de David. Y habiendo llegado á la casa se acercaron á él los ciegos y les dice Jeus: ¿ Creeis que yo puedo hacer esto con vosotros? Y le dicen: Sí, señor. Entonces tocó sus ojos diciendo: Hagase en vosotros segun vuestra fé. Y se abrieron sus ojos, y Jesus los amenazó diciendo: Mirad que no lo sepa nadie. Mas ellos salieron y publicaron su nombre por todo aquel pais.

«Y luego que salieron estos, le presentaron un hombre mudo que tenia el demonio. Y habiendo echado al demonio habló el mudo y se admiraron las turbas diciendo: Nunca se vió una cosa semejante en Israel. Mas los fariseos decian: Echa á los demonios por el príncipe de los demonios (S. Mat., IX, 27 á 34).»

CAPITULO XXXII.

Ninguno es profeta en su patria.

« Y yendo Jesus á su patria los enseñaba en sus sinagogas, de manera que se admiraban y decian: ¿ De dónde le ha venido á este esta sabiduría y este poder? ¿ No es el hijo del carpintero? ¿ No se llama su madre María y sus hermanos Santiago, José, Simon y Judas? ¿ No estan entre nosotros todos sus hermanos? Pues ¿de dónde le vienen á este todas estas cosas? Y se escandalizaban en él. Mas Jesus les dijo: Un profeta no deja de ser honrado sino en su patria y en su casa. Y no

hizo allí muchos milagros por su incredulidad: solamente curó unos pocos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su incredulidad (S. Mateo, XIII, 54 á 58 y S. Marcos, VI, 1 á 6).»

Ya hemos advertido que en las santas escrituras asi como en el lenguaje antiguo y en el griego se llamaban hermanos y hermanas los primos y primas y aun á veces los tios y tias. S. Marcos nos enseña que Santiago y José eran hijos de una Maria, que con Maria Magdalena, Maria Salomé y otras santas mujeres habia acompañado á nuestro Señor á Galilea, le habia seguido á todas partes y sostenido con sus bienes, le habia visto de lejos clavado en la cruz, y habia ido al sepulcro para embalsamarle (S. Marcos, XV, 40 y 41 y XVI, 2).

El esposo de esta Maria era Cleofas, á quien tambien se llama Alfeo. Su hijo Santiago fue el primer obispo de Jerusalem, á quien sucedió en el santo ministerio su hermano Simon que tambien se llamaba Simeon. Santiago fue uno de los doce apóstoles, y se le atribuye la epístola canónica de nuestras santas escrituras. Ignorase si su hermano Simon es el mismo que el apostol Simon de Caná. No debe confundirse á Santiago, hijo de Alfeo, con Santiago, hermano del evangelista S. Juan. Estos dos hermanos eran hijos de Zebedeo y Salomé.

« Jesus recorria las ciudades y lugares enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino y curando toda languidez y toda enfermedad. Mas viendo á la multitud se compadeció de ellos, porque estaban cansados y tendidos acá y acullá como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice á los discípulos: La mies ciertamente es mucha; pero pocos los operarios. Rogad pues al dueño de la mies que envie operarios á su mies (S. Mateo, IX, 35 á 38).»

¿No debieran algunos cristianos, que estan obligados

á apreciar la salud de sus hermanos, dirigir esta misma peticion al padre celestial, aun cuando el hijo de Dios no se lo hubiera recomendado tan formalmente á sus discípulos? Y cuando les manda pedir operarios, ¿podriamos nosotros ser insensibles á este mandato? ¿Acaso no queremos ser sus discípulos? ¿O es hoy menos urgente la necesidad de operarios fieles, piadosos y animados de su espíritu? ¿Podemos lisonjearnos de amarle y de amar á nuestro prójimo, si esta necesidad no mueve nuestro corazon ante todas cosas? ¿Qué es el amor de Dios sin el deseo de verle amado de todos los hombres? ¿Y qué es el amor del prójimo sin el deseo de que todos los hombres amen á Dios?

CAPITULO XXXIII.

Mision de los apóstoles; instrucciones que les da el Salvador.

« Y habiendo convocado sus doce discípulos les dió potestad sobre los espíritus inmundos para que los echasen y curasen toda languidez y toda enfermedad. Y los nombres de los doce apóstoles son estos: el primero Simon que se llama Pedro, y su hermano Andres, Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, Felipe y Bartolomé con Tomas y Mateo, el publicano, Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo (1), Si-

(1) El evangelista S. Juan llama Judas á Tadeo: tenia pues dos sobrenombres Tadeo y Judas, y ambos significaban lo mismo, *alabanza*. Hállanse muches ejemplares de este uso de llevar una persona dos sobrenombres diferentes; pero que tienen la misma significacion. Este apostol es sin duda el mismo que el autor de la epístola de S. Judas. El apostol Tadeo se nombra aqui junto al apóstol Santiago, hijo de Alfeo, y el autor de la epístola se llama en ella hermano de Santiago.

mon el cananeo y Judas Iscariotes que le entregó. Jesus envió á estos doce dándoles estas instrucciones: No vayais al camino que conduce á las naciones, y no entreis en las ciudades de los samaritanos, sino id mas bien á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Id pues y predicad diciendo: Se acerca el reino de los cielos. Curad á los enfermos, resucitad á los muertos, limpiad á los leprosos, lanzad los demonios: recibisteis gratuitamente, dad gratuitamente. No poseais oro, ni plata, ni dinero en vuestros sacos: no lleveis alforja en el camino, ni dos túnicas, ni calzado de repuesto (1), ni bordon, porque el operario es acreedor á que le mantengan. En cualquiera ciudad ó aldea donde entrareis, preguntad quién hay en ella digno de hospedaros, y permaneced alli hasta que salgais. Y al entrar en su casa saludadla diciendo: Paz á esta casa. Si ciertamente fuese digna aquella casa, vendrá vuestra paz sobre ella; mas si no fuese digna, vuestra paz se volverá á vosotros. Y cualquiera que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras,

(1) *Calzado de repuesto*. Sin duda debe traducirse asi este pasaje, que significa palabra por palabra *ni dos túnicas ni calzados*, porque en S. Marcos se dice que debian llevar sandalias en los pies; y las sandalias (*sandalia*) no son otra cosa que el *calceamenta* (*upodêmata*) de S. Mateo. Los antiguos llevaban consigo sandalias de repuesto, y á veces hacian que el que los acompañaba llevase un par de ellas. Por eso dice S. Juan Bautista en S. Mateo *que no era digno de llevar las sandalias de Jesucristo*, y en S. Marcos, S. Lucas y S. Juan *que no era digno de desatarle la correa de sus sandalias*: estos dos servicios correspondian á los esclavos. Jesus no quiso que sus discípulos llevasen consigo dinero, ni alforjas, ni túnicas, ni provisiones en sus viajes, para que experimentasen por sí mismos y conociesen otros que el padre celestial cuya obra hacian, tenia un cuidado particular de ellos.

cuando salgais fuera de la casa ó de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo, mas indulgencia habrá con la tierra de Sodoma y Gomorra en el dia del juicio, que con aquella ciudad. Hé aqui que yo os envio como ovejas en medio de los lobos: sed pues prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas (S Mat. X, 1 á 16, S. Marcos VI, 7 á 11 y San Lucas IX, 1 á 5).

«Guardaos de los hombres, porque os harán comparecer en sus juntas y os azotarán en sus sinagogas y sereis llevados ante los magistrados y reyes por mí en testimonio á ellos y á las naciones. Mas cuando os hagan comparecer, no penseis de qué manera ó qué es lo que habeis de hablar, porque en aquella hora se os dará lo que habeis de hablar; porque no sois vosotros los que hablais, sino que habla en vosotros el espíritu de vuestro padre. Y el hermano entregará á la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán la muerte, y sereis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, ese se salvará. Y cuando os persiguieren en una ciudad, huid á otra. En verdad os digo que no recorrereis todas las ciudades de Israel hasta que venga el hijo del hombre. El discípulo no es superior al maestro, ni el criado á su amo: bastale al discípulo ser como su maestro y al criado como su amo. Si llamaron Beelzebub al padre de familia, ¿cuánto mas á sus criados? No los temais pues, porque no hay nada encubierto que no sea revelado, ni nada oculto que no se sepa. Lo que yo os digo en las tinieblas, decidlo á la luz, y lo que oís al oido, publicadlo sobre los tejados. Y no temais á los que matan el cuerpo; pero no pueden matar el alma; temed mas bien al que puede precipitar el alma y el cuerpo en el fuego del infierno. ¿No se venden dos pájaros por un as? Y uno de ellos no caerá sobre la tier-

ra sin la voluntad de vuestro padre. Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados: no temais pues: vosotros valeis mas que muchos pájaros.

«Todo el que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi padre que está en los cielos; mas el que me negare delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi padre que está en los cielos. No juzgueis que he venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz, sino la espada (S. Mateo X, 17 á 34).»

¿Con que no vino Jesucristo á traer la paz á la tierra? Pues ¿no le anuncia el gran profeta (Isaias XII, 6) como *el príncipe de la paz*? La multitud de espíritus celestiales ¿no anunciaba al tiempo de su nacimiento la paz á los hombres de buena voluntad en la tierra? (San Lucas II, 13 y 14). Hay dos clases de paz, y Jesucristo mismo las distingue cuando dice á sus discípulos (San Juan XIV, 27): «Os dejo la paz, os doy mi paz: no os la doy como la da el mundo: no se turbe ni tema vuestro corazon.» El hijo del hombre vino al mundo *para restablecer la paz entre el cielo y la tierra por la sangre que derramó en la cruz*, como dice el Apostol (epístola á los colosenses, I, 20).

«Vino á los suyos y los suyos no le recibieron; pero á cuantos le recibieron, les dió la potestad de hacerse hijos de Dios, á los que creen en su nombre. «Asi se expresa el evangelista S. Juan, quien escribia tambien á los fieles de su tiempo (epistola I, cap. V, v. 19): «Sabemos que somos de Dios, y todo el mundo está bajo el imperio del espíritu maligno.»

Los hijos de Dios deben desprenderse de este mundo por el pensamiento; pero desde entonces *los aborrece el mundo*: el hijo se separará del padre, y la hija de la madre por sus sentimientos. Nuestro Señor habla de esta separacion que no destruye en los hijos de

Dios el amor que tienen á los suyos, porque los aman en calidad de hijos de Dios con un amor verdadero que les inspira las atenciones mas tiernas y la mayor solicitud por su salvacion; con un ámor que se refiere á Dios, que por amor á él tiene su origen en el mismo *que es el amor*, mientras que todo el amor de los hijos del mundo no es mas que una ilusion con que engañan á los otros y se engañan á sí mismos, una fruicion mas ó menos grosera de sí mismos, de su propio placer ó de su propio sentimiento que se cree bueno.

«Esta expresion es dura, ¿y quién puede oirla? (S. Juan VI, 61).» Asi dice el mundo.

Esta es la doctrina del que murió por todos nosotros, que promete la vida eterna á todos los que le siguen, y convida á todos á hacerse discípulos suyos diciendo: *En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amais mutuamente* (S. Juan XIII, 33); que da constancia y duracion al amor, y que quiere que todos los suyos se unan por el amor, porque deben reunirse eternamente á él y por él al Padre.

Jesus continúa asi: «Porque he venido á separar al hombre contra su padre y á la hija contra su madre y á la nuera contra su suegra, y los enemigos del hombre serán sus criados. El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó á su hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que guarda su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí la hallará. El que os recibe á vosotros, me recibe á mí, y el que me recibe á mí, recibe á aquel que me envió. El que reciba al profeta en nombre del profeta, recibirá la recompensa del profeta, y el que recibe al justo en nombre del justo, recibirá la recompensa del justo. Y cualquiera que diere de beber á uno de estos mas peque-

ños un solo vaso de agua fria en nombre del discípulo, en verdad os digo no perderá su recompensa (S. Mat. X, 35 á 49.

«Y sucedió que habiendo acabado Jesus de dar sus instrucciones á los doce discípulos, salió de alli á enseñar y predicar en las ciudades de ellos (de los judíos) (S. Mat. XI, 1).

«Y saliendo aquellos predicaban para que hiciesen penitencia, y lanzaban muchos demonios y ungian con aceite á muchos enfermos y los curaban (S. Marcos VI, 12 y 13, y S. Lucas IX, 6).»

El Evangelio hace aquí alusion segun la resolucion del concilio general de Trento (1) al sacramento de la extremauncion, instituido por nuestro Señor Jesucristo, que el apostol Santiago recomendó y enseñó á los fieles mas adelante.

CAPITULO XXXIV.

Muerte de S. Juan Bautista.

«Y lo supo el rey Herodes (porque se descubrió su nombre), y decia: Juan Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso obran prodigios por él. Unos decian: Es Elías. Mas otros decian: Es profeta, uno de los antiguos profetas. Sabiendo lo cual dijo Herodes: Juan á quien yo degollé, ha resucitado de entre los muertos. Porque el mismo Herodes envió á prender á Juan y le aprisionó en la cárcel por causa de Herodias, mujer

(1) Sacramentum novi testamenti, à Christo Domino nostro, apud Marcum quidem insinuatum, per Jacobum autem apostolum, ac Domini fratrem, fidelibus commendatum ac promulgatum (Conc. trid. sessio 14).

de su hermano Filipo, porque se habia casado con ella; pues Juan le decia: No te es lícito tener á la mujer de tu hermano (1). Mas Herodias le armaba asechanzas y queria matarle y no podia; pues Herodes temia á Juan sabiendo que era un varon justo y santo, y le guardaba (2), y hacia muchas cosas por su consejo, y le oia con gusto. Y habiendo llegado un dia oportuno, el del cumpleaños de Herodes, dió este un convite á los grandes y tribunos y principales de Galilea; y habiendo entrado la hija de Herodias, y bailado y agradado á Herodes y juntamente á los convidados, dijo el rey á la muchacha: Pídeme lo que quieras y te lo daré; y lo juró: Te daré todo lo que pidieres, aunque sea la mitad de mi reino. Salió ella y dijo á su madre: ¿Qué pediré? Y dijo su madre: La cabeza de Juan Bautista. Y habiendo entrado apresuradamente la muchacha á la presencia del rey hizo su peticion diciendo: Quiero que me des al instante la cabeza de Juan Bautista en un plato. Y el rey se contristó; pero por el juramento y por los convidados no quiso afligirla, sino que enviando uno de sus soldados mandó que le trajesen la cabeza del Bautista en un plato. Y el soldado le degolló en la carcel, y llevó la cabeza en un plato y se la dió á la muchacha, y la muchacha la dió á su madre. Sabiendolo los discípu-

(1) Aunque estaba mandado (Deuteronomio VIII, 20 á 24 y XXV, 5, 6) que en el caso que muriera el marido sin dejar sucesion, se casara su hermano con la viuda; no obstante fuera de este caso estaba prohibido como un incesto el enlace con la mujer del hermano.

(2) *Kai sunetêrei auton*: segun su significacion lata puede traducirse esta expresion por *le guardaba*, tal vez para tenerle seguro y librarle de Herodes; pero tambien significa: *hacia caso de él, le tenia consideracion*; lo cual concuerda mejor con lo que sigue.

los de Juan fueron y se llevaron su cuerpo y le pusieron en un sepulcro (S. Marcos VI, 14 á 29, San Mat. XIV, 1 á 11 y S. Lucas IX, 2 á 9).»

El primer marido de Herodias no era Filipo el tetrarca, sino otro hijo de Herodes el grande y de la segunda Mariamne, hija del sumo sacerdote Simon. Josefo le llama tambien Herodes, cuyo nombre acostumbraban tomar los príncipes de esta familia, segun hemos visto ya y veremos todavía. El tetrarca de Galilea que mandó decapitar á Juan, se llamó tambien Heròdes, aunque su verdadero nombre era Antipas.

Este Herodes Antipas que tuvo Herodes el grande de cierta Cleopatra, de nacion judía, estaba casado hacia ya algunos años con una hija de Aretas, rey de la Arabia petrea, cuando en un viaje que hizo á Roma vió á la mujer de su hermano Herodes Filipo; y apasionándose de ella concertó en secreto este matrimonio incestuoso, en que consintió aquella ó por la persona, ó por el poder de Antipas. Era hija de Aristóbulo, hijo segundo de la desventurada y virtuosa Mariamne de la dinastía de los asmoneos, y habia dado á su esposo Herodes Filipo una hija llamada Salomé, la misma que pidió y obtuvo la cabeza del Bautista por instigacion de su madre. Habiendo sabido la princesa árabe que estaba resuelto su repudio entre su marido y Herodias, y que debia ceder su calidad de esposa á esta, aparentó que no lo sabia cuando volvió Herodes de su viaje, y solamente le pidió licencia para retirarse por cierto tiempo á Maqueron, fortaleza que pertenecia entonces á su padre, en cuyo reino se refugió inmediatamente. Por esta causa se encendió una guerra entre Aretas y Antipas, en que hicieron los árabes tal carnicería que perdió el segundo todo su ejército. Véase lo que cuenta Josefo de Juan Bautista, acerca del cual se expresa en esta ocasion de un modo muy notable.

«Algunos judíos han creido que Dios destruyó el ejército de Herodes en castigo de haber quitado la vida á Juan, que se llamaba Bautista. Este era un hombre excelente, y enseñaba á los judíos á practicar la justicia entre sí y la piedad para con Dios, porque decia que el bautismo que les recomendaba seria acepto si le recibian no como una expiacion del pecado, sino como una purificacion del cuerpo, semejante á aquella con que se habia purificado ya el alma por la justicia. Como tenia muchos partidarios y sus discursos producian gran efecto en ellos, temió Herodes que la poderosa influencia de aquel hombre, cuyos consejos estaban acostumbrados á seguir en todas las cosas, los arrastrase á la rebelion, y creyó que era mas provechoso para sí el quitarle la vida, que escarmentar tarde en la ruina de su poder. Por esta sospecha mandó Herodes llevarle atado á Maqueron, donde fue decapitado. Mas los judíos atribuyeron la pérdida del ejército á la venganza de Dios, que se habia irritado contra Herodes por aquella muerte (1).»

Facilmente se comprende que Herodes tratase de ocultar el motivo verdadero de la prision de aquel santo hombre só color que queria sublevar al pueblo.

El modo con que se expresa Josefo acerca del bautismo de Juan, me parece que es una censura que hacian los judíos del bautismo cristiano, cuya significacion y virtud no conocian (2).

(1) A Josefo se le olvida decirnos cómo Maqueron que correspondia al rey de Arabia, segun él, habia caido en poder de Herodes vencido despues de la victoria de aquel.

(2) Tal vez no es fuera de propósito copiar el célebre pasaje del mismo historiador, sobre cuya autenticidad están tan divididas las opiniones. Dice asi: «En aquel tiem-

CAPITULO XXXV.

Predicacion de Jesus y multiplicacion de los panes.

«Y sus discípulos (los de Juan Bautista) yendo tomaron su cuerpo y le sepultaron, y fueron á participar esto á Jesus.

«Y reuniéndose los apóstoles con Jesus le contaron

po vivia Jesus, hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre, porque él obraba prodigios é instruia á los que recibian la verdad con alegría. Habia atraido á sí una multitud de judíos y paganos. *Era el Cristo*. Despues que Pilato le mandó crucificar por acusacion de los magnates, los suyos que le amaban antes, no cesaron de amarle; porque al tercero dia se les apareció vivo, segun lo habian predicho de él los santos profetas y otros innumerables prodigios; y hasta nuestros dias no se ha extinguido aun el pueblo llamado cristiano por él (Josefo, *Antiq. jud.* 18).»

Solo un cristiano puede expresarse asi. Si Josefo lo hubiese sido, no hubiera dejado de darnos en su narracion la historia circunstanciada del Mesías, á quien se llama el Cristo en este pasaje y en la version de los Setenta (Dan. IX, 25).

A la verdad dificilmente se comprende cómo hubo de ingerirse un error en todos los manuscritos de Josefo y un error tan prematuro, porque Eusebio en el siglo IV y S. Gerónimo citan este pasaje. No obstante confieso que las pruebas contra su autenticidad me parecen mucho mas sólidas que todo lo que puede alegarse en pro, mayormente cuando ni S. Justino martir, ni Tertuliano, ni Orígenes hacen mencion de este testimonio, á lo menos en los escritos que han llegado hasta nosotros; y S. Juan Crisóstomo á quien no hubiera podido ocultarse la cita de este pasaje en Eusebio, no dice una palabra de él.

todo lo que habian hecho y enseñado, y él les dijo: Venid aparte á un lugar desierto y descansad un poco; porque eran muchos los que iban y venian y no tenian tiempo de comer. Y subiendo en una barca se retiraron á un lugar desierto. Y muchos los vieron ir, y conocieron su intento, y concurrieron allí á pie de todas las ciudades y llegaron antes que aquellos. Y saliendo Jesus vió el gran gentío y se compadeció de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor, y comenzó á enseñarles muchas cosas y curaba á los que tenian necesidad de ser curados. Subió pues á un monte y se sentó allí con sus discípulos. Mas estaba próxima la Pascua, que es la fiesta de los judíos. Y como fuese declinando el dia se acercaron á Jesus los doce y le dijeron: El lugar es desierto y ya ha pasado la hora: despide á la multitud para que vayan á los pueblos inmediatos y compren qué comer. Habiendo levantado Jesus los ojos, y viendo que venia á él una grandísima multitud dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para que coman estos? Mas esto lo decia para tentarle, porque él sabia lo que habia de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios (1) de pan no bastan para que cada uno tome un poco. Andres, hermano de Simon Pedro, y uno de sus discípulos le dice: Aqui hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos? Y dijo Jesus: Mandad que la gente se siente; porque habia mucha yerba en aquel sitio: sentaronse pues como unos cinco mil hombres. Tomó Jesus los panes, y despues de haber dado gracias (2) los repartió á los que

(1) El denario era una moneda romana que valia en aquel tiempo cinco dracmas.

(2) *Eulogêsen autous*, *los bendijo* (los panes y los peces): asi se expresan S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas. S. Juan dice: *Eucharistêsas*, habiendo dado gracias. Dió

estaban sentados, é igualmente de los peces cuanto querian. Y luego que quedaron satisfechos, dijo á sus discípulos: Coged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan; y cogieron y llenaron doce cestos de pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron á los que habian comido. Y los que comieron eran en número de cinco mil sin contar las mujeres y los niños (San Mat. XLV, 12 á 21, S. Marcos VI, 29 á 43, S. Lucas IX, 10 á 17 y S. Juan VI, 1 á 14).»

Jesus habia eludido las pesquisas de Herodes, porque aun no habia llegado su tiempo. Cuando llegó este, un año despues, fue á Jerusalem, aunque sabia bien que iba á la muerte. Podia por un prodigio secreto ó público burlar la curiosidad y las emboscadas de Herodes; pero queria enseñar á los cristianos que viven en tiempos de persecucion, que se ha de conservar la vida cuando lo permiten la gloria de Dios y la salvacion de los hombres, y que ha de estar uno pronto á sacrificarla con alegría, cuando dándola se pueden proporcionar la gloria de Dios y la salvacion de los hombres. Nuestro Señor obró siempre segun el sentido de estas palabras: «Mi comida es hacer la voluntad del que me envió para que concluya su obra (S. Juan IV, 34).»

CAPITULO XXXVI.

Jesus anda sobre las aguas del mar.

«Habiendo sabido Jesus que habian de ir á arrebatarle para hacerle rey obligó á sus discípulos á subir en la barca y á pasar delante de él á la otra orilla hácia Bethsaida, y él se retiró otra vez solo al monte. Mas cuando vino la tarde, bajaron sus discípulos hácia el mar. Y subiendo en la barca pasaron al otro lado á Cafar-

gracias por los beneficios, y los bendijo para multiplicarlos milagrosamente.

naum, y ya habia obscurecido y Jesus no se habia reunido á ellos. Y el mar se hinchaba por soplar un viento recio; habiendo pues remado unos veinte y cinco ó treinta estadios, ven á Jesus que caminaba sobre las aguas del mar. Y viendole asi se turbaron diciendo: Es una fantasma; y con el susto gritaron, y al punto les habló Jesus diciendo: Yo soy, no temais. Y respondiendo Pedro dijo: Señor, si eres tú manda que yo vaya á tí sobre las aguas. Y dijo Jesus: Ven. Y bajando Pedro de la barca caminaba sobre el agua para ir hácia Jesus. Mas viendo que el viento era fuerte temió, y como empezase á hundirse gritó diciendo: Señor, sálvame. Y al instante Jesus alargando la mano le cogió y le dijo: Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado? Y cuando subieron ellos á la barca se calmó el viento. Y los que estaban en la barca fueron y le adoraron diciendo: Verdaderamente eres el hijo de Dios. Y ellos estaban mas asombrados entre sí, porque no entendieron la multiplicacion de los panes, pues su corazon estaba obcecado (1). Y cuando pasaron al otro lado del mar fueron á la tierra de Genesareth y aportaron allí. Y habiendo salido de la barca, al punto conocieron los habitantes á Jesus; y recorriendo toda aquella comarca comenzaron á llevar en camillas á todos los que estaban enfermos á donde oian decir que se hallaba él. Y donde quiera que entraba, aldeas, villas ó ciudades, ponian

(1) La voz griega *pepórómenos* tiene dos significados, *obcecacion* y *dureza*. Yo no dudo que deba admitirse aquí la acepcion mitigada de la voz obcecacion, segun hizo S. Gerónimo. Hacia un instante que los discípulos habian reconocido en Jesus al hijo de Dios; pero la flaqueza é inconstancia del corazon humano eran causa de su asombro por aquel prodigio, cuando en calidad de discípulos suyos no debieran haberse sorprendido.

á los enfermos en las plazas públicas, y le suplicaban que los dejase tocar la orla de su vestido; y cuantos le tocaban eran curados (S. Juan VI, 15 á 21, S. Mateo XIV, 22 á 36 y S. Marcos VI, 45 á 56).»

CAPITULO XXXVII.

Promesa del pan eucarístico: murmuracion de sus discípulos.

«Al dia siguiente la multitud (1) que estaba al otro lado del mar, vió que no habia allí mas que una barquilla, y que Jesus no habia entrado en ella con sus discípulos, sino que sus discípulos se habian ido solos; pero arribaron otras barcas de Tiberiades cerca del lugar donde habian comido el pan despues que el Señor dió

(1) Este pasaje se ha traducido equivocadamente asi en la Vulgata como en las interpretaciones modernas, porque se ha expresado el *én* por *erat* (estaba), siendo asi que como nota Grocio puede abrazar el sentido de lo pasado en general, y ligado con el *idón* ó *eiden* significa evidentemente aqui: *habiendo visto* que no habia allí mas que una barquilla. De este modo se aclara el contexto de la narracion que han confundido los traductores. Lo que dice Sacy á este propósito, es exacto: «Al dia siguiente el pueblo que se habia quedado del otro lado del mar, habiendo visto que no habia habido allí otras barcas, y que no habia entrado Jesus con sus discípulos, sino que sus discípulos se habian ido solos, como hubiesen arribado despues otras barcas de Tiberiades cerca del lugar donde el Señor despues de haber dado gracias los habia alimentado con los panes, y conocieran por fin que Jesus no estaba alli, ni tampoco sus discípulos, entraron en aquellas barcas y fueron á Cafarnaum buscando á Jesus.» La Biblia de Rondet da esta misma interpretacion, que concuerda muy bien con el original y con lo que sigue.

gracias. Habiendo pues visto la multitud que Jesus no estaba allí ni sus discípulos, subieron en las barquillas y fueron á Cafarnaum buscando á Jesus. Y habiéndole hallado al otro lado del mar dijeron: Maestro, ¿cuándo has venido aqui? Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo, vosotros me buscais, no porque habeis visto milagros, sino porque habeis comido de los panes y os habeis hartado. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la que permanece para la vida eterna que os dará el hijo del hombre; porque á este le selló (1) Dios Padre. Dijeronle pues: ¿Qué haremos para cumplir las obras de Dios? Respondió Jesus y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que él envió. Dijeronle pues: ¿Y qué signo haces tú para que le veamos y creamos en tí? ¿qué es lo que obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto segun está escrito: Les dió á comer pan del cielo. Díjoles pues Jesus: En verdad, en verdad os digo, Moises no os dió pan del cielo; pero mi padre os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. Dijeronle pues: Señor, danos siempre este pan. Mas Jesus les dijo: Yo soy el pan de vida; el que viene á mí, no tendrá hambre, y el que cree en mí, no tendrá nunca sed; pero os he dicho que me habeis visto y no creeis. Todo lo que me da mi padre, vendrá á mí, y yo no echaré fuera al que viene á mí, porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. Y la voluntad del Padre que me envió, es esta: que no pierda nada de lo

(1) *Le selló*. Esta es una figura tomada de los sellos reales con que se da autenticidad á las órdenes ó gracias otorgadas. Dios acreditó á Jesus con milagros, con su doctrina, con su gloria, que se habia visto, *gloria como del unigénito del Padre*, con las voces que bajaron del cielo.

que me dió, sino que lo resucite en el último dia. Y la voluntad del Padre que me envió es esta: que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

« Murmuraban pues los judíos de él porque habia dicho: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; y decian: ¿No es este Jesus, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? Pues ¿cómo dice: He bajado del cielo? Respondió Jesus y les dijo: No murmureis entre vosotros. Nadie puede venir á mí sino le atrajere el Padre que me envió, y yo le resucitaré en el último dia. Escrito está en los profetas: Y todos serán enseñados de Dios. Todo el que oyó al Padre y aprendió, viene á mí, no porque nadie vió al Padre, sino el que es de Dios, ese vió al Padre. En verdad, en verdad os digo, el que cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan bajado del cielo, para que si alguno le comiere no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo diere es mi carne por la vida del mundo. Disputaban pues los judíos entre sí diciendo: ¿Cómo puede darnos este su carne á comer? Y Jesus les dijo: En verdad, en verdad os digo, si no comiereis la carne del hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia; porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Asi como me envió el Padre que vive, y yo vivo por el Padre; asi tambien el que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo: no como comieron vuestros padres el maná y murieron: el que coma este pan, vivirá eternamente.

« Dijo estas cosas en la sinagoga enseñando en Cafarnaum. Oyéndole pues muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿y quién puede oirla? Mas sabiendo Jesus en sí mismo que murmuraban de esto sus discípulos les dijo: Esto ¿os escandaliza? Pues ¿y si vierais al hijo del hombre subiendo á donde estaba primero? El espíritu es el que vivifica: la carne no sirve de nada: las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida. Mas hay algunos entre vosotros que no creen; porque Jesus sabia desde el principio quiénes eran los que no habian de creer, y quién le habia de entregar. Y decia: Por eso os he dicho que ninguno puede venir á mí, si no le fuere concedido por mi Padre.

« Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no iban con él. Dijo pues Jesus á los doce: ¿Por ventura vosotros quereis tambien iros? Y le respondió Simon Pedro: Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes las palabras de la vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres Cristo, hijo de Dios *vivo* (1). Respondióles Jesus: ¿No os he elegido yo á los doce? Pues uno de vosotros es el diablo. Y lo decia por Judas Iscariotes, hijo de Simon, porque este habia de entregarle siendo uno de los doce (S. Juan, VI, 22, 72). »

Aquellos hermanos nuestros que estan separados de la iglesia á causa del dogma de la presencia real de Jesucristo en el santísimo sacramento del altar, hacen observar que á muchos discípulos de Jesucristo que abandonaron á su maestro, les chocaron precisamente las mismas palabras que los escandalizan tambien á ellos, porque habia dicho que los suyos debian comer su carne y beber su sangre. Aquellos tomaron las palabras de

(1) Esta palabra (*vivo*) no se halla en todas las ediciones, de los manuscritos griegos ni en la Vulgata.

Jesus en su sentido natural, se escandalizaron, y decian: Dura es esta expresion; ¿y quién puede oirla? Mas ¿cómo puede creerse que nuestro Salvador, que es el amor mismo, hubiera dejado á sus discípulos si hubiese tomado las palabras que tanto les chocaban, no en el sentido natural, sino en el figurativo? ¿Cómo es creible que no hubiese quitado con algunas palabras de explicacion una piedra de escándalo, en la que tropezaron ellos con tanta violencia y que habria puesto él mismo en el camino? Sin embargo los deja partir y alejarse de él. No los sigamos. ¡Oh! no nos alejemos de él. Permanezcamos á su lado como los doce apóstoles, y digamos con aquel sobre quien edificó su iglesia, digamos con esta iglesia santa: Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes las palabras de la vida eterna.

«Despues de esto Jesus iba á Galilea, pues no queria ir á Judea porque los judíos querian matarle (S. Juan, VII, 1).»

Los evangelistas son muy lacónicos en sus narraciones. No hay duda que Jesus iria cuando se acercaba la fiesta de Pascua á Jerusalem, donde los judíos, es decir, el gran consejo, le armaban lazos; por lo cual *no viajaba ya por la Judea*, sino que volvió á Galilea. Es verosimil que atravesando el lago se refugió despues de la muerte de S. Juan Bautista en el desierto de Bethsaida, en donde reinaba el tetrarca Filipo, mas bien por huir de la curiosidad de Herodes que dominaba en Galilea, que por eludir sus pesquisas. Esta impaciente curiosidad de Herodes hubo de enfriarse bien pronto, como sucede con tanta frecuencia en las cortes, y dar lugar á otras ideas. Con todo veremos que revivió un año despues.

CAPITULO XXXVIII.

Las tradiciones humanas opuestas á las tradiciones divinas.

«Y se reunieron cerca de Jesus los fariseos y algunos escribas que venian de Jerusalem; y habiendo visto que algunos de sus discípulos comian el pan con las manos impuras, es decir, no lavadas, lo vituperaron, porque los fariseos y todos los judíos no comen sin haberse lavado muchas veces las manos observando la tradicion de los antiguos; y al volver de la plaza no comen si no se lavan; y hay otras muchas costumbres que han recibido y guardan, como la lavadura de los vasos y de las copas y de las vasijas de cobre y de las camas.

«Preguntabanle pues los fariseos y los escribas: ¿Por qué no obran tus discípulos segun la tradicion de los antiguos, sino que comen el pan con las manos impuras? Mas Jesus respondiendo les dijo: Bien profetizó Isaias de vosotros, hipócritas, segun está escrito: Este pueblo me honra con los labios; mas su corazon está lejos de mí. Mas en vano me reverencian enseñando las doctrinas y los preceptos de los hombres: porque abandonando el mandato de Dios guardais la tradicion de los hombres lavando los vasos y las copas, y haceis otras muchas cosas parecidas á estas. Y les decia: Asi anulais el precepto de Dios para guardar vuestra tradicion. Porque Moises dijo: Honra á tu padre y á tu madre; y el que maldijere á su padre ó á su madre, muera de muerte. Mas vosotros decis: Si dijere un hombre á su padre ó á su madre: Corban (1) (que es don), todo lo

(1) *Corban* significa una ofrenda hecha en el templo. Cuando decian respecto de una cosa cualquiera que les pertenecia: Es *corban*, equivalia, á un voto santo. Aquel

que es de mí te aproveche; y no le permitís hacer nada mas por su padre y por su madre, quebrantando la palabra de Dios por vuestra tradicion que habeis transmitido, y haceis muchas cosas parecidas á estas. Y llamando otra vez á la multitud les decia: Oid todo y entended. Lo que entra en la boca, no mancha al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre. Si alguno tiene oidos para oir, oiga. Entonces acercándose sus discípulos le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oir esta palabra? Mas él respondiendo dijo: Toda planta que no ha plantado mi padre celestial, será arrancada de cuajo. Dejadlos: son ciegos y guias de ciegos; y si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el hoyo.

»Y habiendo entrado en la casa despues de dejar al pueblo, Pedro respondiendo le dijo: Explícanos esta parábola. Y dijo Jesus: ¿Tambien vosotros estais aun sin inteligencia? ¿No entendeis que todo lo que entra en la boca va á parar al vientre y es arrojado en lugar secreto? Mas lo que sale de la boca, procede del corazon, y eso es lo que mancha al hombre; porque del corazon salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, la avaricia, la bellaqueria, el dolo, la deshonestidad, el ojo malo (1), la blasfemia, la soberbia y la locura (2). Todos

pues que en lugar de socorrer á sus padres necesitados decia *corban*, todo don que yo hago á Dios os aproveche; creia que sus padres tendrian parte en el mérito de su supuesta buena obra, y llevaba una ofrenda al templo y dejaba que sus padres carecieran de lo necesario.

(1) *Ojo malo*, *ophthalmos ponêros*, *oculus malus*. Algunos intérpretes respetables entienden por esta expresion la envidia.

(2) Locura ó demencia. ¿Es esto un crímen? Sí,

estos males proceden del corazon y manchan al hombre; pero el comer sin lavarse las manos no mancha al hombre (S. Mat. XV, 1 á 20 y S. Marcos, VII, 1 á 23).»

CAPITULO XXXIX.

La Cananea postrada á los pies de Jesus pide y alcanza la curacion de su hija.

«Y habiendo salido Jesus de allí se retiró hácia los confines de Tiro y Sidon, y entrando en una casa quiso que nadie lo supiese; mas no pudo ocultarse, porque una mujer cuya hija estaba poseida de un espíritu inmundo, en cuanto tuvo noticia de él, entró y se echó á sus pies. Esta mujer era gentil y de nacion siro-fenicia (1), y le suplicaba que echase el demonio del cuerpo de su hija.»

Resulta del cotejo de los dos evangelistas que nos cuentan esta historia, que Jesus sin responder á la mujer salió de la casa á donde habian ido á buscarle sus discípulos, y que le seguia aquella cuando continuó el camino con los suyos.

«Ella gritaba diciendole: Apiadate de mí, Señor, hijo de David: mi hija es atormentada cruelmente por el demonio. Y Jesus no le respondió una palabra, y

cuando el entendimiento no ve claro ó ve el error, porque los vapores densos que salen del corazon turban el horizonte moral.

(1) *Siro-fenicia*. Asi se llamaba un pais estrecho situado á orilla del mar Mediterraneo desde Tiro hasta el rio Eleutero. Este distrito correspondia á la Fenicia, separada de la Siria por el rio Eleutero. S. Mateo llama Cananea á esta muger. Los fenicios descendian de Canaan por su hijo primogénito Sidon.

acercándose sus discípulos le rogaban diciendo: Despáchala, porque viene gritando tras de nosotros. Mas él respondiendo dijo: No soy enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Y ella fue y le adoró diciendo: Señor, socórreme. Respondió Jesus: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarle á los perros. Mas ella dijo: Ciertamente, Señor, porque los cachorrillos comen de las migas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesus le dijo: ¡O mujer! grande es tu fé, hagase en tí como quieres. Y desde aquel punto quedó curada su hija. Y habiendo vuelto á su casa halló á la muchacha tendida en la cama y que el demonio habia salido de su cuerpo (S. Mat., XV, 21 á 28 y S. Marcos, VII, 24 á 30).

«Los discípulos mostraban compasion, y el que es infinitamente misericordioso, aparentaba ser insensible. Una vez en su vida mortal pareció duro; ¡ pero cuánta mezcla de humana tenia la compasion de sus discípulos! «Viene gritando tras de nosotros,» decian ellos. ¡Y cuán divino era el amor de Jesucristo aun cuando parecia insensible! El Señor *en cuyos labios fue derramada la gracia* segun la expresion del salmista, calló primero y luego dijo algunas palabras ásperas. Pero veia en el corazon de aquella mujer, y produjo en él una fé viva y acendrada. Este era un don eterno: mas tambien le concedió el don terreno. ¡Y cuánta razon hay para creer que la hija de aquella madre tenia tanta piedad como ella!

CAPITULO XL.

Curacion de un sordo y mudo.

«Y saliendo otra vez de los confines de Tiro vino por Sidon hácia el mar de Galilea (el lago de Genesareth que tambien se llamaba el lago de Tiberiades), atravesando la Decápolis. Y le presentan un sordo y un mudo (1); y le suplicaban que le impusiera las manos. Y cogiendole y separándole de la multitud metió los dedos en sus orejas, y con la saliva tocó su lengua, y levantando los ojos al cielo dió un gemido y le dijo: Ephphetha, es decir, ábrete, y al punto se abrieron sus oidos, y se rompió la atadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijesen á nadie; pero cuanto mas se lo mandaban, tanto mas lo divulgaban y tanto mas se admiraban diciendo: Ha hecho bien todas estas cosas, y ha hecho oir á los sordos y hablar á los mudos (S. Marcos, VII, 31, 37).»

«Por causa nuestra, dice el papa S. Gregorio el Grande, levantó Jesus los ojos y gimió. No necesitaba gemir el que daba lo que pedia (S. Gregorio in Ezech. hom. 10).»

CAPITULO XLI.

Otras curaciones: segunda multiplicacion de los panes.

«Habiendo partido Jesus de allí fue junto al mar de Galilea, y subiendo á un monte se sentó; y se acercó á él un gran gentío que llevaba consigo mudos, ciegos, cojos, achacosos y otros muchos enfermos, y los pusieron á sus pies y él los curó; de suerte que la multitud estaba admirada viendo que los mudos hablaban,

(1) *Mogilalos* se traduce por *el que habla dificilmente, el que tartamudea*; mas los helenistas la usan tambien para decir *mudo*, como vemos en diferentes pasajes de los Setenta. No obstante creo que la palabra está empleada aqui en su verdadero sentido griego, porque se dice del hombre despues que fue curado: «y hablaba distintamente.» Era sordo; pero no se dice que fuese sordo-mudo de nacimiento.

los cojos andaban, y los ciegos veian, y glorificaba al Dios de Israel.

« Mas Jesus habiendo llamado á sus discípulos dijo: Me compadezco de la multitud, porque ya hace tres dias que estan conmigo y no tienen que comer, y no quiero enviarlos en ayunas, porque no desfallezcan en el camino (1). Y le dicen los discípulos: ¿Y de dónde hemos de tener en este desierto tantos panes para saciar á tanta gente? Y les dice Jesus: ¿Cuántos panes teneis? Respondieron ellos: Siete y algunos pececillos. Y mandó al pueblo que se sentara en el suelo. Y tomando los siete panes y los peces y dando gracias, los partió y dió á sus discípulos, y los discípulos los dieron al pueblo. Y comieron todos y se hartaron; y de los pedazos que sobraron, llenaron siete espuertas. Y los que comieron, eran cuatro mil hombres ademas de los niños y las mujeres. Y Jesus habiendo despedido á la multitud subió en una barca y fue á la tierra de Dal-

(1) Segun el lenguaje de los hebreos que ya hemos notado, esto puede significar tambien: *Ya es el tercer dia que estan conmigo*; porque tal vez se reunieron á Jesus la tarde del primer dia, y les manifestó su compasion la mañana del tercero. Acaso no esté de mas advertir que no era enteramente desusado este mismo lenguaje entre los griegos. En Sicilia se cria una especie de trigo que se siega comunmente á los cuarenta dias de haberle sembrado, y se llama aun ahora *triminia* del griego *trimónios* (lo que tiene tres meses). Se siembra hácia el 24 ó 27 de febrero, y se coge el 4 ó 5 de abril; y los últimos dias del primer mes y los primeros del tercero se cuenta npor meses. La expresion *para que no desfallèzcan* (*inia mé ekluthôsi*) que la Vulgata traslada muy bien por *ne deficiant*, puede significar *desfallecer*, lo mismo que *morirse de hambre*. Era de temer esta última desgracia, si las mujeres y los niños hubieran caido desfallecidos al tercer dia en el desierto.

manutha en los confines de Magedan (ó *Magadan* en griego *Magdala*) (1) (S. Mateo, XV, 29 á 39).»

CAPITULO XLII.

Los judíos piden otra vez un prodigio en el cielo.

« Y se acercaron á él los fariseos y saduceos para tentarle, y le pidieron que les manifestase un signo en el cielo. Y Jesus gimiendo profundamente les dijo: Por la tarde decis: mañana hará buen dia, porque el cielo está brillante. Y por la mañana decís: hoy habrá tempestad, porque el cielo está opaco y encendido. ¿Con que sabeis juzgar el aspecto del cielo, y no podeis saber las señales de los tiempos? Esta generacion mala y adúltera busca un signo, y no se le dará otro signo que el signo del profeta Jonás. Y dejándolos subió de nuevo á la barca y pasó á la otra orilla del lago (S. Mateo, XVI, 1 á 4 y S. Marcos, VIII, 11 á 13).»

Aquellos hipócritas procuraban pugnar contra la conviccion de la mision divina de Jesucristo; y es bien claro que sabiendo por experiencia que Jesucristo no accederia á sus deseos le hicieron esta peticion para dar idea al pueblo, que habia visto los milagros obrados por él, que aquel Jesus de Nazareth no era omnipotente y no podia obrar un signo en el cielo; sin embargo habia resucitado muertos, y mandado á los vientos y á las olas. El Salvador los remite como otras veces al signo de su resurreccion que debia verificarse en menos de un año; pero en pocas palabras: como si hubiera dicho:

(1) Magdala estaba situada al este del lago de Tiberiades. Puede que Maria Magdalena tomase su nombre de este lugar, aunque habia muchos llamados asi. De Dalmanutha no se tiene noticia mas que por este pasaje.

Atengámonos al signo del profeta Jonás; cuya explicacion les habia dado anteriormente.

« Y habiendo ido sus discípulos al otro lado del lago se olvidaron de tomar pan, y no tenian mas que uno en la barca. Y Jesus les dijo: Mirad y guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. Mas ellos pensaban entre sí diciendo: Porque no hemos tomado pan. Sabiéndolo Jesus dijo: ¿Qué es lo que pensais dentro de vosotros, hombres de poca fé, porque no teneis pan? ¿No conoceis aun, ni entendeis? ¿Teneis aun obcecado vuestro corazon? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oidos no oís? ¿Ni os acordais cuando partí los cinco panes para los cinco mil hombres, cuántos cestos llenasteis de los pedazos que sobraban? Y le dicen: Doce. Y cuando partí los siete panes para cuatro mil hombres, ¿cuántas espuertas llenasteis de los pedazos que sobraron? Y le dicen: Siete. Y les decia Jesus: Pues ¿cómo no entendeis que no os he dicho del pan: Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos? ¿Cómo no entendeis aun? Entonces entendieron que no habia dicho que se guardasen de la levadura de los panes, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos (S. Mat., XVI, 5 á 12 y S. Marcos, VIII, 14 á 21).

« Y llegan á Bethsaida y le presentan un ciego, y le rogaban que le tocase. Y cogiendo la mano del ciego le sacó fuera del lugar, y echándole saliva en los ojos é imponiéndole las manos le preguntó si veia algo. Y mirando aquel hombre dijo: Veo andar los hombres como si fueran árboles. Volvióle á imponer las manos sobre los ojos, y comenzó él á ver y recobró la vista de suerte que veia claramente todas las cosas. Y le envió á su casa diciendo: Ve á tu casa, y si entrares en el lugar (1) no se lo digas á nadie (S. Mat., VIII, 22 á 26).»

(1) La palabra *kômê*, *lugar*, significa tambien villa. De esta clase era Bethsaida, antes que el tetrarca Filipo la convirtiese en una gran ciudad y la llamase Julias del nombre de Julia, hija de Augusto y esposa de Tiberio. No ha de confundirse esta ciudad, situada á las márgenes orientales del lago, con Bethsaida en Galilea, lugar situado en las márgenes occidentales, de donde eran Pedro y Andres. Bethsaida significa *lugar de la pesca*. Entre nosotros se dan tambien nombres significativos á muchos pueblos, como Neustadt, Konigsberga, Landshut etc. El mismo tetrarca llamó Cesarea á la ciudad de Paneas situada en las fuentes del Jordan, y se distingue de otra del mismo nombre que se llamaba Cesarea de Filipo. La otra estaba situada á las orillas del mar, y antiguamente se le daba el nombre de Torre de Estraton.

CAPITULO XLIII.

Confesion de S. Pedro, á quien son entregadas las llaves del cielo. Jesus predice por primera vez su muerte y reprende á S. Pedro. Condiciones de la salvacion.

«Y Jesus fue hácia la parte de Cesarea de Filipo, y preguntaba en el camino á sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Y ellos le dijeron: Unos que es Juan Bautista, otros que es Elías, y otros Jeremías ó uno de los profetas (1). Diceles Jesus: Y vosotros ¿quién decís que soy

(1) En otra parte hemos visto que los fariseos creian en la metempsícosis; y como su levadura habia corrompido gran parte del pueblo, no debemos extrañar que muchos judíos creyesen que el alma de Jesucristo habia animado en otro tiempo el cuerpo de Elías, de Jeremías ó de otro profeta. Mas ¿cómo pudiera haber habitado el alma de Juan Bautista en el cuerpo de Jesus, supuesto que Jesus y Juan eran contemporaneos, y habian vivido juntos por espacio de treinta y dos años? Esta idea en-

yo? Respondiendo Simon Pedro dijo: Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo. Mas respondiendo Jesus le dijo: Dichoso eres tú, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne, ni la sangre te revelaron esto, sino mi padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos (S. Mat., XVI, 13 á 19, S. Marcos, VIII, 27 á 29 y S. Lucas, IX, 18 á 20).»

S. Lucas hace observar que nuestro Salvador habia

teramente extraña se fundaba tambien en los delirios de aquellas sectas que se han conservado entre los rabinos. En sus escritos se habla de una doble transmigracion de las almas: una de ellas no concuerda ma. con la idea de los indios sobre la metempsícosis. Las almas de los perversos pasan, dicen aquellos, á otros cuerpos para hacer penitencia y fortificarse, y las almas de los justos para ennoblecerse. Aun algunos discípulos de Jesus no estaban todavía exentos de la opinion, segun la cual se expian en una segunda vida en la tierra los pecados de una vida anterior, cuando á vista de un ciego de nacimiento preguntaban á nuestro Salvador (S. Juan, IX, 2): «Maestro, ¿quién pecó, este ó sus padres, para que naciese ciego?» Esta pregunta se fundaba evidentemente en la idea que tenian de que aquel hombre, cuyo castigo venia desde su nacimiento, habia pecado en una vida anterior sobre la tierra. Del mismo modo la idea del ennoblecimiento producia en mucha gente del pueblo la creencia de que el alma de algun profeta habitaba entonces en el cuerpo de Jesus, cuyas acciones los asombraban. Los rabinos quieren fundar la vuelta de las almas, con especialidad aquella cuyo objeto debia ser la expiacion y purificacion, en este pasaje del libro de Job (cap. XXXIII,

orado antes de dirigir á sus discípulos esta pregunta: ¿Quién dice la multitud que soy yo? Sin duda el pontífice eterno pedia en esta oracion conocimientos de un orden mas elevado para el que debia sucederle algun dia sobre la tierra. Asi le hemos visto ir al monte y pasar la noche solo en oracion antes de elegir entre sus discípulos los doce apóstoles destinados á una mision mas sublime.

Juzguen nuestros hermanos, separados de esta iglesia fundada sobre la piedra, si pudo el hijo de Dios expresarse en términos mas enérgicos y claros para dar á S. Pedro una primacía sobre los otros apóstoles, que no puede ponerse en duda y que llevaba un designio.

v. 29 y 30), en que dice Elíu: «Tales son los caminos de Dios sobre el hombre: asi obra dos y tres veces (la expresion se explica tambien por *muchas veces*) para llamar su alma de la muerte, para restituir sus ojos á la luz de los vivos.» Pero la idea de la expiacion y del ennoblecimiento se fundaba tambien en la opinion, segun la cual el espíritu de un muerto debia reunirse al alma de un vivo. Asi en sentir de los rabinos debe el espíritu de Moises para llegar á mas alta nobleza reunirse al alma del Mesías á quien aguardan. De este modo creian algunos contemporaneos de nuestro Señor Jesucristo que el alma de Juan Bautista se habia reunido despues de su muerte al alma de Jesus en un solo cuerpo. Hallanse diversas ideas monstruosas de este género en una conseja de los rabinos. Dicen estos que el alma de Abel animaba el cuerpo de Moises, y que en el egipcio que este habia muerto habitaba el alma de Cain. Cuando esta fue purificada despues de la muerte del egipcio, pasó al cuerpo de Jetro, suegro de Moises, que vivia hacia ya mucho tiempo, y reunida al alma de este habitaba desde entonces un solo cuerpo en comun.

Hallamos tambien en Josefo, que era sabio, pero fariseo, algunos pasajes que se refieren á este punto. Dice

Mas como este primado del apostol y de sus sucesores no se funda en este solo pasaje, y la importancia de la materia exige que se trate mas por extenso; me propongo dedicar á ella mas adelante una disertacion particular.

«Entonces mandó á sus discípulos que no dijesen á nadie que él era Jesus el Cristo (S. Mat., XVI, 20, S. Marcos, VIII, 30, y S. Lucas, IX, 21).»

Nuestro Señor en sus discursos hacia pasar al pueblo, á sus discípulos y apóstoles de un grado á otro. El pueblo que veia en él un profeta, no estaba aun maduro para conocimientos mas elevados. La idea de un Mesías que debia ser escarnecido y crucificado, los hubiera desviado de Jesucristo á ellos que conservaban una

que segun la opinion de aquella escuela las almas de los muertos son recompensadas ó castigadas debajo de la tierra: que los malos tienen que sufrir una pena eterna; pero que los justos quedan en libertad de volver á animar nuevos cuerpos. El mismo autor atribuye el estado de los posesos á las almas de hombres malos, que en cuanto dejan su cuerpo en el instante de la muerte pasan para librarse del castigo merecido á los cuerpos de hombres vivos que atormentan, tientan y se empeñan en perder de todas maneras. Mas esta opinion parece que fue particular de Josefo, porque los fariseos, y en general los judíos, sabian bien que habia demonios en los posesos. Tampoco desconocen los rabinos la idea de los indios sobre el paso de las almas á los animales y á los cuerpos animados; sin embargo todos creen, segun lo hicieron los antiguos fariseos, en la resurreccion al fin del mundo. Si la sensatez se inclina naturalmente á hallar un punto de comparacion y reunion en las cosas que se oculta al comun de los hombres; la extravagancia encuentra facilmente el medio de reunir los sueños mas ridículos, por mas contradictorios que parezcan ó lo sean en efecto, y ajustarlos con la verdad como en el caso presente.

esperanza carnal del Mesías; y si hubieran dirigido sus miras mundanas hácia él, les hubiera chocado mucho mas el escándalo de la cruz. Entonces solo juzgó conveniente iniciar á sus apóstoles en el misterio de su muerte.

«Despues empezó Jesus á declarar á sus discípulos que convenia que él fuese á Jerusalem y sufriese mucho de los ancianos y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto y resucitase al tercer dia. Y habla ba públicamente. Y cogiéndole Pedro aparte comenzó á disuadirle diciendo: Lejos de tí esto, Señor (1): no te sucederá eso. Y volviéndose Jesus dijo á Pedro: Retírate de mí, Satanás: tú eres escándalo para mí, porque no sabes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres (S. Mat., XVI, 21 á 23, San Marcos, VIII, 31 á 33, y S. Lucas, IX, 22).»

Jesucristo queria manifestar, dice S. Juan Crisóstomo, cuán dispuesto estaba á sufrir voluntariamente todo lo que habia predicho. Por eso reprendió á Pedro que trataba de disuadirle, queriendo mostrarle que juzgaba solo por fines humanos cuando la idea de la pasion y muerte del hijo de Dios le inspiraba tanta repugnancia, y que la sabiduría humana no debia medir la sabiduría divina, cuyos adorables designios son infinitamente superiores á la inteligencia corrompida de los hombres. «Nadie pues, continúa el santo doctor, se ruborice de este signo venerable de nuestra salud, de esta fuente de todos los bienes y de la vida espiritual en nosotros. Engalanémonos mas bien con la cruz como con una corona honrosa, porque por esta cruz se obró

(1) *Ileós soi, kurie*, es decir, *Theos*. Véase aquí lo que se halla con esta misma elipsis en los Setenta: *ileós umin, mé phobeisthe* (Gen., LXIII, 22), y *ileos moi* (II de los Reyes, XX, 20).

nuestra redencion (S. Chrys. in Math. hom. LV).»

Continuemos la historia de nuestro Señor: «Entonces dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame: porque el que quisiere salvar su alma la perderá; mas el que perdiere su alma por mí la hallará. Porque ¿de qué aprovecha al hombre, aunque gane todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre en cambio por su alma? Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras enmedio de esta generacion adúltera y pecadora, tambien el hijo del hombre se avergonzará de él cuando viniere con los ángeles santos en la gloria de su Padre. Y les decia: En verdad os digo que hay algunos de los que estan aqui presentes, que no probarán la muerte hasta que vean llegar el reino de Dios en su magestad (S. Mateo, XVI á 24, 28, S. Marcos, VIII, 34 á 33 y S. Lucas, IX, 25 á 27).»

Aunque al parecer Jesus no habla á sus discípulos mas que del martirio que los esperaba; sin embargo es claro que habla de otra muerte que debemos sufrir todos mientras vivamos, si queremos ir á él algun dia: habla menos de la cruz en que debian ser clavados algunos discípulos suyos, que de la que debemos tomar *todos los dias* sobre nosotros si queremos seguirle. El evangelista S. Lucas advierte terminantemente que lo decia, no solo á sus discípulos, sino *á todos los hombres*. El Salvador habla de la muerte del hombre viejo, de la muerte del amor propio. Esta muerte no se verificará en los santos sino cuando pueda verificarse enteramente en este mundo, y exige combates sin término, porque el amor propio está siempre pensando en arrogarse lo que es de Dios, y en manchar la virtud de los que han renunciado á las concupiscencias groseras. Quiere referirlo todo á sí; mas el

espíritu de la religion de Jesucristo consiste en que lo refiramos todo á Dios. El amor propio se mira como el fundamento y el fin de nuestros pensamientos, palabras y acciones; y todo aquello cuyo fundamento y fin no es Dios, es vano. Este amor propio tuvo su orígen, asi como nuestra mortalidad, en la caida de los primeros hombres; y á la manera que la mortalidad trabaja desde nuestro nacimiento en la destruccion del hombre exterior, asi el amor propio se esfuerza en destruir el hombre interior. Si la muerte es formidable, es por el amor propio: aniquilemosle, y la muerte vendrá á ser nuestra amiga y nos abrirá la puerta de la vida eterna.

El amor propio domina el mundo porque este está separado de Dios, y el mundo le sirve con un zelo infatigable; pero se avergüenza de su soberano. El arte á que aspiran los hijos del siglo, consiste en disfrazar su egoismo contínuo para parecer complacientes y aun generosos cuando solo buscan sus propios intereses. *Tener mucho mundo* significa saber hacer facilmente el papel de la disimulacion, y en efecto es facil de representar, porque pocos hombres quitan la máscara á sus semejantes: los mas de ellos aparentan ser engañados, y se figuran que engañan. Tampoco es raro que se engañen á sí mismos, y las mas veces cuando el amor propio de las almas sensibles se nutre de los sentimientos nobles de un falso amor, que en suma no es mas que una fruicion personal de aquellos sentimientos. La claridad engañosa de estos fuegos fátuos que extravian, se debilita á la luz de la religion, es decir, á la luz de Dios, y se ve el cieno que los engendra. Cuando empieza á dominar el amor de Dios, trae consigo el verdadero amor del prójimo como su secuela, y nos enseña, segun la expresion de Jesucristo, *á cumplir la verdad*: nos enseña la vigilancia que se cree dificil, el conocimiento

de nuestras miserias naturales que aflige, los deberes que parecen terribles, la caridad sincera para con nuestros hermanos (Epist. I de S. Pedro, I, 22), que es muchas veces ignorada; en una palabra nos impone una cruz (1) que tendremos que llevar durante nuestra corta peregrinacion; pero que si se lleva con fidelidad, se hace siempre mas ligera y regocija ya en este mundo por la única cosa que puede regocijarnos verdaderamente, por el amor. El yugo del mundo, que es muy pesado, se hace cada vez mas, y sus ilusiones extravagantes se disipan insensiblemente con el cuerpo que se deteriora, ó de repente delante del precipicio abierto, delante del abismo de la eternidad.

Estas palabras de Jesucristo: «En verdad os digo hay aqui algunos de los que estan presentes que no probarán la muerte hasta que vean llegar el reino de Dios en su magestad;» se han explicado de muy diferentes maneras. Los unos ven en ellas la destruccion de Jerusalem; pero solo S. Juan sobrevivió á esta ruina. Otros ven la última venida de Jesucristo: esto no merece ninguna respuesta. Otros las aplican á la resurreccion y ascension de Jesucristo, á que sobrevivieron *todos* los discípulos y que presenciaron con sus ojos. Por último otros quieren que se refieran á la propagacion del Evangelio. Esta opinion pudiera ser la mas verosimil, especialmente segun las palabras de S. Lucas: *Hasta que hayan visto el reino de Dios*, y de S. Marcos: *Hasta que vean llegar el reino de Dios en su magestad*; si no se opusiera la circunstancia que *todos* los apóstoles, excepto Santiago el Zebedeo, sobrevivieron á la propagacion del Evangelio. Por consiguiente no queda duda alguna que el hijo de Dios quiso hablar de su transfiguracion, verificada de allí á seis dias, teniendo por testigos á Pedro, Santiago y Juan. Tal es tambien la explicacion que dan los mas de los intérpretes antiguos y modernos; y la serie del discurso viene á ser muy natural, porque Jesucristo habia hablado contra el escándalo de la cruz, y nada podia destruirle mas eficazmente que la transfiguracion. S. Pedro afirma que produjo este efecto, segun demostraré en el capítulo siguiente.

(1) Todo el pasaje del apostol se refiere á este objeto: «Purificad vuestras almas con la obediencia de la caridad, con el amor de la fraternidad, y amaos mútuamente con mas perseverancia y con un corazon sencillo; habiendo sido engendrados de nuevo, no de una semilla corruptible, sino incorruptible por la palabra del Dios vivo y eterno (Epist. I de S. Pedro, I, 22 y 23).»

LIBRO IV.

DESDE LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO HASTA SU ENTRADA EN JERUSALEM.

CAPITULO PRIMERO.

Transfiguracion de nuestro Señor Jesucristo.

«Y despues de seis dias (1) tomó Jesus á Pedro y Santiago y su hermano Juan, y los llevó aparte á una montaña elevada, y se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se volvieron blancas como la nieve (2). Y hé aqui que se aparecieron Moises y Elías hablando con él de su salida del mundo que habia de cumplir en Jerusalem. Mas Pedro y los que estaban con él, se hallaban sepultados en el sueño; y cuando despertaron, vieron su magestad y los dos varones que estaban con él. Y cuando se alejaron de él, dijo Pedro á Jesus: Maestro, es bueno que nosotros estemos aqui y hagamos tres tiendas,

(1) Estas son las expresiones de S. Mateo y S. Marcos; pero S. Lucas dice, *unos ocho dias despues*. Este cuenta, segun la costumbre de los hebreos, el dia en que Jesucristo revistió á Pedro de su dignidad, y el de la transfiguracion.

(2) El texto griego de S. Mateo dice: *Sus vestiduras se pusieron brillantes de luz*. S. Lucas: *Su vestido pareció blanco y resplandeciente*. Por último S. Marcos: *Sus vestiduras se volvieron resplandecientes como la nieve*.

una para tí, una para Moises y una para Elías; y no sabia lo que decia porque estaban sobrecogidos de miedo. Y estando aun hablando apareció una nube y los cubrió, y temieron al entrar en la nube. Y salió una voz de la nube que decia: Este es mi hijo amado, en quien he puesto mi complacencia: oidle. Y al oir los discípulos esta voz cayeron con el rostro en tierra y temieron mucho. Y se acercó Jesus, y los tocó y les dijo: Levantaos y no temais. Entonces levantando ellos los ojos no vieron á nadie, sino á Jesus solo. Y cuando bajaron de la montaña, los mandó Jesus diciendo: No digais á nadie esta vision hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos. Y guardaron esta palabra en el silencio preguntando lo que queria decir: cuando haya resucitado de entre los muertos. Y le preguntaban diciendo: Pues ¿por qué dicen los fariseos y escribas que conviene que Elías venga primero? Y respondiendo Jesus les dijo: Es verdad que Elías ha de venir y lo reparará todo; mas yo os digo que ya ha venido Elías y no le han conocido, sino que han hecho contra él cuanto han querido. Asi tambien padecerá por parte de ellos el hijo del hombre. Entonces entendieron los discípulos, que les habia hablado de Juan Bautista. Y callaron, y en aquellos dias no dijeron á nadie nada de lo que habian visto (S. Mat., XVII, 1 á 13, San Marcos, IX, 2 á 13 y S. Lucas, IX, 28 a 36).»

Un intérprete ingeniosísimo (Hugo Grot. ad Math., Jud., IX, 17) nota que la transfiguracion de Jesucristo se verificó delante de testigos del cielo y de la tierra. El Padre eterno hizo oir su voz, y se aparecieron Moises y Elías; Moises por quien fue dada la ley que practicaba Jesus, y Elías, el mayor taumaturgo de los profetas de la antigua alianza, de aquella alianza cuyas promesas cumplió Jesucristo: el uno no habia muerto, y el otro habia sido conducido á la muerte y enterrado

misteriosamente por el mismo Dios, y un arcangel defendia su sepulcro contra el príncipe de las tinieblas.

Los tres testigos que llevó consigo el hijo de Dios, y que acostumbraba distinguir de los otros apóstoles, eran Pedro, la piedra sobre que habia prometido ocho dias antes edificar su iglesia, y los hijos del trueno, Santiago, primer mártir de los doce, y Juan, el discípulo amado de Jesus, que estaba destinado á sobrevivir al cumplimiento de los juicios de Dios sobre Jerusalem y á recibir grandes revelaciones.

Véase lo que dice S. Pedro de este glorioso acontecimiento: «Porque no os hemos dado á conocer el poder y la presencia de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosas, sino que fuimos espectadores de su grandeza; porque recibió de Dios Padre la honra y la gloria cuando bajó á él esta voz desde la magnífica gloria: Este es mi hijo amado, en quien me he complacido: oidle. Y nosotros oimos esta voz bajada del cielo estando con él en el monte santo (Epístola II de S. Pedro, I, 16 á 18)»

Creese generalmente por muy buenas razones que este monte era el Tabor, situado no lejos del lago de Genesaret, y cuya hermosa forma cónica, fertilidad y deliciosas cercanías elogian los antiguos y los modernos. S. Gerónimo lo dice formalmente, y antes que él Eusebio. Como en tiempo de los apóstoles hubo una iglesia floreciente en Jerusalem y habia cristianos en todo el pais; no podian ser falsas las tradiciones relativas al monte en que fue transfigurado el hijo de Dios. Pedro le llama el monte santo; nombre que probablemente no merece menos que el monte Horeb donde se manifestó el Señor á Moises, y se llamó tierra santa (Exodo III, 5), ó que el monte de Sion llamado el monte santo en los salmos.

CAPITULO II.

El lunático no curado por los apóstoles y curado por Jesucristo. Segunda prediccion de la muerte del Salvador. Pago del tributo.

«Y yendo á donde estaban sus discípulos vió gran multitud de gentes al rededor de ellos, y los escribas que estaban disputando con ellos. Y al instante todo el pueblo viendo á Jesus quedó pasmado, y se amedrentaron y acudian á saludarle. Y les preguntó: ¿Qué es lo que disputais entre vosotros? Y respondiendo uno de la multitud dijo: Maestro, compadecete de mi hijo que está lunático y padece cruelmente, y siempre que el espíritu mudo que le posee se apodera de él, le arroja en el suelo, y el muchacho echa espuma, y rechina los dientes, y se seca, y he dicho á tus discípulos que le echasen y no han podido. Y respondiendo Jesus les dijo: ¡O generacion incrédula! ¿hasta cuándo estaré entre vosotros? ¿Hasta cuándo os sufriré? Traedme el muchacho. Y se le trajeron; y asi que le vió Jesus, al instante agitó el espíritu al muchacho, y arrojándose al suelo se revolcaba y echaba espumarajos. Y preguntó Jesus á su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y el padre respondió: Desde la niñez, y muchas veces le ha arrojado al fuego y al agua para matarle; pero si puedes algo, socorrenos apiadado de nosotros. Mas Jesus le dijo: Si puedes creer, todas las cosas son posibles para el que cree. Y gritando al punto el padre del muchacho decia con lágrimas: Señor, creo, ayuda mi incredulidad. Y como viese Jesus el gentío que habia acudido, amenazó al espíritu inmundo diciendole: Espíritu sordo y mudo (1), yo te mando, sal de él y

(1) Es decir, un espíritu que hacia sordo y mudo al poseso.

no entres mas en él. Y el espíritu gritando y agitando con violencia al muchacho salió de él, y quedó el muchacho como muerto, de modo que muchos decian: Ha muerto. Mas Jesus agarrándole la mano le levantó, y el muchacho volvió en sí, y fue entregado á su padre. Y todos se asombraban de la grandeza de Dios. Y cuando entró Jesus en la casa, le preguntaron los discípulos en secreto: ¿Por qué no hemos podido nosotros arrojarle? Y les dijo: Por vuestra incredulidad; porque en verdad os digo, si tuviereis fé como un grano de mostaza, direis á esta montaña: Pasa de aqui allí, y pasará, y nada habrá imposible para vosotros. Mas este género de demonios no se lanzan sino por la oracion y el ayuno. Y partiendo de allí atravesaron la Galilea, y no queria que nadie lo supiese (S. Mat. XVII, 14 á 21, San Marcos IX, 13 á 30 y S. Lucas IX, 37 á 43).»

Creo, Señor, ayuda mi incredulidad: esta confianza y esta humildad, esta peticion y esta confesion nos dan un excelente modelo para nuestros sentimientos y súplicas. Espero, Señor, ayuda mi pusilanimidad: amo, Señor, ayuda mi tibieza.

Ningun cristiano puede dudar de la eficacia del ayuno tan grato á Dios despues de lo que dijo Jesucristo; pero es menester que este ayuno vaya acompañado de la oracion, y que su objeto sea dar mas libertad al espíritu por la mortificacion de los sentidos, para que pueda levantarse en alas de la fé y del amor hácia el único que es digno de ser amado.

Nuestro Salvador no queria ser conocido entonces en Galilea. Todo tiene su tiempo. Tal vez queria, supuesto que se acercaba el de su pasion (porque estaba en el último año de su vida terrena), emplear el tiempo que pasaba en Galilea en conversar en la oracion con su padre celestial. Tal vez tenia ánimo de darse exclusivamente á sus discípulos, porque veremos mas abajo que

los preparó de nuevo para su muerte. De cuando en cuando soltaba muchas palabras que no producian al pronto su efecto; pero que depositadas en los corazones como la semilla que el yelo endurece y que cubren las nieves hasta que la reaniman el sol y el rocío del cielo, echaban al cabo raices, germinaban y daban á su tiempo frutos destinados á aplacar el hambre de las naciones.

«Y hallándose en Galilea les dijo Jesus: El hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y le matarán, y resucitará al tercero dia. Mas ellos no entendian esta palabra, y estaba tan oculta para ellos que no la comprendian y temian preguntarle. Y se contristaron profundamente (S. Mateo XVII, 21 á 23, S. Marcos IX, 30 á 32 y S. Lucas IX, 44 á 46).

«Y habiendo ido á Cafarnaum se acercaron á Pedro los que cobraban el didracma y le dijeron: ¿No paga vuestro maestro el didracma? Dijo él: Sí. Y habiendo entrado en la casa se le anticipó Jesus diciendo: ¿Qué te parece, Simon? ¿De quién cobran los reyes de la tierra el tributo ó el censo? ¿De sus hijos ó de los extraños? Y le dijo Pedro: De los extraños. Díjole Jesus: Luego los hijos estan libres. Mas para no escandalizarlos vé al mar, y echa el anzuelo, y coge el primer pez que salga del agua, y abriendole la boca encontrarás una estatera: tómala y dásela por mí y por tí (San Mat. XVII, 23 á 26).»

Este tributo y esta moneda no deben confundirse como hacen diferentes intérpretes con el denario (1)

(1) La estatera de plata valia cuatro dracmas, y el denario romano valia muy poco mas que la dracma: hácese mencion del pago de este tributo romano en S. Mateo, cap. XXII, v. 17 á 20, S. Marcos, cap. XXII, v. 13 á 17 y S. Lucas, cap. XX, v. 20 á 26).

que se pagaba en Judea á los emperadores romanos. No hallamos en ninguna parte, ni es probable que los romanos cobrasen tributos en las provincias de los tetrarcas mientras estos las gobernaban; pero Cafarnaum estaba situado en Galilea, que era de la jurisdiccion de Herodes Antipas. Probablemente se trata de la cuota que los judíos pagaban voluntariamente á lo que parece para la conservacion del templo y sosten del servicio divino: esta imposicion ascendia á dos dracmas, y hasta los judíos que vivian en pais extraño acostumbraban enviarlas; y es cosa cierta que fueron protegidos mas de una vez en el ejercicio de este derecho contra los empleados romanos y las autoridades municipales griegas. Despues de la destruccion del templo eran obligados á enviar el tributo de dos dracmas á Roma para el Capitolio.

Acaso se preguntará qué oportunidad podia tener la observacion de Jesucristo sobre este impuesto, que por su objeto no podia percibirse mas que de los judíos y no de los paganos. Pareceme muy fundada la opinion de diferentes santos padres, segun la cual entendia nuestro Señor por los hijos de los reyes no sus súbditos, sino sus propios hijos: estos estan habitualmente exentos de toda carga; pero él era el hijo de Dios, de quien solo eran figura todos los sacrificios y usos del servicio en el templo.

CAPITULO III.

Disputa de los apóstoles: gravedad del escándalo: potestad dada á aquellos: eficacia de la oracion: necesidad de perdonar las ofensas.

«Y fueron á Cafarnaum; y estando en una casa les preguntaba: ¿Qué es lo que tratabais en el camino? Mas ellos callaban, porque habian disputado entre sí en

el camino quién era el mayor de ellos; y sentándose llamó á los doce y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el criado de todos. Y cogiendo un niño le puso en medio de ellos. Y habiendole abrazado les dijo: En verdad os digo, si no os convirtiereis y os hiciereis como párvulos, no entrareis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillare como este párvulo, ese es el mayor en el reino de los cielos. Y el que recibiese un párvulo como este en mi nombre, me recibe á mí; y cualquiera que me recibiese, no me recibe á mí, sino al que me envió. Mas el que es mas pequeño entre vosotros, es el mayor.

«Le respondió Juan diciendo: Maestro, hemos visto á uno que lanza los demonios en tu nombre y no nos sigue, y se lo hemos prohibido. Mas Jesus dijo: No se lo prohibais, porque no hay ninguno que haga un milagro en mi nombre y pueda al punto hablar mal de mí. El que no está contra vosotros, está por vosotros. Cualquiera que os diere á beber un vaso de agua en mi nombre, porque sois del Cristo, en verdad os digo, no perderá su recompensa. Y cualquiera que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mas le valiera que le rodearan al cuello una piedra de molino y le arrojaran al mar (S. Mateo XVIII, 1 á 5 y S. Marcos XI, 32 á 41).

«¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es necesario que vengan los escándalos; pero ¡desgraciado del hombre por quien viene el escándalo! Y si tu mano te escandaliza, cortala y arrojala de tí, porque mas te vale entrar debil en la vida eterna, que ser arrojado al fuego inextinguible con dos manos: alli no muere el gusano que los corroe, y no se apaga el fuego. Y si el pie te escandaliza, cortale, porque mas te vale entrar cojo en la vida eterna, que ser arrojado con dos pies al infierno, al fuego inextinguible donde

no muere su gusano, ni se apaga el fuego. Y si tu ojo te escandaliza, arrancale, porque mas te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que ser arrojado con dos ojos en el fuego del infierno, donde no muere su gusano y no se apaga el fuego; porque todos serán salados por el fuego, asi como toda víctima debe ser salada con sal. La sal es buena; pero si se hace insípida, ¿con qué la sazonareis? Tened sal en vosotros y conservad la paz entre vosotros. Cuidad de no despreciar á uno de estos pequeñuelos, porque os digo que sus ángeles en el cielo están siempre viendo la cara de mi padre que está en el cielo: porque el hijo del hombre ha venido á salvar lo que habia perecido (S. Mat. XVIII, 7 á 11 y San Marcos IX, 41 á 49).»

El divino amigo de los niños que acaba de advertirnos del terrible pecado que se comete cuando se los escandaliza, cuando se abusa de su amable ingenuidad para perderlos y se arroja la cizaña en la tierra blanda de su corazon tan propio para recibir la semilla de los frutos mas preciosos; este divino amigo de los niños, vuelvo á decir, aprovecha la ocasion para precaver contra el escándalo en general que se da á los otros y que recibe uno mismo cuando no resiste á las malas tentaciones. Despues vuelve á hablar de sus amados pequeñuelos, y nos enseña á no despreciarlos, es decir, á no olvidarlos, y con especialidad á no arrojar piedras de escándalo en el camino que los conduce al padre celestial, desde cuya morada los dirigen los ángeles. Los israelitas enseñaban ya que cada hombre tenia un angel tutelar, y en el antiguo testamento hallamos muchos pasajes que aluden á esta doctrina; pero las palabras de Jesucristo no nos dejan ninguna duda acerca de esta verdad.

Nuestro Señor que ha dicho que habia venido á salvar lo que habia perecido, continúa asi: «¿Qué os

parece? Si alguno tuviese cien ovejas y se extraviase una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve en el monte y va á buscar la que se extravió? Y si aconteciere que la halle, en verdad os digo que se alegra mas por aquella que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Asi no es la voluntad de vuestro padre que está en los cielos, que perezca uno solo de estos pequeñuelos. Mas si pecare tu hermano contra tí, ve y corrígele entre tí y él solo; y si te oyere, habrás ganado á tu hermano. Mas si no te oyere, lleva contigo una ó dos personas para que todas las palabras descansen en el testimonio de dos ó tres testigos. Y si no los oyere, dílo á la iglesia; y si no oyere á la iglesia, sea para tí como un gentil y publicano (S. Mat., XVIII, 12 á 17).»

¡Cuán difícil es hallar aqui el enlace con lo que precede! Jesus habia empezado hablando de la humildad, y de ella pasó al amor; transicion natural porque la perfeccion mas elevada consiste en estas dos virtudes, la humildad y el amor, que sola la religion de Jesucristo trajo á la tierra; y asi como el verdadero amor del prójimo no puede residir en el corazon sin humildad, tampoco pueden existir y sostenerse uno y otra sin el amor de Dios.

Los evangelistas no pudieron transmitirnos mas que una debil parte de los discursos de Jesucristo, que dos de ellos oyeron de la misma boca del hijo de Dios, y los otros dos supieron de los apóstoles. Por eso suele suceder que al pronto no se descubre la trabazon de un discurso con otro; pero se hallará fácilmente si se recuerda que es el doctor del amor. Este santo amor que S. Pablo llama (epístola á los colosenses, III, 14) *el vínculo de la perfeccion*, es el enlace de los discursos del mas amable y del mas amante que nos amó hasta la muerte.

Uno de los deberes mas difíciles que prescribe la

caridad, es sin contradiccion el de corregir al prójimo por las faltas que ha cometido; y este deber se hace todavía mas penoso cuando aquel ha obrado mal con nosotros y tenemos motivo de temer que nos acuse de amor propio, precisamente cuando hemos vencido todo nuestro amor propio, para hacer este sacrificio á la caridad que le tenemos. La ley de la antigua alianza que se habia fundado sobre la caridad, prescribia ya esta obligacion á los israelitas. «No aborrecerás, dice el Levítico (cap. XIX, v. 17), á tu hermano en tu corazon; pero repréndele en público para que no tengas pecados sobre él.» Jesucristo nos enseña á proceder con los mayores miramientos, á no humillar al prójimo delante de los demas en cuanto sea posible, á reprenderle primeramente solo y despues delante de una ó dos personas; y si no las escucha, á decirlo á la iglesia. ¿A qué iglesia? ¿Al pueblo congregado? Salta á los ojos lo absurdo de esta interpretacion. ¿Delante de los jueces temporales como quieren algunos protestantes? *Es lícito* buscar justicia entre los jueces; pero ¿necesitamos que el hijo de Dios nos exhorte á ello? Y el que es conducido delante de los tribunales, ¿queda aun en libertad de escuchar ó no escuchar al juez? Aqui no se trata de asuntos litigiosos cuya decision se confiere á los magistrados encargados de ejercer la justicia pública, sino de faltas y ofensas que se censuran no en beneficio propio, sino con el fin de *ganar á su hermano*. Asi aun cuando el contexto del discurso de Jesus no desvaneciese toda duda respecto de esta explicacion, nadie deberia titubear en entender aqui por la voz *iglesia* los obispos y sacerdotes, cuyo reino no es de este mundo como no lo era el de su maestro; pero cuya santa mision es encender y conservar la antorcha de la fé en su rebaño. Vease cómo se expresa el Salvador:

«En verdad os digo, todo lo que atareis sobre la tierra se atará tambien en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado tambien en el cielo (S. Mateo, XVIII, 18).»

Aqui promete el hijo de Dios á sus apóstoles la potestad que debian ejercer despues de su muerte como primeros obispos, y comunicar por la imposicion de manos y en diferentes grados á los obispos y sacerdotes futuros. Es bien claro que la potestad de ordenar sucesores no debia extinguirse con ellos: recibianla del mismo hijo de Dios, y aun hoy los obispos la reciben *de él* por la imposicion de manos de otros obispos. No obstante es patente la deferencia que hace entre Pedro y los otros apóstoles, no solo porque prometió la potestad de atar y desatar á Pedro antes que á los otros, sino porque le entregó á él solo las llaves del reino de los cielos, á él que *era la piedra* sobre que edificó su iglesia. Esta diferencia existe y existirá siempre entre los sucesores de Pedro y los sucesores de los otros apóstoles. Continua nuestro Señor:

«Otra vez os digo que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra, cualquiera cosa que pidieren se la concederá mi padre que está en los cielos: porque donde estan dos ó tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo enmedio de ellos (S. Mateo, XVIII, 19 y 20).»

Este pasaje tan fecundo en consuelos divinos es dificilísimo de explicar con exacta precision. Algunos uniéndole estrechamente con lo que precede le explican asi: si dos de vosotros que sois mis apóstoles, ó de vuestros sucesores reunidos en mi nombre, excitados é iluminados por el Espíritu Santo, piden alguna cosa en beneficio de mi iglesia, yo estaré enmedio de ellos para iluminarlos y oirlos.

Pero fuera de que esta interpretacion parece que atribuye á algunos obispos reunidos lo que solo corres-

ponde á la mayor parte, no consonaria naturalmente con la generalidad que indican al parecer estas palabras: *donde hay dos ó tres reunidos en mi nombre*. Por lo cual otros con mejor fundamento en mi concepto explican asi este pasaje: que si en general dos ó tres hijos de Dios estan congregados en nombre de Jesus para pedir, siendo excitados por el Espíritu Santo que pide en ellos, serán oidos, ya porque Dios les conceda la gracia que solicitan, ya porque les conceda otra mayor. Vease lo que dice el Apostol (epístola á los rom., VIII, 26): «Igualmente el espíritu ayuda tambien nuestra flaqueza, porque no sabemos qué pedir segun conviene; pero el mismo espíritu pide por nosotros con gemidos inefables.»

La promesa de Jesucristo es de infinito consuelo bajo dos conceptos: de una parte porque prueba la eficia indecible de la oracion de los hijos de Dios que piden en nombre de Jesus; y de otra porque podemos inferir de ahí cuán acepta á Dios y cuán eficaz es la oracion comun de toda la iglesia de Jesucristo, cuyos miembros somos, en que millones de personas piden diariamente gracias de que cada cual puede y debe esperar ser participante en calidad de miembro verdadero de dicha iglesia.

«Entonces acercándose Pedro á Jesus le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y le perdonaré yo? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesus: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por eso se ha comparado el reino de los cielos á un hombre rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos; y habiendo empezado á tomar cuentas se le presentó uno que le debia diez mil talentos. Y como no tuviese con qué pagar, mandó su Señor que fuese vendido él, su mujer, sus hijos y todo lo que tenia, y que pagase. Mas postrándose á sus pies aquel siervo le suplicaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor compadecido de aquel siervo le dejó y le perdonó la deuda. Mas habiendo salido aquel siervo encontró á uno de sus consiervos que le debia cien denarios, y agarrándole le sofocaba y le decia: Paga lo que debes. Y postrándose su consiervo le suplicaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino que fue y le envió á la cárcel hasta que pagase la deuda. Viendo sus consiervos lo que sucedia, se contristaron mucho, y fueron y contaron á su señor todo lo que habia pasado. Entonces le llamó su señor y le dijo: Siervo malo, yo te perdoné toda la deuda porque me suplicaste: ¿no era regular tambien que tú te compadecieses de tu consiervo como yo me compadecí de tí? Y enojado su señor le entregó á los verdugos hasta que pagase toda la deuda. Asi tambien hará con vosotros mi padre celestial, si cada cual no perdona á su hermano de corazon (S. Mateo, XVIII, 21 á 35)

«Y sucedió que habiendo acabado Jesus estos discursos se marchó de Galilea y fue á los confines de la Judea del otro lado del Jordan, y le siguió gran multitud de gente y los curó allí y los enseñaba de nuevo segun tenia de costumbre (S. Mateo, XIX, 1 á 2 y san Marcos, X, 1).»

CAPITULO IV.

Los apóstoles piden fuego del cielo, y los reprende Jesus.

«Y sucedió que mientras se cumplian los dias de su elevacion, se puso en camino con ánimo firme para ir á Jerusalem. Y envió mensajeros delante de él, y partiendo estos entraron en una ciudad de los samari-

tanos para prepararle hospedaje. Mas estos no los recibieron porque su traza era de ir á Jerusalem; y habiendo visto esto sus discípulos, Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma? Y volviéndose Jesus los reprendió diciendo: No sabeis de qué espíritu sois. El hijo del hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas (S. Lucas, IX, 51 á 56).»

Estos hijos del trueno manifestaban su fé: su zelo podia parecer laudable; pero era contrario á la caridad.

«Y se fueron á otro lugar. Y sucedió que como iban por el camino le dijo uno: Te seguiré á donde quiera que vayas. Díjole Jesus: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nido; mas el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Y dijo á otro: Sígueme. Mas este le dijo: Señor, permíteme que vaya primero á enterrar á mi padre. Y le dijo Jesus: Deja que los muertos entierren á sus muertos; mas tú ve y anuncia el reino de Dios (1). Y otro le dijo: Señor, yo te se-

(1) Ya hemos visto estas dos historias, asi la del que se habia presentado á nuestro Salvador para ser su discípulo, como la del que queria sepultar primero á su padre antes de seguir á aquel (S. Mateo, VII, 19 á 22). Puede que estas dos historias sean reales; sin embargo no es probable. S. Mateo no sigue el hilo de la narracion con tanta exactitud como los otros evangelistas, y en consecuencia juzgan muchos que no se ha conservado la serie de los acontecimientos en el orden con que aquel la habia dispuesto, mucho mas cuando verosimilmente no poseemos ya los originales, que se escribieron en lengua hebrea segun el testimonio de los santos padres. Mas como la traduccion griega viene de un tiempo poco apartado, del de los apóstoles; es mas probable que el mismo S. Mateo no trató de seguir estrictamente la serie de los acontecimientos.

guiré; pero dejame antes dar de mano á las cosas que hay en mi casa. Díjole Jesus: Ninguno que pone la mano en el arado y mira atras, es á propósito para el reino de Dios (S. Lucas, IX, 56 á 62).»

Los apóstoles eran propios para el reino de Dios y siguieron á Jesus en cuanto este los llamó. Pablo era propio para el reino de Dios, porque hé aqui lo que cuenta (Epíst. á los galatas, I, 15 y 16): «Mas cuando quiso aquel que me eligió desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelarme su hijo para que yo le evangelizase entre las naciones; al punto lo hice sin aconsejarme de la carne y de la sangre.» *Este vaso de eleccion*, perseverante en el mismo sentimiento y fortalecido en él por la gracia de Dios, podia decir (ibid., II, 19 y 20): «Estoy crucificado con Cristo; y vivo; mas no vivo yo, sino que vive Cristo en mí. Y si ahora vivo en este cuerpo mortal, vivo en la fé del hijo de Dios que me amó y se entregó el mismo por mí.»

No hemos sido llamados todos por Jesus al apostolado; pero todos somos convidados á seguirle. *Decia á todos*, dice el evangelista, dirigiéndose no solo á sus discípulos á quienes acababa de hablar en particular, sino á todo el pueblo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz todos los dias, y sígame.» Para conformarse con estas palabras es menester no aconsejarse de la carne y de la sangre, ni mirar hácia atras. Tambien á nosotros nos dice el angel: Salva tu vida: no mires hácia atras, ni te detengas en toda la comarca circunvecina, sino salvate en el monte, no sea que tú perezcas tambien al mismo tiempo.... Apresúrate y sálvate allí (Génesis, XIX, 17 á 22). A nosotros tambien nos grita el hijo de Dios: «Acordaos de la mujer de Lot (S. Lucas, XVII, 32).»

CAPITULO V.

Vocacion de los setenta y dos discípulos.

«Despues de esto designó el Señor otros setenta y dos y los envió de dos en dos delante de él á todas las ciudades y lugares á donde habia de ir. Y les decia: La mies es grande; pero los operarios son pocos. Pedid pues al señor de la mies que envie operarios á su mies. Id: yo os envio como corderos entre lobos. No lleveis bolsa, ni alforja, ni calzado, ni saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa en que entreis, decid primero: Paz á esta casa. Y si hubiere allí un hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz; y si no se volverá á vosotros (San Lucas, X, 1 á 6).»

Nada se pierde en la gran economía del reino de Dios; y asi como no disminuyen sus bienes invisibles por la reparticion, asi tampoco quedará sin recompensa ninguna piadosa intencion de dar en el que la formó, aun cuando aquel á quien destinó la bendicion, la haga inutil.

«Y habitad en aquella casa comiendo y bebiendo lo que tienen, porque el operario es acreedor á su recompensa. No paseis de casa en casa. Y en cualquiera ciudad que entrareis y os recibieren, comed de lo que os ponen, y curad los enfermos que hay en ella y decidles: Se acercó para vosotros el reino de Dios. Mas en cualquiera ciudad que entrareis y no os recibieren, saliendo á sus plazas decid: Hasta el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad, le sacudimos contra vosotros; sabed sin embargo que se acercó el reino de Dios. Yo os digo que en aquel dia habrá mas indulgencia para Sodoma que para aquella ciudad.

«¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Bethsaida! Porque si en Tiro y Sidon se hubiesen obrado en otro tiempo los prodigios que se han obrado en vosotros, hubieran hecho penitencia sentados en el cilicio y la ceniza. Sin embargo habrá mas indulgencia para Tiro y Sidon que para vosotros en el dia del juicio. Y tú, Cafarnaum, ensalzada hasta el cielo serás hundida hasta el infierno (S. Lucas, X, 7 á 15).»

San Gerónimo explica de dos modos estas palabras: *tú ensalzada hasta el cielo*: 1.º tú que por orgullo te has levantado tan alto contra mi doctrina: 2.º tú que por la presencia del hijo de Dios dentro de tus muros te has levantado, por decirlo asi, á la altura del cielo. Esta última explicacion me parece verdadera y en la forma pasiva mas conforme que la otra con la palabra *upsottheisa*, *ensalzada*, porque no puede tratarse de la grandeza exterior supuesto que esta ciudad nunca ocupó un lugar preeminente entre las de la Palestina. Era un pueblo bien edificado, cuyo nombre significa bello lugar.

«El que os oye á vosotros, me oye á mí, y el que os desprecia á vosotros, me desprecia á mí. Mas el que me desprecia á mí, desprecia á aquel que me envió. Y volvieron los setenta y dos con gozo diciendo: Señor, tambien se sujetan los demonios á nosotros en tu nombre. Y les dijo: Yo veia á Satanás caer del cielo como un relámpago (S. Lucas, X, 16 á 18).»

Algunos santos padres opinan que habiendo advertido nuestro Salvador alguna semilla de orgullo en el gozo de los setenta y dos discípulos, trató de sofocarla con la observacion que Lucifer habia caido de su altura por su orgullo; pero me parece mas natural creer con otros que Jesucristo hablaba de la caida que daba Satanás, cuyo poderío destruyó, segun decia poco antes de su muerte: «Ahora hé aqui el juicio del mundo: ahora será arrojado el príncipe del mundo (S. Juan,

XII, 31).» O tal vez se refieren estas palabras de San Lucas, á alguna cosa para nosotros oculta, que el Apostol tenia presente cuando llama al demonio que obra ahora sobre los incrédulos, el príncipe de la potestad del aire (1) (Epístola á los de Efeso, II, 2).

«Hé aqui que os he dado potestad de pisar las serpientes y los escorpiones y toda la fuerza del enemigo, y nada os hará daño. Sin embargo no os regocijeis porque los espíritus se sujetan á vosotros, sino regocijaos de que vuestros nombres estan escritos en el cielo.

«En aquella misma hora se regocijó Jesus en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te confieso, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas á los sabios y prudentes, y las revelaste á los pequeñuelos: sí, Padre, porque asi fue tu voluntad. Todas las cosas me han sido enseñadas por mi Padre; y nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo.

«Y volviéndose á sus discípulos dijo: Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis: porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oir lo que oís, y no lo oyeron (2) (S. Lucas, X, 19 á 24).»

(1) Es verdad que algunos intérpretes modernos entienden las tinieblas por la voz *aër*; pero esta acepcion es desconocida de los autores del nuevo testamento, quienes designan siempre las tinieblas por la voz propia *skotos*.

(2) En algunos manuscritos se lee *ebdomêkonta duo*, y S. Gerónimo escribió lo mismo. Acaso se sabia por la tradicion que el número de los discípulos era realmente de setenta y dos, aunque para hacerle redondo se los llamase á veces los Setenta.

CAPITULO VI.

Quién es el verdadero prójimo: historia del samaritano.

«Y hé aqui que se levantó cierto doctor de la ley para tentarle diciendo: Maestro, ¿qué debo yo hacer para poseer la vida eterna? Mas él le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees tú? Y respondiendo aquel dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y á tu prójimo como á tí mismo. Y le dijo Jesus: Bien has respondido: haz eso y vivirás. Mas queriendo aquel justificarse dijo á Jesus: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesus dijo: Un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de unos ladrones, que le despojaron y se marcharon dejándole cubierto de heridas y medio muerto. Pues sucedió que bajaba un sacerdote por el mismo camino (1); y viéndole pasó de largo. Igualmente un levita estando cerca del sitio y viéndole pasó adelante. Mas cierto samaritano que iba de viaje, vino junto á él, y al verle se movió á compasion. Y acercándose ligó sus heridas y echó aceite y vino en ellas, y colocándole sobre su caballería le llevó á la posada y cuidó de él. Y al otro dia sacó dos denarios y se los dió al posadero, y dijo: Cuidale, y todo lo que gastares de mas yo te lo abonaré cuando vuelva. ¿Quién de estos tres te parece que fue el prójimo del que dió en manos de los ladrones? Y el doctor dijo: El que obró misericordia con él. Y le dice Jesus: Ve y haz tú lo mismo (S. Lucas, X, 25 á 37).»

(1) Es decir, de Jerusalem á Jericó. Asi hablaban los judíos por respeto al templo: *Subir* á Jerusalem, *bajar* de Jerusalem.

Un intérprete ingenioso admira la sabiduría con que nuestro Señor arrancó á aquel hombre la confesion de la verdad. Si hubiera hecho pasar al herido por samaritano, al doctor de la ley le hubiera parecido muy justo, segun la preocupacion de los fariseos, que aquel hombre impuro quedase abandonado en el camino y bañado en su sangre. En lo demas estan divididas las opiniones en cuanto á si esta narracion es una parábola ó una verdadera historia. El mismo autor (Hugo Grocio ad Luc., cap. X) cita aqui muy oportunamente estas palabras de S. Juan en su epístola primera: «Si alguno dice: amo á Dios, y aborrece á su hermano; es un embustero, porque el que no ama á su hermano á quien ve, ¿cómo puede amar á Dios á quien no ve?»

Jesus tuvo esta conversacion con el doctor de la ley en su viaje á Jerusalem; mas los comentadores no concuerdan respecto de la fiesta por que hacia este viaje. Algunos suponen que era el último de su vida, porque dice S. Lucas: «Y sucedió que cuando se cumplian los dias de su elevacion, se puso en camino para ir á Jerusalem.» Pero el evangelista solo queria designar con estas palabras el último año de la vida mortal de Jesus, porque veremos en lo sucesivo que nuestro Señor despues de este viaje, que era el último que hacia con motivo de la fiesta de Pentecostes, pasó otra vez á Jerusalem para la de los tabernáculos, y por el invierno para la del aniversario de la dedicacion del templo, antes que fuese por la primavera á comer el cordero pascual con sus discípulos, y morir á título de cordero de Dios que se ofreció por nosotros.

CAPITULO VII.

Jesus entra en casa de Marta y María.

«Y sucedió que cuando se iba entró en un pueblo, y una mujer llamada Marta le recibió en su casa; y tenia una hermana llamada María, la cual sentada á los pies del Señor oia sus palabras. Pero Marta andaba muy cuidadosa por las cosas del servicio puntual, y vino y dijo: Señor, ¿no adviertes que mi hermana me ha dejado sola para servir? Díle pues que me ayude. Y respondiendo el Señor le dijo: Marta, Marta, tú estas cuidadosa y te turbas por muchas cosas. Mas una sola es necesaria. María eligió la mejor parte, que no le será quitada (S. Lucas, X, 38 á 42).»

Veremos que Jesucristo amaba á las dos hermanas, asi como á su hermano Lázaro, de quien no habla San Lucas, tal vez porque su intencion en esta narracion era fijar nuestra atencion en la única cosa necesaria por medio de las palabras de Jesucristo, y conteniéndose en el espíritu de la misma narracion no queria tratar de otros asuntos.

Marta recibió á nuestro Salvador con una atencion particularísima; pero quizas se mezclaba alguna cosa personal en los obsequios que le hacia á él, y probablemente tambien á sus discípulos. Marta no obraba con una simplicidad perfecta, porque donde existe esta desaparecen los cuidados é inquietudes. María veia bien que su hermana estaba haciendo preparativos vanos é inútiles, en los que no tomó parte alguna porque sabia que agradaria mas á su divino huesped oyendo de su boca *las palabras de vida eterna*, como que por esta razon habia entrado en la casa de ellas, del mismo modo que algunos años antes habia pedido á la samari-

tana un poco de agua fresca de la fuente, para que ella le pidiese *de aquel agua que debia hacerse una fuente de agua que brota para la vida eterna.*

Las dos hermanas han sido consideradas como una imagen de la vida activa y contemplativa. Con todo no olvidemos que si una vocacion particular no nos llama á los desiertos ó á las ermitas de los anacoretas ó á un convento, y si vivimos en sociedad con los otros hombres, no debemos retraernos de las obras exteriores de la caridad para entregarnos exclusivamente á la meditacion y á la oracion, aunque esta encierra deseos en favor del prójimo.

La única cosa necesaria es que nos empeñemos sin cesar en caminar en la presencia de Dios, y que procuremos cumplir en todo su santa voluntad en la serenidad del amor, en una serenidad que no turban las obras exteriores.

Maria hubiera tomado ciertamente parte en el solícito afan de su hermana, si no hubiese echado de ver que esta hacia ya demasiados preparativos, y perdia los momentos preciosos que pasaba el hijo de Dios en su casa.

Todo tiené su tiempo, como dice el sabio. Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, y sustentar al hijo de Dios, darle de beber y vestirle en la persona de los que tienen hambre y sed y estan desnudos, es una santa vocacion, es la condicion con que se concede el cielo; pero tambien el buscar á Dios en el silencio tranquilo de su aposento ó al pie de los altares, presentarse á él con todo el peso de nuestras miserias y arrojarse en el Océano de su misericordia tiene su tiempo; y el que no procura sacar de la soledad la plenitud de Dios, dificilmente conservará la tranquilidad interior en la confusion exterior de los negocios, á no ser que Dios le imponga

tal cúmulo de obras de caridad, que absorva en ellas todo el tiempo. Entonces no se le pasaria la única cosa necesaria, aun enmedio del torbellino de los negocios; y aquel á cuyos pies no podria sentarse como María, le acompañaria en su camino y le sostendria en pie si su vocacion le llamaba al tumulto del mundo, como sostuvo en otro tiempo á su discípulo.

El autor de nuestra salud nos enseñó con su doctrina y ejemplo en qué consistia la única cosa necesaria cuando decia: « Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió para que concluya su obra. »

CAPITULO VIII.

De la oracion y su eficacia.

« Y sucedió que estando en oracion en cierto lugar, luego que cesó de orar, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos á orar como Juan enseñó á sus discípulos. Y les dijo: Cuando orais decid: Padre (nuestro, que estas en los cielos), santificado sea tu nombre: venga tu reino (hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo): danos hoy nuestro pan de cada dia; y perdónanos nuestros pecados, supuesto que nosotros tambien perdonamos á todo el que nos debe. Y no nos induzcas en tentacion (S. Lucas, XI, 1 á 4). »

Las palabras que van entre paréntesis, no se hallan en todos los manuscritos griegos de S. Lucas, y vemos por la Vulgata que S. Gerónimo no debió hallarlas tampoco en el que le servia de modelo, supuesto que las omitió. Segun el testimonio del padre Calmet, las palabras, *Padre nuestro que estás en los cielos*, se hallan en la mayor parte de los manuscritos griegos. La tercera peticion: *hágase tu voluntad asi en la tierra como en el cielo*, solo existe en algunos manuscritos griegos.

Orígenes no la halló en el Evangelio de S. Juan, y es probable que S. Agustin tampoco, porque dice formalmente que este evangelista no trae mas que cinco peticiones en el Padre nuestro, y S. Mateo trae siete. La última peticion: *y no nos induzcas en tentacion*, no se halla mas que en unos pocos manuscritos del Evangelio de S. Lucas, y Orígenes no la encontró tampoco en los que tenia.

Acaso ¿era la intencion de S. Lucas hablar solo en compendio de aquello de que habia hablado S. Mateo mas á la larga antes de él (1), asi como en el discurso de la montaña no cuenta mas que cuatro bienaventuranzas, siendo asi que S. Mateo enumeró ocho?

Si el evangelista S. Lucas observa bien la sucesion del tiempo, el lugar en que predicaba Jesus era probablemente en el monte Olivete, porque este está situado cerca de la ciudad santa, en el camino que va á Bethania, distante quince estadios, es decir, media legua larga ó tres cuartos de hora escasos de Jerusalem y de la residencia de María, Marta y Lázaro.

«Y les dice: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo é irá á buscarle á media noche y le dirá: Amigo, prestame tres panes, porque ha llegado á mi casa un amigo mio que va de camino, y no tengo nada que darle? Y respondiendo aquel desde adentro dice: No me importunes: ya está cerrada la puerta, y mis criados estan en la cama: no puedo levantarme y dartelos. Y si el

(1) Segun aparece de la mayor parte de los manuscritos griegos del Evangelio de S. Mateo, este le escribió en el año 41. Algunos manuscritos del evangelio de S. Lucas dicen que este se escribió en el año 48; con todo se cree que no le compuso hasta despues de volver de Roma, á donde le acompañó á S. Pablo el año 64.

otro persistiere en llamar, os digo que si no le diere levantándose porque es su amigo, á lo menos se levantará por su importunidad y le dará cuanto necesite. Y yo os digo: Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis; y llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe, y el que busca, halla, y al que llama, se le abrirá. Y ¿quién de vosotros pide pan á su padre, y este le da una piedra? ¿O si pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le alargará un escorpion? Si pues vosotros siendo malos sabeis dar buenos dones á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro padre del cielo dará un buen espíritu á los que le piden? (S. Lucas, XI, 5 á 13).»

CAPITULO IX.

Otros discursos de Jesucristo.

Diferentes escritores han manifestado ya que no es posible indicar siempre con certeza la sucesion de los acontecimientos cotejando los cuatro evangelistas. Todavía es mas dificil determinar la época en que nuestro Señor pronunció tal ó cual discurso, de que no quisiera yo omitir á sabiendas ni una sola palabra, aunque no siempre sea facil ni aun posible distinguir las circunstancias en que expresa mas de una vez el mismo pensamiento con palabras algo diferentes (lo que necesariamente debia suceder, supuesto que hablaba en ocasiones análogas á personas semejantes), y en que algunos evangelistas le hacen decir lo mismo y en la misma ocasion en términos un tanto distintos. Hasta esta diferencia puede tener su significacion: por ejemplo en el sermon de la montaña dice Jesucristo segun S. Mateo (cap. V, v. 48): «Sed pues perfectos como vuestro pa-

dre celestial es perfecto;» y segun S. Lucas (cap. VI, v. 36) dice: «Sed pues misericordiosos como vuestro padre es misericordioso.»

Inmediatamente despues de lo que hemos visto en el capítulo precedente, siguen en S. Lucas algunas narraciones y discursos que leemos en S. Mateo y San Marcos en una época anterior; pero S. Lucas nos comunica las palabras siguientes de Jesucristo que hemos oido en el discurso de la montaña citado por S. Mateo, excepto lo que se añade al fin: «Tu ojo es la antorcha de tu cuerpo. Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será luminoso; pero si fuere malo, tu cuerpo tambien será tenebroso. Mira pues no sea que la luz que hay en tí sea tinieblas (1). Asi si todo tu cuerpo fuere luminoso sin tener ninguna parte de tinieblas, será todo luminoso y te iluminará como la lámpara de resplandor (San Lucas, XI, 34 á 36).»

Lo que es hermoso, dice Sócrates en Platon, lo es solamente por la participacion de la hermosura primitiva: el sabio es sabio por la participacion de la sabiduría &c. La sustancia de Dios es simple. Lo simple es simple por su participacion en la mas alta simplicidad. La voluntad dirigida hácia Dios, que no quiere mas que lo que Dios quiere, porque Dios lo quiere, y como Dios lo quiere, debe hacerse en nosotros la lám-

(1) La Vulgata dice tambien: *Vide ergo ne lumen quod in te est, tenebræ sint*; asi como las traducciones nuevas que tengo á la vista. Sin embargo me parece que el griego *scopei oun, mé to phôs to en soi scotos estin* tiene mas bien este sentido: Mira pues si la luz no es *acaso* tinieblas en tí. Es una satisfaccion para mí ver que Hugo Grocio halló el mismo sentido. *Laudo eos*, dice, *qui vertunt: Considera an non lux tua tenebræ sint* (Annot. in novum test. a. h. 1).

para, con la cual debemos dirigirnos para *caminar delante del Señor y llegar á ser perfectos, para caminar en la luz asi como él está en la luz* (Epist. I de San Juan, I, 7). En esto consiste el misterio simplicísimo de la simplicidad y la perfeccion entera de los espíritus. El mundo mismo dice de un hombre que se deja arrebatar de sus pasiones en detrimento de sus intereses temporales, que está obcecado, que está ciego. No menos ciego es el ojo del sabio mundano, y su estado es tanto peor, cuanto que cree ver y ver bien.

La pureza de intencion dirigida hácia Dios en todo lo que hacemos derrama luz sobre todas nuestras acciones, y nos hace *participar de la gloriosa libertad de los hijos de Dios*, como dice S. Pablo (Epist. á los rom., VIII, 21). Esta libertad parece como una servidumbre al mundo subyugado por las concupiscencias pasajeras, siendo asi que solo es verdaderamente libre aquel cuya voluntad se conforma con la voluntad de Dios, y por este medio participa, por decirlo asi, de la omnipotencia de Dios, como dice el gran Fenelon en una parte, si no me engaño, porque nada le sucede contra su voluntad, porque quiere todo lo que Dios quiere, y porque dichoso en el amor no lo quiere sino por amor.

CAPITULO X.

Jesucristo clama contra la hipocresía y el amor á las riquezas. Anima á sus discípulos y á todos los cristianos. Vigilancia cristiana.

«Mas habiéndose reunido al rededor gran multitud de gente, de modo que se pisaban unos á otros, empezó á decir á sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía, porque na-

da hay oculto que no se revele, ni nada escondido que no se sepa. Porque lo que habeis dicho en las tinieblas, se dirá á la luz, y lo que habeis hablado al oido en vuestros aposentos, se publicará en los tejados. Y yo os digo á vosotros que sois mis amigos: No os amedrenten aquellos que matan el cuerpo y no pueden hacer otra cosa despues. Mas yo os manifestaré á quién habeis de temer: temed á aquel que despues que ha matado tiene potestad de enviar al infierno. Sí, os digo, temed á este. ¿Acaso no se venden cinco pájaros por un dipondio? pues ni uno de ellos está olvidado delante de Dios. Todos los cabellos de vuestra cabeza estan contados: no temais pues: vosotros valeis mas que muchos pájaros. Y yo os digo: todo el que me confesare delante de los hombres, tambien le confesará el hijo del hombre delante de los ángeles de Dios; mas el que me negare delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios. Y todo el que habla contra el hijo del hombre, le será perdonado; mas á aquel que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado (S. Lucas, XII, 1 á 10).»

Ya hemos hablado del pecado contra el Espíritu Santo. Si consiste como no es dudoso en una resistencia obstinada contra la verdad, es claro que Jesucristo entiende por aquellos á quienes será perdonado, los hombres que desconocian su persona mientras vivia aun y no habia resucitado de los muertos; y los perdonará á no ser que fuesen testigos de sus milagros como los fariseos, y atribuyesen como ellos al demonio sus obras hechas por virtud del Espíritu Santo blasfemando así contra el divino espíritu.

Nuestro Señor continua hablando á sus discípulos: «Mas cuando os llevaren á las sinagogas y delante de los magistrados y las potestades, no cuideís de cómo ó qué habeis de responder ó decir, porque el Espíritu

Santo os enseñará en aquella misma hora lo que conviene que digais. Y le dijo uno de la multitud: Maestro, dí á mi hermano que parta conmigo la herencia. Mas Jesus le dijo: Hombre, ¿quién me ha nombrado á mí juez ó partidor entre vosotros? (S. Lucas, XII, 13 y 14).»

Jesucristo desechando la peticion de este hombre enseñó á sus discípulos y á los sucesores de estos que son los administradores de los bienes invisibles y espirituales, y que su reino no es de este mundo, como dice S. Juan (cap. XVIII, v. 36).

«Y les dijo: Mirad y guardaos de toda avaricia, porque la vida de un hombre no está en la abundancia de las cosas que posee. Y les dijo esta parábola: El campo de cierto hombre rico dió frutos abundantes, y pensaba este hombre entre sí diciendo: ¿Qué haré que no tengo donde encerrar mis frutos? Y dijo: Haré una cosa: destruiré mis trojes y las haré mas grandes, y allí encerraré todos los frutos que han nacido, y mis bienes, y diré á mi alma: Alma, tienes muchos bienes depositados para muchos años: descansa, come, bebe y diviertete. Mas Dios le dijo: Necio, esta noche te piden tu alma: ¿de quién serán las cosas que has aprestado? Asi es el que atesora para sí y no es rico para con Dios. Y dijo á sus discípulos: Por eso os digo yo: no os acongojeis por vuestra vida sobre qué habeis de comer, ni por vuestro cuerpo sobre qué habeis de vestir. La vida es mas que el alimento, y el cuerpo mas que el vestido. Considerad los cuervos que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa, ni granero, y Dios los sustenta. ¡Cuánto mas valeis vosotros que ellos! ¿Y quién de vosotros puede con sus cavilaciones añadir un solo codo á su estatura? Si pues no podeis ni aun la cosa mas mínima, ¿por qué os acongojais por lo demas? Considerad cómo crecen los lirios, y no trabajan ni hilan; pues

yo os digo que ni Salomon en toda su gloria se vestia como uno de ellos. Y si Dios viste así el heno, que hoy está en el campo y mañana es echado al horno; ¡cuánto mejor á vosotros, hombres de poca fé! Y no busqueis lo que habeis de comer ó beber, ni trateis de ensalzaros (1), porque las gentes del mundo buscan todas estas cosas; pero vuestro padre sabe que las necesitais. Mas buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán de añadidura. No temais, rebaño pequeño, porque vuestro padre ha querido daros el reino.

«Vended lo que poseeis y dad limosna: haceos bolsas que no se gastan, y un tesoro que no se consume jamás en el cielo, á donde no se acerca el ladron, ni los gusanos le devoran: porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon. Esten ceñidos vuestros riñones, y tened antorchas encendidas en vuestras ma-

(1) *No os inquieteis pues*, *kai mè meteôrizeshe*. La Vulgata trae: *Et nolite in sublime tolli*, asi como Lutero: No trateis de ensalzaros. Sin duda que la palabra griega puede tener este sentido; pero al evangelista le hubieran ocurrido voces mas usadas para expresarle. No podia hallar expresion mas exacta que esta para decir: Y no fluctueis entre el temor y la esperanza, no quedeis vacilantes. Segun el testimonio de Grocio la traduccion siriaca dice: «No os dejeis distraer con estos pensamientos.» Teofilacto explica tambien la palabra griega *por dejarse distraer y acosar de pensamientos inconstantes*: *Meteorismos perispasmos*, *kai è tou logou astatos periphora*. La Biblia inglesa dice muy bien: *Neither be ye of doubtfull mind*, y aun mejor en la glosa marginal: *Live not in carefull suspense*. Este sentido concuerda sin duda mejor con lo que precede y sigue, que el otro que amonesta contra el orgullo de que no se trataba. Horacio expresa muy bien asi el mismo pensamiento: *Neu fluitem dubiæ spe pendulus horæ* (Hor. epist. I, XVIII, 100).

nos, y pareceos vosotros á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas (1), para que cuando venga y llame al punto le abran. Dichosos aquellos siervos á quienes cuando viniere el señor, hallare en vela: en verdad os digo que se ceñirá y los hará sentarse á su mesa y les servirá en pie. Y si viniere en la segunda vigilia, y si viniere en la tercera, y los hallare así, son dichosos aquellos siervos. Mas sabed una cosa: que si supiera el padre de familia á qué hora habia de venir el ladron, velaria ciertamente y no dejaria asaltar su casa. Y vosotros estad preparados, porque en la hora que no pensais vendrá el hijo del hombre. Y le dijo Pedro: Señor, ¿dices esta parábola para nosotros ó para todos? Dijo el Señor: ¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente que puso el señor sobre su familia para que les dé la medida de trigo á su tiempo? Dichoso aquel siervo á quien cuando viniere el Señor, encontrare obrando así. En verdad os digo que le pondrá sobre todos los bienes que posee. Y si dijere aquel siervo en su corazon: Mi amo tarda en venir; y empezare á golpear á los criados y criadas, y á comer y beber y embriagarse; vendrá el señor de aquel siervo en el dia que no espera y á la hora que no sabe, le separará, y le dará su parte con los infieles (2). Y aquel siervo que conoció la voluntad de su señor y no se preparó y no obró segun la voluntad de aquel, llevará muchos azotes; mas el que no la conoció é hizo cosas dignas de castigo, llevará pocos azotes: porque á todo aquel á quien se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y á

(1) *Ek tôn gamôn*; *gamos* significa *bodas*; pero tambien significa banquete nupcial, y por eso se usa para expresar un *convite*.

(2) La expresion griega *dichotomein* significa partir por medio, que era una pena de muerte en diversos pueblos de la antigüedad. Por eso se usa tambien en gene-

aquel á quien encomendaron mucho, le pedirán mas. Yo he venido á echar fuego á la tierra; ¿y qué quiero si no que se encienda? Tengo que ser bautizado con un bautismo, ¡y cuán violento estoy hasta que se cumpla (1) (S. Lucas, XII, 15 á 20)»

Muchos padres de la iglesia entienden por este fuego el del amor divino que nuestro Salvador queria encender y que habia encendido en efecto por su santa religion, un fuego que consume todo lo que es impuro cuando obra con su fuerza, y que se levanta como la llama de las víctimas pura y agradable á Dios, que purifica los afectos naturales, y purificándolos los realza para que uniéndose á Dios puedan arder eternamente en aquella hoguera.

Tambien pudiera entenderse por este fuego la propagacion rápida de la religion de Jesucristo, que despues de su muerte lo consumió todo á su rededor como un incendio; pero esta explicacion no excluye la otra, porque la caridad se propaga con la religion de Jesucristo.

ral para expresar otras penas capitales; pero tambien significa dividir, separar, excluir. Tertuliano la traduce aqui por *segregare*, separar: otros la explican por quitar á alguno su cargo. La palabra *separar* me parece la verdadera, porque concuerda bien con lo siguiente. El señor separará á aquel siervo malo que era tan infiel, de los otros siervos á quienes habia maltratado, y le dará su parte con los infieles. La voz *apìstos* significa infiel, lo mismo que incrédulo. Este castigo de recibir su parte con los infieles excluye seguramente una pena de muerte anterior.

(1) Los hebreos acostumbraban representar las grandes pesadumbres por medio de aguas profundas, y las divinas escrituras habian consagrado esta imagen poética. David alababa á Dios en estos términos por haberle sacado de grandes aflicciones (Salmo XVII, v. 17): «Del

CAPITULO XI.

Pilato derrama la sangre de algunos galileos mientras estaban sacrificando. Curacion de una mujer atormentada de los demonios hacia diez y ocho años.

« En aquel mismo tiempo se llegaron algunos hombres á hablarle de los galileos, cuya sangre mezcló Pilato con sus sacrificios. Y Jesus respondiendo les dijo: ¿Pensais que estos galileos fueron mas pecadores que todos los galileos porque padecieron asi? No, os lo digo; pero si no hiciereis penitencia, todos perecereis del mismo modo (S. Lucas, XIII, 1 á 3).»

alto cielo envió el Señor, y me recibió y me sacó de las aguas profundas.» Presumiendo Elifaz que Job habia merecido sus males por algun pecado dice: «Las tinieblas han cubierto tus párpados, y te rodea la inundacion de las aguas.» David dice tambien (Salmo XLI, 8): «Un abismo llama otro abismo al ruido de tus cataratas: todos tus diluvios y tus olas pasaron sobre mí.»

Yo pudiera citar otros pasajes, por ejemplo el del salmo XXXI, v. 8, en que se representan grandes dolores bajo la imágen de una inundacion de muchas aguas.

El bautismo de Juan se daba por inmersion de todo el cuerpo en el agua, y del mismo modo nuestro bautismo sacramental en los primeros tiempos del cristianismo. La voz alemana *taufen* alude á este uso como la griega *baptisma*, porque *taufen* significa en su origen *sumergir*. Ahora se ve por qué llamó Jesucristo á su pasion un bautismo en esta circunstancia y en otra posterior (san Marcos, X, 38 y 39).

Las palabras *kai pôs sunechomai eôs otou telesthê* se traducen ordinariamente: «Y ¡cuán turbado estoy (ó bien ¡cuán inquieto!) hasta que se cumpla (es decir, este bautismo!)» La Vulgata dice con mucha exactitud conforme al griego: *Et quomodo coarctor usque dunc perficiatur* (*baptismus*). La palabra *sunechesthai* tiene sin duda la significacion de *estar estrechado, oprimido*; pero ¿no ex-

Estos galileos eran probablemente de la secta de Judás Gaulonita, de quien he hablado en otra parte como de un hombre revoltoso que reputaba por una idolatría criminal el pago de todo tributo á los romanos, y tenia muchos partidarios asi en Galilea como en Judea. Levantó otra vez la cabeza cuando Arquelao fue desterrado y se convirtió la Judea en provincia romana; lo cual ocurrió el año diez ó once despues del nacimiento de Jesucristo. Esta secta subsistió hasta la destruccion de Jerusalem. Como Pilato no ejercia ninguna autoridad en Galilea, donde reinaba Herodes Antipas en calidad de tetrarca, aprovechó la ocasion que se le presentaba cuando fueron unos gaulonitas á ofrecer sacrificios, para cogerlos en el templo y quitarles la vida. Con este hecho debió atizar todavía mas el fuego de un justo descontento, que estaba oculto bajo la ceniza y

presará aqui la violencia del deseo con que nuestro Señor queria ofrecerse como víctima por nosotros, y que habia manifestado á sus discípulos en la noche de la cena segun la enérgica expresion hebrea: «Con deseo he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de padecer?» A la verdad la santa humanidad del hombre Dios se estremecia en el huerto al contemplar la pasion, de que solo eran una debil sombra el martirio exterior y la muerte de cruz; pero no me parece verosimil que con el conocimiento actual y presente de aquellas angustias dijese á sus discípulos, que seguramente no tenian entonces ninguna idea de ellas, que se horrorizaba de aquel bautismo. Es tambien de notar que S. Ireneo que habia conocido y oido á S. Policarpo, discípulo de san Juan evangelista, vierte asi este mismo pasaje: «Otro bautismo con el cual debo ser bautizado me espera, y estoy impaciente por recibirle: *Allo baptisma echô baptisthênai, kai panu epeisgomai eis auto.*» Entre los comentadores modernos Grocio, Maldonado y Sacy se inclinan á esta interpretacion.

que él procuraba sofocar. Debia irritar contra sí á los judíos lo mismo que á Herodes, á quienes habia ofendido, á los unos en sus derechos mas sagrados, al otro en su consideracion. Si esta accion provocó la enemistad entre él y Herodes de que habla S. Lucas en el capítulo XXIII, duró poco tiempo.

Los que referian este acontecimiento á nuestro Señor, habian vuelto verosimilmente despues que él de la fiesta de Pentecostes. Jesucristo continua hablando asi:

«Como aquellos diez y ocho sobre quienes cayó la torre de Siloe y los mató: ¿pensais que fueron mas culpables que todos los hombres habitantes en Jerusalem? No, os lo digo; pero si no hiciereis penitencia, todos perecereis del mismo modo (1) (S. Lucas, XIII, 4 y 5).»

De este acontecimiento no se sabe mas que lo que cuenta el evangelista. Estas diez y ocho personas asi como los galileos perecieron tal vez en el acto de acometer una empresa criminal. La muerte repentina amedrenta á los vivos; pero en vano aterra á los pecadores si no hacen penitencia. El fin del pecador impenitente es terrible, aun cuando muera en la apariencia con una muerte tranquila enmedio de los suyos que le prodigan todo su cuidado y atencion. Nuestro Señor trata de precavernos de este fin:

«Y decia tambien esta parábola: Uno tenia una higuera plantada en su viña, y fue buscando fruto en

(1) La torre de Siloe estaba construida probablemente cerca de la muralla exterior de Jerusalem al lado oriental, de donde salia al pie de la montaña de Sion la fuente de Siloe, que formaba el lago de este nombre y suministraba á los habitantes de la ciudad el agua necesaria para su uso, regando de paso muchos jardines y arboledas en las cercanías de Jerusalem.

ella y no le halló. Y dijo al cultivador de la viña: Ya hace tres años que vengo buscando fruto en esta higuera y no le encuentro: córtala pues: ¿para qué ocupa la tierra? Mas respondiendo aquel le dice: Señor, déjala por este año hasta que cave al rededor de ella y eche estiercol, y tal vez dará fruto; pero si no, la cortarás mas adelante (S. Lucas, XIII, 69)»

Jesucristo habia ejercido su santo ministerio cerca de tres años, y el pueblo no habia hecho penitencia si se exceptuan unos pocos. Estaba maduro para el juicio de Dios, especialmente en aquel tiempo en que habia ya tan grande fermentacion entre los judíos, y cuando el gobierno de Tiberio, emperador romano, y las crueldades de Pilato podian ocasionar una insurreccion general, perturbar el estado y destruir el templo. Mas la misericordia de Dios y la intercesion del pontífice eterno suspendieron aun este juicio; y no fue en vano, porque al cuarto año, poco despues de la ascension del hijo de Dios, salió de la raiz seca de Jerusalem una comunidad magnífica, la madre de todas las comunidades cristianas. Y cuando llegó el tiempo de cortar el tronco viejo y arrojarle al fuego, ya otros nobles vástagos producian frutos de salud en tres partes del mundo.

«Y estaba enseñando en su sinagoga un sábado, y acudió una mujer que tenia un espíritu que le causaba una enfermedad hacia diez y ocho años, y estaba agobiada y no podia absolutamente mirar á lo alto. Y viéndola Jesus la llamó y le dijo: Mujer, estás libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos, y al instante se enderezó y glorificaba á Dios. Mas indignado el jefe de la sinagoga de que Jesus habia curado en sábado, decia al pueblo: Seis dias hay en que se debe trabajar; venid pues en estos y curaos, y no en sábado. Mas respondiéndole el Señor dijo: Hipócritas, todos vosotros ¿no desatais del pesebre vuestros bueyes ó vuestros

asnos y los llevais á beber agua? ¿Pues no convenia que esta hija de Adam, á quien ató Satanás hace diez y ocho años, quedase libre de esta atadura en dia de sábado? Y diciendo esto se avergonzaban todos sus adversarios, y todo el pueblo se alegraba de todas las cosas que él hacia gloriosamente (S. Lucas, XIII, 10 á 17).

«El iba por las ciudades y lugares enseñando y caminando hácia Jerusalem. Y le dijo uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Mas él les dijo: Esforzaos á entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Y cuando entrare el padre de familia y cerrare la puerta, os quedareis fuera y empezareis á llamar diciendo: Señor, ábrenos; y él os responderá: No sé de dónde sois. Entonces empezareis á decir: Hemos comido y bebido delante de tí, y has enseñado en nuestras plazas. Y él os dirá: No sé de dónde sois, retiraos de mí todos los que obrais la iniquidad. Allí será el llanto y el rechino de dientes, cuando viereis á Abraham, Isaaa, Jacob y todos los profetas en el reino de Dios, y que vosotros sois echados fuera. Y vendrán del Oriente y del Occidente, y del Aquilon y del Austro y se sentarán en el reino de Dios. Y hé aqui que los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos (S. Lucas, XIII, 22 á 30).»

Acaso se preguntará: ¿cómo se han de esforzar á entrar por la puerta estrecha sin poder lograrlo? ¿No, dijo el mismo hijo de Dios: Buscad y hallareis? Hay modos de buscar y de esforzarse. El que ha servido al mundo, se ha saciado de sus placeres, se ha burlado de Dios, y hecho inútiles las amonestaciones de toda clase, deseará tal vez en la última hora ó en los postreros dias de su avanzada edad entrar aun en el buen camino; pero aprisionado de mucho tiempo atrás en las cadenas de Satanás, encorvado hácia la tierra con el peso de todas sus malas inclinaciones, incapaz por sí de

levantar la cabeza al cielo y de abrir su corazon manchado al sentimiento de una penitencia verdadera, turbado únicamente por el temor de la muerte y del infierno, sin desear el cielo mas que porque la tierra huye de él y se abre el abismo á sus pies, ¡qué riesgo corre de quedar abandonado á sí mismo y de no recibir de Dios la gracia superabundante de amarle, mayormente cuando buscándose á sí propio no busca á Dios de todo corazon, ni pide la gracia como debiera pedirla!

Y nadie está á cubierto de este peligro si su corazon no está unido á Dios, porque tan propio es de la naturaleza moral caer si no se levanta al Señor, como de los cuerpos físicos el caer en tierra si no los sostiene alguna cosa. Mientras nuestro corazon no está unido á Dios, avanzamos en la perdicion por estimables que parezcamos, y por mucho que deslumbre, el brillo de nuestras virtudes humanas.

Por tanto es necesario combatir y pelear contra nuestra naturaleza corrompida. Nosotros no podemos nada por nosotros mismos; pero si la voluntad es buena, entonces *la fuerza se perfecciona en la debilidad* (1), como dice el Apostol; mas nuestra voluntad no es buena sino por la caridad, y esta caridad es un don del Espíritu Santo que no puede prometerse con seguridad *el que contrista al espíritu de Dios*, para valerme de la tierna expresion de la misericordia divina.

(1) Non aliter, quàm qui adverso vix flumine lembun.
Remigiis subigit; si brachia fortè remisit,
Atque illum in præceps prono rapit alveus anne.

(VIRG. GEORG.)

CAPITULO XII.

Jesus debe morir en Jerusalem: su bondad para con esta ciudad ingrata.

« En el mismo dia se acercaron algunos fariseos diciéndole: Sal y vete de aqui, porque Herodes quiere matarte. Y les dijo: Id y decid á aquella zorra que yo lanzo los demonios y curo las enfermedades hoy y mañana, y al tercer dia seré consumado. Sin embargo conviene que yo ande hoy y mañana y al dia siguiente, porque no es conveniente que un profeta perezca fuera de Jerusalem.

« Jerusalem, Jerusalem, que matas á los profetas y apedreas á los que son enviados á tí; ¡cuántas veces quise reunir á tus hijos como el ave á sus hijuelos debajo de sus alas, y no quisiste (S. Lucas, XIII, 31 á 34).»

Nuestro Señor repite mas adelante estas mismas palabras en Jerusalem unos cuantos dias antes de su muerte: actualmente estaba en Galilea. El evangelista S. Lucas las pone tal vez aqui para ligarlas con lo que se ha dicho de Jerusalem en el pasaje anterior. Es probable que las dijo dos veces.

CAPITULO XIII.

Cuáles son los primeros puestos. Preferencia que se ha de dar á los pobres. Banquete á que no asisten los convidados. Condiciones para ser discípulo de Jesus.

« Y sucedió que entrando Jesus en la casa de uno de los principales fariseos á comer un sábado le observaban los que habia allí. Y hé aqui que estaba delante

un hombre hidrópico, y Jesus hablando á los doctores de la ley y á los fariseos dijo: ¿Es lícito curar en sábado? Mas ellos callaron, y cogiendo Jesus al hombre le curó y le despidió. Y hablando á aquellos en seguida dijo: ¿A quién de vosotros se le caerá un asno ó un buey en un pozo, y no le sacará al punto, aunque sea sábado? Y no podian responderle á esto.

« Y decia esta parábola á los convidados al ver cómo escogian los primeros puestos. Cuando fueres convidado á unas bodas, no te sientes en el primer lugar no sea que esté convidado uno mas distinguido que tú, y viniendo el que te convidó á tí y á él te diga: Da tu lugar á este. Y entonces vayas avergonzado á ocupar el último puesto. Mas cuando fueres convidado, ve y sientate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces será una gloria para tí delante de los que estan á la mesa (S. Lucas, XIV, 1 á 10).»

Nuestro Señor no recomendó seriamente estas reglas de la prudencia humana, cuyo único fin era proporcionar una distincion mayor. Jesucristo hablaba aqui con una especie de ironía probablemente sonriyéndose, para hacer ver á aquellos hombres vanos cuya alma hinchada de orgullo no era tan facil de curar como el cuerpo hinchado del hidrópico, cuán inútiles eran para conseguir su objeto los esfuerzos con que aspiraban á las ventajas exteriores, aun segun su propio modo de considerar las cosas. Despues abrazando de una sola ojeada lo eterno y lo terreno continúa gravemente (v. 11): «Porque todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado.»

«Decia tambien al que le habia convidado: Cuando das una comida ó una cena, no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á los vecinos ricos, no sea que estos te conviden á tí luego y te paguen

el favor recibido. Mas cuando das un convite, convida á los pobres, á los achacosos, á los cojos y á los ciegos, y serás dichoso, porque no tienen con qué pagarte, y se te pagará en la resurreccion de los justos. Habiendo oido esto uno de los que estaban á la mesa, le dijo: Bienaventurado el que coma el pan en el reino de Dios (san Lucas, XIV, 12 á 15).»

Esta orden de Jesucristo no se ha de tomar ni seguir á la letra, sino segun el espíritu que la dictó. Dar grandes banquetes únicamente por ser convidado despues, y competir en lujo y en regalo mientras que los pobres, los miembros de Jesucristo, carecen de lo necesario, eso es lo contrario á la doctrina cristiana, y contra eso clama nuestro Señor. Pero hay conexiones sociales que imponen á los grandes de la tierra, á sus primeros servidores y á otras personas distinguidas por su clase y riqueza ciertos deberes de correspondencia que los obligan á dar convites. Estos no son condenados aqui, como tampoco aquellas comidas amistosas é inocentes en sí, de que se aprovechan las personas que piensan bien para sacar fruto, aunque no fuera mas que para proporcionar útiles distracciones y mantener las relaciones de amistad. En nuestras costumbres si uno convidara á su mesa pobres, lisiados, cojos y ciegos, seria acusado de hipócrita, y por consiguiente daria escándalo y ofenderia á sus huéspedes; pero esquivarse de los infelices, hacer ostentacion de opíparos banquetes y olvidarse del indigente, negarle un corto socorro cuando nos encuentra y despedirle con dureza, ese es un pecado contra el cual clama nuestro Señor con mas vehemencia que contra otro cualquiera.

« Mas Jesus le dijo (es decir, al convidado que le habia dicho: Bienaventurado el que coma el pan en el reino de Dios): Un hombre dió un gran convite y con-

vidó á muchos. Y á la hora de comer envió á su siervo á decir á los convidados que fuesen, porque ya estaba todo preparado, y todos juntamente empezaron á excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja y tengo necesidad de salir y verla: te ruego que me disculpes. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlas: te ruego que me disculpes. Y otro dijo: Me he casado, y por eso no puedo asistir. Y volviendo el siervo participó esto á su señor. Entonces enojado el padre de familia dijo á su siervo: Sal pronto á las plazas y calles de la ciudad, y trae aqui á los pobres, á los achacosos, á los ciegos y á los cojos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aun queda lugar. Y dijo el señor á su siervo: Sal á los caminos y á los vallados, y obliga á entrar para que se llene mi casa. Mas yo os digo que ninguno de los que han sido convidados probará mi cena (S. Lucas, XIV, 16 á 24).»

Es claro que nuestro Señor habla aqui de la ingratitud de los judíos y de la vocacion de los gentiles; pero como muchos de los primeros habian recibido ya entonces la doctrina de Jesus, me parece muy natural la explicacion de S. Agustin y del papa S. Gregorio el Grande. Por los que fueron convidados los primeros entienden estos dos doctores los sacerdotes, los fariseos y los caudillos del pueblo que desecharon su convite celestial: por los que fueron llevados de las plazas públicas y de las calles de la ciudad, entienden algunos pobres judíos que recibieron su doctrina; y por último por los que fueron buscados en los caminos y vallados, entienden los paganos (Aug. Quæst. Evang., II, 10, Greg. Magn. in Evang., hom. 36).

Cuando se dice: obliga á entrar (*anagkason eiseltheim*), no se trata de una violencia exterior contraria al espíritu evangélico, sino de la fuerza divina que se

apodera de las almas y las arrastra; porque la violencia de aquel cuyo yugo es suave y cuya carga es ligera, es tan dulce como poderosa.

«E iban con él muchas turbas, y volviéndose les dijo: Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre, y á su madre, y á su mujer, y á sus hijos, y á sus hermanos, y á sus hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros queriendo edificar una torre no se sienta primero, y calcula los gastos que son necesarios y si tiene para acabarla, no sea que despues que haya echado los cimientos y no pudiese acabarla, todos los que lo ven comiencen á burlarse de él diciendo: Ese hombre empezó á edificar y no pudo acabar (1)? O ¿qué rey que ha de ir á hacer la guerra á otro rey, no recapacita primero despacio si puede con diez mil hombres marchar contra el que viene con veinte mil hácia él? De lo contrario cuando aquel está todavía lejos le envia una embajada haciéndole proposiciones de paz. Asi pues entre vosotros todo el que no renuncia cuanto posee, no puede ser mi discípulo. La sal es buena; mas si la sal se disipare, ¿con qué se sazonará? No sirve ni para la tierra, ni para el estercolero, sino que se arrojará fuera. El que tenga oidos para oir, oiga (S. Lucas, XIV, 25 á 35).»

Como la religion de Jesucristo está fundada en el amor, y como el Salvador mismo equiparó el mandamiento que nos obliga á amar á nuestro prójimo como

(1) La voz griega *purgos* tiene diferentes significados: significa una torre, una muralla flanqueada de torres, un castillo fuerte, una plaza fuerte y por último un palacio de campo. Por lo demas los judíos tenian en sus jardines y viñas verdaderas torres habitables, de que todavía se ven ruinas en Palestina.

á nosotros mismos, á este otro precepto: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu entendimiento; sin duda no ocurrirá á nadie que Jesus quiso recomendar á sus discípulos (y todos somos llamados á serlo) que aborrecieran á nadie, y mucho menos á sus padres, á sus mujeres, á sus hijos y á sus hermanos, dado caso que no halláramos la explicacion de estas palabras en el evangelista S. Mateo, por cuya boca dice el hijo de Dios (cap. X, v. 37): «El que ama á su padre y á su madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó á su hija mas que á mí, no es digno de mí.»

Dios nos libre de aborrecer jamás á nadie. ¿Cómo pues habiamos de aborrecer á nuestros padres en quienes vemos la imagen del padre celestial, la imagen de la providencia paternal de Dios y de un Dios que se llama nuestro padre? ¿cómo á nuestros tiernos hijos, en quienes se reproduce y multiplica nuestro propio ser? ¿cómo á la esposa, á la cual nos unimos, y por la cual debemos abandonar padre y madre por orden de Dios y por inclinacion? ¿cómo á nuestros hermanos y hermanas que han descansado con nosotros en el mismo seno, cuyas facultades intelectuales se han desenvuelto con las nuestras, y cuyos afectos se fijaron desde luego en nosotros, como los nuestros se fijaron en ellos? Pero Dios nos libre tambien de amar á nuestros padres, á nuestras mujeres, á nuestros hijos y á nuestros hermanos mas que á Jesucristo, ó tanto, si queremos tener parte en su herencia.

La religion nos enseña á amar al padre, porque nos manda llamar *Padre nuestro* al que es fuente de toda vida, de todo bien y de toda hermosura; á la madre, porque compara el amor de Dios hácia nosotros con el amor de una madre que no puede olvidar á su tierno hijo; á la esposa, porque el hijo de Dios se re-

presenta como el esposo de la iglesia; y á los hermanos, porque Dios lo era nuestro y *no se avergüenza de llamarnos suyos*, como dice el Apostol (Epist. á los hebreos II, 11). Mas para amarlos verdaderamente y sin egoismo es menester que los amemos con un amor que es mas fuerte que la muerte, y que los estrechemos con unos brazos que abrazan la eternidad, en nuestro corazon que la muerte misma no podrá romper. Y esto no lo podemos hacer sino amándolos en Dios; y el que ama á su prójimo en Dios, ama á Dios sobre todas las cosas: eso es lo que nos pide Jesucristo.

Todo lo que es noble y divino en nosotros, se dirige hácia la eternidad, y nada hay mas noble y divino en nosotros que el amor: sí, todo lo que es noble y divino en nosotros, lo es únicamente por la participacion del amor. Lo que saca su esencia de los intereses temporales, no es amor. La antorcha del amor se encendió en la eternidad, y por la palabra *eternidad* ha de entenderse el Eterno, que es la fuente del amor y el Océano á donde este irá á perderse de nuevo.

CAPITULO XIV.

La oveja perdida: el hijo pródigo.

«Y se acercaban á Jesus los publicanos y los pecadores (1) para oirle. Y murmuraban los fariseos y los escribas diciendo: Este recibe á los pecadores y come con ellos. Y Jesus les dijo esta parábola: ¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no

(1) Todos somos pecadores; mas aqui se trata de pecados públicos: asi á la mujer que habia ungido los pies del Salvador, se la llama pecadora en el capítulo VII de San Lucas; expresion que designa las mujeres que viven ó han vivido públicamente en el desorden.

deja las noventa y nueve en el desierto y va en busca de aquella que se habia perdido hasta que la halla? Y cuando la hubiere hallado, la coge sobre los hombros lleno de alegria, y yendo á su casa reune á sus amigos y vecinos diciéndoles: Congratulaos conmigo, porque he hallado mi oveja que se habia perdido. Yo os digo que habrá mas gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia. O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende la lámpara y barre la casa y busca con cuidado hasta que la halla? Y habiéndola hallado reune á sus amigas y vecinas diciendo: Congratulaos conmigo, porque he hallado la dracma que habia perdido. Asi os digo que habrá un gran gozo entre los ángeles de Dios por un solo pecador que haga penitencia.

«Y dijo: Un hombre tuvo dos hijos, y el mas joven de ellos dijo á su padre: Padre, dame la porcion de la herencia que me toca. Y el padre les repartió la herencia. Y de allí á pocos dias, reunidos todos, partió el hijo mas joven á un pais remoto, y allí disipó su hacienda viviendo licenciosamente. Y despues que lo hubo gastado todo, sobrevino grande hambre en aquel pais, y él comenzó á sufrir la indigencia, y fue y se puso á servir á un ciudadano de aquel pais, que le envió á su granja á guardar puercos. Y deseaba hartarse de las bellotas, y nadie le daba. Mas volviendo en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aqui me muero de hambre. Me levantaré é iré á mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de tí: ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: hazme como uno de tus jornaleros. Y levantandose fue á buscar á su padre; y estando todavía lejos le vió su padre y se movió á compasion, y corriendo se echó á su cuello y le besó. Y le dijo el

hijo: Padre, he pecado contra el cielo y delante de tí: ya no soy digno de llamarme hijo tuyo. Mas el padre dijo á sus siervos: Traed pronto la túnica mas preciosa y vestídsela, y poned un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies, y traed un ternero cebado y matadle, y comamos y entreguémonos á la alegria, porque este hijo mio habia muerto y ha resucitado, se habia perdido y ha sido hallado. Y comenzaron á regocijarse en el banquete.

«Mas el hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó á la casa, y oyó la música y la danza; llamó á uno de los siervos y le preguntó qué era aquello. Y este le dijo: Ha venido tu hermano, y tu padre ha matado un ternero cebado porque ha recobrado sano á aquel. Mas el hijo se indignó y no queria entrar. Salió pues el padre y comenzó á rogarle; pero él respondiendo dijo á su padre: Hé aqui que hace tantos años que te sirvo y nunca he traspasado tus preceptos, y nunca me has dado un cabrito para divertirme con mis amigos; pero luego que ha venido este hijo tuyo, que ha disipado toda su hacienda con las rameras, has matado por él un ternero cebado. Mas el padre le dijo: Hijo, tú siempre estas conmigo, y todos mis bienes son tuyos; mas era preciso dar un banquete y regocijarse, porque tu hermano habia muerto y ha resucitado, se habia perdido y ha sido hallado (S. Lucas, XV).»

Imposible es que uno no se enternezca al leer tan admirable parábola; pero en vano nos complaceremos con esta enérgica imagen poética, si no nos instruye el sentido grave y consolatorio de la narracion, y no despierta en nosotros sentimientos de amor de Dios y santas resoluciones.

Para entender bien una parábola es menester enlazarla con lo que precede: los fariseos habian murmurado porque Jesucristo recibia pecadores y comia con ellos;

y aqui les manifiesta el Señor cuán dispuesto está Dios á recibir á los pecadores penitentes. La historia del hijo pródigo es la de la mayor parte de nosotros, y para parecernos á él no es necesario que incurramos en grandes culpas. Nosotros cometiamos el pecado grave y terrible cuyas consecuencias son incalculables, cuando olvidando á Dios seguiamos nuestras inclinaciones mas ó menos groseras. El alimento espiritual, aun el mas delicado del alma, no vale mas que el sustento de los cuerpos, por inocente que sea en sí, si llegamos á olvidar á Dios. Caminamos en el error si no caminamos delante de Dios, y quebrantamos escandalosamente la alianza, aun cuando no fijemos las miradas en una ramera, al punto que cesamos por frivolidad ó por el espíritu del siglo de elevarnos á Dios en nuestras cosas y en nuestras diversiones. Seremos dichosos si llegamos á conocer nuestra infidelidad, y si el alimento mas ó menos grosero del mundo no nos satisface, y el sentimiento del hambre y sed de justicia produce en nosotros inquietud.

Por bondadosa y tierna que sea la conducta del padre, referida en esta parábola por la boca del amor eterno, no es sin embargo mas que una debil imagen de la misericordia de nuestro Dios. Aquel padre recibe á su hijo arrepentido con un corazon paternal; pero no le previene como nos previene Dios por su gracia, ne le busca como nos busca Dios; y sin embargo aquel joven era su hijo, y nosotros habiamos perdido la calidad de hijos de Dios y nos habiamos hecho sus enemigos.

Nuestro Señor alude al mismo tiempo con la conducta del hijo mayor á la envidia de los judíos contra los paganos, cuando estos fueron llamados á la calidad de hijos con escándalo de muchos judíos contra la misericordia de Dios.

INDICE.

LIBRO III.

LIBRO IV.

FIN.